Morfina

ANATOMÍA DE UNA GENERACIÓN SEDADA

Galo Abrain

ROSAMERÓN

«Me gustaría asegurar
que esta es la mejor
historia que leerás,
aunque no es así.»

Morfina

EDITORIAL
ROSAMERÓN

Morfina

ANATOMÍA DE UNA GENERACIÓN SEDADA

GALO ABRAIN

Derechos exclusivos de la presente edición en español
© 2023, editorial Rosamerón, sello de Utopías Literarias, S. L.

Morfina
Primera edición: mayo de 2023
© 2023, Galo Abrain

Imagen de cubierta: © *Bella muerte 2*, Sergio Abrain / Inna Sinano_iStock

Imagen de interior: © *Futuro de frutos*, Sergio Abrain

ISBN (papel): 978-84-125630-6-1
ISBN (ebook): 978-84-125630-7-8

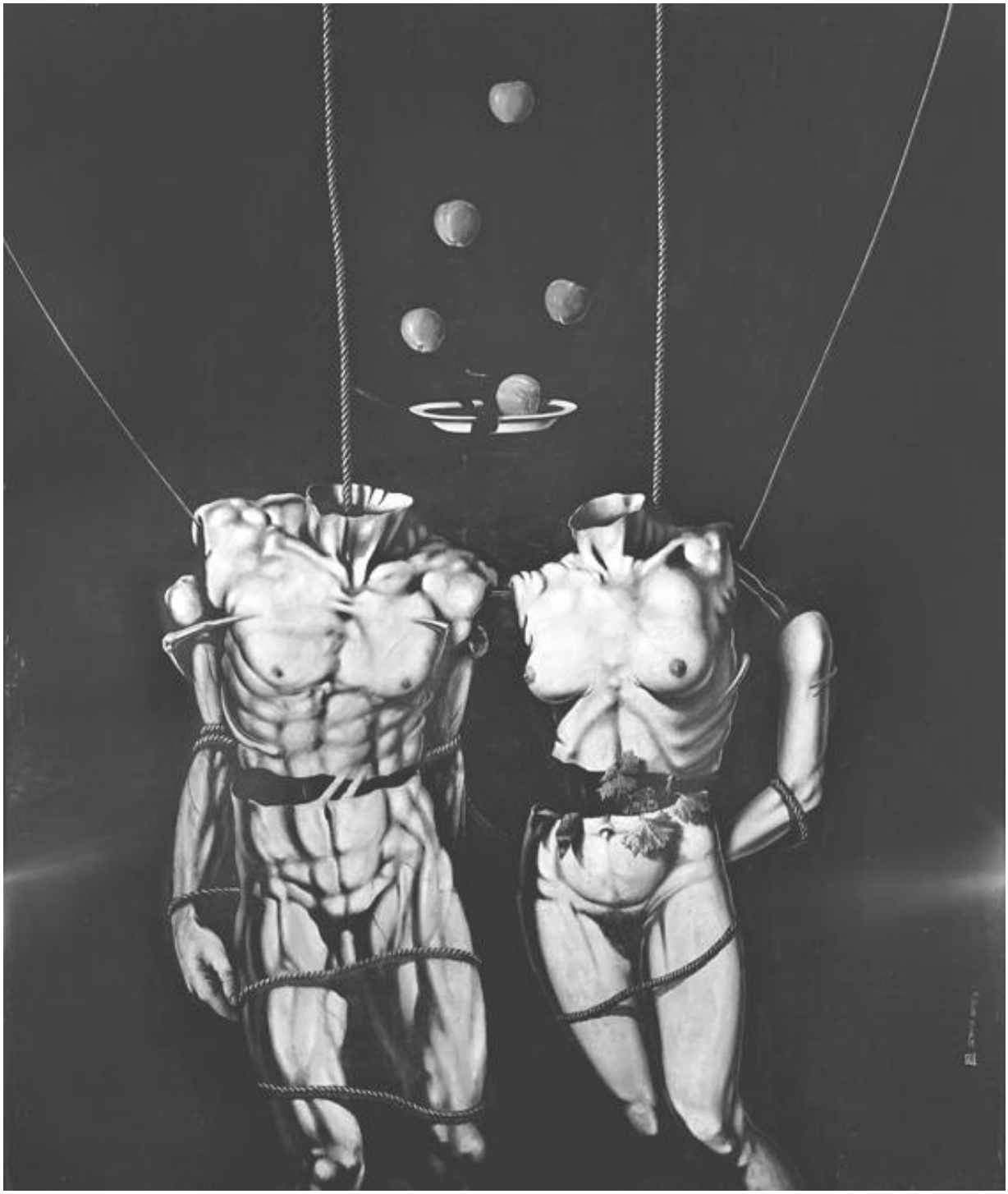
Diseño de la colección y del interior: J. Mauricio Restrepo
Compaginación: M. I. Maquetación, S. L.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley, cualquier forma de reproducción, distribución y transformación total o parcial de esta obra por cualquier medio mecánico o electrónico, actual o futuro, sin contar con la autorización de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal).

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por tanto respaldar a su autor y a editorial Rosamerón. Te animamos a compartir tu opinión e impresiones en redes sociales; tus comentarios, estimado lector, dan sentido a nuestro trabajo y nos ayudan a implementar nuevas propuestas editoriales.

editorial@rosameron.com
www.rosameron.com

A todos los que aparecen en este libro,
pero sobre todo a quienes
no quieren salir en él.



Cirugía a corazón abierto

LA IMPOSIBILIDAD DE AMAR

Las personas con amor propio
tienen el coraje de equivocarse.

JOAN DIDION

Si queremos la recompensa de ser amados,
tenemos que someternos a la mortificante
prueba de ser conocidos.

TIM KREIDER

1

TEMBLABA AL OLERLA. Como decía Lorca en *Yerma*, me daba así como un sueño cuando acercaba los labios. A su lado, yo importaba bien poco. Daban igual los errores, la deshonra, las expectativas mutiladas almacenadas en un contenedor de mi mente. Ahora bien, cuando me dejó… *Uh*, ahí la cosa pegó un vuelco. Cualquier fracaso comenzó a destilar un olor a podredumbre que se apoderó de mí. Era incapaz de fumar un cigarrillo sin vomitar. Todo acortador de vida se metamorfoseaba en un hálito de carne chamuscada recorriendo mi garganta. En cuanto se largó, las jornadas se iniciaban con una convulsión bañada en pesar y añoranza. Era como si me deshicieran con unas cizallas, átomo a átomo. Traté de ahogar la sensación con mucho, muchísimo whisky los primeros días, y una higiene personal digna de unos monos enjaulados. No lograba ver una foto suya sin acurrucarme en una esquina bañando mis rodillas con lágrimas de impotencia. Lágrimas que sólo deseaba que corrieran también por sus mejillas, porque eso quería decir que la tenía cerca. Francamente, daba asco, por así decirlo, y *revulsivo* es un adjetivo que me iba a las mil maravillas… Estaba, en fin, destrozado y confuso. Con la máscara de salud mental a punto de desmoronarse.

Las sórdidas consecuencias de haber perdido al amor de mi vida se adueñaron de mí. Una vez superado el periodo de heroinómana alergia al agua, abandoné la grosera peste a sobaco por la de un gel con olor a lavanda. En mi interior, sin embargo, seguían intactos los escombros del sacrificio que ella, indirectamente, había practicado a toda mi *joie de vivre*. La sangre no brotó hacia dentro, sino hacia fuera.

Una noche, horas después de haber decidido recomponer los añicos de mi energía, arreglarme todo lo posible y ser, en cierto momento de la velada, brutalmente rechazado por una rubia cualquiera, se fundió el fuselaje de mi autoestima. Regresé a casa. En la absoluta penumbra de la cocina de mi apartamento compartido, inundada por el perfume de los platos sucios... *¡Madre mía!* Todo me pareció una evacuación malograda. El vacío llegó a hacerse tan doloroso en aquella estancia, que sólo supe callarlo con un cuchillo recorriendo mis venas desde la muñeca hasta el codo.

Llevaba algún tiempo obsesionado con el silencio, evitando conversaciones e intoxicaciones fonéticas innecesarias desde que su voz no podía sustituirlo. En aquel momento bañado de pesar, sin embargo, mi chifladura no me permitió un sólo segundo de Nada. La ausencia de sonidos es una vía directa al magma de la consciencia y, escarbando duro hasta el núcleo, resultó que allí estaba ella. Tenía que rellenar el hueco con algo, ¡lo que fuera!, con tal de recomponer la penetrante ruina de saberme solo. Mis aullidos sordos, despachados en mitad de la cocina, liberando el hilillo de sangre que perseguía la punta del cuchillo como un perrito faldero, fueron la melodía de un momento de serenidad. La calma, aunque cueste creerlo, me poseyó en ese pueril acto salvaje sin el cual, sinceramente, creo que me hubiera tirado por la ventana. Lo más cruel fue ser consciente, durante algunas milésimas antes del tajo, que por mucho que los sabios digan que en la vida todo se repite, no es cierto. Si la vida es tan perra y absurda es porque lo bueno, en esencia, sucede por primera y única vez. Después, sólo quedan los

imitadores, y estos, por desgracia, son incapaces de emular el resplandor original.

Quizás, ¿quién sabe?, rendirme a un gesto tan poco determinante, tan vulgar, a una sinfonía infantil más visual que absoluta, en lugar de ver mis sesos esparcidos en la acera, pueda considerarse un error. Una oportunidad desaprovechada. Pero debo admitir que, con el sencillo escozor de una raja vistiendo mi vena, fue suficiente para saber que estaba tocando fondo, lamiendo mugre… Y desde ahí alumbré la creencia en Una Nueva Vida, pues, seamos claros, lo tenía crudo para que fuera a peor o, por lo menos, más patética.

Uno no es consciente del microcosmos de necesidades que crea una persona hasta que desaparece. Es entonces cuando la enciclopedia de debilidades se deja ver, abandonándonos a la merced de sabernos inválidos sin el aliento del ser amado. Ese susurro, discreto pero firme, calentando la nuca con un sencillo «no te preocupes, yo estoy aquí». En fin, creo que ya va siendo hora de aclarar un poco todo esto. Empezaré por el principio, ahora que ya he desvelado el final.

Conocí a Valeria en la cafetería de la universidad. Jamás había estado enamorado de nadie excepto de mi amor del colegio, una risueña morena de mirada soleada, profunda, suaves pequitas en los pómulos y labios finos, llamada Irene. Siendo sólo un niño, ya vivía el enamoramiento con zumbidos y escalofríos dignos de la certeza adulta. Podría estirarme aquí y contar los muchos fracasos que acumulé en mi platónica pasión por aquella niña, hoy convertida en mujer, pero prefiero no ahondar en ello. Jamás fue un capricho correspondido, y eso está lejos de poder considerarse amor. Lo que sí diré es que, desde hacía mucho, andaba pendiente de caer en ese cálido sueño, alejado del tumulto de los cementerios, que logra ahuyentar la difícil soledad. Eso es, quería enamorarme; padecer la

predestinación y sufrir el sacrificio sin reservas… Y eso que, por entonces, ya intuía que el amor no era más que un invento, un contrato sistemáticamente vulgarizado por el poder con una letra invisible que nadie quiere leer: su final. Pero sonaba tan deliciosamente maligno…

Volviendo a Valeria, puestos a apostar por algo, diría que lo primero que me encandiló de ella fue su sonrisa. Esos dientes perfectos y blancos, sin por ello parecer bañados en lejía, alineados geométricamente con la escuadra de la inocencia. Tenía una monísima nariz respingona y unos labios malcriados y lujuriosos. Salturreaba como una niña digna, impaciente por que alguien se percatara de su gracia. Compartíamos algunas asignaturas de la carrera, y la primera vez que la vi, al entrar en una clase de Derecho Internacional impartida por un bobo rematado, un viejo dinosaurio cenizo llamado Casamar, la observé con atención discreta.

Su cara era claramente calificable de bonita, algo sembrada todavía del granulado que provocan las hormonas, pero insalvablemente hermosa. Me dejó tirando a mudo, la cabrona, sin saber si en algún momento lograría invocar el valor para hablar con ella. Yo, un joven algo taciturno y solitario, bastante pagado de sí mismo y, en definitiva, considerablemente imbécil, poco o nada tenía que hacer con semejante alarde de simpatía y clase. Y encima, ¡bendecida con esa curiosa aura destilada por quien todavía ha sufrido poco! Recuerdo la película de los setenta *Elemental, doctor Freud*, cuando un personaje decía: «Una mujer tan hermosa como yo a los diecisiete años ya ha visto todas las cosas horribles». Estaba claro que los tiempos, al menos para gente de clase media-bien como Valeria, habían cambiado. Aun sobrada de belleza como iba, no había visto una mierda. Al menos, todavía…

El día en que por fin me decidí a abordarla, estaba apostada junto a mí en la barra de la cantina del campus de Somosaguas, en Madrid. Ella pidió dos cortados, uno de ellos para su amiga Marta,

una canaria espídica a la que le salía la energía por las orejas. En cuanto la vástago de la motivación desatendió a Valeria para buscar la conversación de un maromo anónimo, me giré y articulé con esfuerzo:

—Bueno, ¿qué pasa? ¿En esta clase nadie se va a tomar cervezas?

No sé muy bien a qué puñetero fin solté semejante estupidez. Lo suyo hubiera sido decirle: «Hola, ¿qué tal? Me llamo Galo, estoy en clase de Derecho contigo», o cualquier otra introducción canónica de las que no dejan huella, para bien o para mal.

Valeria me miró de arriba abajo. Desconozco si estudiaba mi cara a fin de reconocerla, o aprovechó para investigarla más de cerca, destapando las imperfecciones, la calidez de la mirada o alguna particularidad que la convenciera de su respuesta.

—Pues mira… justo esta noche hemos quedado varios para tomar algo. Te podrías venir —contestó con total naturalidad.

Admito que aquella fue una respuesta de lo más inesperada. Sonreía de manera abundante mientras hablaba, y toda la luz de la cafetería se encaprichó de ella. Sus dientes… *¡Válgame el cielo!* Qué piños más suculentos… Desvestidos, además, con un crujir de labios que los cercaba milimétricamente para que la encía no fuera visible. Tuve ganas de darles un lametón.

—Sí, claro. Iré encantado.

—¿Cómo? —preguntó, todavía risueña.

—¿Cómo que cómo?

—¿Que cómo vas a ir si no tienes mi número?

No supe identificar si me estaba vacilando, si se reía de mí, si me estaba haciendo un caluroso guiño, si me estaba diciendo «*venga, pringao, saca la cabeza del culo*» o «*¿a qué esperas para meterla en el mío?*». Arqueé las cejas. Apreté los morros. Me relamí, acaricié las manos y dejé escapar una risa nerviosa, más digna de un niño de diez años diciendo *caca-pedo-culo-pis* que de un tipo de veinte arando el pantanoso terreno de un deseo difícil de culminar. Pero ¡qué narices! A pesar de mi zafia intervención, acabé guardando el

número en la agenda del móvil. Estaba lejos de poder hablar de triunfo, pero tenía algo que pocas veces interpretamos como el divino regalo que es: una oportunidad.

2

EL ENCUENTRO SE CELEBRÓ EN UN PUB IRLANDÉS cerca de la plaza de España. Desconocía quién iba a acudir. Intuí que Marta rondaría por ahí, pero poco más. La amiga de Valeria, aparte de liberar estampidas interrumpidas de energía, era una chica alegre y neurótica, de cuerpo atractivo y pelo rizado oscuro. Con ella había compartido tal vez dos miradas perdidas desde mi entrada en la facultad, pero al llegar al bar, sorprendentemente, fue ella la que me asaltó con una mirada colmada de excitación.

Frente a Valeria, estaba Sergio. Yo aún lo desconocía, pero al cabo de algunas semanas supe que ambos ya se lo habían montado antes. Lo justo para no andarse encariñando, pero lo suficiente como para ver orbitar entre ellos una cierta tensión sexual sin resolver. Confieso que, al principio, esa relación me repateaba el estómago. No niego el desenvuelto placer de dos colegas compartiendo los aperitivos del orgasmo, pero no me hubiera importado ver a Sergio colgado de los pulgares en la entrada de la facultad con un cartel al cuello que dijera CERDO VIOLADOR, o cualquier otra declaración social que alejara a Valeria todo lo posible de él. Con el tiempo, Sergio terminó convirtiéndose en un buen amigo.

En el *pub* sólo estaban los tres. En cuanto Marta se acercó a acogerme como si fuese la anfitriona de la velada, Valeria se levantó para ir al baño. Al pasar a mi lado, hizo el amago de acercarse para

brindarme dos besos. Soy incapaz de comprender qué pasó por mi mente para creer que mi mejor opción si quería llamar su atención era hacerme el longui y esquivar su gesto, así que volví el rostro para enfocarlo en Marta. Valeria, intuyendo con instinto felino la jugada, acabó pasando de largo. Era indiscutible: había malogrado mi entrada. Ya se sabe, sólo se tiene una oportunidad para causar una buena primera impresión, y la mía, para qué engañarnos, resultó espantosa. Abrumado de vergüenza, me senté en uno de los bancos que rodeaban la mesa con ganas de clavar la cabeza entre las manos y atizar mi cráneo fuerte contra la esquina… Pero me contuve, más por educación que por un sentido de conservación. Pedí cuanto antes una cerveza.

Valeria regresó al poco y se sentó frente a mí. Sus pechos se redondeaban bajo una camiseta de tirantes ceñida. Se había maquillado y su larga melena castaña bailaba suelta tapándole los hombros. En un intento por arreglar el desaguisado, le lancé el «hola» más tierno que fui capaz de expresar, vistiendo los fonemas con una avergonzada mueca. Ella, en un acto de virtud de la que haría gala durante toda nuestra futura relación, me devolvió el saludo como si no hubiese pasado nada. *Uf…* Por un momento, respiré de nuevo.

El resto de la noche fue, como poco, anodina. Casi sin incidentes, Marta habló de su vital compromiso medioambiental y de su apasionada necesidad de creer que podía hacer algo por mejorar el mundo. Machacaba la lengua como si la hubiese sumergido en acelerante. El caso es que su inesperado idealismo de salón recreativo me pareció un poco una *capullada*. El raspón de bienestar que mueve al Occidente acomodado digno de quien no sabe que, si ya es complicado cambiarse a uno mismo y a los cuatro gatos que lo rodean, es imposible aspirar a nada más. Con todo, sentí por ella una simpatía instantánea. Yo, que ya empezaba a darlo todo por perdido e inmóvil frente a los desastres, creí que al encontrarme con la vida partiéndome el espinazo, la caída sería menos dura sin

expectativas. Una equivocación de cabo a rabo. Como no tardaría en entender, quien sueña con un horizonte más luminoso puede encomendarse al juramento de avanzar, de seguir, mientras que quien ha abandonado esa pasión termina irremediablemente perdido en sí mismo. Sergio, en cambio, resultó ser un tipo gracioso en su sequedad. Algo parecido al cómico Eugenio, pero con un leve acento gallego en vez de catalán. Creo que mi presencia allí lo incomodaba. Otro gorila intervenía en su coto de caza sexual. En otras circunstancias más selváticas y primigenias, Sergio se hubiera alzado frente a mí aporreándose el pecho como un espalda plateada. Suerte de la civilización, el tío me hizo, amablemente, partícipe de la conversación. Sospecho que con buenas intenciones. Tal vez me equivoque... En cuanto a Valeria, traté de avivar varias veces una charla entre los dos sin ningún éxito. Torpemente, me dirigía a ella en exclusiva justo en el momento en que Marta o Sergio la interpelaban. Fracaso tras fracaso, acabé ahogando mis intentos antes de quedar retratado como un payaso insufrible.

Rondarían las doce de la noche cuando los tres acordaron, como si lo tuvieran apalabrado de antemano, que ya era hora de volver a casa. A mí se me revolvieron las tripas ante la idea de no haber aprovechado la oportunidad de invocar un interés mayor por mí en Valeria. A sus ojos, pensé, debo de parecer un mamarracho medio tartamudo con pelo de fregona. Cierto es que no había sido antipático, ni había dado rienda suelta a esa mala manía mía por intentar escandalizar en las conversaciones, pero mis habilidades adaptativas se tradujeron en una especie de inseguridad patética, como si me bañara en una piscina intentando salvar un vaso de bourbon de ahogarse.

Marta y Sergio no vivían lejos, así que Valeria y yo anduvimos solos hasta la parada del metro. En ese escaso intervalo opté por guardar silencio un rato, y así logré que me contara algo de ella. Disfruté mucho de su alegre y vivaracha forma de narrar las cosas. Despachaba una mezcla entre desparpajo y estupidez como la de

esas niñatas de doce años resabiadas a las que se mira con celo y sorpresa. No tenía claro todavía a qué deseaba encomendar su futuro laboral, pero sí sabía que le gustaba todo aquello relacionado con la seguridad y la defensa. «Tendrá ganas de cargar una pipa en la cartuchera para sentirse poderosa», pensé. Nada más lejos. Sí, quería ser respetada, pero no a costa de la opresión. En su mente se había configurado la idea de que todo aquello en lo que entrara en juego la violencia y las vidas humanas debía ser motivo de admiración. Y no se equivocaba. Al menos en lo que respecta a todos aquellos que no fueran yo.

Entramos en el metro de la línea 3 dirección sur. Nos sentamos el uno al lado del otro. Llegado cierto punto, se produjo un dilatado instante de silencio. En ese momento podría haberme acercado a ella. Haber deslizado mi mano suavemente hasta su muslo, prieto y marcado por unos pantalones negros, y haber acercado lentamente mis labios a los suyos. Tendría que haberla besado, acariciado los pechos, rozado su nuca con la punta de los dedos, mimado su oreja con el pulgar y manoseado las costillas. Pero no hice nada de eso, estúpido de mí. El trayecto prosiguió, y a partir de ahí, todo lo que dijimos me resultó insignificante. Tres paradas más tarde me apeé del vagón. Medio tembloroso, proyecté un beso lo más largo que pude en su fría mejilla. Valeria se mantuvo inmóvil. Nada más desaparecer de su vista, me aticé la cara con la palma abierta y lancé una dañina exclamación contra mí: *¡PEDAZO DE GILIPOLLAAAASSSS!* Podía haberse jodido.

De camino a casa, reflexioné sobre lo incoherente de esa autoaversión. La había cagado… ¿y qué? A mi alrededor bullía todo un supermercado de oportunidades. Si Valeria era tan zorra de mantenerse hermética, de mostrarse cadavérica ante la devoción de mis labios arrullando su cachete, otras se sentirían halagadas… Entiendo que debería disculparme por ese pensamiento, pero no lo voy a hacer. Es obvio que la corrupción es consustancial a la raza. Y yo, frente al desmoronamiento de mi ambición, como esas canciones

de Van Morrison que va haciéndose cada vez más dolorosamente insoportables, caí en la desidia. A decir verdad, en Madrid se contaban por cientos de miles las mujeres abiertas a sentirse deseadas y a devolver, con pasión y gratitud, las delicias del deseo que Valeria había rechazado. Yo era un sensato comedor de coños predispuesto y generoso. Entonces, ¿por qué debía flagelarme con el fracaso de una batalla, cuando la guerra era infinita? Pues, sencillamente, porque no creía para nada en esa pantomima de la piscifactoría de amantes. Esa era la historia. Casi desde su primera sonrisa padecí una vibración interna, como un impulso magnético, empujándome irremediablemente a ella. Eso no era un asunto de selección, ni de compraventa de atractivo sexual ampliado… En la ruinosa mantícora de emociones que me rasgaba el estómago había una verdad categórica. Después de aquel encuentro, quería a Valeria. Quería algo exagerado, algo total. La quería junto a mí, frotándose, restregándose perramente; sus manos acariciando mis muslos, su pelo metiéndoseme en la boca, sus nalgas estrujadas por mis falanges y su nariz atizándome con fuerza el pubis. *Ay...* Aún hoy la pienso tan bonita que me cuesta recordarla a pesar de las fotos.

Raymond Williams escribió que ser verdaderamente radical es hacer la esperanza posible, no la desesperación convincente. Una buena frase, sí señor, de no ser porque la esperanza rara vez depende de uno, mientras que la desesperación es una herramienta constantemente al alcance. Para ser radical hay que encontrar motivos. Ser radical en el vacío significa rendirse a una crueldad excesiva y no funcional; una violencia sin motivación utilitarista que separa el Yo de la *jouissance*. De haber sido verdaderamente radical con Valeria, vista la ausencia de muestras de atención, hubiera hipotecado mi esperanza en un raro y *muy friki* voyerismo desembocado al acoso. Lo mejor era hacer la desesperación

convincente. Soñar, de tripas para dentro, sin pretender lucirlas hacia fuera.

3

POR SUERTE PARA MÍ, el desfile de tipos que habían pasado por su joven vida era una ristra de mandriles al límite del retraso mental. El listón no estaba demasiado alto. Sólo un escueto romance con un guiri *cool-chachi-guay* de prominentes pómulos, ojos claros y cabello rubio, un *pijipi* comprometido con el medio ambiente dedicado a la fotografía documental, representaba una proyección competitiva. Por mí podía comerse un paquete de pollas (¡que no son pocas!) y aspirar toda la proteína hasta brotarle algo de originalidad. *Flemático cabrón*… Sin embargo, creo que a ella todavía le gustaba.

Pero antes de saber eso pasaron varias semanas.

El chasco de nuestra primera noche desarmó mis ganas de intentarlo con determinación, a pesar de tener claro que algo, tarde o temprano, sucedería. Confiaba en verla acercarse durante cualquiera de los intermedios de las clases que compartíamos o que nuestros cuerpos chocaran inesperadamente en la cafetería, permitiéndome invitarla a un café, a una cerveza o a la puñetera barra entera si con eso me prestaba atención. Una opción poco ambiciosa, debo admitir, pero no tenía la impresión de poder aspirar a más. ¡Fenomenal, sí, tenía su número! Pero ¿para qué? ¿Para cargar con el latazo de recibir calabazas en persona y por vía telemática? Y un huevo. Esa era la clase de cosas que me hacían dudar de ser un muchacho espléndido y bien formado, como hubiese

dicho mi abuela materna si un camionero borracho no la hubiera atropellado. (El follón aquel de la depresión infantil, los psicólogos, la tontería *vendepastillas* del TDA, la dislexia y demás gripazos mentales lo dejo para otro rato).

Mi sorpresa no pudo ser mayor cuando, dos días después, fue ella la que me habló por WhatsApp, enviándome un agradable «Hola, Galo, ¿qué tal estás? Me lo pasé muy bien la otra noche 😉». Maldita sea, ¡qué indescriptible sensación de alivio me brotó en el cuerpo! Tenía el corazón como un reloj de cuco, las cuencas tan abiertas que podía sacar los globos oculares con una cucharilla y jugar a las canicas con ellos. Con esa sencilla muestra de atención enterré instantáneamente mi derrotismo.

Ah, pero… ¡alto! Un momento. ¿Quién decía que se trataba de una aproximación, digamos, romántica? O, por lo menos, sexual. Podía ser un simple apretón de manos digital. Un saludo encomendado a la amistad, al *pagafantismo* ennegrecido y yermo de pasión. ¡Me temí lo peor! Caer sin remedio en lo que llamábamos la *friendzone*; básicamente un eufemismo, claro y directo, para decir que alguien es un pringado-rematado-que-no-la-moja-ni-en-la-bañera. ¡Guau! De frente a aquel pensamiento, me asoló la mente una experiencia por entonces reciente, cuando un mes antes conocí a Sandra en casa de Nostalgia.

Nostalgia había sido uno de mis primeros éxitos periodísticos como protagonista del artículo «Entrevista a una mujer cualquiera». En él, me confesó los repetidos abusos que había recibido por parte de su exnovio. Estos incluían vejaciones cotidianas, violencia psicológica e incluso física, que llegó a devenir en una violación, e incluso el restriegue de una contundente mierda de perro por su cara. La pieza tuvo un impacto enorme. Al fin y al cabo, no era para menos. La redacción minuciosa de tan repugnantes acontecimientos no sólo brindó la aparición de un relato necesario, sino también de una

amistad. Y Nostalgia regaba esa camaradería invitándome a los sórdidos y divertidos encuentros que llevaba a cabo en el piso que su padre, un camello bien posicionado, le había dejado para que viviera con sus dos gigantescos perros. Un doberman y un... yo qué sé cuál era la raza de aquella bestia, pero era grande como una vaca. De hecho, las heces que el hijo de perra de su exnovio le había puesto de mascarilla facial, pertenecían al susodicho titán. Y, bueno, fue en una de aquellas fiestas en la que me topé con Sandra.

Sandra era colega de Nostalgia. Una chica de unos veinte años, dulce, con las pestañas largas, los mofletes algo esponjosos y un cuerpo de curvas astutamente pespunteadas, accidentado en el mejor de los sentidos, con un buen culo y unos pechos en su justa medida. Estaba lejos de ser lo que se dice estrictamente delgada, sobre todo por las piernas algo jamonas, pero su supuesto (y digo «supuesto» porque todo depende de las referencias) sobrepeso, lejos de restarle atractivo, lo acrecentaba. Me pillé de ella en un *plis plas*.

La noche con Sandra fue como la seda. Sin apenas aspavientos ni vehemencia, le hice preguntas y despaché respuestas adecuadas. Había ocasiones en que mi elegancia, en especial con alcohol de por medio, tenía la armonía de un gato rebotando en un contenedor de basura. Pero no durante aquel jaleo. Alcanzada la madrugada, yo estaba sentado frente a Sandra, bastante cerca el uno del otro, hablando de los beneficios de la comida macrobiótica. A mí lo de intrincar espiritualismo, medicina, el yin y el yang y demás ramificaciones de ciertas filosofías orientales me parecía una mamarrachada de campeonato; una respuesta tranquilizadora para almas que han visto decapitada su fe en un plan maestro y superior, refugiándose de su desasosiego vital en subterfugios *saludables* y, por cierto, caros de narices. Con todo, yo quería ligarme a Sandra. No me volvía loco de deseo, pero me había enfocado en ella. Como un misil guiado por calor, seguiría a mi objetivo hasta el estallido. Y

si para ello debía acceder a mi enciclopedia mental, recorrer cualquier información sobre esos excéntricos pensamientos poniendo en duda mi reputación de cínico descreído, así lo haría.

A su debido momento, orienté mis manos hacia las suyas, apoyadas con soltura sobre sus cuádriceps, y fui, paulatinamente, haciendo pequeños ensayos de aproximación. Le puse una mano sobre el gemelo, dispuesto a la altura de su rodilla contraria por la posición. En cuanto tuve el carburador a punto para dar rienda suelta a la combustión del gesto y besarla, Sandra me interrumpió:

—¿Sabes, Galo?, me recuerdas a algo.

No era el momento idóneo para confesiones, pero tampoco iba a cerrarle el pico.

—¿Ah, sí? ¿A qué?

—No sé, es como una sensación, ¿sabes? Algo un poco espiritual…

—Cuéntame, me tienes intrigado… —murmuré, poniéndole la otra mano sobre su pierna contraria.

—Pues… es que me recuerdas al hogar… Sí, me tranquilizas. Es una sensación muy hogareña la que me das.

La jodimos… En cuanto pronunció esas palabras, aparté la mano de su pierna y ella puso la suya sobre la mía. Descorchó entonces una sonrisa tan espantosamente amable, tan entrañable, que me sentí como un bebé mamando un biberón. Todo se había ido al carajo. Lo supe en cuanto pronunció la palabra *hogar*. Con el hogar las mujeres se acurrucan, nadie se folla al hogar, y yo a Sandra estaba lejos de querer regalarle cumplidos castos a la lumbre de una chimenea y cerca de querer meterle la polla. Los minutos siguientes sólo confirmaron mis sospechas. Sandra sí buscaba algo en mí; buscaba un confidente, un eunuco meloso y asexuado que llevar de un lado a otro. De habérselo propuesto, habría aceptado de buen grado que me amputasen las pelotas y se las dieran encapsuladas en resina de cristal para lucirlas como un colgante. Los hombres perdimos la guerra de los sexos en el momento en que petimetres despejados de autoestima, agónicos buitres con el atractivo de las

ortigas, prefirieron rendirse a la amistad con sus enamoradas antes que luchar por ellas, o cargar el depósito y salir pitando hacia nuevos y prometedores horizontes. Me cagüen la pajolera *Chica de Rosa*, en el tuercebotas de Duckie y en los cadáveres generacionales que han sembrado…

Abandoné mi conversación con Sandra y me fui a echar un trago, lo mejor que podía hacer. Al cabo de media hora, la vi enrollándose con uno de los guaperas de la reunión, un mazacote *maquinamusculado* sin mucho seso pero ancho de espaldas, al que ya había visto echarle alguna miradita desde el principio. Apuré de un trago el último pelotazo y me largué de allí, deseando que percutieran a gusto en su frote de zoquetes y prometiéndome no taladrarme con el asunto.

¡Bim-bam-bum! *Mais alors, mon ami*, ¿no habíamos quedado en que no ibas a pensar en ello? Pues, ¡pam!, ahí estaba, como un tonto delante del WhatsApp de Valeria dándole vueltas al tema como un tiovivo averiado. «¡No! —me dije—. ¡Hoy no vas a ir por ahí de cabrito adicto a la depresión y el pesimismo! Hoy vas a ser… bueno, relativamente optimista. Con eso te vale. Si planeas para la derrota no vas a lograr nada mejor». Terminé respondiendo con una tierna sencillez: «Hola, Valeria, yo también me lo pasé genial la otra noche. Espero vernos pronto 😊 ». Revisé el texto unas doscientas veces. Oh, sí, menuda mierda había escrito… Aun así, era lo mejor. En ocasiones, lo más conveniente es ceder ante la mediocridad. Los excesos mal gestionados son tan desagradables como lo vulgar.

Durante las semanas que siguieron mantuvimos un estúpido baile de miradas y discretos saludos al vernos en los pasillos de la universidad, para luego despacharnos a gusto sobre nuestras intimidades por mensaje. Resultaba infantil y patético. Aun nos faltaba para ser «maduros» en el sentido existencial del término, pero ya no éramos unos críos como para andar con semejantes puerilidades. Lo suyo hubiera sido pillarla después de una clase, engancharla de las caderas y llevarla a un sitio tranquilo para

hablar… A eso me refiero. Deberíamos habernos olido, desentrañado los tics y gestos del contrario pasando del pudor y el miedo *a saber qué*. La represión en materia de atracción es de lo más latosa, y la tecnología móvil, especialmente las aplicaciones de mensajes, brindan la oportunidad de dar rienda suelta a una vergüenza sin sentido.

Con todo, tuve suerte. Un viernes, a eso de las cinco de la tarde, fue Valeria quien rompió con el rollito pasivo-querido que nos traíamos. «Esta noche he quedado con Marta para tomar algo, ¿te quieres venir?». *Uf*… Una vez más, gracias a su virtuosismo, respiré de nuevo. Sí, pues claro que quería ir. La presencia de Marta me importaba un pijo. Lo relevante era tener la oportunidad de charlar con Valeria en persona, físicamente, lejos de la pantomima de los wasaps. Menos mal, porque varias veces temí pescar una tuberculosis emocional si no se resolvía aquel *occurrens interruptus*.

Llegué a la parada de Santo Domingo, donde, supuestamente, Valeria y Marta debían esperarme para la apalabrada cerveza. Salí de la boca del metro y allí estaba Valeria; sola, exquisita, abrigada con una vieja, aunque elegante, chupa de cuero que la cubría hasta la parte baja de las nalgas vestidas con unos pantalones vaqueros negros. La saludé sonriente con dos acelerados besos en las mejillas.

—¿Y Marta? —pregunté, imaginando que nos esperaría en algún local de los alrededores.

—Al final no viene, tiene que acabar un trabajo de Economía.

De puertas para fuera, mi rostro tradujo una sincera decepción, como si esperase de veras la gratificante presencia de esa chica espídica y resultona. De puertas para dentro… *¡Oh, sí, Señor mío, sí!* No albergaba religiosidad alguna, pero la serendipia de acontecimientos que habían facilitado una velada a solas con Valeria hizo que me encomendara a una plegaria interna con el de arriba. Dicen que Dios es quien te ignora cuando deseas algo en voz baja. A mí, vista la soledad que compartía ahora con Valeria, me pareció

notar su poderoso escroto acariciándome la nuca, invitándome a soñar, a mutilar la podredumbre de mi fe deshaciéndome de todo nihilismo. Había excusas para el optimismo. *¡Salió a jugar el optimizador!* ¿Qué no sería posible, entonces?

Era una de esas noches desapacibles de principios de diciembre, horriblemente frías, dominadas por la niebla. Miraba a Valeria andando a mi lado, de camino a algún refugio que nos calentara los huesos. Pensé en si debía acercarme a ella, alejarme, hablar más, hablar menos y cosas de esas. La única solución que encontré fue fumar como una chimenea mientras paseábamos.

—Vaya, fumas mucho, ¿no? —dijo, sin parecer por ello juzgona.

—Te voy a ser sincero, es por los nervios. A pesar de todo, soy un tío bastante sano, no te creas.

¡Menuda trola! Una mentira como una catedral. De sano tenía lo mismo que un ciervo con la pata atascada en la fuga de un cementerio nuclear. Pero huelga decir que no iba a desenmascarar mi verdadera personalidad de colgado extático al que le ondean la mente miles de pensamientos díscolos, como un vegano en una cacería. Ocasionalmente, me han tildado de ser auténtico, y no hay cosa que me repatee más. ¡No existe la autenticidad! Como dice Jorge Freire: «La única autenticidad que existe es la de ser un auténtico idiota». Sin duda, yo lo era un rato, pero como mínimo tenía la decencia de no ser grosero. Mi único atributo admirable era ordenar los pensamientos para saber qué decir y las consecuencias de lo dicho, tratando las cosas con cabeza y corazón. No es moco de pavo, ni tampoco ninguna panacea.

Entramos en un bar tirando a horrendo, en la calle Divino Pastor, llamado Más Allá. A mí me gustaban esa clase de garitos: antros con personalidad, sitios oscuros con luces negras y ratones en las cajas de cerveza. Valeria, por el contrario, parecía una chica más de cócteles en un apañado gastro a la última. Afortunadamente, la elección pareció divertirle; como si hiciera un safari urbano y fuera el momento de la «Aventura Espeleológica». Nos sentamos en unos

bancos que salían de la pared lateral. Allí, con una cerveza cada uno, saqué a relucir toda la galantería de la que disponía y procuré dejarla hablar: preguntar mucho y largar poco, una clave infalible para hacer que alguien se sienta cómodo. No por nada, los terapeutas cobran tanto sin ser tan eficaces. Cuando te has criado bajo la premisa de ser el centro del universo y luego creces descubriendo que importas un comino, cualquier ensayo de esa deseada atención se convierte en una exaltación, como una sesión de Satisfyer para el clítoris que todos tenemos llamado ego. Sinceramente, no me fue en absoluto difícil digerir su monólogo. La atendí maravillado por esos dientes tan perfectos, y la ternura de su voz hizo amena la disertación. Confieso también que, mientras veía que iba a darme la palabra, meditaba de antemano una respuesta elocuente para sorprenderla. Intenté evitar la solemnidad, siendo gracioso y desenfadado, sin por ello caer en lo soez; avispado, pero ligeramente provocador. Vamos, que me salió el asunto de puta madre.

A las dos horas, creo que los dos babeábamos el uno por el otro. Yo seguro que lo hacía y ella no parecía hacerlo menos. Pagué las cervezas, a pesar de sus refunfuños por que fuéramos a medias, y salimos del local. Caminamos entonces más silenciosamente, hasta unos armatostes de hormigón cercanos al Congreso de los Diputados. Ella se subió a uno. De no más de veinte centímetros, la pieza la dejaba casi a la altura perfecta de mi boca. Sin pensarlo mucho, la agarré de la chaqueta y apreté mis labios contra los suyos. ¡Bum! Fue como si de fondo sonara *Dreamer*, de The Blaze. Un momento perfecto, de esos que no está en tu mano provocar, pues sólo se dan inesperadamente. Un beso, un contacto con la intensidad del absoluto. Sembrado de dudas, de incoherencias rítmicas, de labios que se van hacia un sitio y debieran ir al contrario, o de lenguas que entran a matar cuando tendrían que estarse quietas. Una perfecta contradicción que resolvimos como si nos comunicáramos por telepatía. Sin compartir miradas antes, creo

que ambos comprendimos que, entre los dos, algo difícil de alcanzar había prendido. Así fue mi primer beso con Valeria. Peliculero, en el mejor de los sentidos. Absorbente. En aquel momento quise hacerla parte de mí, apretarla hasta el punto de fagocitarla. Ella reaccionó de igual manera, arrimándose como si un ligero destello de descontrol pudiera deshacer la intensidad de aquel instante suspendido en el vacío. Un caprichito del destino que ahora estoy seguro viví con mayor potencia de la que tuvo. (¿Acaso no es esa la magia de los recuerdos?). Poco importa… De entre todo el gentío del mundo, por fin, por primera vez, me sentía el ganador de algo. ¡Un divo! El galardón andante de una mujer que no merecía. Sin separar siquiera mis labios, ¡tuve un destello de divinidad! Una jodida epifanía. Antes o después me encontraría de cara frente al espejo; solo, lejos de ella, recitando una máxima terrible: «Vas a morir». Una puñalada trapera inherente a cualquier enamoramiento y que, tarde o temprano, acaba por sajar hasta el hígado.

Lo gracioso es que en los instantes más poderosos de nuestra relación tuve la suerte contraria, la de evadirme de mi mortalidad, quiero decir. A pesar de saberme destinado a un tumultuoso dolor encomendándome a ella, era incapaz de retener una sonrisa de conejo cuando imaginaba su cara. Pensarla me convertía en un ser eterno. Sentí que había una transmisión de amor correspondido, un deseo completo; simple y constante, intransigente a la debilidad de las circunstancias. A pesar de los trastornos de angustia, cuando la saboreaba, experimentaba el despertar de un valor oportunista por mí mismo. Una querencia desconocida hasta entonces con la que transmutaba de un cerdito de cola rosa, hueco de autoestima y amor propio, a un titán pudiente vestido de seda negra.

Durante aquel beso, sus manos adornando mi nuca, en un acto fogoso avivado por la gasolina de los bailes bucales, me transformé en un emocionado géiser antes creído extinto. ¡Agua! ¡Agua en estado de ebullición pura dominó cada extremidad, estimulando mis poros hasta la secreción de toda duda existencial!

Oh, sí, sé que suena de lo más exagerado. Más quien ha experimentado una situación similar y, *me duele confesarlo;* existe… De veras, tan seguro como que las vacas espantan moscas con el rabo, sabe que esa emoción te domina con tiranía. Entonces se apodera de uno, con la desfachatez de un virus, la falsa promesa de la felicidad.

«¡¿Qué es todo esto?!», pensamos, pero ni siquiera protestamos. Diversos racimos de neurotransmisores cerebrales nos ponen de cara a la pared alzando el machete bajo una sola premisa: si nos negamos, nos arrepentiremos de por vida. ¡Un par de hostias en la jeta y listo! Marchamos al redil como las ovejas descarriadas. Y, admitámoslo, es la sumisión más absolutamente genial a la que se puede aspirar… Por ella, el cordero no sólo va al matadero, sino que facilita aún más el trabajo apretando el gatillo de la pistola de aire comprimido.

Según Max Weber, las religiones no se originan en torno al temor, los valores comunes, las metas o, en fin, la expectativa de una vida después de esta. El patrón de su nacimiento es la experiencia de situaciones alucinatorias que aparentemente invaden al sujeto de iluminación. Esto ya lo investigó Aldous Huxley con actividades tan inocentes como el ayuno o el aislacionismo, sin necesidad de glorificar la paranoia con material lisérgico, ya sea este natural o artificial.

El amor alcanza a organizar en la mente del individuo toda una religión basada en la otra persona, el nacimiento del trance iluminado llamado «enamoramiento». Una versión gnóstica de la sensación de arrebato que colmó las almas de quienes se sintieron en presencia de Dios. Órdenes vudús, sufís, sumerias, etc., creyeron enyesar los espacios huecos del recipiente corporal con la presencia divina. ¡Convertirse en el uno y todo! Después, a razón de la categorización de la que dependemos los humanos, se decantaron

por acunar teologías. El amor, como teología del éxtasis del enamoramiento, me asoló con Valeria por primera vez.

Por eso, aunque mi cabeza después rodara pastosa por el suelo como una pelota pinchada, sinceramente, no hubiera evitado activar el mecanismo de la guillotina…. Chet Baker tiene dos canciones entre las que me podría debatir: *I Fall In Love Too Easily*, la cual no aseguro que me defina a pies juntillas, y *I've Never Been In Love Before*, que puedo afirmar que me iba como anillo al dedo entonces. Igual que en las más inexactas e irrisorias historias de amor, sólo necesité un beso. Así era: quería a Valeria, cosa que tardé pocas semanas para aclarar en frío.

Volviendo al aquelarre que se da cita en nuestra cabeza a razón de estar *pillado hasta las trancas*, Anna Machin, antropóloga y reputada comecocos de Oxford, asegura que todo enamoramiento sólo es un *soborno biológico*. No es la única. Muchos han sido quienes han interpretado, a lo largo del auge tecnocrático, que el amor —no digamos ya el enamoramiento; un proceso más corto, intenso, ciego y cercado temporalmente del amor— es un recurso alejado de toda metafísica. La coctelera del cerebro es una herramienta tremendamente caprichosa. Una pelirroja con labios de pimiento que se ha tirado a los Martini tras un despido, o un *hooligan* garrulo encomendado a la cerveza después de la derrota de su equipo. Sea como fuere, la sesera no maneja con demasiada coherencia la nacarada digestión de hormonas que libera. De pronto, como quien no quiere la cosa, le da por soltar una dosis equina de oxitocina. Visto que el sabor resulta demasiado ácido, compensa la mezcla con un chorrito contundente de dopamina. Pero, al igual que al adolescente animoso en la discoteca, a la base le falta algo de estimulante, un poquito de Red Bull; y para ello, el loquero mental refugiado en el sistema nervioso central recomienda chutes de adrenalina y acetileno. Con estas dos preciosidades, la entrepierna se convierte en una *discothèque* húmeda y clamorosa. Luego, como un gin-tonic en un bar pomposo del centro de la ciudad, los granos

de cardamomo y unas gotitas de angostura se cambian por un pellizco de endorfina y otro de feniletilamina. Y, *voilà!*, un cubata de amor digno de los relatos de Plinio.

Igual que un opiáceo; es decir, un derivado de la morfina. Así late el corazón mientras puede. Su movimiento martilleante hace correr la sangre hacia una pequeña hoya situada en la parte baja del cuerpo, en especial a aquella oculta al sol con represión de melanina. Allí, atemperada la bulla de sensibilidades, un efecto rebote conquista el cuerpo en su totalidad. No hay escapatoria. Salimos de nosotros mismos proyectando nuestros deseos en el ser amado. Por el camino, desafortunadamente, nos queremos cada vez menos. Como si fuera un oloroso tumor que nos deja un pelín volados, el perfume nos hace incapaces de imaginarnos sin el otro. Entonces, la vocecita del recuerdo intrusivo, esa invitada por las hormonas, nos da la chapa todo el tiempo, recordándonos inevitablemente que debemos ponernos de rodillas y dar gracias por la existencia de su objeto fetiche. ¡Ya te puede pillar un tranvía, un motocarro o un minibús! Teniendo toda la materia agitada en la chaveta, poco importa salvo el otro. He ahí una de las razones por las que el amor es poco práctico para el modelo de consumo. La devoción implica cooperación y desarma, incluso a pesar de los impulsos, el egoísmo. Todo, o prácticamente todo, se comparte. La granja de pollos descabezados por picotear el trigo disponible se reduce drásticamente. Por eso se idearon San Valentín y los aniversarios. Los solteros, especialmente aquellos que se sienten puteados, compensan compulsivamente su soledad con cantidad de aparatos electrónicos y deportivos, aplicaciones de parejas, muebles producidos en masa y cualquier sustituto capaz de ahogar el tumoroso olor a cariño perdido que brota del (todavía latente) forúnculo de sus enamoramientos. Son el espécimen perfecto del supermercado social. Ahí entran los avispados gerifaltes del comercio, deseosos por invocar la mayor sensación de fracaso emocional posible. A falta de amor, que no escasee el dinero…

Porque realmente lo que todos desean desde hace más de cuarenta años es *hablar de su Yo*. El gran tropiezo de las relaciones amorosas ha sido relegar a la condición de drama el estatus de emparejado; entender la dependencia como una cojera existencial y no como una respuesta ágil y gozosa a los inevitables tropiezos de la cotidianidad.

Mucho de lo que ahora se conoce por «libertad sexual» consiste básicamente en mujeres y hombres reclamando prototipos de una perfección inalcanzable con los que experimentar un sentimiento ególatra de satisfacción. Y no una satisfacción privada, sino una satisfacción pública, de cara al escenario en el que se exhiben cotidianamente.

A finales de los años ochenta, Deng Xiaoping pronunció una frase lapidaria: «No importa si el gato es blanco o negro, lo importante es que cace ratones». Hoy, en la era Tinder, el amor se ha subastado igual que se subastó la integridad ideológica, relegando el valor a la acumulación y no al cuidado de lo poseído. Hemos entrado en un capitalismo de las experiencias donde la ruptura del lazo comunitario es el síntoma principal de la enfermedad. Forma parte del comportamiento normal transitar de pareja en pareja a la expectativa de un absoluto inexistente. Es la selección a la carta. Y si las personas ya suelen ser escépticas a la hora de comandar platos ajenos a sus gustos habituales, es peor aún a la hora de elegir pareja. El amor se construye en los defectos a los que hacemos frente hasta añorarlos en otros cuerpos. Si se construye el romanticismo sobre las bases de los cánones que marcan nuestro apetito, purgamos cualquier digestión de esos defectos, invitándonos a cambiar de objeto de deseo al menor contratiempo.

Por eso la estantería de parejas a elegir de las aplicaciones ni

siquiera se justifica en la búsqueda de extrañas movidas BDSM con tubos, vendas, látigos y correas. Eso daría sentido a la participación esporádica encomendada a la descarga de la ambición reprimida. El conjunto es de lo más normativo. Este drama de la insatisfacción acumulativa ya fue esbozado por Freud hace un siglo, pero se mantiene bien presente. Salvo que, como suele ocurrir con el progreso tecnológico, ahora es inmensamente más fácil escoger. Habiendo internet y la conexión no-física, pirateado el sistema de recompensa, los occidentales acaban siendo más propensos a cazar esporádicas travesuras sexoafectivas. Jueguecitos que rápidamente desechan ante la perspectiva subconsciente de estar socavando su autonomía individual.

Un drama habitual de nuestros días se ve en la película *La peor persona del mundo*, de Joachim Trier. La castrante libertad de oportunidades lleva a la protagonista a una indecisión crónica que, inevitablemente, termina infectando sus relaciones amorosas. Incapaz como es de decidirse sobre su plan vital, lo mismo vive en esa constante incertidumbre con su pareja. Llegado el momento en que una duda invade su espíritu, se encomienda a ella hasta que le da salida con otro hombre. Esto no aplaca sus vacilaciones existenciales, pero encapsula momentáneamente tener que reflexionar sobre ellas. El Yo, total y sin limitaciones, fagocita al contrario para encontrar en él una respuesta con la que resolver los escollos personales, lo cual no deja de ser una proyección estéril. Intentar solventar los problemas personales, porque son los únicos que importan y no los del otro, en función del aspecto y la actitud de la pareja es como culpar a la rueda pinchada de los desbarajustes del motor. Cambia el neumático averiado, si gustas, pero tarde o temprano el carburador volverá a fallar. Lo que está sentenciado es la base y no quien comparte sus dramas. Siendo incapaces de razonar que los fallos nacen de uno mismo, porque no hemos atendido a los de quien nos acompaña en el viaje, estaremos eternamente destinados a cambiar de acompañante.

Pero, a lo que iba… Después de besar a Valeria durante una hora, la acompañé a la parada del autobús. Una vez subió, alejándome al poco de su rango de visión, pegué un brinco como un crío. Percutí ambos brazos hacia atrás, gritando: «¡SÍÍÍÍÍÍ». Parecía Andy Ruiz al ganar a Anthony Joshua. No podría asegurar qué me entusiasmo más, si haber logrado que Valeria me besara con tantísima intensidad, o haber logrado, a pesar de todas mis dudas, cumplir mi objetivo. Sería estúpido decantarse. Ambas ardieron prendiendo la hoguera de mi vanidad. Di vueltas sobre mí mismo en un vals pleno y solitario.

Tuve el amago de recrearme en un análisis conceptual. ¿Qué debía hacer a continuación? ¿Cuál era el siguiente paso…? ¡Ah, no! Eso es como llegar a una fiesta de acneicos lumpens medio deprimidos y preguntarse por qué estás allí en vez de ponerte morado. Flaquear frente al desastre es la mejor manera de que te consuma. Darle vueltas al tema hubiera sido una estupidez. Cuando un tsunami de placer se hace con el control de tus terminaciones nerviosas no es momento de andarse con meditaciones. Lo mejor es rendirse a la sensación de gloria, reprimir las ganas de vomitar, abandonar cualquier expectativa de frustración y recrearse al máximo en el tesoro de las vibraciones invasoras. Luego, ya si eso, con el cénit relajado, será momento de pensar en las consecuencias. La vida nos da pocas oportunidades de sentirnos verdaderamente completos. Despreciarlas me parece de mal gusto. Por tanto, FALTARÍA MÁS, anduve todo el camino a casa con la sonrisa de un maníaco. Y me daba igual que me tildaran de loco, metanfetadicto o lo que al personal le saliera de las narices. Si parecía un ganso, medio reventado del coco, me la traía al pairo. Esa es la plegaria cumplida del amor: nada, salvo el ser amado, importa. ¡Todo un peligro! La humanidad se convierte en un amasijo grumoso y repulsivo, lo que no favorece en absoluto la empatía. Pero el sentimiento de realización es tan refrescante que estás dispuesto a convertir la mugre en materia prima de calidad *premium*. Ayudas al prójimo. Te

desentiendes de tu bienestar. La mayoría de las cosas pierden su peso porque quien amas se lo ha llevado todo. En fin, que has tocado techo.

4

NO VI A VALERIA HASTA PASADOS TRES DÍAS. El viernes no coincidimos en la universidad; según me contó, estaba enferma. Tras insistirle como un niño mimado, logré convencerla para que nos viéramos el domingo. Ella pasaba de que la viese mocosa, enrojecida, hinchada y con halitosis. A mí me daba lo mismo, quería cuidarla. Ya comenzaban a supurar las primeras pinceladas de obsesión… aunque, de momento, sólo las pensara como efectos colaterales de mi caballerosidad.

Llegué a su casa a las cinco de la tarde. Me abrió la puerta vestida con un pantalón de pijama de cuadros escoceses verde, ancho desde la mitad de los muslos hasta los pies, y una camisa con la misma cuadrícula que le marcaba sutilmente la copa de los pechos; no llevaba sujetador. Le puse una mano en la cintura y acerqué mi cara a la suya. Ella volvió la cara en un gesto entre sonriente e interrogativo.

—No querrás que te pase esto, ¿no? —preguntó mientras aspiraba aire por su naricita sonrojada.

—Me da igual, Valeria. Te quiero… besar.

Volví a lanzar mis labios y se encontraron con los suyos. Los noté algo secos y quebrados. Nada que no me impidiera separarme levemente, humedecerme la boca y regresar a la suya para lubricar el contacto. Sentí que, pasados pocos segundos, su tensión fue

decayendo. Abandonada ya al tacto de mis manos recorriéndole las caderas, pegué su pubis al mío y deslicé la mano derecha por la nalga. Sin ejercer presión, la acaricié suavemente por encima del pantalón de pijama. Noté en ella una creciente excitación. Valeria cerró la puerta de un golpe y siguió besándome, cada vez más caliente. La entrada de la casa era un pasillo luminoso que daba a un salón-cocina americano impoluto y calurosamente decorado. Cortó el morreo y me llevó hasta su habitación tirándome del cinturón.

El dormitorio era pequeño, con una cama individual pegada a una ventana que daba a un patio interior. Allí volvió a besarme. Me puse de rodillas frente a ella y le bajé los pantalones del pijama. Tampoco llevaba bragas. Observé de frente la línea de su coño, depilado y candoroso, momentos antes de lanzarme con la lengua en punta hacia él. Olía bien y sabía mejor. Era una vagina increíblemente bella. Contraída, algo morena, con unos labios tan jugosos que casi parecían de pega. La senté de un empujón contra el borde de la cama y ahí, a lamidas firmes y valientes, mi deseo se volvió irresistible. Ella gemía desinhibidamente, en una mezcla entre concentración y frenesí que guiaba los temblores de las piernas. Le mordisqueé el clítoris. No lo soportó mucho tiempo. Justo antes de meterle dos dedos, empezó a convulsionar con un descontrol absoluto. Me agarró de la cabeza, la subió hasta la suya y lamió mi lengua en el interior de su boca.

—Me gusta cómo sabe… —dijo, interrumpiendo el besuqueo un instante.

No quise prolongar la cháchara. Me deshice de los pantalones como pude mientras ella se quitaba la camisa del pijama. Sus tetas, sólidas y suaves, me llamaron la atención. Tenía la piel de gallina, espolvoreada de puntitos y tersa como la de una curtidora. Se apartó de mí y sacó un condón del cajón de la mesilla; una goma Durex. Abrí aquel condenado plástico a toda leche. Oleadas de éxtasis me recorrían el cuerpo y asolaban la mente… pero no el

pene. Tenía el miembro flácido como una cuerda de tela. No daba crédito. Valeria era, por descontado, la mujer más hermosa y cargada de sensualidad con la que había estado, pero mi sexo no parecía dispuesto a cumplir con su cometido. Si aquel aparatejo pellejudo, con olor a queso y la mala costumbre de inmiscuirse en la mayoría de mis decisiones, era incapaz de erguirse cuando hacía falta, ¿para qué lo quería? «O te levantas, maldita sea, o te prometo que te amputo y te tiro por el váter», le dije mentalmente. Intenté, en vano, azuzarlo masturbándome sin dejar de besar a Valeria. Pero no había nada que hacer.

—¿Estás bien? ¿Te pasa algo? —preguntó ella.

—Sí, sí, sí, no es nada. Dame un segundo. —Ni segundo, ni minuto ni hostias… Tenía un gatillazo del tamaño de la pipa de Harry el Sucio.

—¿Quieres que te la chupe? —sugirió.

—Bueno…

—Ven, levántate.

Obedecí. Se arrodilló frente a mí, me agarró el glande y lo introdujo en la boca. Yo aún tenía el condón sin colocar en la mano derecha. Su lengua revoloteaba sobre la punta como si lamiera una piruleta. No succionaba con demasiada devoción y, cuando lo hacía, llegaba hasta poco menos de la mitad. Estaba claro que no era ninguna experta. Pero mirarla a los ojos, esos ojos negros y grandes con una expresión tan tierna, drenó, inexplicablemente, poco a poco una buena cantidad de sangre a mi miembro. «¡Sí! ¡Bien! ¡Así me gusta! Venga, chaval, que a lo mejor te libras de un tijeretazo». Valeria asaltó mis huevos en un inesperado acto salvaje. Fue el gesto determinante con el que mi erección alcanzó las dimensiones necesarias para vestir el capuchón.

Le di un par de vueltas a la goma —«¿Por dónde narices va esto?»— hasta que logré hacerme con el control de la situación. Encapuchado el pizarrín, Valeria se tumbó boca arriba. Absolutamente increíble… Realmente alucinante… Lo que había

tardado unos cinco minutos en llegar a hincharse, se desinfló en menos de uno. Era como un gusano retráctil intentando entrar en una cueva estrecha.

—¿Qué pasa, Galo? ¿Te ocurre algo?

Me hubiera gustado decir que no, que era sólo un traspiés, una ligera zancadilla previa a lo que prometía ser una maratón digna de medalla olímpica. Pero no… Las derrotas hay que asumirlas. Retirarse con toda la dignidad posible y organizar un contraataque eficaz. Una parte de mí, la masculinidad aletargada del estómago reaccionaria y cretina, me pidió enfadarme. Agarrar un avergonzado cabreo, vestirme y largarme de allí rápido como si acabara de robar en una tienda. No obstante, tuve el acierto de deshacerme de semejante estupidez. Me tumbé al lado de Valeria, desnudo, indefenso… Ella, sin decir nada, abrazó mi espíritu derrotado. Acabó dándome un beso en la mejilla. Giré la cara y la vi sonriendo. Quedé contagiado de su ternura. La arropé, por fin, con los brazos, sintiendo unas fuerzas renovadas.

—Lo siento mucho, cariño. No sé, me he puesto nervioso… —musité. Me pareció que lo mínimo era dar una explicación. Barata, sí, pero sincera, también.

—Chisss… Caaalla. No pasa nada. Está bien. Está bien… —respondió.

Qué magnífico puede llegar a ser el espíritu de una mujer. Si el hombre alberga algún atisbo de sincera bondad, este se debe al reflejo interno de una madre, o de cualquier mujer que haya pasado por su vida dejando el poso suficiente. Si un hombre no ha conocido esto, está inevitablemente condenado a convertirse en una bestia.

Aspiraba a que mi primer polvo con Valeria nos elevara a una fusión sublime. Y, en cierto sentido, así fue… Aquel abrazo de erotismo estéril, apasionado en el cariño y moribundo de deseo. Su sonrisa, esa sonrisa melosa, vestida sólo de carne y ternura. El arrullo suave de su respiración contra mi pecho, inquieto y trémulo. *Aaah*… Todo edificó en mí una torre de marfil galvanizada de

esperanza. En las relaciones humanas suele ocurrir de todo sin que pase realmente nada. Pero allí, con el pene flácido como un regaliz húmedo, disfrazado todavía de sepia de silicona, y Valeria abrazándome sin juicios ni reproches, ni mayor ambición que pasar el rato tal y como estábamos, me sentí feliz… Tenía suerte. Los hay que tardan una vida entera en sentirse así. Yo lo había logrado con veinte años.

Lo que nadie se atreve a confesar, porque es de mal gusto (ciertamente, una cretinez desorbitada), es que enamorarse tan joven es un billete seguro a las forjas de la depresión y la angustia. «La vida es demasiado larga, creo, siento», como decía Alejandra Pizarnik. Cuando no se hace nada o se espera todo, los días son edades, y la melancolía, un veneno que ralentiza las horas. Al morir el primer amor, el más total, los demás son imitaciones que esperas —casi siempre en vano— que estén a la altura de esas viejas emociones. Y el final, por esperado, no resulta menos doloroso…

Hay personas que creen haberse enamorado, hasta que lo sienten de verdad. Gente que dirá: «Bah, con veinte años uno tiene toda la vida por delante. Muchas cosas por vivir. Mucho amor por encontrar». No lo negaré. Pero hay amores que se cruzan y atraviesan tanto el corazón que la herida supura sangre con su nombre durante años. Pasan las relaciones, amantes de toda guisa e intensidad con quienes crees haber tapado la hucha, pero siempre vuelve. En los fallos, los tropiezos, las angustias y las frustraciones siempre hay un nombre que regresa. Esa cara personifica la comparación y se arrastra hasta el cadalso de las frías mañanas en las que vivir es una decisión cuestionable. Todo se convierte entonces en una tregua infernal con uno mismo. Sobre todo, los domingos.

Valeria acabaría por abandonarme, pero para eso aún faltaban años. Allí abrazados, desnudos pero asexuados, confirmé que ya la amaba.

5

PASÓ ALGO MÁS DE MEDIO AÑO tras aquel primer fracaso sexual pero, al fin y al cabo, victoria amorosa. Si la vida me había parecido alguna vez fría y sosa, dejó de parecérmelo. Además, cualquier duda sobre lo que sentía por Valeria quedó resuelta en aquella playa.

Estábamos alejados de todo. La urbanización de Eucaliptus, en el Delta del Ebro, era un oasis discreto, no más de mil propietarios, de los que en aquel mes de marzo faltaban la mitad. La playa, larga, virgen, inabarcable en el horizonte y purgada de esos armatostes indignos que pueblan la mayoría de las arenas españolas, parecía un edén donde refrescaba a la puesta de sol. José Luis y Amparo, los amigos de mis padres que habían tenido a bien prestarnos la casa para nuestra improvisada escapada, ya nos lo advirtieron. «No creo que haya mucha gente —me dijo José Luis—. En esta época la cosa está desértica. ¿Estáis seguros?». Y vaya si lo estábamos. Al menos yo. ¿Un retiro sin distracciones ni abucheos a la soledad? Válgame Dios, ¿qué más puede pedir una parejita joven con ganas de fornicar hasta la inanición?

Llegamos a la casa, una encantadora finca con chimenea incluida en el salón central, sin televisor, ni wifi ni nada que nos despistara el uno del otro. Los rudos muebles estaban cubiertos de un lienzo crujiente de polvo, casi tan blanco como las paredes desnudas. El interior era de una sencillez opulenta y maravillosa, sólo intoxicada tecnológicamente por una minicadena antigua, con una veintena de

discos que iban desde *Mix Años Ochenta* hasta el imprescindible recopilatorio de Buena Vista Social Club de 1997, y un tablero de ajedrez electrónico. Dejamos las maletas, quitamos un poco el polvo y Valeria insistió en que debíamos ir a la playa cuanto antes. Rondarían las cinco y las horas del tibio calor primaveral llegaban a su fin. La obedecí sin rechistar. Mientras despachaba una meada, ella se cambió en un abrir y cerrar de ojos, irrumpiendo al momento en el baño mientras me deshacía de las gotitas restantes.

—Espero que no vaya a estar así toda la escapada —dijo Valeria, dirigiéndose a mi entumecida manguerita de jardín.

—Ya te puedo asegurar que no aguantará así en cuanto te vea en bikini —respondí sonriente.

—Eso espero, que no he venido aquí para acabar usando el Satisfyer.

—¿Lo has traído?

—¡Claro! Para que juguemos juntos —sentenció, guiñándome un ojo.

Nada más terminé, Valeria comenzó a dar palmadas para que me apresurara en ponerme el bañador y salir lo antes posible. Ella llevaba un pareo rojo que la cubría desde lo alto de los pechos hasta las rodillas. Todavía no había podido ver qué conjunto ocultaban sus deliciosas partes.

La playa, aunque comenzara a escasos cincuenta metros de la casa, se extendía al menos unos cien hasta llegar a la orilla del mar. Caminamos en silencio, separados, cada uno llevando una bolsa. Ella había guardado en la suya una toalla gigante azul (enorme, como para tres personas), un libro sobre terrorismo islámico llamado *Wahabismo no es Islam* y un bote de crema para el sol. Yo llevaba en la mía una toalla de promoción de Coca-Cola y una novela, *Las tribulaciones de Wilt*, que confirmó a Tom Sharpe, tras *Reunión tumultuosa*, como mi escritor cómico favorito.

Aparcamos las cosas cerca del oleaje. El lugar estaba prácticamente desierto. En cuanto Valeria estiró su inmensa toalla,

de un gesto se quitó el pareo. Había escogido un bikini selvático, de trazos negros y copa alta.

—Te quedaría mejor si te subieses la braga por encima de las caderas —le dije, admirando como un tonto su espléndido cuerpo.

—¿Cómo? ¿Así? —preguntó mientras se alzaba el tejido tal y como le había dicho.

—Sí. Así, perfecto.

No entendía esa moda femenina, nacida con el cambio de siglo, de llevar la braga del bikini lo más cercada posible al pubis. Me entusiasmaban los bañadores altos, casi alisando los labios vaginales, de los años ochenta. A mi entender, edificaban terriblemente el cuerpo femenino, marcando la cresta ilíaca sumergida bajo la piel como dos tramos convergentes en el epicentro del vicio. Agradecí de corazón que Valeria atendiese a mis peticiones. Es raro desear algo y que se haga realidad. Cuando no depende de uno, que se cumplan las expectativas es como tirar una botella al mar; lo más seguro es que no alcancen buen puerto. Afortunadamente, el embarcadero de Valeria se encontraba receptivo aquel día.

Sin mirar siquiera si había alguien a nuestro alrededor, se quitó la parte de arriba del traje de baño. Me quedé mirando, embobado, sus magníficos pechos. Ya los había visto en la intimidad de nuestras habitaciones, pero no había tenido la oportunidad de contemplarlos a la cálida luz del sol. Resplandecían increíbles. No podía apartar la vista de las areolas marronáceas que abrazaban sus achinados pezones. Luego, como si una fuerza orgánica me obligara a ello, me enfoqué en la parte de abajo. Ni un minúsculo pelo sobresalía por los lados. Presenciarla deshacerse de la censura a la que nos sometía la urbe me excitó muchísimo. Temí sacármela del bañador y acariciarla, dura, imaginándome su coño bajo ese intrusivo trozo de tela sin necesidad de que lo descubriese. Por un momento, saber que conocía en olor, forma y sabor lo que se me ocultaba, pero sin enfrentarme a ello cara a cara, me hizo experimentar un místico

estado de realización.

Incapaz de apartar la mirada, Valeria terminó pillándome.

—¿Qué? ¿Te gusta lo que ves? —preguntó en un tono difícil de explicar.

—No sé cómo podría no gustarme —aseguré, invadido por una sinceridad ineludible.

—No, no, lo digo en serio, Galo. ¿Te gusta?

Me quedé mudo. ¿Acaso era una prueba? ¿Esperaba una respuesta concreta? No me consideraba un chaval tonto, pero en lo que respecta a las intenciones femeninas, estas siempre me parecían un galimatías difícil de descifrar.

—¿A qué te refieres?

—A que si de verdad te gusta mi cuerpo…

La estudié milimétricamente de arriba abajo. Escruté la curvatura algo extraña de sus pies, destacando en los extremos de los dedos gordos una especie de callos. Seguí con las rodillas, anchas, levemente arqueadas hacia fuera, como si no pudieran tocarse la una a la otra al mantenerse erguidas. Subí hasta sus muslos, ensanchados a la altura de la pelvis donde las caderas se revelaban dilatadas, tirantes del zarpazo de suaves estrías que recorrían sus glúteos. Luego esa tripa, escueta, discreta, con una leve insinuación hacia el exterior que remataba en un ombligo decorado con un *piercing* de bola verde fosforito. Seguí yendo hacia arriba, donde sobresalían un par de tetas que sólo podían describirse como intachables. En definitiva, para mí era simplemente perfecta.

—Eres gilipollas —respondí.

Me miró indignada. Sus ojos desvelaban la rabia de quien ha recibido un merecido tortazo, pero un tortazo, al fin y al cabo.

—¿A qué coño viene eso? —dijo en tono hostil.

—Mira, cariño, los problemas se resuelven agarrándolos por los cuernos. Si tienes que preguntarme eso, es que eres gilipollas.

—Galo, creo que te estás pasando. Te he hecho una pregunta sincera —insistió—. No entiendo esa respuesta.

—Valeria, ahora mismo hay miles de mujeres… no, qué digo, ¡millones!, que darían lo que estuviera en su mano por tener el cuerpo que tú tienes. Estás en la cima, en la cumbre del atractivo. Dentro de algunos años no volverás a ser tan bella como lo eres ahora. Sólo el hecho de cuestionarte es un insulto al presente de infinidad de mujeres, y a tu futuro. ¿Sabes qué pienso de tu cuerpo? —Valeria mantuvo un silencio concesivo—. Que no hay nada en el mundo que desee más que poder contemplarlo. —Su mirada pasó de la indignación a la sorpresa en un instante—. No, no me mires así. ¡Joder, es verdad! —exclamé mientras bajaba la cabeza.

—Galo… —respondió, mirándome como si se estuviera recuperando de un directo a la mandíbula—. No sabes la presión a la que estamos sometidas las mujeres. Es como si tuviéramos que lucir perfectas a cada instante.

—¿Y quién define qué es la perfección? La perfección es una trampa —repliqué soliviantado—. Da por saco y embaraza. Es como una pastilla de autoexigencia para que todos nos terminemos odiando sin remedio. La perfección ajena te recuerda constantemente tus defectos y eso invita al odio. Y la perfección propia te hace caer en una autoexigencia por la que terminas odiándote constantemente y sin remedio. Lo mejor es huir de todas ellas. Mandar a freír espárragos esa omnipresente manita del mercado. Esa que te hace desear lo inalcanzable para que sigas consumiendo todo cuanto te vende un camino para llegar a ello…

—Tío, no entiendes nada —saltó—. Anuncios, tele, Instagram, modelos, todo… ¡Todo te hace pensar que tienes que ser igual! Y ya sé que no se puede, pero eso no significa que no me haga dudar de mí. Si es una trampa, está francamente bien pertrechada.

Qué aguda podía llegar a ser a veces la cabrona. Después de su intervención no conseguí sostenerle la mirada. Tenía razón. No es que yo no estuviera sujeto a esa presión. Los carteles de Calvin Klein me hacían sentir igual de incómodo frente a mi físico aparentemente desaprovechado que a ella, pero entiendo que tenía otras

herramientas sociales asumidas en la masculinidad que me salvaban. Como Lester Bangs, tendía a considerarme esporádicamente brillante, un cabronazo atractivo y bueno en la cama con un sentido del humor salvaje e impredecible. Con casi total seguridad, ninguna de esas pretensiones era cierta, pero, no importa cómo, creía en ellas.

Pasó un lapso de tiempo que no sé identificar. Los rayos de sol seguían reflejándose en sus pezones, ahora erectos por los ramalazos de viento que nos machacaban. Encorvé la espalda y me levanté de un gesto. Sin que tuviera tiempo para responder, apreté a Valeria entre mis brazos. La arena ya se había pegado a mis tríceps y resbalaba por el límite de sus caderas hasta el suelo. Acerqué mi cara a la suya. Ella abrió los labios y los pegó a los míos. Acto seguido, metió su lengua en mi boca. Cuando mis manos se deslizaron hasta sus costillas sentí una violenta excitación. Se me puso tiesa inmediatamente. Sin separarse de mí, Valeria me tiró sobre su enorme toalla, como si intuyera de antemano que íbamos a necesitar un espacio considerable para montárnoslo allí mismo. Apretó sus tetas calientes contra mis pectorales. Bajé el cuerpo hasta la altura de su vagina. Eché un vistazo a ambos lados y, a continuación, Valeria alzó la cabeza y redirigió mi rostro hacia su destino original: el coño. Le bajé las bragas y apreté la cara contra sus labios. Estaban húmedos. ¡Humedísimos! Aceitosos de pura excitación. Era inexplicable. Comencé entonces a lamerlos, casi rozando la parte superior del ano. Pasó de una sincera higrometría a un abundante chapoteo en dos minutos. Me bajé el bañador con agresividad y comencé a masturbarme mientras seguía disparando la sinhueso a lo largo de todo su sexo. Aunque no tuviera el pene totalmente erecto, aquella situación, el saberse a la vista de cualquiera que asomara por la playa, provocó en mí una oleada tremenda de placer. No pude contenerme más y subí hasta que mi polla se frotó superficialmente contra los bordes exteriores de su vagina.

El Sol tibio nos calentaba y su cuerpo ardía como mil demonios. Yo estaba, sin embargo, frío. O, mejor dicho, necesitado de todo el calor que ella pudiera desprender sobre mí. No era sólo deseo por su carne, sino un hambre total, un apetito devorador. La metí. Noté su vulva envolviéndome el pene con una avaricia descarada. Las paredes de su útero parecían haber capturado la totalidad de mi miembro, que difícilmente escapaba a las arrítmicas contracciones citadas a su alrededor cada dos segundos. Al cabo de cinco minutos, creí desvanecerme. Estaba lejos aún de eyacular, pero el firme abrazo de sus piernas envolviendo mis nalgas, arremetiendo con fuerza contra ellas para que llegase hasta lo más hondo, elevó mi conciencia hasta esa tierra ausente donde todo queda en un clamoroso silencio. Ahogado, incapaz de articular palabra, le pedí como pude que se pusiera encima. No pareció entenderme, pero aun así me agarró del pelo, hizo fuerza hacia el lado derecho y mi cuerpo cedió contra la arena como una presa herida de muerte queda postrada en el suelo. La coordinación fue inexplicablemente perfecta. Ella recuperó el ritmo con una soltura casi ensayada. Enfocó su mirada en mí. Parecía disfrutar viendo el deseo en mis ojos mientras yo, atizado por un vértigo de apetito y agradecimiento, sólo podía rezar para que se corriera pronto. Sobre todo, antes que yo. Claro, aquello no era más que un juego. Eso lo sabía. Una competición por ver quién aguantaba más. *Veamos cuál de los dos es capaz de darle más placer al otro antes de que la vergüenza de estar montándonoslo en público marque el punto final*. Yo no tenía intención alguna de ceder, pero Valeria estaba tan encomendada a su propio placer, que no pude hacer nada por evitar el mío. Con su coño exuberante y su cuerpo estremeciéndose entre incontables jadeos, la levanté de un gesto y me corrí sobre mi vientre. Podría haberme mordido la lengua hasta arrancármela, pero la contención fue imposible. Apreté el culo de Valeria desparramando lo que creí que era el contenido total de mi alma. Ella, todavía convulsionando en soledad, ciñó mi pezón derecho con fuerza. Lo había logrado. Se

había corrido. Me envolvió una sensación de gravedad tan agresiva como la de un astronauta después de pasar meses en una estación espacial. Estaba agotado. Inválido.

Un tipejo acompañado de dos perros apareció a unos treinta metros de nosotros. Valeria, tumbada y moribunda, con los ojos entornados como queriendo expandir la sensación recién experimentada más allá de sus posibilidades, ni se dio cuenta. Al oír el ladrido de uno de ellos, me erguí como una estaca y empecé a ponerme el bañador lo más rápido que pude. Daba igual que el ibón de semen acabase untando las gomas del traje de baño; lo importante era cubrirse, guardar las apariencias frente a aquel César Millán inoportuno. Agité a Valeria para que volviera en sí.

—Eh, nena, hay un tío que viene hacia nosotros. ¡Vístete!

Pero ella, como si oyera llover.

—No te preocupes —dijo casi sin abrir los ojos—. Déjalo. Si tiene que ver algo, que lo vea.

El *voyeur* pasó por delante despachando tímidas miradas al cuerpo desnudo de Valeria. Yo lo enfoqué directamente a los ojos, con la intención de disuadir lo que, sinceramente, era una curiosidad de lo más natural. De haber estado en su lugar, yo no hubiera retenido el impulso de fotografiar mentalmente la vagina depilada de Valeria, abierta sin pudor entre sus muslos. Cuando se detuvo a unos pocos metros para llamar a uno de los perros, dejé a un lado mis reservas. Me tumbé, semidesnudo, con el bañador mal puesto, y alargué la mano hasta los pechos de Valeria. «Tiene razón —pensé—, si tiene que ver algo, que lo vea».

Media hora después, con la píldora del deseo ya digerida, el Sol comenzó a desaparecer. El viento se encabritó duro, haciendo que la temperatura descendiera a toda velocidad. En el tacto del pezón de Valeria sentí la carne contrayéndose hasta el límite. Era hora de regresar.

Aunque fatigado, me encargué de hacer una barbacoa a base de chistorra, longaniza, salchichas, tomate, pimiento y cebolla, así como un par de muslos de pollo. El frío nos había alcanzado y ambos vestíamos de calle. Cenamos aburguesadamente, con fingida naturalidad, como si fuéramos un par de nuevos ricos degustando manjares a los que no estábamos habituados.

Con la panza llena, encendí un fuego en la chimenea. Nos sentamos en silencio en los sofás, mirando las llamas hacerse con el control de la madera y contando los chispazos. ¡Chip! ¡Chip! ¡Chip! Sin decir nada, Valeria se levantó, se quitó la sudadera, después la camiseta, luego las zapatillas, los calcetines y, por último, los pantalones. Lo hizo mientras seguía mirando el fuego. En cuanto estuvo en bragas, se puso frente a mí, apoyó las manos en las caderas y me miró desafiante, con la indiferencia escrupulosa de una máquina. El movimiento de sus cejas me invitó a continuar. Me levanté la camiseta, me quité las zapatillas, los calcetines y los pantalones, que fueron a reunirse torpemente con el resto de su ropa. Todo en silencio, sin perderle la mirada. La escena tenía buena pinta. Aguantamos así, en ropa interior, perfilándonos, un par de minutos. Otro juego. Todo con Valeria se convertía en un juego. Pero, por primera vez en mi vida, era un juego en el que el contrario ganaba siempre y yo también. Nos abrazamos y besamos. Mi aliento arrastraba, como el suyo, carnes y cerveza. Daba igual. Podíamos haber bebido vinagre, que nada nos hubiera separado.

Metí mi mano por debajo de sus bragas negras de encaje con un lacito en la goma delantera. El rostro de Valeria proyectó la vitalidad del sumiso agradecido. Se agarraba a mi cuerpo, temblando. Cuanto más apretaba los dedos contra su clítoris, cada vez más húmedo, cada vez más bulboso, mayores eran las vibraciones. No tardé en agacharme para besar su vagina, que después recorrí de arriba abajo también justo con la punta de mi lengua. Llegado el momento, separó las piernas y atrajo mi cara hacia la suya, como era su costumbre. Yo me negué. Le mordí los pezones y le di la vuelta,

poniéndola a cuatro patas sobre el sofá. Ella, cada vez más jadeante, se apretaba las tetas con las manos haciendo que su cara quedara completamente aplastada contra los cojines del respaldo. Se levantó de un gesto, arrojándose a mi boca. Se puso de rodillas y comenzó a lamerme el miembro. En aquellos seis meses de relación había adquirido una técnica cada vez más depurada y precisa. Mi pene se alzó triunfante. Creí morir de gusto. Los sonidos de succión entraban en armonía con el chisporroteo de las llamas. Sentí que iba a correrme, tenía nublada la vista y el juicio. De pronto separó la cabeza de mi erección, me agarró de las nalgas y me tiró de un empujón al sofá. Nada más caer, se dio la vuelta y alzó mis piernas. Esta vez fue ella quien me practicó un beso negro, concienzudo y decidido. Ofrecí mi oscuro agujero al ardor de sus besos sin remilgos. *¡Maravillosamente bestial!* Estuve a punto de explotar en varias ocasiones.

—¡No! Valeria, espera, espera —grité, abrumado hasta lo indecible.

Ella siguió con el asunto al tiempo que me masturbaba. Cuando no pude soportarlo más, notando ya algunas gotas de esperma brotar de la punta, me tiré sobre ella con agresividad y la besé. Me devolvió un sabor no tan desagradable como esperaba. La agarré de los brazos y volví a colocarla en el sofá. Esta vez, con las rodillas a la altura de mis orejas. Las olas de placer rompían en mi interior con la fuerza de un bramido animal. Empecé a moverme con vigor y ritmo. El sexo es como un cuadrilátero, como una página en blanco; para salir victorioso y con material de calidad, lo más importante es el ritmo. ¡Ritmo, determinación y estrategia! Llegado el momento, Valeria emitió un chillido sordo.

—Me… me… me corro… me corrooooo… —descargó con voz ahogada.

Creí que se había desmayado cuando fui preso de una avalancha de goce que rara vez he conocido. Saqué la polla y eyaculé sobre sus pechos con mirada calinosa. Acto seguido, caí al suelo, exhausto, al límite de la inconsciencia. Sólo me mantuvo despierto una discreta

lágrima que me recorrió la mejilla, evaporada al momento frente a la viveza del fuego. No puedo asegurarlo, pero apostaría haber visto las llamas azuzadas descontroladamente en el pico de energía que Valeria y yo acabábamos de despachar.

Durante un par de minutos respiramos con fuerza, a destiempo y en silencio. Las gotas de sudor empezaban a acumularse entre los pectorales. Valeria me tendió la mano desde lo alto del sofá. La agarré con fuerza.

—Galo…

—¿Sí?

—Lo he comprendido esta mañana, pero ahora no me cabe duda. La conexión que he tenido contigo ha sido algo superior, imposible de imaginar para mí hasta ahora. Galo, hoy sí lo tengo claro, te quiero. Te quiero de verdad.

Era la primera vez que me lo decía. Yo sabía que la quería desde hacía tiempo, pero tampoco se lo había dicho. Por fin era el momento. Sí, el *momento idóneo*.

—Yo también, Valeria. Lo sé hace semanas, pero hoy tampoco habría podido evitar decírtelo. Te quiero como jamás he querido a nadie.

Ahora sí, se incorporó para mirarme postrado sobre la alfombra.

—¿Sabes? Creo que vamos a ser muy felices…

Y lo fuimos, no cabe duda.

Cuatro años y medio después, Valeria me dejó.

6

MÁS DE CINCO AÑOS… Vaya, si lo pienso, a veces me tengo que dar con un canto en los dientes. Cinco años llenos de altibajos, dramas, angustias y depresiones, que quedaban sepultados con la misma rapidez con que lográbamos volver a avivar lo nuestro. Susan Sontag decía que la enfermedad es la ciudadanía más cara de la vida. Al nacer, tenemos doble nacionalidad, la del reino de los sanos y la del reino de los enfermos. Y por mucho que prefiramos habitar el terruño bueno, antes o después todos tenemos que hacer un viaje a aquel otro lugar. No fueron pocas las veces que visité la tierra de la enfermedad *valeriana*. Con todo, seguro que fueron muchas menos de las que cabría esperar, tantos años después. Al menos, tantos años para el mundo de hoy…

Supongo que, aunque ella extendió el certificado de defunción, fui yo quien lo escribió. Valeria había encontrado un trabajo conveniente en Bruselas como ayudante de un europarlamentario. Un cenizo. Un mamarracho con nariz de simio abotargado cuatrojos y aspecto de viejo monaguillo pervertido. Al poco de empezar nuestra relación, el muy cretino ya se la había intentado llevar al catre. Valeria tenía veinte años recién cumplidos. Él, cuarenta tacos, una mujer —de la que acabó por separarse— y un crío mulato que parecía un murciélago de la fruta. Ahora, un lustro después, volvería al ruedo.

Yo lo sabía bien. Afortunadamente, también me constaba que a Valeria le repugnaba en ese aspecto. Palabras textuales: «¡No haría nada con él ni muerta!». Confieso que, pasado cierto tiempo desde su marcha, logré asimilar los pensamientos intrusivos en los que la veía mamándosela a un tipejo anónimo de abdominales impecables y miembro diamantino; un primor de chavalito con culo hollywoodense. Pero visualizarla besando a ese alfeñique, más zurullo que hombre, me habría llevado a la lobotomía o a la sobredosis.

El caso es que, preso de la soltura moderna del libre hacer, de ser cuerpos desbocados encomendados a la fluidez de los tiempos, lejos de influir, inmersos en ese *nuevo orden erótico* del que habla Diego Fusaro, no la retuve. Por eso digo que escribí, con tinta roja, la esquela de la relación, porque no puse trabas a nuestra ruptura. Pude decirle que se quedara. Pude insistir en que se mantuviera a mi lado, en irnos a vivir juntos, hacer una pareja al uso y como Dios manda. Incluso podía haber ido a Bruselas con ella. Si al final todo acababa estallando, descabezando el cariño y eviscerando definitivamente el amor, que así fuera, pero debía intentarlo. En cambio, me quedé de brazos cruzados, animándola, instándole a seguir su camino como si lejos de mí fuera a descubrirse y, en ese saberse plena, yo fuera a conocer una satisfacción. Así de atolondrado, con vial directo de sedante, tenía el melón… Sometido a la idea de la inactividad como forma de libertad inmediata, retroactiva y bilateral.

Durante los dos meses que siguieron a la ruptura definitiva, sólo llegamos a intercambiar un par de mensajes corteses. Quedamos en no enredar más de la cuenta llamándonos habitualmente. Se hacía rara la sensación. Tras cinco años comunicando a diario con alguien, de pronto me vi a la intemperie de un silencio recurrente. Valeria tenía amigas y amigos con los que podía pasar horas hablando por teléfono, gente a la que se lo contaba todo, gente con la que se desahogaba… En mi caso, no aguantaba más de dos minutos al

teléfono con nadie y no le contaba, cómo se dice, *mis mierdas* al personal.

Definitivamente, ser un bocazas siempre me ha parecido síntoma de mediocridad. Hay, según mi opinión, dos patrones significativos en un mediocre: no saber cuándo cerrar el pico y, como dice Marta D. Riezu, «su gusto por todo cuanto más embrollado mejor: lo centelleante, lo atronador, ese horror indefinido que es lo *premium*, lo VIP, lo *in-your-face*, el "ya que pago que se note". Esa clase de gente a la que le aburre lo discreto y la rutina le desespera». Pensándolo bien, Valeria tenía un poco ese puntito. Siempre deseosa del máximo exponente, de la exhibicionista pretensión de lo elegante y la búsqueda del accesorio *cool.* Yo, en cambio, padezco la tentación sublime de lo sencillo…, seguramente incluso de lo cutre. Adoro lo *pulp* y lo *camp*, la dignidad del mal gusto para la que hay que tener el morro muy fino; ser una especie de gourmet de la frontera. Esa es la diferencia entre buen gusto y elegancia. El elegante despacha abiertamente su altivez con cierto desdén vehemente. La persona de buen gusto, en cambio, vive su particular extravagancia con discreción, naturalidad y sin aspavientos, como si le fuera propio de nacimiento.

Volviendo a aquel momento, ocho semanas después de la separación, sólo diré que, sin haber estado bien del todo antes, aquel día —viernes, si no me equivoco— pegué un patinazo mental de los buenos. *Bye*, *bye* cordura y espíritu de autoconservación en menos que canta un gallo.

Llevaba tramitando una fuerte melancolía desde por la mañana, que empezó con una extraña sensación nada más despertar. Imagino que haber leído, antes de irme a dormir, las cartas de Henry Miller a Anaïs Nin, en las que el escritor le decía a su amada: «Salí con trozos de ti pegados a mí; camino, nado, en un océano de sangre, tu sangre andaluza, destilada, tóxica… No veo cómo puedo seguir viviendo lejos de ti; estos intervalos son la muerte», no ayudó un carajo. Valeria era andaluza, claro. Valeria era destilada y tóxica,

claro. La muerte se colaba como hormigueos en mis umbrales cotidianos desde su marcha, claro. Y se podía extraer un retrato entero; tantos y tan pegados a mí había trozos de ella, claro… Pasé languidecido hasta la tarde en un áspero estado de desorientación. El pasado parecía mezclarse con el presente, sin lograr, en consecuencia, diferenciarlos.

El mejunje mental se me antojó tan agotador que decidí hacer lo que hubiera hecho cualquiera en mi situación. ¿Llamar a un amigo? ¿Hablar con un psicólogo? No, en absoluto. Me pillé una curda del tamaño de un transatlántico. Compré un pack de doce cervezas, un paquete de cigarrillos Camel y una botella de whisky James Webb. Agarré un libro, quiero recordar que *Bajo el volcán*, de Lowry; una obra la mar de apropiada para emborracharse. Mientras, abrí Spotify y puse de fondo algo de *blues*; un disco de Eva Carboni. De eso estoy seguro porque recuerdo pensar que esa era la única clase de rubia que me ponía cachondo: larga y alocada melena rizada de rasgos afilados, un rostro muy digno, altivo, portentoso y déspota. A eso de las nueve de la noche, con la zumbada etílica ya en *alegro*, fui a la terraza de un bar con temática de los Beatles donde pedí un J&B con hielo. Hice amistad con una pareja de gais que acabaron invitándome a acompañarlos a su piso para hacer un trío. Fueron encantadores, pero decliné la invitación amablemente y volví a casa dos horas más tarde.

Nada más aparcar el culo en la habitación (por entonces compartía piso con dos chavales que, por suerte, no estaban aquel día), abrí el portátil y entré en YouTube. La magia inoportuna del algoritmo me propuso, en la pantalla de inicio, una canción: *Nothing's Gonna Hurt You Baby*, de los malditos Cigarettes After Sex. Caí en ella… Dios, hay que ser imbécil. Eso es lo que yo llamo masoquismo musical. Sentir un mortificante apetito por la melancolía y darle salida con un tema que despierta un sentimiento de desmoronamiento total. A la media hora, ya había recorrido todos sus grandes éxitos, desde *Affection* hasta *Apocalypse*, con una botella de vino Valdepeñas

mediante (a esas alturas, las doce cervezas ya hacían rebosar el cubo de la basura y el whisky se me atragantaba). Una vez hice *¡pop!* ya no hubo *¡stop!* Subí al tranvía de los desaciertos, pero sin frenos para detener el aquelarre de nostalgia que se apoderó de mí. Fue como si la profunda claustrofobia de mi bienestar alumbrara el tambaleante artificio de sufrir hasta disfrutar de ello. En mi interior sólo albergaba plegarias de abatimiento que eran atendidas con una rapidez impropia de cualquier religión. Tantos años levitando en los espectros de la felicidad a su lado, al largarse, me habían transformado en un nigromante de la angustia más patética, en un hombre drenado de valor haciéndose la picha un lío respecto a su amor propio.

A las canciones de los Cigarettes After Sex siguieron varios temas en español. Ya me tenía harto tanta anglofilia. Escuché canciones de Manzanita, de Triana y de Silvio Rodríguez. De este último, concretamente *Ojalá*. La melodía me achicó tanto el espíritu que tuve que quitarla antes de acabar. Despaché el último trago de vino y me tambaleé hasta la cocina. Busqué en todos los rincones cualquier líquido que no fuera whisky para prolongar mi estado de placentera anestesia. Di un traspié y caí de espaldas frente al lavadero, golpeándome la nuca contra el suelo. Sentí una profunda rigidez en el cuerpo, envuelto por oleajes de un frío insoportable que ascendía de las baldosas blancas. Y allí, calentando el suelo, empecé a cotorrear con el vacío como si mi supervivencia fuera en ahuyentar el silencio. Desde ahí abajo, proyectando mi voz al techo, temí el desaliento del sonido. No hablar era el síntoma de una sentencia amarga e irremediable. Podía ser un mal momento que ya pasaría, pero, postrado, invadido por el salvaje frío que emanaba del suelo y borracho, llegué a sentirme feliz. En esa pérdida, contra la que únicamente tenía que hablar para disipar su virulencia, las cosas parecieron tener sentido. Todavía hoy me pregunto por qué, y me duele pensar que sólo momentos antes de morir, en los segundos previos a la nada definitiva, o en todos los que se le parezcan,

volveré a experimentar una sensación parecida. La sincera tregua de mi mente constantemente enemistada consigo misma.

Definitivamente, el amor es un desequilibrio. En el vacío, todo adquiere el sentido de la nada, como sobre aquellas frías baldosas. Una vez irrumpe en el cerebro la orgía hormonal del amor, la psique se hunde en una profunda catástrofe dependiente. Enamorarse es un terrible mal que doblega la positividad de la ausencia, invadida hasta su totalidad, negando en consecuencia que pueda existir algo más. Al enamorarnos, todos vamos ardiendo. Se nos enrojecen las orejas y la sangre aporrea nuestras sienes sin penumbra a la vista. Es lo más parecido a un golpe de Estado, ácido y contundente. Alcanza a destrozarlo todo de una forma tan violenta que se convierte en una motivación enfermiza a la que no podemos negarnos una vez está hecho el daño.

De ahí que el primer amor, el más puro y derrotado, sea el único verdadero. Después todo son intentos de volver a recuperar ese caos al que nos es imposible renunciar. Hemos vuelto de la contienda, a veces sin saberlo, marchitos, rechazados, absurdos. Fríos, pálidos y con los leucocitos emocionados. Sólo con el tiempo y el olvido llegamos a abandonarnos a un sustituto a la altura. Una copia, muchas veces malograda, muchas veces insuficiente, de lo que fue. Por eso, durante una larga temporada, no quise admitirlo. Me templé en que no había cambiado gran cosa, porque darse cuenta de que has perdido al primer amor de tu vida es como que te diagnostiquen un cáncer. Una superficial asunción, seguida de la consecuente fase de negación adulterada por rabietas necias y, por fin, la aceptación reticente. Con un poco de suerte, no te habrás tirado por la ventana antes de esta última fase, ni te habrás puesto tan melodramático como para hacerte un cortecito ridículamente profundo en las venas. Un símil adulto del niño al que se le niega el juguete y, en consecuencia, se atiza en la cabeza ante el estupor de sus padres. Algo patético y desesperado, pero, después de todo, sincero y sentido.

Esto me recuerda… En 2006, Jordi Sierra publicó *Kafka y la muñeca viajera*. La historia cuenta cómo Kafka, poco antes de morir, se topa con una niña en un parque que ha perdido su muñeca. El autor de *La metamorfosis*, a mi gusto bastante endulzado por Sierra, decide inventarse toda una paja mental para calmar a la niña, asegurándole que la muñeca ha emprendido un *road trip*, pero que desea comunicarse con la desdichada cría por correspondencia. Sin meterme más en la historia, me quedo con una cosa vehemente, pero cierta, que Kafka le dice a la niña: «Todo lo que amas probablemente se perderá». Es una auténtica cabronada de frase, pero seguramente lo más cruel que tiene es su verdad. La única forma de no perder lo amado es dejar de existir. Ser constantemente consciente de ello, sin embargo, me parece una cabronada todavía mayor. Si uno tiene en la cabeza la inexorabilidad de la pérdida, esta, más pronto que tarde, se convierte en una profecía autocumplida. He aquí una de las filtraciones más bulímicas del amor posmoderno: la certeza categórica de una fecha de caducidad. Por eso su liquidez suele encorsetarse en rupturas cómodas, casi burocráticas, encomendadas al encuentro de una nueva pareja (aunque acostumbran a ser varias) casi inmediatamente después de la separación. Eso exactamente fue lo que hizo Valeria.

Sabía que su intención con nuestra ruptura, a pesar de justificarla en distancias, imposibilidades prácticas y decenas de chorradas que no hacía ni un año hubiéramos resuelto, era volver a pasearse, con la faldita corta enseñando muslamen, por el supermercado de pastelillos masculinos de Bruselas. Pongo la mano en el fuego a que no pasaron ni veinticuatro horas de nuestra separación cuando abrió la App Store de su iPhone 10 y descargó Tinder y Bumble. Yo, al menos, tuve la decencia de esperar semana y media…

Conviene que cuente cómo, días antes de mi ridícula *performance* semisuicida, Valeria tuvo a bien contactarme a través de videollamada. Al principio la cosa se desarrolló a pedir de boca. Todo eran bonitas palabras, recuerdos y bienestar falsamente exhibido. No recuerdo cómo, de veras, soy incapaz de rememorar claramente qué narices nos llevó a terminar hablando de ello, pero comenzamos a fardar de nuestra libertad recién adquirida, de con quién nos habíamos enrollado. Ella, cauta al principio, me habló de un par de líos con desconocidos. Yo, que no podía ser menos, me puse a su altura refiriéndole dos de los míos. Por supuesto, en mi caso no eran más que historietas inventadas, pues salvo un anecdótico polvo con una chavala que me iba detrás desde hacía tiempo, no me había visto capaz de dar rienda suelta al goce desde su marcha. Es más, con la susodicha chica ni siquiera logré una erección decente, no digamos ya una corrida, de la que estuve tan lejos como de experimentar nada que no fuera desazón y abulia. Valeria recogió el testigo con fuerza. ¡Vaya si le echó gasolina al tema! En un acto de pura sinceridad inoportuna que, la verdad sea dicha, más valía ocultar a toda costa, me confesó haberse hecho un trío con una chica y uno de esos dos, supuestamente, esporádicos líos… ¡Ahí va mi madre!

Sin entrar en detalles, intenté fingir una educada aceptación de su desenfreno. Incluso llegué a preguntarle si lo había disfrutado, a lo que ella reconoció que el tipejo, un tarugo de treinta y cuatro palos que vestía como un *skater* de catorce y parecía gozar de la inteligencia emocional y el carisma de un mandril puesto de ketamina, se había pasado con el MDMA aquella noche dejándolo fuera de juego casi desde el principio, por lo que, básicamente, fueron Valeria y la chica las únicas que se lo montaron. Una bola de nervios grande como un camión comenzó a rebotar en mi estómago. Agradecí que el rancio primate que había tenido la oportunidad de disfrutar de una de mis fantasías tuviera la picha floja, pero conseguí visualizar una escena absolutamente clara de todo en mi cabeza.

Logré aguantar algo más la conversación con Valeria y me excusé diciendo que tenía cosas que hacer. Ella agradeció mi confianza y la madurez que demostraba al encajar esa conversación, y yo, sonriente, como si me estuvieran apuntando a los huevos con una pistola, le dije que todo estaba bien, que no había ningún problema, que ya lo había superado, que había pasado página... Recién colgué, fui directo al baño y vomité hasta el café de la mañana. Entre arcada y arcada, reproducía con exactitud cada postura, succión, empotramiento, voyerismo… En fin, todo lo que podía haber tenido lugar en su tórrido encuentro. Cuando no tuve más material en el estómago, comencé a deshidratarme por los ojos. Lagrimones de crío abandonado salían a chorros, contundentes e imparables. Pasé así una media hora.

Se oye comentar que tras consumir ayahuasca uno suele vomitar y tener diarreas como consecuencia de la limpieza físico-espiritual que la droga genera en ti. No creo que haga falta lanzarse al consumo de una liana amazónica. Las palabras de Valeria fueron mano de santo para depurarme; ni con una caja regalo entera de Hornimans hubiera obtenido mejor resultado. Tahúres de lo saludable, aquí os dejo una receta para el éxito: ni pastillas adelgazantes, ni infusiones o complementos; un buen trauma amoroso… ¡Y adiós a la sarna del cuerpo!

Va a ser verdad eso que dicen que la infelicidad es una moneda al aire. A unos les sale cara. A otros, como a mí, les sale cruz… La depresión te lleva al abandono del apetito, perfilando los pómulos y reduciendo los muslos. La neurosis es similar a la del adicto a la heroína, da igual que sea durante la adicción o al soltarse el mono. El dolor, la carencia emocional descarada que te aplasta hasta lo infrahumano, descarga de responsabilidad lo demás, incluido el comer. Te pliegas sobre ti mismo hasta la degradación. Incluso me atrevería a decir que la vibración atómica de tus neuronas, sintiendo lástima de sí mismas y autocompadeciéndose día y noche, también quema los michelines. Te queda un cuerpín esbelto y caprichoso

germinado en la angustia; todo de lo más abyecto… Pero, como digo, es una moneda al aire. Para saber si la dieta va en una u otra dirección, sólo hay que sufrir un trauma amoroso. Divórciate, enamórate y haz que te dejen, ponle los cuernos a tu pareja o haz que te lo haga ella a ti; coño, sé creativo y comprobarás si eres de a los que les salen cara o cruz. Eso, claro, si no te da por atajar el régimen y hacerte la del muerto, que es el adelgazamiento estrella.

En fin, tres días después de aquella limpieza gástrica me tatué en el brazo una línea recta con un cuchillo de cocina. Y sí, fue de lo más catártico. Reparador, incluso. O, al menos, lo fue durante un tiempo…

7

A PARTIR DE AQUÍ, deseo ser breve en lo que respecta a Valeria. Cada página que ha protagonizado ha supuesto para mí un esfuerzo criminal. Con todo, no puedo despedirla. Irá brotando a lo largo de los siguientes capítulos como los vicios y las depravaciones que la siguieron. Quiero destacar, no obstante, algún punto más que me trajo de cabeza a raíz de nuestra ruptura.

El primero es que, por mucho que me esforzara en odiarla, ideando aquelarres vudús con muñequitas de trapo acribilladas de alfileres, no dejaba de quererla y desearla. ¡Ojo! De quererla y desearla fuerte. Por mucho que me mentalizara, tomando distancia y perspectiva, concienciado de cómo Valeria, más allá de su talento e inteligencia, estaba destinada a ser sólo un ama de casa semiurbana neurótica como su madre, convertida así en todo cuanto decía detestar, aquello no era un consuelo. Podemos poner toda la carne del ser amado en el asador, soñar con sus pelos chamuscados intoxicando el aire y nosotros despachando carcajadas sádicas, pero es inútil. La satisfacción de la venganza es un sosiego efímero.

En fin, lo único que concluí con firmeza tras borracheras, lloriqueos, pensamientos intrusivos y cortes en la vena fue que curar un corazón roto exige tiempo. Nada más. Hay que pasar el duelo con la cabeza alta y dejar que cicatrice la herida. Ah, y tampoco sirve de nada parchear el dolor con sustitutos. «Un clavo saca a otro

clavo»… ¡Y una leche! Eso sólo entierra a mayor profundidad un cadáver emocional que sigue apestando con fuerza porque lo que hay que hacer es incinerarlo. Pero para prender la carne pútrida, como digo, se necesita tiempo, y nadie se da tiempo hoy en día.

¿Que por qué aseguro que el refrán de «los peces en el mar» es una chorrada? Porque, como ya he dicho, sí tuve un lío al poco de romper con Valeria, y eso sólo empeoró las cosas. La chavala en cuestión se llamaba Effie y había hecho el amago de intentar tirármela unos años atrás. Al tener yo dieciocho y ella veintinueve, se negó en redondo. Normal, para qué engañarnos, yo no me habría acostado conmigo a los dieciocho años. Cuando cumplí veinticinco, la cosa tomó otro color… Yo estaba en el cénit de mi juventud y ella en el ocaso de la suya. Cuando veía a Effie, sentía en su mirada dardos de deseo que nunca intentó consumar por mi relación con Valeria, lo cual le honra. *Oh*, pero ya no estaba con Valeria… Así que Effie, como buen buitre paciente, se descolgó por mi pesar para darme consuelo y consejo, de lo más adecuados, debo admitir, pero también para picotear la ansiada carne ahora desnucada. Ojo, que no se me malinterprete: yo estaba al tanto y encantado de sus atenciones, ¡no jodamos!, pero siempre hay un carroñero al acecho de cualquier relación; un ser cuidadoso, paciente y discreto a la espera de que todo se vaya al traste para entrar en acción. El asunto, finalmente, es que me lo hice con ella.

Sin ahondar en detalles previos, iré directo al grano. Los dos en el salón de su pequeño y encantador ático de Chamberí, cargábamos las palabras durante la cena a la que me invitó con una tensión densa, capaz de talarse con motosierra. Antes de meternos en faena, recuperé mi ensoñación juvenil. Recordé cómo Effie era una chica curvilínea, morbosa e ineludible. Con una calma vacuna y exceso de peso, pero endiabladamente atractiva. Reventamos la indecisión con un beso apasionado y lujurioso, más pornográfico que sentimental. Entonces se desnudó… Ahora, nueve años después de masturbarme con la idea de sus labios definiendo el contorno de mi

miembro, su coño estaba plagado de canas, sus pechos deshinchados y moribundos, su culo blando, como una bolsa de agua, y aunque no había perdido el encanto de su mirada, su cuerpo desnudo probaba cómo la vejez nos la juega a todos. Al estudiarlo discretamente, supe que no era una de esas criaturas por las que no pasan las estaciones…

Cuando fuimos al ajo, me desubiqué brevemente pensando en ello, otro ejemplo de la amargura que produce la clarividencia. Igualmente, me lancé a agarrarla con fuerza, introduciendo dos dedos en la vagina húmeda, un acto que su rostro chillón y desencajado agradeció. Absorbí su pezón fofo al tiempo que hartaba la palma de mi mano con su otro pecho, que era una fina capa de carne rellena de vapores grumosos. A decir verdad, lejos de la crueldad superficial de mis palabras, no podía decirse que Effie fuera una mujer desagradable, para nada. Muchos habrían perdido la cabeza por follar con una tipa así: era guapa de cara y, más allá de sus tetas pellejeras y su trasero blando, resultaba excitante. Pero había algo… un impedimento que la volvía insuficiente. Me di cuenta en el mismo momento en que, a pesar de estar sorbiendo los pechos y sentir su mano zumbando mi pene, este decidió deliberadamente no levantarse. ¡Ni un sutil amago de endurecerse! Lo cierto es que seguía irremediablemente enamorado de Valeria. Comprendí así que su cuerpo, o sólo uno muy parecido al suyo, sería capaz de volver a excitarme como Dios manda.

De ahí que, tras la confesión de su *ménage à trois*, se me tragara la tierra. Porque imaginármela disfrutando de lo que a mí se me resistía fue como instalar en la retina el holograma materializado de mi vulnerabilidad. El precipitado intento de olvido con Effie no sólo no resolvió mis carencias, sino que las hundió todavía más.

Intenté un par de veces más participar de esa concepción del sexo como un aparato de diversión frívolo y desprovisto de contenido. Ambas acabaron con un gatillazo por la delantera y el tiro por la culata. A ver, no es que mi polla no funcionara. Al cerrar los ojos,

solo, preso de la jaula de los sueños, despertaba ocasionalmente con erecciones rígidas y sostenidas durante las que mi sexo adquiría las condiciones del bambú, siendo capaz de doblarse sin partirse en su dureza extrema. Es decir, no había perdido la capacidad práctica de mantener relaciones sexuales, tan sólo la habilidad. Creo que, al final, hasta el interés.

Me visualizo durante semanas, al abrigo de la noche, sosteniendo tristemente mi miembro entumecido, preguntándome qué podía hacerlo recuperar su deseo habitual. A lo largo de muchas sesiones fallidas exponiéndome a multitud de malabarismos pornográficos, e incluso fantaseando con la posibilidad de llamar a una profesional, llegué a la conclusión de que la única forma que tenía de volver a sentir algo en mi pene era amar de nuevo… Un hecho desesperante, de lo más desahuciado, porque, como había ido comprobando, el neoliberalismo rendía el sexo a la acumulación y el consumo, reduciendo en gran medida el interés de los habitantes occidentales por encontrar el amor, ahora exclusivamente reservado a cretinos infantiles, conservadores cenizos y viejos en descomposición de su atractivo. Si lo piensas, es normal: en un mundo plagado de estímulos intermitentes, cuerpos sucedáneos y grandes expectativas laborales, nadie en su sano juicio desea enfrentarse a la inherente negatividad y desposesión personal a la que obliga el amor. Decididamente, y a falta de un término mejor, me veía bien jodido. Encorvado, frente al precipicio de mi tripa donde reposaba latente mi pene flácido y desanimado, como un héroe fracasado, comprendí a lo largo de muchas veladas que el amor estaba en las últimas y que, por lo tanto, yo también.

No sería hasta varios meses después, en Barcelona, que recuperaría el apetito. Pero de eso ya hablaremos…

Diseccionar zonas oscuras

LA JERARQUÍA

Es falso que la pretensión
a una recompensa no convenga
a la verdadera virtud y que ofenda
su pureza; pues, por el contrario,
sirve para mantenerla, dado que
el hombre es demasiado débil
para desear la virtud con el fin
de complacerse a sí mismo.

GIACOMO CASANOVA

El comerciante no vende su producto
al consumidor, vende el consumidor
a su producto. No mejora o simplifica
su mercancía, sino que degrada
y simplifica al cliente.

WILLIAM BURROUGHS

8

«NO FOLLA QUIEN QUIERE, SINO QUIEN PUEDE». Esta es una frase recurrente entre los adolescentes varones que por fin comprenden los pormenores del deseo sexual. Un robusto torbellino de sentido común los invade, convirtiéndolos en parte de esa frustrante realidad. Las chicas, en cambio, parecen ser amas y señoras de la satisfacción de los agujeros de su bajo vientre. Pueden jactarse de mover un poco las caderas, lanzar cuatro miraditas penetrantes, un par de caricias y, de moverse al encuentro de los labios ajenos, tener casi asegurada la victoria. O, al menos, eso es lo que parece.

De hecho, la diferencia entre hombres y mujeres no es maximalista, sino relativa. Vale que la banalización sexual del hombre lo invita a la praxis más fácilmente, frente a la convicción de un acto trascendental que suele (tal vez solía) imperar en la mujer, pero el grado de voluntad en la culminación del sexo cada vez está más domesticado por el atractivo. Hay una santificación de la superficialidad que nos aleja del regocijo, tanto en un sexo como en el otro. Es cuestión de números, sí. El grado de aversión que puede despertar una mujer, y aun así lograr una pareja sexual, es exponencialmente mayor al que pueda despertar un hombre, pero no dejan de estar cortados por el mismo patrón. Si los rostros son anchos, rojizos, cargados con muescas de viejas pompas granujientas, y los cuerpos son morcillas con protuberancias

anárquicas mal distribuidas, el género no importa. Si la comparación más directa que se destila de una persona es la de un orco, la de un gorrino sudoroso de dientes pequeños y michelines colgantes, entonces la posibilidad de folleteo queda relegada a la imaginación, a la suerte de encontrar quien esté tan borracho, o drogado, como para no distinguir una mano de un pie, o al alquiler del cuerpo…

Esta eugenesia al placer de quienes andan cortos de atractivo viene además financiada por un sistema que ha convertido el sentimiento en una experiencia posterior al sexo, y no al revés, lo que deja impotentes a las personas que, dotadas de un gran corazón, sólo desean enamorarse. O echar un polvo. Me cuesta imaginar que esta deriva provenga de una organización superior destinada a manipular los deseos y las pasiones del mundo en un cruel intento por aumentar su infelicidad. Pero así es, la tristeza campa a sus anchas infectando las venas de todos aquellos que no tienen acceso al escaparate donde se exponen los apéndices de la legitimidad sexual. De ahí que toda la industria dedicada a la mejora del cuerpo haya sufrido un *boom* tan espectacular en los últimos veinte años. Gimnasios, tratamientos estéticos, cirugías… Todo expuesto como un supermercado de oportunidades para no ser parte de la comida caducada abandonada al fondo de la estantería. Los talibanes del músculo, los eruditos de los anabolizantes, los alquimistas del canon son hoy los comandantes en la cruel y repugnante batalla por resolver los impulsos hedonistas. Lejos del epicureísmo, que ansía encontrar en la vida tranquila rodeada de los justos placeres un sendero al bienestar superior, el hedonismo del siglo XXI viene marcado por consumirlos con la misma compulsividad que un crío ceporro zampa ositos de gominola. Y lo peor es que se nos ofrecen todos los mecanismos posibles para hacerlo. Hay un tropel espermático de oportunidades que se presentan dispuestas a extender una alfombra roja directa a la satisfacción… Por desgracia, es mentira. Se vende el espejismo, la posibilidad, como resultado, y eso no crea sino ansiosos *lamesapos* alucinados, adictos a creer en

la mayor de las mentiras, la de que algún día, si siguen subiendo desesperadamente los escalones hasta pertenecer a la jerarquía, alcanzarán la felicidad.

Eso sin contar con las aspiraciones de cara a la galería que se extienden sarmentosas sobre las personas. En una década ametrallada por el exhibicionismo de la imagen, erguida sobre plataformas y más plataformas destinadas a parir una segunda vida artificial y *postureta,* da igual si dos almas están magníficamente juntas: si alguna de las dos se ve maldecida por el fracaso del atractivo, la otra le pondrá remedio. Y lo hará ya sea con una ágil sustitución, como la de un trasto averiado e inservible, o con el juicio cotidiano a esa falta de chispa que enflaquece la palabra *sexy*. La amargura y el dolor son, independientemente de la decisión, la conclusión final de quien anda en horas bajas. Una laceración al corazón difícil de remitir que usualmente culmina con cuadros depresivos de «*apaga y vámonos*». Soy consciente del cierto adanismo que despacho. Sin embargo, resulta innegable que vivimos una circunstancia extraordinaria en cuanto a la capacidad que tenemos de hacer de nuestra pareja un trofeo. No porque esto no se lleve haciendo desde que los cánones físicos y el dinero se configuraran como catalizadores de estatus, sino, simple y llanamente, porque nuestra galería de conquistas está expuesta frente a nuestro mundo entero, ya sea este más grande o pequeño; un público denso, al que se somete la autoestima con demasiada frecuencia como para no condicionar con quien se codean las personas.

Un año, *grosso modo*, después de mi ruptura con Valeria, me vi cara a cara con la situación antes descrita. Cristina era una chica de rostro dulce, abombado, como una matrona irlandesa a la que la genética ha maldecido con un exceso de pecas, pero con una palidez saludable. No era una mujer repelente. Rondaría los veintiocho años

y sus achinados ojos azules brindaban cierto exotismo. Me cuesta hablar de su personalidad porque desconozco totalmente su naturaleza. Nuestro encuentro, así como el primer beso que me lanzó, se dieron en una horrible discoteca cerca de Nuevos Ministerios, llamada La Nuit. Mucho top, mucha minifalda acompañada por una curiosa mezcla de tipos que iban desde el pijerío más insoportable, con melenas de flequillo cruzado, mocasines marrones, camisas lisas y chalecos acolchados, hasta el barriobajero de zapatillas Air Max, vaqueros ajustados, camiseta con el símbolo de *Playboy* estampado, sienes rasuradas y *piercings* en el labio inferior. Una fauna de lo más exótica y variopinta que yo, como de costumbre, procuré borrar de mi vista hincando los codos en la barra para pedir un Cutty Sark con hielo. No recuerdo bien quién me acompañó, pero al menos puedo asegurar que no fui solo. Lo digo porque tengo la imagen de contemplar a dos o tres conocidos vacilantes, como suricatos de ojos inmensos, en el límite de la nebulosa de los cuerpos femeninos con camisetas escotadas que bailaban. Estaba solo, pero puedo asegurar que me sabía acompañado.

Al final de la barra vi a Cristina, de quien todavía no conocía el nombre, yendo de tío en tío, borracha como una cuba, con una diana en los gestos en la que había escrito «QUIERO ALGO DE CARIÑO». Recogía las pocas fichas de la caridad masculina que le daban como un crupier. Con todo, es conveniente que aclare que, aun siendo Cristina una mujer de rostro lechoso, moteado, pero agradable, le estaban dando calabazas como para montar una fiesta de Halloween. La pobre estaba, más que rechoncha, gorda. Era una *boule de suif* cremosa y rosada. Sus brazos parecían exudar un humor graso en la vasta acumulación de carne que sobresalía de la articulación del codo, igual que los globos de un payaso. Además, la

hinchazón de su vientre no se focalizaba, como ocurre en otras mujeres, en las caderas, avivando el instinto animal de la crianza y convirtiéndola en un bocado goloso y fértil. Los filetes fofos que le bailaban quedaban concentrados en el estómago, sin que eso la dotara de unos pechos en absoluto invasivos, sino más bien tirando a tímidos. Por suerte para ella, no alcanzaba la corporalidad de un albañil jubilado, panzudo y de culo escaso, pero digamos que andaba algo mal repartida. Por más que su condición de mujer, sumada a la embriaguez que la convertía en facilona y esa descarada llamada de auxilio a la atención masculina, pudiera facilitarle el trabajo de acabar la noche acompañada, estaba maldecida por la pesadilla del atractivo. Podía ser extremadamente encantadora, pero la cosa pintaba chunga desde hacía tiempo.

El caso es que se acercó a mí en un gesto curioso. Me dijo su nombre y me interrogó como pudo acerca del mío, a lo que siguió un comentario la mar de agudo relacionándolo con Astérix y Obélix… Una broma, *pa* qué engañarnos, la hostia de original… Se postraba hacia mí compulsivamente: me tocaba el brazo, arrimaba el hombro que alcanzaba la altura de mis pectorales y me hacía un llamamiento constante a la oreja. Yo despachaba ya mi tercer Cutty Sark con hielo y digamos que por fin gastaba «el puntito»; no estaba borracho, sólo algo tocado. El chispazo logró hacerme consciente de lo valiosos y halagadores que eran los gestos de Cristina, quien, aunque lo hubiese intentado ya con tres o cuatro cuerpos previamente, al menos ahora tenía el buen gusto de preocuparse por el mío. Y la verdad es que su actitud traducía unas ganas de devaneo… una intensa potencia sexual, como una central térmica, que me excitó. Parecía una puta de apetitos volcánicos. Soy incapaz de recordar lo que me preguntó, pero una vez bajé la cabeza para escucharla, recibí el beso. Fue un beso húmedo, cargado de lengua, como si una sierpe marina se lanzara a la conquista de mi boca. Un intercambio de saliva de lo más cerdo, sin dulzura ni exquisitez alguna. Una interacción más propia de primates en celo que de seres

humanos aseados, incluso con perfume de marca.

Mientras nos besábamos, ella comenzó a palparme de arriba abajo. Daba la impresión de ser una ciega leyendo braille sobre mi piel y mi bragueta. Ni corto ni perezoso, reaccioné en consecuencia. Ataqué con ambas garras sus nalgas, que me resultaron excepcionalmente duras para una mujer de su aspecto. Recias, prietas, casi rocosas. Seguro que hacía *spinning* o zumba o *body combat* en un gimnasio *low cost* del centro. En cuanto el ardor primario de la situación comenzó, poco a poco, a descomponerse, partí en una especie de viaje astral autoinducido. Me proyecté fuera de mis cuencas para captar qué imagen estábamos regalando al público. Sus cachas levitantes, como rebosadas pompas de jabón… Sí, podía resultar apetitosa, por más que una vocecita en mi cabeza, la voz de todos los corazones del mundo, me susurrara que mantener sexo con ella era una forma de desprestigio. Ya el mero hecho de estar así, compartiendo la intimidad de nuestras lenguas enrolladas la una con la otra, bañándose en un tanque de lubricante bucal, era una llamada de atención. Su aspecto desaliñado, su panzuda delantera... no eran una gratificación narcisista eficiente de cara a la galería. *¡¿Qué dirán de mí?!* Cristina, con su piel pegada a la mía, no homenajeaba en absoluto la expresión de involuntario triunfo, de ganador de la vida que algo en mí deseaba demostrar. Si el psicoanálisis habla de aquello de la transferencia y la proyección ideal de uno mismo en el otro, en Cristina había demasiado sebo y sobredosis de celulitis quística como para que yo proyectara nada, mucho menos la conquista de ninguna imagen soñada.

Me separé de ella con un gesto brusco, apuré de un trago la copa, me acerqué y le susurré a la oreja: «Perdona, me tengo que ir. Gracias». Ella se quedó petrificada, con la cara hecha un Picasso. Y allí la dejé, con la mirada perdida de una campesina a la que una granizada le ha echado a perder la cosecha. No sentí que pudiera haber delicias por ninguna parte, así que hui como un cobarde. Como un narcisista hijo de puta que ha tapado el ambientador

interno de sus modales. Cristina no pertenecía a la jerarquía. A ojos de la mayoría, yo tampoco. Pero mi tribalismo erótico me había impedido dejarme llevar por lo que prometía haber sido una agradable velada. Un ejercicio húmedo de sexo descompasado posiblemente sembrado de risas. Pero nada. Tocaba cascársela con la imaginaria expectativa de algo mejor. Tocaba intentar concentrarme en un cuerpo que me hiciera vibrar. Principalmente, a intentar no pensar en Valeria.

¿Qué opciones le quedaban a Cristina aquella noche? Podía seguir intentándolo, no darse por vencida, negar el fracaso a toda costa… Podía seguir abalanzándose sobre todo bicho viviente con la débil esperanza de alcanzar esa inyección de autoestima por sentirse deseada. También podía agarrar un cuchillo y hacerse con el control. Revolverse, definitivamente, contra el atropello de aquellas pipiolas finas que estaban cañón y que monopolizaban los tanques de babas soltadas por los tíos de la discoteca. Podía, a punta de hoja, obligar a algún menda a practicarle un *cunnilingus* pavoroso, lleno de gracia y dedicación. Podía enganchar del pescuezo a una jovencita embriagadora, una de esas rubias exageradamente emperifolladas de formas rotundas y lujuriosas, para significarle una jeta nueva a base de machetazos. Un ejercicio de justicia universal que no haría a Cristina más atractiva, pero equilibraría un poco la balanza.

Acabé concluyendo que lo más seguro es que volviera a casa derrotada, inerme a la agresiva verdad que le transmitía su reflejo en los escaparates. Por mucho que las campañas feministas y la incursión de la cultura *curvy* revindicaran la belleza o el atractivo de cuerpos como el suyo, la realidad era otra. ¿Cuántos, de cara a la galería, hablarían altivos de su compromiso con la descosificación de la figura femenina y de su percepción positiva de los cuerpos no normativos para, a la hora de la verdad, no darles una sola oportunidad? ¿Hasta dónde llegaba la encarnación de ese sentir abierto y liberal que se promovía ahora desde instituciones ministeriales? ¿Por qué, si las campañas y las redes en las que ella

entraba habitualmente defendían que michelines grasos y corpulencias macizas como la suya debían reivindicarse, nadie a su alrededor las deseaba? A Cristina, desde hacía tiempo, se la *traía al pairo* ser aceptada y valorada más allá de su cuerpo. Años atrás ya había logrado enfrentarse a ello con un par de ovarios bien cargados de *sudapollismo*, y la conciencia de que su valor estaba en las palabras que lograba formular y la mirada con la que analizaba el mundo.

No, Cristina no quería ser aceptada. ¡Quería ser deseada! Quería examinar las vibraciones de otro cuerpo frente al suyo desnudo y sentir que ella era la catarsis del apetito. Ansiaba el *Paraíso perdido* en unas manos recias que la poseyeran con la misma contundencia que veía en los vídeos de Pornhub y Xvideos que de tanto en tanto visitaba.

Por desgracia, aquella noche no lo conseguiría. Pensé en cuáles eran sus otras salidas y sólo se me ocurrió la prostitución. Seguro que el orgullo, más que el compromiso ético, había sido definitivo en su negativa a consumirla, si es que no lo había hecho ya. En el *libre mercado del atractivo sexual*, Cristina lo tenía crudo. Aún le quedaba, no obstante, la opción de aventajarse pagando con dinero por unos servicios que su pobreza erótica no podía financiar. O si no, como diría Michel Houellebecq, «se vería reducida a la masturbación y la soledad», que ahora, por suerte para ella, eran más eficaces y reconfortantes gracias al auge de los succionadores de clítoris, que habían desencadenado umbrales de placer antes desconocidos para muchas mujeres.

Otra opción era apuntarse a un gimnasio. Hacer deporte hasta embrutecerse, olvidándose de lo demás; adecentarse hasta la obsesión, hacer dietas demoníacas, pagar liposucciones y un balón gástrico, seguidos de una paniculectomía, una abdominoplastia, un *lifting* de brazos, de muslos y de entrepierna, hacerse *peelings* químicos y hasta arreglarse los pechos con implantes de la mejor silicona en el mercado. Cristina podía gastar casi todos sus días

obsesionada con participar de ese panteón que recibe las miradas hasta causar accidentes de tráfico y que le había sido negado genéticamente. En su mano estaba gastar miles y miles de euros en lo que se antojaba como la obsesiva pesadilla de su día a día por mutar y metamorfosearse en el capricho que se pirraba por llegar a ser. El mecanismo de su satisfacción podía depender de ello… Ahora bien, también podía ahorrarse esfuerzo y dinero pagando a un gigoló. Un muchacho musculoso, de abdominales prietos, brazos abultados, nariz grande pero afilada, y sexo erguido con distinguida profesionalidad. Un galán joven que avivara las envidias de los pencos cutres, ajados y polvorientos a los que, con suerte, Cristina tenía acceso. Eso resolvería por un tiempo su baja autoestima física, la dotaría de vigor, desparpajo y ese caprichoso perfume a felicidad tan atractivo en quien lo desprende. Tarde o temprano, provista de esos dones, lograría encontrar en circunstancias más ventajosas un hombre agradable a la vista y el oído, capaz de satisfacer sus necesidades; y él, preso de su encantadora jovialidad vital, ni siquiera padecería esa falta de gratificación narcisista que a mí me había llevado a dar la espantada. Ahí podía alumbrarse con sinceridad el amor… No estoy seguro de que se pueda amar a alguien si lo que más nos interesa es el provecho que podemos sacar de esa persona. El afán de rédito, de lucro social, es incompatible con el sincero desarrollo de emociones.

Llegué a casa con las reservas de bajeza y egoísmo bien repuestas tras mi desplante a Cristina. Seguí pensando en la prostitución. Revisé mi vida. ¿Dónde había estado yo en todo aquello?

9

A PRINCIPIOS DE 2021, trabajaba para una humilde publicación llamada *Código Público*. Buenos chicos, gente entusiasta que se las veía y se las deseaba para dar rienda suelta a los artículos que querían publicar, haciendo del pago por cada uno, si cabe describirlo de alguna forma, una gastronomía escueta, por no decir de anoréxico terminal. Un bote de garbanzos del Mercadona suponía un gasto considerable si tenemos en cuenta el sustento que ofrecían… Suerte de la insólita libertad creativa que brindaban, la cual compensaba el escaso rendimiento económico percibido. Con vía libre para las divagaciones, me encomendé con ellos a teclearles las piezas más difíciles de colar en medios de mayor calado. Mi idea era dejarme poseer por los broncos torbellinos de reportajes incómodos, intentando sacar en limpio todo aquello que echaba en falta de mis lecturas cotidianas. No hay como querer ser ingenioso, ¡original de la hostia!, para triturarte la sesera pensando en qué narices vas a contar. Nada salía salvo ristras de anotaciones inútiles, propagandas de la estupidez que, una vez redactadas, hacían que con frecuencia meditase revisar las oposiciones ofertadas por el Estado. Al fin y al cabo, de mis conocidos, alrededor de un tercio se habían volcado a la sacrosanta dicha de las jornadas fijas, las vacaciones fijas, el

salario fijo… Básicamente, la seguridad fija y difícil de disolver que da pegarse los dedos con resina industrial. Pensé en la susodicha circunstancia. Me pensé quemado. Me pensé manco y con disfunción eréctil de mi apetito por contar. Me pensé y, al rato, dejé de pensarme… O encontraba algo sobre lo que escribir o alimentaría el carburador con mierda… Pero, ay, escribir, escribiría…

Caminaba por la calle Mayor cuando me topé con Ethan. El colega daba la impresión de arrastrar un cuelgue de estramonio tras esa mascarilla que por entonces era obligatoria so pena de la censura social (como ir sin pantalones) que se impuso durante todo aquel 2021. El nuestro fue un caluroso saludo, uno de esos cimentados en una noche que es mejor olvidar, pero que se asienta en tu memoria con la desfachatez del dominguero. ¡Bruuum! Sentí en la nuca el torbellino que andaba buscando. Recordé inmediatamente la disparatada conversación que adulteró esa frágil amistad construida sobre la simpatía de los borrachos ocasionales. Ethan gastaba un trabuco grueso como un plomo albino, de unos veintitantos centímetros, que ocasionalmente alquilaba a mujeres. ¡Y no sólo hembras pasaban una metafórica visa entre sus nalgas! También maromos de pelo en pecho, con cuentas corrientes bien cebadas numeradas en el Credit Suisse, financiaban sus orgasmos flotando en las sudoraciones laborales de Ethan. «¡He aquí una buena historia!», pensé. Esta es la clase de desmadradas verdades que merece la pena contar.

Lo invité a un refrigerio. Yo me tiré a las cervezas que, poco a poco, se amontonaron en mi lado más que en el suyo. Sin cuidado. Soltándome la melena a lo Cenicienta con un objetivo que expondré posteriormente. En lo que respecta a nuestra improvisada *interviú*, tirarle de la lengua fue fácil. Todos queremos ser parte de algo, incluso si ese algo es sabernos los anónimos protagonistas de un relato masticable para las masas. En el interior, en la placenta de la opinión pública, se está muyyyyyy, pero que muy a gusto… Si

mantienes, eso sí, el cordón umbilical de tu autoestima fuerte. El caso es que Ethan me contó, como quien cuenta su jornada en Zara doblando camisetas, sus paseos por habitaciones sin calefacción satisfaciendo a amantes de clítoris superdesarrollados, vergas titánicas, pellejudas o retraídas. Estancias onduladas y deformadas por resacas de ron Negrita, acompasadas, de vez en cuando, con palaciegos apartamentos con ventanales dignos del Central Palace Hotel. Según él, finalmente ni distinguía las habitaciones… Cuando has llegado al punto de aborrecer tanto una actividad, lo mismo te da que su maquillaje provenga de Dior o de los chinos cutres de la calle Fomento de Madrid. Entonces, ¿por qué lo seguía haciendo? ¿Qué lo llevaba a cocinar el placer de esa basura moral?

—El dinero, tío. ¿Qué va a ser, si no? En mi mundo, cien pavos un polvo vale más que una jornada de ocho horas.

—¿Y no sentías aprehensión por la gente que te pagaba? —interrogué con energía.

—¿Por qué? —respondió, cínico—. Yo ya lo había hecho antes. Ya te conté que me gasté mi primer sueldo en putas y farlopa. Todo es cuestión de impulsos, tío… ¿Sabes?, todos queremos follar. Lo único que cambia es con qué pagamos el sexo que tenemos. Hay quien puede hacerlo sólo con lo guapete que es… O, yo qué sé, que aceptan estar jodidos a dos velas hasta que dan la campanada. Yo no puedo. Yo necesito echar polvos. Es una cosa que no puedo controlar. A ver, entiéndeme, ni de coña abusaría de nadie. Pero, joder, si pago a alguien por algo y esa persona está a favor, o mejor, ¡si esa persona me paga a mí!, pues adelante.

—Ya, Ethan, pero no todo es plato de buen gusto. Seguro.

Levanté la segunda cerveza y no la solté hasta apurarla. Ethan parecía fresco como una lechuga.

—Eso es relativo. A ver, a veces he tenido que enfrentarme a cosas que no me apetecían, sí, pero tampoco me apetece ir a trabajar a una puta oficina de ocho a seis, ¿entiendes?

—Claro. ¿Y lo de irse de putas? —Ethan largó un gesto a lo «me

vas a obligar a decirlo, ¿verdad?».

—Mira, para conseguir ligarme a una chica…

—Espera, has vuelto a hablar sólo de chicas —le corté, casi exclamativamente—. Pero ¿eres bisexual o no?

—¿Me quieres dejar acabar? —saltó con voz amarga.

—Sí, sí, perdona, hombre.

—Para ligar con una tía tengo que hacer todo el… ¿cómo se decía en plan antiguo?

—Cortejo —respondí ágilmente con la esperanza de resolver mi metida de pata anterior.

—Eso, hostia, cortejo. Pues eso, que para hacer todo el cortejo tengo que fingir ser majo, interesarme por ella, medir mis palabras, y todo ¿para qué? Yo no busco el amor. No quiero enamorarme de ella. Al menos, no de primeras. Yo quiero enrollarme con la chica. Así que, bueno, no soy yo mismo… Ni de coña, vamos. Si voy a un puti, pues allí puedo hacerme el gallito todo lo que me gustaría, salir con lo que quiero. Yo qué sé… Al final, soy más yo mismo.

Ethan me inquietó. Su argumento, en lo referente a la honestidad, no tenía brechas. Recordé esa frase de Frédéric Beigbeder en *13,99 euros* que venía a decir algo así como que la verdad es un momento de falsedad, y que describe perfectamente el ambiente de los bares de alterne. Con las putas, la falsedad constituye un momento de autenticidad.

Fue como si Ethan hubiera leído al aburguesado-guaperas de las letras francesas. La *performance* que se marcan los trabajadores del sexo haciendo creer a sus clientes que están interesados en ellos es, paradójicamente, el momento de menor represión al que se deben rendir sus consumidores. Puede que el sexo, en definitiva, cuando carece de amor, no sea más que eso, un producto. Un masaje de gónadas, un alivio de *las partes*, el camino más antiguo al concepto de satisfacción después del comer y el defecar. Pagar por sexo es pagar por ser sincero en los pantanos del placer. Quien desea ser fuerte puede darse el gustazo de hacer el payaso intentándolo, tanto

como quien siendo frágil (sin dejar que nadie se preste a saberlo) encuentra vía libre para serlo. Noté, a pesar de estas reflexiones, el despertar de una turbación… ¿Y qué hay de aquellos a los que más les valdría no ser ellos mismos? Me refiero a esos fetichistas, impotentes fantasiosos de hacer realidad su sádica imaginación, a quienes no se les caen los anillos por hacer sufrir a alguien con sus podridos delirios perlados de oscuridad. Esos ultraescabrosos incapaces de reprimir los impulsos por hacer carne en otro cuerpo de sus miserias.

—Oye, Ethan, ya que hablamos de esto… —intervine, buscando resolver mis pensamientos—. Pienso en esa peña que lleva a cabo las cosas más depravadas aunque la persona a la que paga no quiera hacerlas. ¿Sabes lo que te digo? Eso de forzar…

—A ver, antes me has preguntado por lo de la bisexualidad —contestó tranquilamente mi puto/putero—. La primera vez que lo hice con un tío fue una encerrona. Una tía me había llamado para una sesión. Fui y me encontré con que eran ella y su novio. Yo les dije que no era gay. Que con ella bien, pero no con el otro. Lo aceptaron, pero me preguntaron si el maromo podía mirar.

—Aceptaste, imagino —dije, sabiendo por dónde iría la historia.

—Pues sí, tío. Pero la cosa se puso rara de cojones en un momento. El otro se empezó a acercar con la polla tiesa y… bueno, como que se unió. Yo paré. Les dije que se lo había advertido. Me dijeron que me pagarían el doble si él podía «meterse». «Ah, bueno, entonces tira», respondí. «Pero sin mariconadas». Cuando estábamos en el ajo, el otro me empezó a tocar un poco. Yo hice como si nada. Pero el gacho empezó a tocar más y más y, tío, básicamente me acabó… Bueno, que me empezó a comer el culo. Me di un susto del carajo y paré. ¿Sabes lo que me dijeron?

—Me lo figuro.

—¡O el tío se podía meter conmigo, o no había pasta!

Miré a Ethan como había mirado a tanta gente a la que había entrevistado: con una mezcla de rabia, indignación, pavor, pasividad,

indefensión, miedo… Sus confesiones eran un atestado de la crueldad manufacturada y producida en cadena que poblaba el mundo.

—Eso es coacción en toda regla —le aseguré con indignación.

—¡Lo que coño sea! Pero ¿qué iba a hacer? Ya estaba allí, necesitaba la pasta. ¿Qué hago? ¿Les casco y me meto en un lío de la hostia? No. Muero al palo y cobro. Y ¿sabes qué?

—Cuéntame.

—Que al final me gustó. ¡Yo no tenía ni puta idea de que pudiera ser gay! Inicialmente no me apasionaba la idea, pero oye, mira… Luego descubrí que era bi… Bueno, bi no soy, pero vamos, que puedo tener sexo con tíos también. De hecho, acabé yendo por las zonas de ambiente y no veas la de tíos que te pagan por chupártela, o que se la chupes, aun pudiendo ligar.

Me invadió, una vez más, el mismo interrogante de antes:

—Entonces, ¿los tíos te gustan?

—Pues, hijo, ¿qué quieres que te diga? Los suelo dejar para el trabajo.

—O sea, que a ti, básicamente, te sacaron del armario a la fuerza, por así decirlo.

—No diría yo que tanto… Pero sí, no fue lo que se dice consentido desde el principio.

—No me quiero imaginar entonces la de putas y putos que las pasan canutas —repuse, incorporándome sobre la mesa.

—Yo, aparte de eso, no he tenido mucha bronca. Supongo que por suerte.

Ajusté las nalgas en la silla y plegué los omóplatos sobre el borde metálico. Me dije a mí mismo: «Vaya, chico, de cara al peligro, pocos son los recursos de los trabajadores sexuales para no verse colmados de abusos y estafas». Sin duda, su prohibición es una zancadilla directa para zafarse de los bastardos *natos* que vagan sobre la faz de la Tierra. Durante la efervescencia de los trastornos nocturnos, las putas y los putos están solos, como un soldado que

carga contra las líneas enemigas. Normal que muchos acaben contratando músculo, aun padeciendo todos los abusos que se derivan de una relación comercial tan clandestina. Sin regulación, la corrupción saca los cuernos embolados como una bestia codiciosa… He ahí una desidia gubernamental marcada por el tabú. Una clara desconexión de las élites. Aceptar su existencia como un hecho insobornable sería aceptar abiertamente que vivimos una existencia pútrida donde el deseo está dominado por el poder. Y, oh, bien es sabido que quien alza la voz es tomado por un mesías de la causa. Más vale hablar de lo intolerable de la profesión, de la humillación espuria del alma que supone, que de su inextinguible presencia. Desafortunadamente, como siempre, pagan justos por pecadores. Las que ponen las vulvas, o los penes, al servicio de su supervivencia acaban relegados al abandono. Pocos quieren hacer frente a la realidad. La mayoría prefieren desviar la vista hacia otro lado. Caer en la sedación. Dejar que la cirugía siga su curso con todas las escabechinas que la realidad guste de llevar a cabo, haciendo de la mala praxis un problema exclusivo de abrir los ojos. Lejos del saber, todo resulta más sencillo.

Cayendo en el relato de Ethan, pienso en las tesis de Paula Fraga sobre la abolición de la prostitución. ¿Abolir la prostitución? ¡Ja! Eso es poner vallas a un campo cada vez más extenso. No habitamos una civilización que precisamente condene la lascivia… ¡Más bien al contrario! Como decía Juan Manuel de Prada, vivimos en una «macrofiesta del pecado original». Mutilado el espíritu de la gracia y agotado el sueño de la virtud, ¿cómo podría abolirse el más accesible apeadero de la promiscuidad? Ethan firmó una frase que lo dice todo: «Yo no busco el amor. No quiero enamorarme de ella. Al menos, no de primeras. Yo quiero enrollarme con la chica». Es casi una ridiculización del sentimiento. Nada invita en nuestra sociedad a la limitación. Si se nos encomienda a abarcarlo todo, sin reservas, y el sexo es una quimera orquestada desde la jerarquía de los cuerpos, los dones de la manipulación o la vigorexia de la cuenta

corriente, ¿dónde encuentran alivio las sabandijas de la realización?

De regreso a mi charla con Ethan, acabé el encuentro con un exceso de cervezas Mahou de barril. Él quedó mucho más parco en etanol. Para que soltase la lengua, había que darle a entender que mi desinhibición era síntoma de confianza. Es uno de los secretos de la entrevista: haz que el otro beba, o bebe tú, lo justo para que se relaje, o le dé por pensar que no te acordarás de sus confesiones al día siguiente. Que crea que es el capitán manejando el timón, mientras tú te sabes el maquinista que alimenta de carbón al fuego que mueve la embarcación bajo el mar de priva. Con todo, no estaba lo que se dice pedo, pero vacilaba con un juego de piernas chueco como el de un boxeador durante los últimos asaltos.

En cuanto plegué la libreta, Ethan me dijo que lo esperara, que quería llevarme a un sitio. La expectación me excitó como un estriptis. *Ay, ¿qué será? ¿Qué será?* Aguardé su regreso con un cigarrillo Camel colgando de los labios, con la mascarilla quirúrgica bajada hasta el mentón. El tío le puso mucha intriga a la cosa… Llegados a este punto, el asunto dio un giro completo, y se integra en mi mente como si sucediese en este preciso instante. Alejado del pasado, con la intensa ansiedad de coronar el momento presente. *¿Qué será, será?…*

10

ETHAN SE DESLIZA A UN RITMO ACELERADO por el final de la calle con su Ford Fiesta, igual que en un Dakar de asfalto madrileño. Es como si los velludos muslos de la oscuridad en la capital se abrieran para él. Petardeos rugientes ensordecen la avenida, el matasuegras de Ethan puede ser un poco remilgado-esnob-provinciano-arrepentido, pero conduce como en una película de George Miller. Me alcanza y subo a la bestia.

—¿Adónde vamos? —pregunto como quien pregunta si cerrar una herida abierta con grapas dolerá.

—Vamos a casa de dos amigas. Son hermanas, dos latinas bien guapas.

Ethan sigue con su melodía espídica, superando los cien por hora en zonas limitadas a cincuenta. Me tienta sentirme inquieto, aferrarme con fuerza a la agarradera, pero no puedo mostrar vulnerabilidad alguna. Lo está esperando, ambiciona ponerme a prueba con ese ritmo de conducción demencial, saber si soy un soplagaitas en algún sentido, aunque sólo sea porque aprecio mi vida. Después de su relato, intenta saber si yo también soy guerrero. Pues bien, no logrará achantarme. Mi muerte me importa tan poco que, si quiere, puede marcarle un *llamacuelga* con un volantazo en cualquier momento. No vacilaré…

Alcanzamos la recóndita calle del Este. Creo reconocer la estación

de Pueblo Nuevo. Durante los últimos cinco minutos, Ethan baja la velocidad. Entiendo que conoce la zona y los picoletos que la guardan. Paramos el coche y hace una rápida llamada: «Hola, preciosa, ¿estás con tu hermana?». «*[S] ajansionad, ade adienaf*». «Bien, voy con un amigo». «*Vkmfksem*». Salimos del bólido. Echa humo: parece que el motor se ha sobrecalentado. Ethan lo obvia. Me pone la mano en el pecho mientras caminamos.

—Eh, una cosa, tío, ¿cuánta pela llevas?

—Unos cincuenta euros —digo, curioso por saber si el dinero va a ser para drogas o para pagar a las chicas. Está claro que no hay más opciones.

—Las chicas cobran cien por hora. No pasa nada, te pongo la otra parte si tú me pones bien en el artículo.

—Hecho.

No pienso decir nada que no me haya contado. Ni dejar de contar nada, tampoco. ¿Acaso alguien piensa que esto es una manipulación? La propia idea de la publicación del artículo era la de una corrupción de lo digno. Y así salió… Además, sólo los finales pervertidos tienen la gracia de ser dignamente recordados. Los finales castos, los previsibles, sirven para envolver el pescado y caer en el olvido. Cabría preguntarse, eso sí, ¿dónde quedan mis anteriores reservas? ¿Acaso voy a dejarme poseer por las sabandijas de la realización que corretean en mí? El alcohol no ayuda. Sí, así es. Jamás he abrazado esa sinceridad desentendida de la que ha hablado Ethan durante la entrevista. Ese saberse dueño de la honestidad… ¡Qué leches! Vivamos la macrofiesta del pecado original, aunque sólo sea por conocer su dulzura para juzgarla. «Aunque, bien pensado —me digo—, tampoco necesito matar a nadie para saber que es un gesto de lo más deleznable y tormentoso». No mezclemos churras con merinas. Una cosa es decapitar una vida y otra muy distinta transferir capital económico a cambio de capital sexual. Veámoslo así, como una mera transacción. Como algo consentido por ambas partes, maldecido por el dinero y,

por lo tanto, libre de culpa en esta plutocracia planetaria que lo comercializa todo… Hay apetito y la fe se me escurre. Sobre todo, la que tengo en mí mismo.

Pues bien, subimos al apartamento. Las dos *pardalas*, como diría Francisco Umbral, han salido de una reposición de *Charlie y la fábrica de chocolate*; parecen dos umpa-lumpas macizas con traseros de levadura, miel y golosina. Ethan se va con la más bajita, que no alcanzará el metro cincuenta, pero gasta los cojinetes traseros mejor trabajados y ocupantes del espacio horizontal. A mí me toca la más *alta*, con el culo algo acarpetado, caderas de cría equina y una esponjosa cara de violadora de los placeres. No me descontenta el reparto; sus escasos pechos, con pezones parecidos a mariposas estiradas sobre un lienzo de corcho, no me emocionan, pero desde luego tampoco representan nada digno de una negativa. Me rindo a su grandeza tanto como si me hubiese abordado en un bar presa de esos encantos que la mayoría de las veces no me encuentro. Ethan deposita la guita sobre la mesita del salón. Una estancia americana, amplia, en plan Ikea de rebajas, con un sofá rinconero, en forma de ele, y una isla marcando la frontera con la cocina. Yo hago lo propio con mi parte. Seguro que hubiera podido pagar con Bizum o transferencia, pero nadie te dice que no venga el fisco a darte un palo si te descuidas con el concepto. Las lumis se mueven realizadas y confiadas; de Ethan ya conocen su atractivo, de mí se tranquilizan al comprobarlo.

—Vamos, mi amor, ¿quieres una duchita?

—Me apetece, sí.

Me deshago de la ropa al llegar a la habitación, agarro una toalla y la meretriz me acompaña vestida solamente con un tanga y un sujetador, ambos de encaje, hasta el tranquilo habitáculo de la ducha; un espacio de lujo, paz y serenidad y de pulcra limpieza que anima a los seres humanos a dejar llevar su lengua por los sitios más indignos del sabor y los olores.

Me abandono al placer de los dedos de la pardala, que, por cierto,

se llama Daniela. Los desliza por mi velludo pecho bajo la cascada, segundos antes de cascármela delicadamente con ayuda del jabón.

—¿Haces *building*, mi amor?

Entiendo que se refiere al ejercicio. Aunque hace tiempo que estoy en horas bajas, que no lanzo puños *¡faps! ¡faps! ¡faps!* a la cara de ningún tarugo, todavía se mantienen las firmes secuelas de su padecimiento. «Cojonudo», pienso.

—Boxeo. ¿Te gusta?

—Claroooooo…

Daniela, la dulce y delicada Daniela, alarga las palabras como si tuviese un retraso tan incontenido que la obligara a buscar en la dilatación de las vocales la siguiente unidad semántica. Al final descubro que nada de eso. Sí, es algo parca en neuronas, pero nada que ver con lo que dicen sus ojos al escucharla por primera vez.

Vamos a la habitación. Un dormitorio un poco vetusto con una cama *king size* presidiendo la mitad de la estancia. Observa la magnificencia luctuosa de mi gran cuerpo, descargando los primeros chorritos de emoción vaginal al acariciar mi espalda y apretar mis nalgas sin cuidado alguno, encaprichada del venenoso azogue zorreril. Me tumba de un empujón en la cama, al que obedezco con agradecida sumisión. Mi sexo todavía no está erecto, ¿acaso hay algún remilgo o reparo por las circunstancias? ¿Cuestiono, en una ética subconsciente, la legalidad moral de este acto? Daniela acomete mis huevos, introduciéndoselos en su pomposa boca por turnos. Ummm… ¡Nah!, la situación es de una inquebrantable validez, por más que los diarios de opinión la criminalicen cada vez con mayor integrismo religioso. Su cara es de absoluta devoción y yo le devuelvo el gesto con varios dedos deslizándose sobre su clítoris, para posteriormente introducirse, calmada aunque consistentemente, en su vagina. Los tocamientos parecen ejercer en ella un efecto electrificante, porque convulsiona. Donde antes estaban mis testículos, ahora está mi miembro disfrazado de capitán Pescanova con un chubasquero amarillo, seguramente sabor

plátano. Da gusto saber que las campañas de concienciación sobre las ETS dan sus frutos. La muevo. Voy y vengo con fuerza. De un modo un tanto paradójico, intento hacer que se sienta bien conmigo, que disfrute tanto como puedo llegar a hacerlo yo. Bondad en el alma, terrible compañera, hace que incluso una transacción económica se vea maldecida por el terrible peso de la compasión y la igualdad irracionales: yo no voy al tío del súper a comprarle manzanas y, como empatizo con su labor, termino haciéndole un masaje de manos por haber metido mi fruta en la bolsa. Humanidad descontrolada, una carga por la que la espicha más de uno…

Daniela alcanza el orgasmo en varias ocasiones con mis dedos y mi lengua. No lo ha fingido; sus espasmos han sido demasiado arrítmicos, pero constantes, como para tratarse de una actuación. Por si fuera poco, me lo confirma al final sin habérselo preguntado: «Soy sensible y multiorgásmica, y tocaste en el punto justo». Noto un empentón descontrolado en el paquete. La pongo a cuatro patas y lamo su ano… ¡Cuán sabroso es el bocado de lo prohibido! Qué maravilla de trasero. Un agujero delicioso. Termino. Añoro algo de su felación, así que, antes de penetrarla, se lo insinúo acercándole el pene al rostro. Ella entiende. Sabe. Paso a fornicar con ella, de vuelta a la posición del perrito, aunque, bien pensado, está a gatas… Duro menos que el estornudo de una pija. Eyaculo sin demasiada pasión en un estéril intento de control, provocado por la presión de sus manos y sus gemidos de verdadero placer, a los escasos cinco minutos de la primera embestida. Qué desastre: dinero desaprovechado, lujo desperdiciado, empalme sin electricidad, cordillera sin cumbre, cayetano sin polo, capricho sin respuesta… Las artes y encantos físicos de Daniela han surtido efecto. El sudoroso pandero de latina juguetona ha hecho las delicias de mi sexo hasta provocar su llanto antes de tiempo. Qué corrida más rancia, pero ¡qué saludable me siento! Aún nos queda media hora. A Daniela se la ve satisfecha. ¿Por qué me importa un carajo? Se acurruca junto a mí.

—Tenemos tiempo, podemos hacer lo que quieras, mi amor.

Le cuento mis recientes desencuentros con Valeria, que en aquel momento constituía el romance perdido de mi vida. Ella escucha con la profesionalidad de una terapeuta. Resulta que lo es. En mi línea, incapaz de aprovecharme, Daniela termina hablando, y lo hace de ella en todo momento. Finalmente, parece que quien complace soy yo. Me cuenta su tragedia, la cual, coño, seamos sinceros, es para caerse de culo. Hija y madre en Venezuela; ella, objeto de un robo sin compasión por parte del desgraciado mamarracho del padre, que ha debido de irse a preñar mujeres por el continente. Un año en Colombia. Primero hace intentos en su campo, la terapia infantil; sin embargo, un título venezolano vale menos que el papel higiénico. Acaba de meretriz en el país de la coca. Nada bueno. Malas vibras. Poco le falta para acabar respirando el humo del tubo de escape de su coche fúnebre. Va mejor echar tierra y joparse a la vieja Europa.

En España encuentra consuelo con su hermana en el apartamento de su tía. Ella regenta el lupanar improvisado de la pareja fraternal, que se anuncia únicamente por internet en webs como slumi.com o escort-advisor.com. La tipa debe de andar en uno de los cuartos contando los sobrantes obtenidos con el semen de los clientes que reptan como gusanos por el lugar. Le pregunto por su trabajo. No es lo que más le gusta del mundo, pero tampoco es lo peor. Gana bien, lo bastante para enviar dinero a su madre y a su hija, y vivir con dignidad, sin presiones. Los consumidores de su ultramarinos orgiástico han sido corteses… Casi siempre. Una vez, con su hermana, temieron por la locura suicida de uno que, luciendo una nariz taponada de cocaína, amenazó con tirarse por la ventana, preso de la depresión. Ellas huyeron en cuanto tuvieron oportunidad. No las culpo.

Le insisto en si no le parece indigno lo que hace, casi como si me poseyera el espíritu de Richard Gere en *Pretty Woman*. Noto en sus gestos que no soy el primer moralista que la taladra con el asunto. Otro con la patética impresión de que tildarlo de indigno rebaja, por

una especie de culpabilidad reconocida, el peso del pecado cometido. No es así. Luego lo pienso, sólo la he podido llegar a ofender… Soy medio imbécil.

—Me gusta el sexo, mi amor —responde con una naturalidad que agradezco—. Si no me pagasen por él, lo haría gratis. Me hace sentir poderosa. También querría poder dejarlo, ser libre de elegir, pero tampoco podría serlo en otro trabajo —añade con una determinación erudita que me acojona.

A pesar de sus palabras, estiro las piernas y doy un paseo hasta el espejo del armario situado frente a la cama. Me veo en el reflejo vestido con las glándulas mucosas de un molusco gasterópodo; es decir, una babosa… Así me veo, como una húmeda y gelatinosa babosa, pero sin la ternura de las antenas. Prefiero volver a Daniela, que acaricia mi cuerpo con el capricho de una niña disfrutando de la ensoñación del juguete deseado. Pienso que añoro esta sensación, la de la confianza desnuda de los cuerpos leves, sin peso, ni deudas (los billetes en la mesita del salón han cubierto cualquiera que yo tuviera). Hace demasiado que estoy solo… y descubro con esta meretriz que no deseo estarlo más. Había pasado tullido, constipado y ciego tanto tiempo… La soledad ya no era compañera, ni cómplice o coartada, sino el aletargado regalo de un abandono al que no quería hacer frente.

Pasa el tiempo y el holograma del cariño se cortocircuita. Daniela se levanta y me pide que me vista, que me vaya.

—Me ha gustado mucho, mi amor. Gracias por escucharme. Vuelve cuando quieras —sentencia, deslizándose con su cuco tanga negro colándose noblemente por la raja.

Ah, Daniela, perra hábil… Eres una contrabandista del deseo. Me has hecho la del camello pasando la mejor droga en el primer trámite para fidelizar al cliente.

Abandono la habitación esperando que Ethan me acompañe. La que debe de ser la tía me informa: el puto/putero está todavía con su puta. Ha pagado más. Se ve que a Ethan todo le sabe a poco.

Salgo del piso y camino meditabundo. No tardo mucho en sintonizar en la cabeza el mensaje de los sacerdotes morales de mi tiempo: «LO QUE HE HECHO ESTÁ MAL. ES UN ABUSO. UNA VIOLACIÓN». En cambio, ¿por qué no lo siento así en absoluto? No he visto en los gestos de Daniela nada más allá de sonrisitas y prietas carnes de burocrático gesto comprometido con mi erección. «Habrá de contextualizarse el asunto», me digo. Despiojarlo de maximalismos vacuos que sólo invitan a la irreflexión, al eslogan. *Ay, los eslóganes*… Ya me veo de cabeza de campaña, acusado de desalmado por unas vagatonteantes-jovencitas-de-almohada-viscolástica que reivindican su feminidad como el atributo más valioso que poseen. Y lo peor es que se les prestará toda la atención… Pero las que alzarán la voz contra mí por haber sucumbido a la capitalización económica del sexo seguro que ahogan su piromanía frente a la explotación de la cajera del supermercado. La sociedad medianizada de pequeñoburgueses pobres que hemos creado romantiza todavía el coito, y lo sigue elevando a los astros puritanos decimonónicos. Cargándolo de pecado y sordidez, con un cinismo erótico sólo digno de una verdadera sociedad de consumo. Pero eso ya lo decía muy bien Virginie Despentes... No es pagar por sexo lo que me incita a demonizarme, sino haber fomentado una actividad muchas veces dominada por el odio, el abuso, la pobreza y la desesperación.Pero Daniela parecía conforme. Casi diría que cómoda, satisfecha con el resultado de nuestra transacción. Lejos —al menos visto desde fuera — de la angustia suicida que he comprobado en tantas y tantos trabajadores que parecen arrastrarse por los días con la única certeza de que les da miedo saltar… O meter la tostadora enchufada en la bañera.

Me asola la mente un libro. Como de costumbre, si pienso en algo, pienso en algún libro que me dé la razón o que me ayude a justificar mi equivocación. En este caso, uno de Lynzi Armstrong y Gillian Abel llamado *Trabajo sexual con derechos. Una alternativa de*

despenalización, creo... En fin, tanto monta, monta tanto. La cuestión es que recuerdo hacerme con él promocionado por la revista *El Salto* y me abrió un espectro muy digno frente a lo que había supuesto la despenalización en Nueva Zelanda. Hablaba de los beneficios de la autogestión y de la desarticulación de las estructuras opresivas que tanto han marcado el imaginario de la profesión. Más de una de las prostitutas alegaba cosas similares a las de Daniela y… bueno, a la hora de la verdad, sí, con mi gesto había perpetuado esta cuestionable forma de dominación, pero también había permitido a la dulce umpa-lumpa venezolana ganarse un suculento jornal con el que ayudar a su familia. La había tratado dignamente, sin presiones ni agresiones y todo ese circo de maldades que dicen extraerse de cualquier persona que pague una prostituta. Puedo seguir martirizándome, dándole vueltas estúpidamente, o asumir que, dicho esto, no importa. Que yo no me martirice no significa que otros no vayan a hacerme la de san Lorenzo…

¿Alguien tiene hambre? Porque hay una infección de la necedad, cada vez más venenosa, poseyendo los aperitivos de barra de bar engullidos por los habitantes occidentales en forma de opiniones. Que haya personas corrientes que dispongan de argumentos para liarse la manta a la cabeza, creer que actúan por su cuenta y alterar las circunstancias de su vida increpando la de los demás al crearse nuevos papeles de Advenedizo Iluminado, Virgen de la Razón o Peregrino de lo Correcto ya es singular de por sí. Pero que, además, nieguen haber caído en un viejo juego alquimista del Yo, en el que todas las opiniones que emergen de su flaca creatividad sean billetes para engrandecer y refinar el ego, es para caerse de culo. Despachan el tufillo a vanidad de las clases opulentas a las que se les permitía todo dada su vida cortesana, con la salvedad de que su narcolepsia ambiental les hace considerarse parte de un bien mayor… de conjunto, general. Por eso pasan los días ladrando serenatas espirituales que los colocan en lo alto de la pirámide de la grandilocuencia, cuando sólo son salmonetes cutres chapoteando

cuesta abajo. Inquisidores quemando brujas porque sus madres les zurraban la badana, asegurando ser víctimas del diablo, para ser inocentes de todas las diabluras que cometen.

11

AQUELLA NO FUE MI PRIMERA EXPERIENCIA con profesionales. *Profesionales*… Una forma fina y adaptada de decir prostitutas, putas. La primera vez que me vi cara a cara con una de ellas fue cuando, a los dieciocho años, mucho antes de que la gente de mi alrededor sacara brillo a sus cazuelas cerebrales con *speed* o cocaína, unos amigos y yo nos volcamos empáticamente con uno de nuestros colegas para que disfrutara de lo que ya habíamos disfrutado los demás.

Raúl era esa clase de menda dejado, tirando a desagradable. Tenía unos kilos de más, un ojo pipa de más, un mostacho desatendido de más, un carácter arisco de más… Estaba a unos kilómetros de ser lo que se dice un partidazo. Esto no exime que el chaval, con algo más de labia, hubiera podido engañar a una nena para que se prestase a disfrutar, con la previa ingestión alcohólica de rigor, de una conjunción humana. Pero su timidez, disfrazada con una sobredosis hedionda de orgullo y cinismo, le impedía siempre culminar el juego de la atracción. Ni un cochino beso se había dado con una chavala a su mayoría de edad, y mucho me temo que habría seguido igual.

Tampoco hay que confundir las cosas. Observemos el conjunto con perspectiva dilatada. Raúl es un notas bastante listo, con una memoria digna de un concurso, curiosidades culturales y potencial para despellejarse esa condición autoimpuesta de primate desatendido. De completo patán. De ponche de gran culo blanco

hambriento de melanina, con mirada lechosa, aspecto de esnifador de pedos y de dentudo inhalador de trementina con barriga cuajada de vello negro. Su problema, que no encuentra la forma. Ya en su juventud se ha rendido a la idea de la soledad, incapaz de encontrar *valor en sí mismo* ante la sumisión a un sistema que lo bombardea con cuerpos cincelados en madera, o carteras de criptomonedas que financian escapaditas lujosas a la Toscana.

Sea como fuere, recién alcanzados los años de la legalidad etílica, mis camaradas y yo decidimos que ya era hora de que Raúl, pobre diablo retraído, echase una canita al aire. Los biorritmos pospúber que vibraban en nuestros pelos enquistados de la primera barba creyeron, con toda la buena fe y la inocencia consecuente, que pagando a una profesional… Otra vez con el término… Una *puta*, una puta de puticlub, una puta por dinero, una PUTA… Raúl se aficionaría al placer y buscaría poner remedio a su sequía. Tal vez con algo de ejercicio, tal vez con algo menos de timidez, tal vez con algo más de confianza en sí mismo…

La refriega moral da el pistoletazo de salida un sábado por la noche. Ya no hay hora de regreso a casa, pero aún sobrevive en la mente de los lustrosos jovencitos que somos la inquietud de que nuestros progenitores nos vean borrachos como una rata bañada en líquido isopropílico. Dada nuestra puerilidad, no manejamos información contrastada sobre los mejores bares de alterne de la ciudad. Únicamente de oídas, como esos susurros discretos a los que uno se arrima con la esperanza de capturar algo jugoso, sabemos del *pub* La Isla. Ummm… Un nombre de lo más adecuado, si tenemos en cuenta la relación directa que invocamos entre playa y placer, placer y sexo. A Raúl no le quedan más cojones que sentirse gratificado. Acepta, con cierta resignación vergonzosa, nuestro regalo. ¿Por qué? ¿Porque quiere desesperadamente prodigarse encantadoras carantoñas con una mujer de un atractivo al que no ha hecho frente en su vida más de dos minutos con cara de alelado? ¿Porque suplica por ver una lengua femenina resbalar húmeda sobre

su sexo durante un minuto antes de explotar? En absoluto. Raúl lo hace porque todos lo hemos hecho. Cierto, no hemos pagado por ello, pero llegados a ese punto eso se ha convertido en un pormenor. Ya llevamos unas cuantas narraciones sobre las oleadas de calma recorriendo cada una de nuestras venas momentos después de la eyaculación. El placer de unos pezones, tiernos y duros como el diamante, agitándose entre nuestros labios. Esa sensación de éxtasis posesivo al marcar los dedos sobre la carne mullida de unas nalgas a las que la piel se les *apolluela*. Y Raúl, el ojo pipa de gesto furibundo con dedos de olor a culo, buen muchacho, pero inasequible a la erótica juvenil, lo que más quiere no es echar un polvo, sino dejar de ser el último que no lo ha hecho.

Incapaz de poder satisfacer su pulsión natural hacia la mímesis por los canales habituales, el zagal se ha visto sometido a un ametrallamiento, a una explosión kamikaze de constantes provocaciones recordándole que todavía no es *un hombre*, ¡Un Hombre!, sólo un capullo virgen inocente a la delicia de un suelo pélvico rebozándose contra su cara, al suntuoso regalo de ver el sexo de una mujer medio oculto por unas bragas de encaje o de maravillarse con el rocío vaporoso del interior de un coño con los dedos medio y anular.

Ay… Los seres humanos somos baratos prototipos de una intención superior que no supo evolucionar más allá de lo gregario. La adolescencia es ese territorio, ¡fértil como ninguno para el dolor!, donde el miedo a la soledad que anida en nuestro corazón es capaz de encañonarnos para hacer cualquier cosa. Nos convertimos en rehenes de la presión de grupo, de la unidad, individuos colmena destinados a perecer lejos de los zumbidos de la manada. Ignorancia es lo que nos sobra en esa época, aparte de hormonas.

Por eso Raúl acepta. Por eso a nosotros nos parece bien. Porque nos comunicamos por telequinesia corporal reconociendo a todo aquel con el arrebato de negar los designios de la mayoría. Y si asoma, se le mutila. Se acaba con él a través de miradas macarras,

con palmaditas en la espalda, con «¡vete a hacer puñetas!» variados, dinámicos, autoaprendidos, infectados los unos a los otros por la ósmosis del grupo. Todo es un desmadre, una locura, un peñasco de testosterona, una asociación de mancos sin media hostia que, aun así, ve en su reflejo una caballería salvaje y robusta. El espejismo de los tíos duros, de los escrotos autosuficientes que si tienen que pagarle una profesional… ¡Dios!, una puta… A su virginal camarada, lo harán con la cabeza alta y, sobre todo, la curiosidad a velocidad de crucero.

Se dice que los vikingos tenían la tradición de hundirse en mugrientas cuevas fingiendo ser bestias salvajes, mientras engullían bocanadas de lisérgica leche de cabra adulterada con beleño negro… Una vez el cuelgue alcanzaba su estado álgido, las völvas recitaban sus cánticos para que los iniciados se deslizaran por los toboganes de la enajenación animal, viéndose cara a cara consigo mismos y sus miedos, elevándose así a la condición de hombres. De lobo peludo a *Homo sapiens* depilado… Nosotros, bastardillos cutres del siglo XXI, no tuvimos que sacrificar tanto la cordura. Bastaba con haber echado un quiqui. Una sinfonía metafísica que iba de la Naturaleza a la Idea, del Objeto al Sujeto, del Niño al Hombre, de la Burla al Respeto, proyectando una nueva plenitud que abandonaba el pasado sin olvidarse de él. Sea como fuere, adolescente viene de *adolescere*, una alusión al sufrimiento, y eso no ha cambiado con los siglos.

Aquel sábado por la noche entramos en La Isla cinco de los siete que participamos en el ritual de ascensión. El lugar es sórdido; luces de neón barato invaden la estancia y dotándola de una histérica tibieza propia de un videoclip gótico. Los cinco sobrevolamos el espacio como asustadizos pichones que se gruñen los unos a los otros intentando evitar sonrisillas aniñadas. Los náufragos que la habitan se cuentan por otros cinco, una pareja y tres solitarios. El dúo parece sacado de una despedida de soltero gitana en Bangkok. Visten una piel morena que luce morada con las bombillas negras,

piercings perlados que resplandecen blancos como sonrisas de anuncio de dentífrico y ropa chandalera de mercadillo. Los tres solitarios, en cambio, están desperdigados por la sala. Dos de ellos son imposibles de ver; se valen de la oscuridad para maquillar su indecencia, instalados estratégicamente en los puntos muertos de los focos. El último es puro canon; representa a la perfección el prototipo de un putero español: barriga prominente, pantalones caquis, camisa blanca con rosario de oro sobre los tirantes interiores… Pienso: «No querría tenerlo cerca de mi oreja susurrándome "buenas noches"».

En cuanto a las meretrices, no se ven más de tres. Uno va por ahí creyendo que en los puticlubs va a darse de bruces con Sodoma y Gomorra, con una animada vitalidad concupiscente servida bajo la premisa de un bufé libre de jolgorio y euforia. Al menos, por lo que respecta a este, parece el lugar más triste del planeta. Una decepción que emana del *placer del descubrimiento*, enfrentada a la *lepra del reconocimiento*. Sea como fuere, hemos venido aquí con una misión. Una de las prostitutas está tras la barra, atendiendo al prototipo puteril de parroquiano de un salón de masajes con promociones de tres por dos y un bote de fideos chinos. Otra se pasea por las zonas menos iluminadas, como una mecedora desubicada, no sé si borracha, drogada, moribunda de angustia o sobrecargada de un hambre suicida. Le faltan ganas de seducir, de eso no cabe duda. Han entrado cinco jóvenes pizpiretos, *peta zetas millennials* con gesto ilusionado y mirada ojiplática, y aquí no ha movido un dedo ni Dios. Debería haber sido la revelación de un tesoro potencial, pero a todos parece importarles un comino. Da la impresión de que sus vidas están tan enfangadas, tan cimentadas por palanganas de suciedad espiritual, que respiran porque no les han enseñado a dejar de hacerlo sin morir.

Se presenta, de sopetón, una visión… Una deliciosa joven, latina lo más seguro, de caderas escandalosas, pechos firmes y sobresaltados bajo el *push-up*, nos recibe en nuestro alunizaje. Dan ganas de

enamorarse locamente de sus ojos grandes, negros, como pintados a carbón, que habrán de organizar el disparo de unos labios gruesos con una línea tan marcada que parece cincelada en mármol oscuro. Esta sí es una presentación sexual a la altura. Es tan imposible no deleitarse con su visión, que me extraña verla desfilar sola, como levitando en una pasarela de luces estroboscópicas, sin verse obligada a patear con urgencia las espumosas bocas de decenas de babosos atontados acusados de priapismo. Sin embargo, ahí está, hermosa. Única. Como una máquina para follar de fabricación alemana a la que acaban de hacerle la puesta a punto. Me giro. Giro la cabeza ciento ochenta grados, a un lado y al otro. Así es, eso contempla mi mirada adolescente: un concesionario de coches usados en el que alguien se ha equivocado y ha abandonado una pieza de coleccionista. El resto parecen haberse metido lastimosamente un enema de plomo.

Comienzan las negociaciones. Me mantengo al margen de los trámites, de los cuales se encargan dos de los participantes del ritual. No puedo dejar de mirarla y de preguntarme si no me valdría más a mí pasar un rato con ella. Un rayo de conciencia me atraviesa. Los límites sólo pueden cruzarse por necesidad. Al menos es lo que me decía entonces. Luce dulce, la cachonda azteca, pero con suficiente carácter como para partirte un diente. El asunto está zanjado. La pardala se lleva de la mano a un Raúl tan excitado como impotente. Este acto lo va a encaramar de la hostia. Sonríe. La chica, digo. Parece como si el desvalimiento del chaval la alejase de la gangrena pervertida a la que suele hacer frente. El resto salimos. No hay espectáculo que ver.

Una vez fuera, me apoyo en una esquina a fumarme un Lucky, «lo que fuman los jóvenes», que diría un anuncio de los noventa. El resto se organizan alrededor. Narran la experiencia a los dos reservas que se han quedado en el banquillo de asfalto, mientras los demás nos lanzábamos al estadio del fornicio. Yo pienso en Raúl. Edifico toda la ornamentación de la escena en mi cabeza. Me lo

imagino inseguro, con esa manera infantil de dudar sobre qué quitarte primero, si los pantalones o la camiseta, si dejarte los calcetines o lanzarlos lo más rápido y lejos posible de la cama. Pienso en él como en un flan de huevo vibrante, como en una gelatina láctea desvestida de su suficiencia, de su orgullosa masculinidad… Ahí tenemos a un chico que de repente está a los mandos de un Boeing 747, cuando tan sólo ha pilotado un avión de píxeles en un videojuego de la PlayStation 3. Los bíceps desnudos, debatiéndose en su flacidez por si lanzarse a la caricia de ese cuerpo escultural que sólo ha visto en la pantalla de su ordenador durante noches y noches de insomnio onanista, dándole leña al mono hasta que el sueño se apoderase de él, seguramente con lágrimas del líquido espumoso todavía en sus calzoncillos. Oh, amigo, ya te veo enladrillando el empalme con pensamientos desagradables que te permitan no hacer como en esas películas americanas en las que el adolescente tenía la incontinencia de un viejo de noventa tacos, sólo que de próstata, y no de vejiga. Sospecho de esa diosa latina analizándote en tu tímido desfile de verticalidad masculina y tú, llegado el momento, convertido en un trapo eréctil y rígido frente a la mano de la doncella que te aprieta el sexo como si sostuviera una jarra de té.

Pasados treinta minutos, se apea del local un Raúl renovado, risueño, resplandeciente… Como si se hubiera bañado en el flujo vaginal de Afrodita alisándole la cara, limpiándole los gestos de toda impureza hasta encomendarlos a la expresión de mayor gratificación que he visto en ningún ser humano. Si tuviera que apostar, esa es la representación material de la felicidad. Ni un niño en la mañana de Navidad despacha tal alegría en el rostro. El muy merluzo es un coctel de emoción y sosiego digno de un masoca al que le han extirpado un grano masivo sin anestesia.

Un coro de voces se abalanza sobre él interrogándole acerca de la experiencia. Seamos sinceros, por mucho que todos hubiésemos ya santificado nuestro sexo con el tacto de otro, ninguno lo había hecho

con una criatura de tamaño atractivo. Raúl no había ido a desvirgarse como a pasar la ITV, que es en el sentido en que lo habíamos hecho todos, sino a probar el género en un concesionario Porsche. Realmente nos picaba la curiosidad como si nos hubiesen momificado en una cama repleta de chinches. La sonrisa de Raúl es abundante, con ese particular desprecio por la elegancia que despacha un sentimiento de gratificación descontrolado.

—Le he dado… —dice—, ¡a cascoporro! ¡Le he dado a cascoporro!

Esas son las únicas palabras que emanan de sus labios coronados con los pelos de su descuidado mostacho. Le entiendo a las mil maravillas. ¡Maldita sea!, cuando a uno se le agotan las palabras es porque estas no son capaces de resumir lo que se siente. Su «¡a cascoporro!» es resultado de una parquedad verbal que a cualquiera de nosotros nos habría doblegado en su situación. «¡A cascoporro!», tras una autopsia fría y meditada, vendría a contener la siguiente información: «Acabo de experimentar el acto más absoluto de mi existencia. Una mezcla de concentración y frenesí descontrolados al sentir la mano de esa encantadora mujer envolviendo mi polla y mis huevos. Tocándome como nunca nadie lo había hecho. Descorchando un cariño que sólo recordaba en los abrazos maternos de la infancia, seguido de olas de placer barriendo mi conciencia hacia territorios inexplorados. Al abrirle los muslos y notar que su vagina envolvía mi sexo mientras se la metía todo lo hondo que su cuerpo me permitía, he vivido una unión compleja haciendo imposible detener la llegada del placer. Una vez el estallido de esperma ha entrado en colisión con la hueca punta del condón, se ha apoderado de mí una sensación desconocida, la de haberlo logrado de una vez. La de, finalmente, ser como el resto».

—Y ella, ¿qué ha dicho? —pregunta uno.

—Ha dicho: «Me has hecho gozar, papá» —responde henchido de orgullo.

La explosión de risas es de proporciones nucleares. Se respira un aroma de jovialidad deífica digna de un coro góspel. A las siguientes

preguntas, Raúl, pasado por la centrifugadora de animosidad en la que gira, mantiene su discurso: «¡A cascoporro!» y «Me has hecho gozar, papá». Se le ha debido de rayar el disco de tanta energía que ha gastado en darle cuerda.

La anécdota pasa a formar parte del catálogo de imprescindibles de la pandilla. Con los años, sin embargo, se va instalando una suerte de vergüenza en la mayoría al asumirse partícipes de ella. Los talibanes de la moral se han ido edificando en el interior de algunos y, principalmente, la influencia de otros ha hecho mella para alimentar la hoguera de su arrepentimiento. Es casi un tabú hablar de aquella gratificante jornada que hizo de Raúl una persona (un tiempo, al menos) encomendada a la potencialidad del goce.

No hay buena acción que quede impune, o eso dicen… Pongamos que ha transcurrido, más o menos, una década desde que financiamos la satisfacción sexual de Raúl. En un encuentro casual, la historia sale a relucir. La embriaguez de las birras plantadas sobre la mesa como girasoles allana el camino para soltar prenda al respecto. Por lo general, de los seis participantes de la conversación, cinco terminan recordando el gesto con una sonrisa. No así Ramón.

Ramón es de esos chicos que sólo quieren meter cuchara, ser el centro de atención. Si no cautiva las miradas es como un mago sin público. Ha sido así desde la infancia, siempre rodeado de un sentimiento de perfección. Pero, con los años, he logrado desvestir sus intenciones. Ramón pertenece a un conjunto de pájaros, de agentes informadores rendidos al exhibicionismo bilateral. Por lo general, son monstruos, bichos que codician conocerse a sí mismos a través de la aprobación de los demás y se mantienen en sus trece si creen en algo. Ramón, feminista comprometido, pseudoanarquista con amplias dotes para camelar al personal, reniega públicamente de la prostitución. Para él, se trata de una esclavitud indigna que convierte a las mujeres (porque de hombres no habla nunca) en objetos de consumo. No me cuesta darle, en principio, la razón. Pero no creo que andar juzgando, como hace con sus gestos y un

esporádico comentario («Tío, estuvo fatal lo que hicisteis, es asqueroso»), sea de recibo en un entorno amistoso donde se puede abordar el tema con menos altivez. Huelga decir que yo, de mi desliz con Daniela, ¡ni mu!

Pero bueno, ¿por qué menciono a este figura? Pues bien, porque personifica magníficamente a quienes, en su momento, fueron presos de estándares más laxos y realizaron acciones que, para su actual grado de neurosis social, implican tener sucio el expediente. Ahora lanza obuses de demonización, demasiado sentidos y personales, como para no cargarse en la autoaversión. He aquí el quid de la cuestión. Ramón, tan digno, con una gradación de la gravedad de sus conductas rozando el cero, fue, tras Raúl, el siguiente en facilitarse, previo pago, los apegos de una mujer.

Ay, los secretos… Secretitos a raudales, secretos de unos, de otros, secretos que sobreviven, secretos que reviven, secretos inmortales que más valdría tener tatuados en la muñeca para evitar la hipocresía. Atención, mozalbetas y mozalbetes encomendados a la crítica, un buen día puede descubrirse que no es tan pura la biblioteca de experiencias que atesoráis. Cabe imaginar un futuro donde las acciones a las que os habéis encomendado sin restricción pasen a ser satanizadas. Y entonces, ¿quién os arropará? ¿Dónde estará el ala de ese ángel sin piedad con el que planeabais por los confines de lo correcto? Os veréis, sin comerlo ni beberlo, cortejando con la muerte de vuestra inviolabilidad, en el centro de la misma mirilla desde la que antes observabais con el gatillo flojo y las encías babeantes. Cuidado con ser una marioneta criticona… Las reglas que sostienen los hilos que te sujetan pueden cambiar sin previo aviso. Si no, que le pregunten a Ramón, el nene impecable, con la justa dosis de rebeldía política radicada en su idealismo por hacer del mundo un lugar mejor. Él trata de sobrevivir al odio que siente por él mismo proyectándolo en los demás. Intenta no colapsar amarrando un secreto a lo indecible. Pero, Ramón, yo he olido los cadáveres de tu armario…

Sé, porque me lo soltaste una noche en la que te habías excedido con los whiskies con Red Bull, que de adolescente tenías serios problemas de erección. No se debían a nada fisiológico, pues frente a la pantalla del portátil alcanzabas empalmes jóvenes y galvanizadas. Era una cuestión psicológica. Tu novia de entonces, una tal Inés, perdía el culo por que te lo montases con ella, pero tú no podías y no sabías por qué. Desesperado, indefenso a la flacidez de regaliz que te colgaba de entre las patas, fuiste por los callejones del vicio, como decía Sabina, y pagaste una negra con nalgas como gaitas escocesas con la que te pusiste bien a tono.

Oh, sí, pequeño… Poder, lo que se dice poder, podías. Cuando fuiste consciente de ello, sentiste un alivio mayor incluso que cuando la tal Inés te dejó. El problema, acabaste por pensar, debía ser ella. Luego te enrollaste con Patricia, aquella chica que tenía más tiros dados que *Calamity Jane*. Como diría Capote, si le hubiesen salido tantas pollas como le habían metido parecería un puercoespín. Menos débil y paranoico, algo más seguro de tus dones y de los suyos, conseguiste enhebrar las primeras veces. Pero ella quería más y más y más… y volviste a dudar. Desandaste el camino hasta el estribillo de Sabina, y esta vez te encamaste con una lechosa que te empaló un dedo en el trasero. Te encantó. Se lo pediste a Patricia y esta lo hizo. Pero claro, no era su primera vez. De hecho, en lo que a ti respecta, Ramón, aquella fue tu segunda… Después te he perdido la pista porque la noche en la que me viste cara de Padre Galo en un confesionario llegó a su fin, y no te he vuelto a ver con semejante desinhibición etílica. Es más, lo perfecto del asunto es que tú no recuerdas contármelo. Así es, *ratita putera*… Juzgas con la cara alta, el ceño fruncido y el labio torcido para disimular el bronceado de culpa que te asola la piel.

Es imprescindible dudar de quien abandera ciegamente el bien porque suele haber retozado a gusto con el mal. Ramón no ha sido el artífice de ningún aquelarre maldito, ni fuera de lo común, pero lo interesante es cómo intenta sobornar sus recuerdos, sedarlos sin

remedio, frente al rígido tribunal de lo correcto, creyéndose así un sujeto superior, de mejor pasta y profecía de cara a los demás, que es la única que le importa de verdad. *¡Qué emoción!* Qué codicioso escalofrío me recorre la nuca sabiendo cómo, instantes después de su comentario juzgón, ahora que rememoramos la anécdota de Raúl, podría dejar salir a pasear la lengua y hacerle morder el polvo. Con sólo una parra de palabras, sería capaz de agarrarlo metafóricamente del pescuezo y estamparle los dientes contra el gres esmaltado de la casa donde estamos. Una vez se ostenta el poder, sólo el que ha sido humillado puede valorar la gravedad de una humillación. Yo he pasado por tantas en mi vida, que me niego a convertirme en el agorero de males ajenos. Callo, pues. No digo nada aunque sepa más de la cuenta.

¿Quiere Ramón configurar una imagen del mundo falsa a propósito? ¿Quiere enriquecer la moral de su memoria fingiendo no haber cometido ningún acto cuestionable? Supongo que sí, aunque sólo ansíe cerrar las fisuras que su identidad fracturada le abre cada día. Como decía Lacan, Ramón no es una entidad soberana. Y tampoco acepta la esencial paradoja de las cosas. Para él, todo pasa por el asfixiante gas de los absolutos. No se acepta a sí mismo en su contradicción, en haber sido partícipe de aquello que critica. Por eso descarga esa sofisticada prolongación de la represión policial a través de sus palabras.

La indignación moral es lo primero para intentar apretar el bote de pegamento de contacto contra las brechas de sus «errores». De paso, el olor a etanol lo coloca tanto que olvida que están allí, de ahí que se permita el lujo de asumirse pulcro y sobrio de tropiezos en la vida. En ese instante descorcha el goce. Se apodera de él un regocijo humeante cuando se sabe adalid de la ideología de lo bien hecho y, por lo tanto, superior a quienes lo rodean. Queda inevitablemente seducido por reprimir, abotagar y adormecer sus transgresiones como si se entonase con todas las botellitas del minibar. Ah, pero en el subconsciente se conoce clérigo de sus

yerros, y eso lo satisface perversamente. Lo tiene todo: la corona de la decencia y, reservada en el sótano, la sotana de la perversión. Por eso logra mejores marcas que cualquier campeón del salto de palanca dialéctico, como yo, que asumimos elocuentemente no ser figuras impolutas, sino artefactos rotos cosidos a incorrecciones. Ramón está domesticado por la hipertrofia ética. Le hace el juego al neoliberalismo sin saberlo, al buscarle implicaciones individuales a elementos colectivos que ha chupado de los *mass media*, aunque él se piense rebozado de rebeldía. De ahí que su actividad, por muy revolucionaria que se sienta, es igual a la de la grandilocuencia nobiliaria del siglo XVII, que consiste básicamente en alejarse de la chusma, criticarla y reflejarse mejor.

Todo ello es el resultado de un torbellino acelerado que ha caído en la decadencia. Una exaltación de la identidad que busca llamar la atención encaramada al tribalismo. Ramón, inevitablemente, pertenece a una izquierda liberal políticamente intachable que se dice muy permisiva, pero que en su obsesión por la tolerancia hace gala de reglas de cancelación cada vez más acusadas, infectando de ansiedad y tensión su feliz cosmología de libertades. Por eso Ramón aceptaría, casi hasta de buen grado, que una mujer contratase un gigoló, pues le parecerá una forma de empoderamiento femenino. En cambio, recordar que Raúl fue objeto de nuestro cariño a través del mismo acto le indigna… y nos ve como herejes de la benevolencia, ¡pirómanos de lo debido! Porque cuando escasea la bondad, sólo queda el buenismo; un latazo hecho de un discurso melindroso y moralista con el que ocultar las verdaderas intenciones.

Lo que Ramón no percibe es que, en este caso, en la victimización de la mujer que hace, ahora blindada en la indemnidad de su venganza, se destila una infantilización que la convierte en un niño a quien se le debe perdonar todo, incluso lo que debería ser castigado. Porque la víctima, en la posmodernidad, no hace, padece, no se venga, ajusticia, no es lo que ha hecho, sino lo que le han arrebatado, y en ese vacío, la víctima, oh, cordero de cuernos

enroscados, es el héroe indiscutible.

Impacto de los eventos adversos

LA PLUSVALÍA DE LA VÍCTIMA

Detesto el victimismo y pago sin vacilaciones
el peaje de la independencia.

ANTONIO ESCOHOTADO

No estoy en contra de Dios. Estoy en contra
de su mal uso, y del victimismo de la gente
a través de la culpa y la idea del pecado.

MARILYN MANSON

12

HABÍAN PASADO DOS MESES desde mi llegada a Barcelona. En noviembre de 2022, gastaba largos días levantando cajas como un mulo, montando escenarios, salas de conciertos, espectáculos en parques, plazas de pueblo… Estaba baldado todo el tiempo. Por siete miserables euros la hora, despachaba jornadas que llegaron a alcanzar las dieciocho seguidas. Me sentí traicionado por las expectativas, probablemente porque, desde siempre, me habían asegurado que triunfaría… Tuve, ya de crío, tantas oportunidades y la mayoría, mejor o peor, aprovechadas, que estar allí era una ola de alborozos universales atizándome. Probablemente nadie me lo dijo con maldad, pero allí estaba, justo donde todos decían que nunca estaría… Ya van varias generaciones antes de la mía que se han visto engañadas y sufren de indefensión aprendida. Incapaces de hacer frente a los desastres que las asolan, ya ni tan siquiera intentan ponerles remedio. Se cierran sobre sí mismas. Impotentes, acomodadas en su sencillo malestar. Y, para qué engañarnos, yo no estaba en una posición diferente.

A decir verdad, me lo había buscado. Me largué a Barcelona, con una mano delante y otra detrás, porque el recuerdo de Valeria en Madrid me resultaba insoportable. La veía en cada esquina. En los asientos del metro, si desatendía el perfume a orina, llegaba incluso

a olerla… De haber querido pasarlo peor, hubiera tenido que ponerme unas Google Glasses, pegarlas con adhesivo y reproducir en bucle escenas de ella montándoselo con un circo de forzudos entero. Peludos, calvos y dopados de bíceps invasivos.

El caso es que, sí o sí, debía poner tierra de por medio, y Barcelona me pareció una oportunidad estimulante. Una forma de ir tirando, conociendo nuevas caras, nuevos mundos, una nueva vida en una ciudad que, ya de adolescente, se me antojaba misteriosa y excitante. A las semanas de aterrizar, el panorama no fue el esperado… Cierto, me topé con calles resplandecientes de belleza, elegancia, originalidad, dinamismo; una constante fiesta del placer urbano dorada por la más aristocrática perfección. De fachada, todo parecía brillar. Escarbando… En fin, el tesoro distaba de ser tan espectacular. La gente, por lo general, era más arisca de lo esperado. Se respiraba un cierto aroma a decadencia, como diría Carlos García-Mateos. Sí, el salado aire del mar atizando con fuerza las calles de la Barceloneta, hasta donde paseaba desde mi apartamento destartalado, y nuevamente compartido, en Les Corts, invitaba a la ensoñación. Todo reluciente bajo un cálido sol de septiembre que cualquiera podría confundir con el presagio de una oportunidad. No sé, a lo mejor la ciudad me tenía manía, la pilló conmigo, como un profesor malcogido de instituto, pero no se personaron lustrosas opciones, al menos para mí.

¡Cachis!… Vale, no lo he dicho, pero creo que era de esperar. Nada más pisar territorio *procés*, no me lancé, cual kamikaze japonés, a la lapidaria existencia del machaca en la que acabé. Gozando de estudios superiores y cierta experiencia en el gremio de la redacción, durante semanas intenté encontrar un hueco, ¡el que fuera!, en cualquier periódico, publicación, agencia de publicidad… En fin, todo lugar entregado al beneficio de las palabras con el que me topase. Ni Infojobs, JobToday o cualquiera de las muchas páginas de contratación resolvió mi drama. Tampoco los correos, currículos y cartas de presentación entregadas, directamente, cara a cara, a la

antigua y ruda, lograron desvirgar la ocasión de una embestida. En todos los sitios se apreciaban mis referencias. «Oh, vaya, sí, es genial. Tienes buena pluma. No está mal. Pero ¿dominas el catalán? Es imprescindible». Mi respuesta variaba. Al principio, negaba poder desenvolverme en catalán. Asumía entender la mayoría de las conversaciones, pero, honradamente, afirmaba ser incapaz de decir una sola frase sin cometer más errores que Chiquito de la Calzada hablando inglés. Mi estrategia acabó variando: «¿Acaso voy a tener que escribir en catalán?», interrogué en mis últimas entrevistas. La respuesta fue, excepto en una ocasión, que no, en absoluto, y de tener que hacerlo, se podía traducir sin dificultad, pero ese interrogante ya causaba un visible resquemor en la jeta de los entrevistadores. Al final, silencio… *Ghosting*, que se dice ahora trasteando esa pedante anglofilia, aunque desde siempre se haya llamado «pasar-de-tu-maldito-culo».

Sin pretenderme descubridor de nada, me permito un pequeño análisis asumiendo que para algunos pueda resultar injusto. Cataluña es un terruño endogámico que ha convertido el catalán en el estandarte de sus proclamas narcisistas y reaccionarias. Es un arma política. Sin un dominio claro de él, es casi imposible participar de toda actividad que no esté enfocada a las clases trabajadoras o a las crecientes *start-ups* donde sólo se habla inglés. Su clasismo es tan descarado que una buena forma de sesgar las zonas de influencia burguesa de las más humildes es la presencia, cuando no la imposición, del catalán. A mayor fortuna, mayor catalanismo. Agraciadamente, la empresa en la que entré, Pennywise (sí, como el payaso de Stephen King) estaba plagada de charnegos, latinoamericanos, extranjeros y catalanes de clase baja a los que el idioma, cuando menos, se la sudaba. Ellos, en su condición de currelas, tenían cosas mejores en las que pensar que en las quimeras independentistas, el catalán como artefacto liberador de la opresión castellana o saberse mejor que nadie. Zumbaban de un lado a otro de Barcelona, Gerona, Sitges y otras localidades de

alrededor gastando horas y horas en montajes, descargas, trabajos de control… Supervivencia, vamos. Un atributo que los niños-bien, pijoprogres y *gauche caviar* que se descolgaban por las calles de Gracia desde sus casitas de Pedralbes, o de sus dilatados apartamentos de las zonas reformadas de L'Eixample, no habían olido en sus saneadas vidas. Con tanto tiempo libre lejos de la desesperación, es fácil darse de bruces con ideales que le permitan a uno sentirse mejor que los demás, ¡una víctima incluso!, que es el asunto que me trae a estas páginas.

Daniele Giglioli ya lo dijo con lucidez: la víctima es el héroe de nuestro tiempo. Decirse una víctima te da carta blanca para ser atendido, reconocido, incluso admirado, bajo la garantía de ser inocente de todo. Es la identidad perfecta. Irrevocable, incontestable, absoluta… Sea o no impostada, vestir el traje de víctima te otorga automáticamente el abrigo de un respeto mesiánico. Cuestionarlo, para quien se atreva, es azuzar la ira de los dioses arriesgándose a que le metan rayos por el culo. No se desea, sin embargo, ser una víctima real. Sufrir las laceraciones de quienes se las han visto honestamente canutas no es plato de buen gusto. Lo suyo es ser una víctima indolora. Asumir una condición sobreentendida en el anfiteatro social como propia, plantarle luces led alrededor para que todo el mundo la vea, bien sea en apariencia o en discurso, y disfrutar del eterno chantaje que no busca el conocimiento del límite y su superación, sino estirar el chicle de la más ventajosa autoconmiseración.

En fin, voy a contaros una cosa de locos que me ocurrió allí, en Barcelona, una noche que pasé en una vieja nave industrial en L'Hospitalet de Llobregat alquilada de tapadillo, donde se montaban unas jaranas que se decían épicas. A varios de los inquilinos ya los conocía: un buscavidas aficionado al teatro llamado Álvarez, sorprendentemente parecido a William H. Macy de la serie

Shameless, y un aspirante a cineasta mulato, tan hermoso físicamente como cretino, de quien ya no recuerdo su nombre completo.

Yo sabía de la fama de aquel sitio, aunque jamás lo había visto. Por las descripciones, creí que acudir a aquel antro sería una experiencia de lo más alternativa. Pensé en él como en un centro autogestionado de amantes de la conversación, el arte, el hedonismo… Uno de esos garitos que salen en las películas de los setenta donde todos hablan de cosas interesantes, las chicas son inteligentes, decididas y despachan un carisma vibrante que invocaría la erección de un cadáver. Música *rock* ambientando la escena con sofás de escay rojo antiguos y luces de neón atizando las estancias en una vorágine indomesticable de perfecta concupiscencia mental y sexual… ¡Puñetas! ¡Qué decepcionantes son las expectativas! Para lo que me encontré, más me hubiera valido pensar que acudía a un trastero mugriento con roña humana reptando por las paredes. Al menos así mi sorpresa no habría sido tan crítica.

Para llegar al lugar, había que subir por un viejo ascensor que se estropeaba constantemente.

—Cuando llueve —me dijo el mulato al entrar—, el cuadro eléctrico se estropea y más de una vez nos hemos quedado encerrados.

«¡Vaya!, qué buena noticia —pensé—. Nada me pone más ahora mismo que malgastar horas de mi vida en una inestable caja de metal con este tipo». Debo admitir, eso sí, que la cosa tenía su morbillo. Acabar con la crisma rota por el descuelgue de un ascensor en una vieja nave industrial de las afueras de Barcelona era digno de aparecer en el telediario. ¡Mis deseados quince minutos de fama! Lástima no poder disfrutar de ellos.

Una vez llegabas a la planta, la puerta sólo se abría desde dentro. *Uuuh…* Más leña a la hoguera del misterio y la clandestinidad. Al presente, las cosas están tan medidas, son tan decididamente pulcras, que cualquier aperitivo capaz de sacarte de la aburrida

seguridad resulta un caramelito. Un tipejo, con más pinta de mono de feria que de ser humano, abrió la compuerta metálica. Llevaba el pelo medio rubio, medio moreno, medio largo, medio corto; el conjunto de aquel dibujo animado parecía pelear una batalla interior por aclararse las ideas. En cierto momento de la velada llegué a compartir una breve conversación con el exótico espécimen. *¡La leche!* Si Álvarez o el mulato podían hacérseme cuesta arriba, comparados con ese lumbreras eran unos verdaderos genios.

A lo que vamos… El sitio era amplio, degradado, los cuadros eléctricos estaban al descubierto y las dos estancias principales, cocina y salón, eran las propias de una casa okupa. Pero no de esas en las que el compromiso ético por la distribución equitativa de la vivienda hace que sus inquilinos la doten de un aire hogareño, dentro de sus límites, claro, sino de las que están regidas por verdaderos tuercebotas a los que les importa todo un pimiento. La cocina tenía unos fuegos decimonónicos que funcionaban con bombonas de butano. Parecía faltarles un tris para mandarnos a todos por los aires. En medio, una isla de madera chunga y botes de las hierbas más bizarras que uno pueda encontrar en un mercado chino clandestino. El salón, por llamarlo de alguna forma, *bufff*… Ni sofás de escay rojo, ni luces de neón, ni lámparas de barco, ni espectaculares composiciones artísticas decorando las paredes. Todo cutre hasta decir basta. Cuatro muebles hechos polvo y varios sillones, seguro que cazados de la calle, haciendo un círculo alrededor de un bidón de metal dispuesto para hacer fuego. «¡Anda, qué encanto de chavales! —pensé—. Están tan comprometidos con las personas sin hogar que han decidido vivir como ellas». Las habitaciones, pues allí vivían de continuo unas diez personas, estaban mejor administradas, aunque las puertas eran, o bien una tela corredera o, directamente, una placa de aluminio.

Sin embargo, no era náusea todo lo que relucía. A mí, conociéndolos, no me la daban. Yo sabía que todo en aquel sitio podía oler a chiflada de Eau de Precariedad, pero, ¡ja!, aquellos

cabritos tenían paguitas familiares golosas como la Fábrica de Chocolate. Si hay algo más desagradable que la presuntuosidad adinerada, es la pobreza falsa. Puertas de aluminio, sí, pero los colchones y la almohada eran viscoelásticos. Estanterías caseras, cierto, pero no había una sola estancia sin un portátil Mac de los caros, ropa de marca y hasta, ataros los machos, un violín Ernst Heinrich (casi cinco mil monedas cuesta la broma) que reconocí por su singular manufactura y, bueno, porque la dueña no se privó de decirlo nada más enseñarnos su cuarto.

Vaya, se me olvidaba, ¡claro! Si no cuento esto la historia se puede ir al traste. Fui allí con mi buen amigo Ángel, un cielo de chaval, tan leal como perezoso y desubicado, por quien mentiría, robaría y cometería crímenes por los que podrían (y aún pueden) meterme entre rejas. Pero, antes de entrar, entablé relación con otro tío. Apostaría mi cabeza a que se llamaba Miguel, pero hay cosas difíciles de recordar y le tengo demasiado aprecio a mi cabeza, así que tal vez se llamara Claudio. Da igual. Lo que quiero decir es que Miguel, o como se llame, me saludó antes de entrar en el local como si me conociera de toda la vida. «¡Qué despache de gracia y buen rollo! Este de catalán tiene lo que yo», me dije. Y así era, el menda venía de Madrid, ¡de Carabanchel, nada menos!, y era amigo íntimo de una de las periquitas de la fiesta. Hice migas con él en tan sólo cuatro frases. ¿Sabéis esa gente con quien la telequinesia parece una ciencia legítima?, ¿la típica persona con la que compartes buenas vibras desde el principio? Pues eso me ocurrió con Miguel… ¿O Gael? Bah… El asunto es que se enfrentaba a un doctorado de la Universidad Complutense en Física. ¡Diablos! Encima el menda sabía lo que se contaba.

Tras el *tour* por la chocita de cobre aquella, plantamos los codos en un apartado de la isla de la cocina. Allí nos hicimos con dos cervezas de una de las neveras. Si había que pagarlas, desde luego, ninguno pareció tener intención de hacerlo. Me habló de la teoría de cuerdas, del concepto cuántico y de lo chorra que le parecía *Breve historia del*

tiempo, de Stephen Hawking, aunque no me atreví a confesarle que era el único libro de física que había logrado terminar. Yo comencé a rallarle con la inherente paradoja humana, con el saberse parte de un todo encomendado a la nada, con la inmortalidad de la creación, con… En fin, ¿a quién le importa? El asunto es que nos dimos una brasa considerable el uno al otro sin llegar a sentirlo como una tortura. Es difícil, hoy en día, que eso pase, porque todo el mundo tiene demasiada prisa por contar sus patrañas y poco tiempo para atender a las tuyas. Sí, podría decirse que fue una suerte darme de bruces con él. Más tarde, la fortuna se fue volando en el momento en que Miguel, inocente, llamó la atención del tipejo que protagonizará el papel de víctima en esta trama. Pero, antes de eso, me gustaría aclarar un poco más el rollito de aquellos críos de instituto privado, ciegos de fantasía y desdén.

En primer lugar, todos se zumbaban nariz arriba un *speed* gomoso y frío que los dejaba como luciérnagas desorientadas. Cuando les pregunté, inocente de mí, si el ibuprofeno picado en las pantallas de sus móviles era cocaína, me respondió uno de ellos:

—La coca es de ricos, tío. Es *speed*. Aquí vamos de punkis.

«Sí, bueno, de punkis mis cojones», pensé. Pero reflexioné un instante su respuesta… Y, oye, la verdad es que «ir de punkis» sí que iban, otra cosa bien distinta es que lo fueran. Lo cierto es que el teatro edificado en su cabeza era de una iluminada profesionalidad.

El mulato resultó estar en ciernes de dirigir un cortometraje de su propia confección. Un cine, según aseguró, «transgresor y auténtico. Como una novela de David Foster Wallace, sólo que más abstracta. Rompedora». ¡Guau! ¡Me llevé las manos a la cabeza! El tipo debía de ir hasta las trancas de testosterona. Un ego semejante no se consigue así como así. No debía haber descargado en semanas… De pronto me invadió la mente la escena en *Annie Hall* cuando el protagonista (Woody Allen) rompe la cuarta pared para echar pestes del majadero pretencioso que se las da de sabelotodo detrás de él en la cola del cine. Me tentó preguntarle al mulato por su artículo

preferido de *Hablemos de langostas*, por sus conclusiones de *Algo supuestamente divertido que nunca volveré a hacer* o sobre los capítulos de *La broma infinita* que yo había logrado terminar; aunque debo confesar aquí que nunca he podido zampar más de cien páginas de un tochazo tan, ¡a mi humildísimo entender!, sobrevalorado (seguramente sea su inaccesibilidad lo que lo dotó de la fama que cosecha). Finalmente, cerré el pico. ¿Cortesía? ¿Miedo a quedar como un engreído todavía mayor? A saber… Me importaba un rábano la monserga que largara. Pero es cierto que hay que andarse con mucho ojo al hablar con tipos así. Esta clase de gente son hienas de la ignorancia. La vampirizan absorbiendo cada ápice albergado por su público para engordar la vanidad de sus venas. Ah, y lo sé bien, porque en alguna ocasión yo mismo me he dejado llevar por esa egolatría. No muy a menudo, por lo de ser un poco honrado y eso, pero las veces necesarias para reconocer a alguien cuando lo hace.

En fin, que lo dejé seguir con sus pamplinas hasta que me preguntó cuáles eran mis próximas aspiraciones. Le comenté, encantado de la vida, ¡resplandeciente!, que había entablado conversaciones con Jaime García Cantero, editor de *El País Retina*, con quien llegaría a trabajar, aunque aún no por entonces. El monicaco que nos había abierto la puerta al inicio de la velada se descolgó por la conversación. Yo seguí mi argumentario, realizado, como no podía ser de otra manera, por tener una oportunidad para hacer de mis palabras mi vida, que es, al fin y al cabo, el sueño de toda persona encomendada a ellas. El Rey Mono saltó a la palestra del intercambio verbal:

—¿Te gustaría trabajar para *El País*? Pero, hombre, eso sería como venderte, tío. Currar para los grandes medios que nos engañan para el beneficio del poder. ¿No lo pillas?

Oh, sí, lo pillaba. Lo pillaba de sobra… ¿Quién quiere trabajar, y ganarse las drogas honradamente, cuando puede fingir ser un artista *underground*, un *folk* de tres al cuarto con barra libre de ahorros

paternos y picante disfraz de auténtico? Por lo que tenía entendido, allí no trabajaba nadie salvo unos pocos que pasaban los meses de verano vendimiando en Francia. Entre ellos, Álvarez, que lucía sus discretos callos como si fueran las llagas del mismísimo Jesucristo. Los viejos socialistas del siglo XIX se habían batido el cobre por la liberación obrera; por la medianizacion total de las clases en defensa del hombre vulgar (dicho desde el respeto, claro) a través de la libertad política, las ganancias discrecionales, la automatización de los trabajos más pesados (encuadrada esta en el concepto del vendaval de Schumpeter) y el tiempo de ocio. Ellos, los naveros-de-L'Hospitalet, se habían quedado principalmente con el último punto.

Menudo tiovivo de imbéciles… Presumían del talento de los sometidos sin serlo. ¿Cómo no le iba a dar a uno una indigestión? Ellos, que iban de segundones por la vida, de los que heredan la ropa, se encaprichan de los libros porque no encuentran consuelo en el recreo, duermen en sábanas viejas con vistas al patio interior y se desvirgan pronto y mal, eran todo lo contrario. Bueno, tal vez no en lo de desvirgarse pronto y mal, pero en el resto no daban una.

Respondí superficialmente al lechuguino aquel con una sonrisa cruzada. Sostuve que escribir para grandes medios era el único camino, más o menos seguro, más o menos precario, que se abría ante un escritor no publicado. Tras su contundente respuesta, que vino a decir algo así como: «Prefiero ser anónimo y fiel a mis principios que escribir para los malos», me alejé y me lancé a los vidrios. A las latas, en este caso, que era lo que había allí. Bebí como un auténtico energúmeno. «Nada, salvo una contundente desinhibición, será capaz de hacerme soportar este olor a carne con ojos», me dije. O retorcía mi alma a la altura de Ben en *Leaving Las Vegas* o me zampaba la oreja de alguno de los presentes… Se tomaban todo tan en serio y al mismo tiempo tan falsamente… Era como si creyesen ser los primeros de la historia en andar trapicheando con lo alternativo. Habían visto el pasotismo, algo hedonista, algo autoindulgente, de sus hermanos mayores y habían

decidido enarbolar sus preocupaciones en consecuencia. El feminismo, el ecologismo, la defensa de los colectivos vulnerables, el antimilitarismo, la poligamia, un neoludismo teórico que jamás practicaban, el despertar del arte crítico y comprometido… Todas esas cosas que podrían echarse a una coctelera y acabarían dando el mismo sabor intercambiando unas por otras. Pero la dignificación de este pensamiento tenía en ellos, o así lo veía yo, el temible hándicap del individualismo más egoísta, que es aquel que se sabe generoso. Por si fuera poco, la trayectoria de su pensamiento estaba inevitablemente condenada a fundirse, porque no vivían su discurso como causas activas, sino como caramelos de la máquina aglutinadora de consumo. Ninguna estaba destinada a dejar sedimento. Era todo una cuestión de digestión. La atomización de sus expectativas las hacía tan débiles que sólo resistiría en ellos una verdad: situarse en el centro de todo, en el núcleo de lo correcto… Nadando en el magma del engreimiento. Al pensar esto, sentí una soledad espantosa. Casi me entraron ganas de ser inquilino de un crematorio.

En vez de irme, como debí hacer, di una vuelta por las instalaciones. «Estos serán los mismos que dentro de veinte años. Cuando hayan dejado de fumar, se ofenderán porque ver pitillos en las películas incita a su consumo», pensé al ver a varios de ellos tumbados, entre chicos y chicas, medio abrazados en una cama con la actitud más sobria y menos excitante que se pueda uno figurar.

Casi sin excepción, salvando a mi amigo Ángel, al agradable Miguel y a un par más, todos los de la decadente nave estaban intoxicados por una superficialidad devastadora. Eran mondas de patata danzando alegremente por el valle de la proteína con un cartel que decía: SOY MÁS INTERESANTE QUE CUALQUIERA. Y lo cierto, ya puestos, es que no eran más que agentes de la prepotencia. Párrocos esperando decir misa y que todo el mundo se calle. Así los habían criado. No exactamente sus padres, pues estos eran tarjetas de crédito andantes destinadas a sufragar sus aspiraciones superiores, sino el

bando cultural en el que se enrolaban. Alternativos-progres, ideólogos de la corrección futura, exegetas del pensamiento-bien destinados a salvar el mundo empezando por situarse ellos, antes que nadie, en su más alta cúspide. «¡Todo lo que diga podrá ser usado en su contra!». Aunque, en este caso, más valdría decir: «¡Todo lo que diga será usado en su contra!». Su mecánica verbal no era muy distinta a la de una horda de guerrilleros: o con nosotros o contra nosotros. Patanes y ciegos, incapaces de entender que la revancha no hace justicia, sino que la mutila. Y de entre aquel metafórico *ring* de lucha libre, salió a pelear un púgil ganador… Gloria bendita-de-la-buena para el perfil que recién acabo de describir.

13

JOAN… ¿QUÉ DECIR DE JOAN? El chaval encarnaba en su individualidad toda la fenomenología del victimismo posmoderno. Eso para empezar. Nada más verlo asomar por la puerta de la nave, mis gónadas ascendieron a la garganta. ¿Por qué?, cabría preguntarse. Pues, oh, porque, más allá de bañarse en palanganas de autoestima, había sido desde siempre un soberbio y un mamón. Cabe pensar que lo digo a mala idea, pero no es mi intención juzgar de capricho.

Conocía a Joan desde el colegio. Ya de crío era un resabiado amojamado de risa histérica y gesto altivo. Con el paso de los años no mejoró. Es más, fueron invadiéndole la cara las primeras ristras de granos y su actitud pasó a ser todavía más altiva, todavía más histérica, todavía más mamona… Me parecía un tipo bastante horrible. Pero, en mi condición de adolescente bobo sin ningún ápice de amor propio, acababa arrimado a él como efecto colateral de sus amistades. Joan pertenecía a un grupo de cuatro chavales a los que llamaban «los J». El nombre, sin mucha originalidad, se debía exclusivamente a que el nombre de pila de todos ellos empezaba por esa letra. Yo, payaso, *gastasuelas* falto de autoestima, les lamía el culo como un chihuahua atolondrado siguiendo a la pija que lo alimenta con restos de su lujosa comida. ¡Eso es! No comía otra cosa de ellos… Sólo los restos, ese era mi plato principal. Y confundía las burlas y ser un saco de boxeo para sus risotadas

adolescentes con un regalo… Me había puesto en el cepo y forzado a soportar que una panda de semisubnormales me gritaran ultrajes. ¡Tremendo pringado, válgame Dios! Santo guantazo a mano abierta me propinaría en este instante de tener al joven Galo delante.

El caso es que Joan, quien tenía en su interior un gallinero entero de plumas y un apetito por la carne fálica a la altura de la puta de Babilonia, renegaba de sus impulsos. No entiendo por qué. Nadie hubiera cuestionado su orientación, ni mucho menos lo hubiera juzgado o atacado. No era el primero de nuestro círculo escolar en ser, como solía decirse, más de carne que de pescado. De hecho, estoy seguro de que habría recibido la ovación de bastante peña. Pero ¿qué queréis que os diga?, puede que tuviese miedo de ser observado de forma diferente en el grupo, de no ser entendido como el guapete-fibrado-de-gesto-tierno-que-le-gusta-a-las-guapas. A saber…

Saberse objeto de la incomodidad interna tiene dos vertientes: o bien te retrotraes, azuzas la empatía, despachas una comprensión que con los años termina por brindarte una envidiable humildad, o bien te conviertes en un hijo de puta de cuidado que paga sus frustraciones avivándolas en los demás. Adivina adivinanza, ¿cuál de las dos escogió Joan? ¡Bingo! ¿Y quién era el material defectuoso más débil de la manada? ¡Premio, de nuevo! Servidor, el chaval regordete con mofletes de tocino. Esa insalvable facha mía de buena persona y medio *retarder*… No hay manera de que una cara como esa no lleve tu cabeza directamente al barro. Ah, ¡y encima no me levantaba ni una sola jeva! Condición *sine qua non* para ser tomado en serio en un grupo de pavazos recién hormonados.

Así que Joan dejaba fluir un sensacionalismo reductivo sobre mi debilidad de cara al grupo. Proyectaba así sus carencias, su propia mutilación, desahogando la agresividad acumulada y la angustia inherente a su deseo frustrado por salir del armario. Entiendo que, subconscientemente, ese revanchismo gratuito se veía justificado en sus incomodidades internas. Una especie de democratización

perversa del dolor según la cual, si yo me siento vejado por el mundo, aunque sea internamente, tengo derecho a repartir la misma medicina.

No era yo el único objeto de su desaire. Otros, como Mario, un chavalín incauto, retraído, de una inocencia sólo propia de una mascota, también tuvo por cara una diana para sus escupitajos tóxicos. Con el tiempo se descubrió que la actitud de Mario —como digo, díscola, pausada e indirecta— se debía a un síndrome de Asperger. Hoy el crío sería tratado, por su condición, como un hombrecillo de porcelana intocable, lo que no creo tampoco que sea especialmente sano, pero sí mejor que la venenosa mofa con que se le veía por aquel entonces.

Y como aquí no se salva ni Dios, confesaré que yo mismo, en una ocasión, fui partícipe de una broma (por no llamarlo agresión) que le hicieron. Recordándola, se me revuelven las tripas… Joan, así como un par más del susodicho grupo de «los J», algún que otro crío desgraciado y yo, acudimos a Mario a proponerle una orgía a la salida del instituto. No habíamos cumplido los quince años y, por descontado, ninguno de los participantes, ¡entre los que se incluían dos chicas!, nos habíamos marcado una orgía, pero es que tampoco habíamos sudado sábanas en compañía todavía. Follar, lo que se dice follar, era cosa de la pornografía, de los libros de aprendizaje, como *La guía sexual de Titeuf*, y de las conversaciones de *adultos*. La cosa es que, insistiéndole en que nos creyera, logramos convencerlo para reunirse con todos a las seis de la tarde en una explanada a las afueras de la ciudad. Su única obligación: llevar una caja de condones. Mario, quien sería asperger pero no gilipollas, nos colmó de preguntas: «No sé yo si creérmelo…», «¿Lo habéis hecho antes?», «¿No somos un poco jóvenes?», «Chicas, ¿vosotras también?», «¿De verdad?». Maldita sea, qué creativa es la crueldad de los adolescentes… El caso es que respondimos a sus preguntas con maestría política y, pasada media hora, Mario se convenció.

Por descontado, nadie acudió al descampado a las seis. Es más,

hasta que al día siguiente Mario se acercó a nosotros, con la caja de condones en la mano, a preguntarnos por el plantón, nadie se acordaba del tema. Las carcajadas estallaron con una violencia animal. Sevicia pura que dejaría en segundo puesto a un coro de neonazis dándole una somanta de palos a un negro. De hecho, pienso que a Mario, una paliza, a puño cerrado y labio roto, le hubiera resultado menos dolorosa… En lo que a mí respecta, no creo que padeciera ninguna desazón. Ni siquiera me conmoví por él. ¡Al contrario! Recuerdo un terrible sosiego al saber que la víctima de las mofas, por una vez, no era yo. Y que, al participar de la ridiculización al pobre chaval desorientado, ascendía, ¡por una vez!, a la posición dominante. Ah, eso sí, cuán efímero es el placer del condenado, porque la risa se me escurrió bien rápido cuando, pasada la resaca de la angustia que hizo a Mario caer en un estado medio depresivo, y salir corriendo para ausentarse del colegio varios días, volví a estar en el punto de mira. Al menos Mario tuvo la coherencia de largarse. Yo seguí, a pesar de los tartazos metafóricos que me propinaban, afrontando mis días con aquellos cabritos durante bastante tiempo.

¿A qué viene todo esto? ¿Por qué echar piedras sobre mi propio tejado? Sencillamente, para aclarar que todos somos potencialmente crueles. Que aquellos que han sufrido a veces encuentran un traicionero consuelo en ver sufrir a los demás. Sin embargo, yo era una víctima exterior. El peligro venía de fuera para dentro; Joan, en cambio, hizo de su incomodidad oculta una argamasa barnizada con la lágrima ajena para evitar su combustión.

Había pasado más de una década entre ese despreciable Joan con complejo de *Monstruos S.A.* y el orgulloso homosexual que entraba ahora rociado de gracia en aquella nave de L'Hospitalet de Llobregat, en Barcelona. El mundo ya no era el mismo y su orientación sexual, lejos de ser un trauma, se vestía en aquel ambiente como un frac de gala digno de admiración, respeto y, sobre todo, concesivo silencio.

14

VAYAMOS AL TEMA. Yo ando dando vueltas como un soberbio retrasado cuando Miguel alza el brazo para llamarme a su encuentro. Acepto, con mirada cálida y lujuriosa de conversación, el guiño. Acudo presto y entonces me cuenta que estaba hablando con una de las chicas del sitio, una tal África o Asia, un nombre continental, en cualquier caso, y que, aun despachando él la mayor de las cortesías, ha llegado el Rey Mono, presente durante su acercamiento, para decirle, en cuanto ella se ha excusado yendo al baño: «Tío, déjala en paz. ¿No ves que la estás agobiando?». Me sorprenden varias cosas del asunto. En primer lugar, que Miguel, un tipo de pelo largo, gafas, barba rala, cuerpo medio desgarbado y esa facha tan reconocible de quien ayuda a las abuelitas a cruzar la calle, haya podido incomodar a la chica a propósito. En segundo lugar, que me lo cuente así como así… No es que seamos lo que se dice íntimos. Entiendo que todo nace de esa telequinesia de la que hablaba.

—No sé qué ha pasado, tío, sólo estaba preguntándole por sus cosas. Por ese violín que tiene en la habitación y tal, y de repente, al irse, el otro tío que estaba sentado en el colchón me ha dicho que me largue, que la estaba agobiando… No sé, tronco, me ha dado tan mala espina que me he ido. Pero no sé, no creo que haya dicho nada que la ofendiera. Sólo le he estado preguntando cosas. Ni

siquiera me he acercado… Macho, de verdad, no entiendo un carajo.

—Miguel, compadre, algo le habrás tenido que soltar —respondo con la esperanza de que, efectivamente, la situación se deba a razones concretas y no simplemente a mi interpretación genérica de la velada: que todos son una pandilla de desgraciados que disfrutan poniendo a los demás en evidencia.

—¡No! ¡Te lo juro! Nada de nada… Puede que el tío se la quiera ligar… ¿A mí qué me cuentas?

—Puede… —trato de concluir. Mucho me temo que por más que aspire a desenvolver el misterio me voy a quedar con las ganas, porque lo que es hablar con el primate mayor, o con la violinista adinerada que se las da de *clochard*, es algo que no sucederá a menos que tenga un machete acariciándome la yugular—. No le des importancia, colega. Habrá sido un malentendido.

Confío, sin mucha esperanza, que con ese comentario Miguel huya de la incómoda sensación de verse reflejado como un agresor potencial por un triste intento de ligoteo. Pero mucho me temo que mantendrá esa indigestión lo que le queda de noche. Cabe la posibilidad incluso de que la resaca emocional le dure varios días.

Como no he venido a esta nave a socorrer a nadie, y con la de hostias que me he asado ya tengo suficiente para un par de semanas, estoy lejos de querer bregar con las de nadie más. Sin embargo, la ley de Murphy suele presentarse en los momentos menos oportunos, y Joan, mi queridísimo Joan, decide desfilar orgulloso hasta mi hombro izquierdo para saludarme:

—Hombre, Galo, ¿qué tal? ¿Cómo estás? ¿Todo bien?

Me paraliza el miedo… ¡No! Mejor dicho, la impotencia… ¡No! Mejor dicho, la rabia… ¡No! Bufff… Yo qué sé, pero algo me paraliza. Noto en su presencia un aura maldita, como radiactiva, que me envuelve con la contundencia de una apisonadora. Le devuelvo el saludo con cortesía. Él parece insensible a todo el daño que me hizo sufrir de niño. Diría que los recuerdos de aquel tiempo le resbalan por un excepcional chubasquero de indiferencia. Llego a leer en sus gestos

la conciencia limpia de un manantial.

—Bien, tío, todo bien. ¿Tú qué tal vas?

Lo cierto es que su respuesta me importa lo que las plantaciones de nabo en Indonesia, pero, como decía mi abuelo, «cortesía y modo ante todo».

—Acabo de volver de París —dice—. Estoy pensando en venirme a España por un tiempo, aunque no me convence. Este país es de lo más inculto y retrógrado.

Quisiera con todas mi fuerzas no darle la razón, pero, desafortunadamente, y tras los pensamientos homicidas que me invaden, debo aceptar su tesis. Comparado con Francia, España es un país que parece tener alergia a la cultura. Lo que no quiere decir que carezca de verdaderas estrellas. Quizás las más hermosas, porque el cardo puntiagudo y morado brotado en mitad del secarral es el más duro, bello y seguro de sí mismo. No puedo oponerme a las palabras de Joan, pero sí a su tono, a la vez desesperado y grandilocuente, como un pijopasta recriminando que la carbonara lleva nata. Él ha dado España por rendida y parece hacerle un favor regresando. Yo, en cambio, me enorgullezco de la gente que me parió y de la lengua que me dio las herramientas para poder, al menos pensar, que el figura es un tarambanas bellaco de cuidado. Un *cagalindes* con complejo de *julay* baldragas al que, de repente, le abriría la faringe con mis manos como a un conejo al que sacarle los órganos antes de la necrosis. Aunque tampoco habría mucho que hacer, para mí que llevan años en estado de descomposición. Sobre todo, el corazón… Siento ser malo, soy consciente de que despacho una bilis pueril por este tipejo, pero el rencor y el orgullo son de los únicos pecados que por ahora me mantienen vivo, o cuerdo, como poco. No es confeti de buen grado para todos, lo sé bien, pero vacilante, deambulando por las calderas del crucero del amor propio, he aprendido que más vale tener bien servido el fardo del resentimiento, por si acaso, que el de la benevolencia gratuita.

Atajo pronto la charla con la excusa de ir a la nevera en busca de

algún mejunje que postergue mi sobriedad, mejor dicho, que dilate mi *merla*. Y funciona. Me aparto de él, y ahora lo veo al otro lado de la estancia. Habla, vertiendo su particular histrionismo risueño plagado de pústulas juzgonas, con un par de chicas embriagadas de su saludable aburguesamiento afrancesado. «¿A qué estará jugando este gacho?», me pregunto. Actúa con ellas como si se las quisiera ligar, pero huelga decir que hace años que dejó de buscar la humedad de los clítoris por la solidez de los penes erectos. Ummm… Se me ocurre que, lejos de sexos y sexo, a este lo que le va es acaparar la atención. Vaya, ¡otro que se pirra por ser el alma de la fiesta! Qué agotamiento me producen los *animal party* de marras…

Camino a bandazos como un tonto hasta una de las esquinas de la cocina. Allí, cerveza en mano, asiento las posaderas a la buenaventura de mi cabeza, que me suplica movimientos más serenos. Miguel, que acaba de entrar en la cocina, se coloca sin saberlo al lado de Joan y las dos jovencitas. «Ay, por muy interesante que os parezca —pienso—, si Joan fuese calvo, gordo y entrado en años, le estaríais dando más patadas que a un balón de fútbol». En cualquier caso, Miguel, algo atolondrado por la bebida, como yo, pero con una energía artificial que parece obra de una raya de ese fétido *speed* que domina el lugar, vuelve a hacerme una señal. Lo miro de reojo y no soy capaz de atender eficazmente a su gesto. Me empano mirando por la ventana. La noche es suave, discreta, con unas pocas nubes languideciendo frente al disparo luminoso de la Luna a punto de decrecer que lo domina todo… Cuánto *swing* hay en saber abstraerse mirando a las estrellas, aunque la contaminación lumínica acabe con el resplandor de la mayoría.

Una vez más, Miguel intenta atraer mi atención. Escucho un «¡Eh!» que al principio no relaciono conmigo. Vaya, ¿cómo es posible que me sienta mejor iluminado por la Luna que por el Sol? Me rasco la cabeza. La primera vez por impulso, la segunda por obsesión. «¡Eh!», vuelvo a escuchar en algún lugar. A la segunda, me da por

pensar que a lo mejor sí tiene que ver conmigo. Los párpados comienzan a flirtear con el desequilibrio en el sostén de mi mirada, pero, finalmente, consigo enfocar la figura delgada y erguida de Miguel. Hecho la cabeza para atrás y alzo la cerveza que está por desfallecer entre mis manos en dirección hacia el reclamo. Cuando la bajo e intento alimentar el impulso para caminar en su dirección, se masca la inminente tragedia… Miguel, estúpido doctorando en Física con el cociente intelectual de Marilyn Monroe, enarbola una frase que asesinará la noche. No es que lo haga con mala intención, al contrario, en él sólo hay ternura, pero el despiste contextual lo encamina a la rampa del infierno activo-progre, el mismo dominado por los hijos de Lucifer sembrados a lo largo y ancho de la nave. Sus palabras «¡EH! GALO, MARICÓN, ¡VEN AQUÍ!» han sido, sin él saberlo, como firmar un contrato de arrendamiento en una cámara del terror. Joan, parecido a un suricato hasta arriba de adrenalina, vuelve su rostro en su dirección. Se avecina tormenta y lo peor es que Miguel, desprotegido, sin paraguas ni pararrayos, no creyendo necesitarlos convencido de su impermeable inocencia, sonríe patéticamente antes del aguacero que está por recibir. Y después de eso… ¡Caviar!

15

JOAN CAMINA A PASOS AGIGANTADOS. Dios, es como si una fuerza superior a él le atizase zapatazos en los talones para que mueva las piernas a mayor velocidad. Se planta a tres palmos de Miguel. Sus ojos no proyectan rabia, es más bien… ¿Cómo decirlo? Indignación-Superior. Despide el hálito de un aristócrata al que han tuteado, sin saber que a la élite se la apela primero por el título. Hay que tener mucho cuidado dónde se deposita la fe; lamentablemente, la bondad de las personas es uno de los peores lugares en los que hacerlo. Joan no es un ser empático y clarividente, al menos en estos términos. Por eso, ajeno al contexto y a las formas, se le ve dispuesto a desentenderse diametralmente de toda limosna explicativa. Da igual que Miguel sea el típico individuo afable de temple bonachón. Ha incurrido en un llamamiento a dos pilares en la mente de Joan: el uso heterosexual (porque ni tan siquiera duda de la heterosexualidad de Miguel, así de fino es el radar de Joan) de la palabra *maricón*, y la plegaria atendida de saberse en el eje del afecto grupal al ser, como se venía pregonando, la víctima de todo el asunto.

No hay vacío que no pueda llenarse con el delirio manifiesto e irrebatible de la victimización. Y Joan, mi querido niño, ha visto en

aquel malogrado «¡Maricón!» berreado la oportunidad perfecta de hacer valer su condición. No como un deseo clandestino, sino como una poderosa identidad. Los valores humanitarios, si es que alguna vez rondaron a Joan, tenían pasada la fecha de caducidad en favor de una satisfacción personal absoluta. Si Miguel ha dicho la palabra mágica con o sin mala intención, al menda se la trae al pairo. Él, por encima de todo, debe demostrar su posición, ampliar su ego, y en ese caprichoso camino ha tropezado con un filón fabuloso.

Hay que joderse… Puedo drenar el cenagal de complicaciones que se avecina sólo viendo la inquietud de paranoico puesto de ácido del Principito. El orgullo le rebosa incluso en las amígdalas.

—Oye, tú, ¿qué acabas de decir? —pregunta Joan con un barboteo uniforme, osco y ocasionalmente punzante.

—Eh… no sé, tío… —*Oh*, sí lo sabe. Miguel sabe perfectamente lo que ha dicho. Y su anterior entusiasmo se esfuma de golpe.

—Has dicho «maricón». Lo sé, lo he oído.

—Bueno, es una forma de hablar, macho… No… no pretendía ofender a nadie, sólo llamaba a Galo.

—Me la suda a quién llamases —insiste Joan, dispuesto a descargar sobre el objeto de su indignación una terapia de electrochoques dialécticos. Maldición, menudo gancho le está a punto de soltar—. ¿Tú eres maricón?

—Pues… bueno, yo… no, no lo soy.

—Entonces, ¿por qué te crees con derecho de usar esa palabra?

La cara de Miguel apunta a la de un anciano que, por un latigazo insoportable, acaba de enterarse de que sus articulaciones se están enmoheciendo. La conciencia comienza a escocerle y a abrasarle en el encapsulado craneal. ¿Acaso Joan tiene razón? ¿Es él, pobre diablo, un agente de la homofobia por usar la palabra prohibida?

—Es que yo no soy homófobo ni nada parecido, colega. Insisto, es sólo una forma de hablar. No me malinterpretes.

Lo dice como una aseveración hiperlógica, sin fisuras. En su fuero interno, Miguel es de sobra consciente. No ha hecho nada malo. Al

menos, nada que él pueda entender como tal. Se toca los labios con el pulgar pareciendo más inocente y sincero que nunca, pero también débil. La sala observa. Los espectadores de la matanza claman calladamente por un espectáculo que lubrique sus emociones. Y Joan, mi querido Joan, jamás decepciona a su público.

—Pues mira, yo sí soy maricón. Yo soy un maricón que ha sufrido mucho por serlo. Alguien que lo ha pasado mal, que ha tenido que luchar por que le dejen ser lo que es. Y ahora llegas tú, así, de repente, ¿y te crees que puedes decir «maricón»? ¿Crees que tienes derecho a usar una palabra que tanto nos ha costado hacer nuestra? Pues no, no puedes.

Miguel calla. No, mejor dicho, es silenciado, como un patán en una reunión ministerial, como un novato en un consejo de administración, como un borracho en una boda, como un loco en un internado, como un anciano, como un niño… Ni aun dándole a tope a la mejor de las jergas podrá salir de esta. Yo lo sé. No aguantará. Pero también sé que Joan, allí, con una expresión de estupidez supina y fanfarrona en la cara, miente como un bellaco.

Joan ha sufrido sólo en función de sus expectativas (si se me permite, la mejor forma de sufrir). ¿Se ha dado un garbeo por la tienda de tatuajes de la vida y tiene alguna marca? ¿Un recuerdo incómodo o doloroso? Seguro. Pero nada que no se haya buscado. Hasta me atrevería a decir que a pulso. Todo me parece una autoparodia ridícula porque, en su caso, la barrera que separa la victimización real y la construida es casi tan porosa como una esponja marina. Para él, el sacrificio ya se produjo en generaciones anteriores convirtiéndolo en un sujeto portador de propiedades, que no de acciones. Los homosexuales, que las pasaron canutísimas en España durante el tardofranquismo y los primeros treinta años de democracia, descansan en su recuerdo como los heroicos hombres y mujeres que fueron, pero para él no han legitimado sólo el descanso de su libertad, sino el despotismo de su privilegio. Al menos, en el susodicho ambiente. Habiendo hegemonizado el resentimiento de lo

no vivido, Joan pone en marcha la maquinaria que transmuta a las víctimas en el verdugo inculpable que es ahora. Y si eso pone en contradicción valores como los de Jean Améry, ensayista judío represaliado por los nazis que compartió barracón con Primo Levi, para quien sería sobremanera ridículo reivindicar orgullosamente algo que no se ha hecho, sino que sólo se ha padecido, pues ¡a mamarla! Joan es como un homeópata asegurando, sin haberlo probado, la eficacia de sus métodos contra el cáncer. En este caso, su lucha, nula como la del soldado que se hace el muerto en la trinchera para salvar el pellejo, asegura resultados liberadores en la adialéctica posición que adopta con Miguel.

—Vale, tío —dice este, un tanto tímido—. No creo que haya que ponerse así. Es una expresión inocente, sin segundas. Una costumbre. Puede que no sea la mejor, pero tampoco lo es acosar de repente a alguien por usarla sin saber las circunstancias que le llevan a hacerlo. Se trata de contexto. El tuyo será uno, el mío otro, y si no los ponemos de acuerdo antes, caemos en malentendidos como estos. Podías haberme preguntado, haberme dicho las cosas mejor, pero has decidido venir aquí tan chulo por algo que no sé ni si de verdad te importa. Es sólo una muletilla.

¡Guau! Admito sinceramente que eso no me lo esperaba. Ahí está el Miguel con el que había hablado un rato antes. El físico, listo, espabilado, ágil de mente, con quien la telequinesia había trascendido en ambos. Me tienta aplaudir, hacer una reverencia, pero Joan salta con la violencia de una bestia arrinconada:

—Oye, tarado, tú disfrutas de unos privilegios de los que no pareces ser ni medio consciente. ¿Acaso has dudado de tu lugar en el mundo por el hecho de a quién te follas? ¿Has tenido tensión en tu familia? ¿Sentimientos de rechazo?

Prefiero dejar que las cosas sigan su curso. Sobre todo, porque me he chupado unas cuantas cervezas y la media cajetilla de Camel le ha dado a la cogorza más vigor del esperado. Vamos, que la lengua y los ojos me bailan el *hula hoop*. Peeero… si hubiera intervenido,

habría lanzado una indignación garrafal. Sabía de buena tinta que el amariconamiento de Joan (sí, lo digo aquí en solidaridad con Miguel, porque me muerdo la lengua en todos lados menos en el papel) no había encontrado enemistad familiar alguna. Otros millones sí la han tenido, ¡qué duda cabe!, hasta llegar al ostracismo, las cejas partidas, los ojos morados y los matrimonios de conveniencia. Pero no Joan. En absoluto. Aun así, ahí va, dando forma a un golem a su alrededor con la ceniza de los cadáveres que ni ha olido. Si hubiera despersonificado el discurso… Si no hubiera centrado la órbita del tiro a su alrededor… Si Joan hubiera esquivado la individualización de la estructura subyacente de la opresión homosexual, extrayendo de ella una potencia igual de individual… Ay, tal vez en mi interior podría bregar con él. Incluso darle la razón, aunque fuera de un modo escurridizo. Pero no así. Así no. No con la cara de un viejo frente a una escupidera despachando bilis de una guerra en la que sólo ha estado de observador.

—Lo primero, tío, yo no te he insultado. Y no, no he tenido esa tensión. Okay… ¡Pero es que sólo he dicho «maricón»! ¡Nada más!

Elevo las órbitas al cielo… Miguel, menudo mameluco estás hecho. ¿Cómo se te ocurre volver a decirlo? Has vuelto a oxigenar el fuego. Si la palabra ya empezaba a llevársela el viento, la has vuelto a traer. La has conjurado de nuevo, mencionando la soga en la casa del ahorcado. Y, maldita sea, en esta morada el condenado eres tú.

—Pero vamos a ver, tío, ¿qué es lo que no entiendes? Aquí tú no has sufrido eso, y yo sí, así que lo que tienes que hacer es callarte. ¡Callarte y punto!

Busco en mi mente la metafórica pala mecánica de los fiambres. La técnica para desequilibrar todo, extrañarlo, hacerlo inaccesible y rellenar de hormigón las grietas reside en empujar al contrario al borde de la histeria. Y Joan, con ese comentario, le ha dejado a Miguel dos opciones: doblegarse o enfrentarse. Y en este coliseo, Joan tiene todo lo necesario para que el enfrentamiento se decante en su favor. Ha dado con la clave. Le ha venido a decir: «Tío, yo soy

irrebatible, no hay crítica que valga, soy señor de estas tierras y únicamente los enunciados que me sean favorables permitirán que no se te degrade a la condición de verdugo». Da igual que sea él quien empuñe el hacha, quien la haya blandido primero y sin avisar. En el ambiente se respira una sola conclusión: «Dale la razón y serás perdonado».

Y todo porque Joan ha confundido, tal vez desde siempre, que la libertad es, en primer lugar, una libertad para ofender al prójimo. Una lacra de la que, ocasionalmente, yo mismo soy culpable. Pero en el caso de Miguel, como hombre-cis-blanco-hetero, este debe agachar la cabeza, someterse al reclamo de venganza justificado en la culpabilidad que debe experimentar por sentirse cómodo en su piel, y despachar agradecimiento por que le cierren el pico. De lo contrario, ahora sí, sólo le espera una causa general y, finalmente, el cadalso. Porque los fallos en la argumentación del guapete-revienta-culos se remedian al instante con la ideología del mártir que, amalgamada correctamente, beatifica cualquier lugar donde se exponga. Y también está la inocente convicción de los fanáticos. Joan no teme que las lágrimas corran de su cuenta sin dejar espacio para la redención. Diablos… La sociedad de lo políticamente correcto lanza salvavidas a quien no los necesita y regala arpones a quien no debería manejar armas.

Algunos de alrededor podrían pensar lo contrario. En su fuero interno, una voz clama poner orden: «No, no ha sido para tanto», «Sí, la palabra puede ser desafortunada, pero no se merece el rapapolvo que se está comiendo», «El tío se está pasando, alguien debería decirle que se relaje. Que se baje un par de puntos». Sin embargo, ahogados en su blanca culpa liberal, callan. La culpa es el chantaje mejor pagado de la historia. Cultiva el resentimiento e hipoteca las decisiones futuras convirtiendo todo escándalo, por muy imaginario que resulte, en legítimo.

Decido que ya tengo bastante de la monserga y atropello la discusión. Controlo el equilibrio en el primer movimiento,

sorprendido por mi capacidad para moverme sin abrirme la cabeza contra el suelo. Antes de intervenir, veo una raya de *speed* abandonada sobre un iPhone nuevecito. Nadie mira. Es la mía. Zumbo a napia recta y sin turulo la costilla blanca de Adán. *Madonna!*, esto parece un chute de obetrol. La agilidad en el torrente sanguíneo es instantánea. La calidad, clínica. «Creas o no en las drogas, está bien, da igual, porque ellas sí creen en ti». Deshago el camino hasta la pareja en discordia y me planto en medio. Más que plantarme, ejem, me dejo caer. Apoyo mi mano en el hombro izquierdo de Joan, quien no le quita ojo a Miguel. ¡Joder, ni que el tío le hubiera vacilado con una foto suya trajinándose a su madre en un váter público!

Me enfoco en ese rostro tan cincelado, canónico, de modulaciones faciales rozando lo perfecto. Es como si tuviera la cara hecha de cobre, con un brillo oxidado embriagador en su esencia paliducha. «Vaya… —pienso—, si no fuera tan capullo, hasta le echaba un polvo al nene». Pero no voy a tratar aquí mi homosexualidad latente, al menos no todavía. El asunto es que logro que desancle los ojos, esos ojos vidriosos y juguetones que despliega alrededor de los párpados como un insecto oxigenando el cerebro, de ese Miguel arrepentido de la vida. Ya estoy listo para hacer la Gran Pregunta que llevo ponderando un buen rato.

—A ver, chavales, ¿por qué no lo dejamos y nos echamos otra birra?

Oh, Miguel, *mi querido niño*… ¡qué expresión más fastuosa de agradecimiento me lanza! Eso sí, mezclada en lo profundo del iris con un abroncado tirón de orejas. Entiendo ese discreto resentimiento que viene a decir: «¿Por qué no has intervenido antes, hijoputa?». Es de lo más legítimo, sí, pero también lo es mi borrachera, que aminora las marchas neuronales tres o cuatro velocidades. ¡Al menos estoy aquí! Estoy aquí… ¡Demonios!, estoy aquí, joder, y Joan no ha dicho nada. Soy, en este preciso instante, *como el Jodido de Schrödinger*: una potencialidad cuántica, un ser-

puteado y no-ser-puteado al mismo tiempo.

—No, Galo —comienza Joan, resistente zopilote, picoteador de la osteonecrosis—. Tu amigo me ha ofendido, que lo sepas, y no me parece bien que se salga con la suya.

Dos cosas me incomodan de su respuesta. Uno, ¿mi amigo? En fin… lo dejamos pasar. Dos, ¿salirse con la suya? Le parecerá poco al quejoso niñato haberle echado encima un balde de vergüenza, como si fuera una adúltera en una comunidad ortodoxa judía.

Me cabrea… Me cabrea mucho lo que estoy a punto de hacer, pero no veo otra salida. Voy a marcarme la del crío insufrible que berrea desaforadamente en mitad de unos grandes almacenes. *Oh, sí, sé que ya lo sabes, sé que ya intuyes cual va a ser mi próximo paso…*

—Joan —digo, alzando ambas manos en su dirección al estilo predicador—. Tienes razón, vale. El chaval no debía haberlo dicho. Ya está. Asunto arreglado.

El Principito tuerce el morro. ¡Ah, no! Maldito desgraciado… ¡Consentido cabronazo! ¡Compra-halagos de tres al cuarto! ¡No me vas a seguir jodiendo la marrana! Ya has conseguido lo que necesitas y todo lo que salga de tu boca que no sea una plegaria de conciliación será basura. ¡Basura podrida! Un extraordinario espécimen de podredumbre mental. Te acabo de brindar la oportunidad de nadar en las aguas maternas de la autocomplacencia, así que déjalo ya… Intento, de la forma más teatral posible, aplicar ese significado a la tensión muscular de mis extremidades. No hay que ser ningún hacha del lenguaje corporal para pisparse que estoy declarando mi agotamiento total. Es como decir «se acabó, me planto aquí mismo» con el cuerpo.

—Bueno —responde Joan con la complicidad del inquilino de un museo de cera—. Está bien, vamos a dejarlo así.

¡Bendita sea la clemencia de los poderosos! El apolíneo-espécimen-de-ano-dilatado da media vuelta y recupera su encuentro con las dos periquitas de antes. Cualquiera que fuera la admiración que le tuvieran se ha multiplicado por dos. De improvisto, es la mayor

autoridad en la sala. Habiendo sosegado las aguas, me largo de la escena del crimen para ir al baño a mear. Falta me hace.

Pienso ahora, con un poco de distancia, en qué narices acaba de suceder. Ese enorme fragmento de ralladuras… Dicen que la mente es como un paracaídas, que si no se abre, no sirve para nada, así que me esfuerzo por cuartearla un poco, desplegar sus interpretaciones. Veamos, Miguel no ha hecho nada tan censurable ni terrorífico, eso seguro, pero pongámonos en la piel de Joan, un soplagaitas comprometido de la hostia consigo mismo y, de rebote, con una causa legítima…

Vale, concluyo, su malversación de los contextos puede, aunque con no poco lubricante, tragarse… No voy a darle las quejas por eso. Pero lo que no tolero, ¡eso sí que me repatea!, es la falta de ironía. La total, degradante y solemne mutilación del sentido del humor. Eso es lo que convierte el multiculturalismo diverso de Joan y el neoconservadurismo de la extrema derecha en agentes solidarios entre sí. ¿Por qué? Pues porque beben de la ósmosis de odio que los retroalimenta. Engullen al máximo su beneficio, como la elección más racional, sin preocuparse por las consecuencias de echar leña al horno de su satisfacción. La competencia en humildad de ambos es, por tanto, prácticamente nula. Y su llamada a la cancelación, al cosido de labios y al mutismo de quien les lleva la contraria, sólo demuestra una disyunción en sus corazones pensada para la autocoronación. Únicamente responden ante los suyos, ¡y al paredón con los demás! Un síntoma de algo tremendamente neoliberal, a mi entender, que es la idea de ver el mundo como una explanada donde dilapidar todo obstáculo a la felicidad individual, creyéndose con derecho a imponer el propio imaginario en el camino a la descarga definitiva de la tensión.

Y, de nuevo, si esa libertad se ve truncada… ¡víctima! ¡Soy una pobre y desprotegida víctima! Esto me parece una total falta de respeto, deformada y defectuosa, para quienes efectivamente han vivido una ausencia de dignidad cotidiana. Abren así, como la ranura

de una hucha, la cartera del lucro espiritual. Alguien debería hacer de ellos personas honradas. Pero ¿para qué? Si eso está ya más pasado que el VHS o el VIH.

Abandono toda expectativa de lucha, todo impulso marcial. Hay a quien la politización le enciende el deseo pero le mata el rendimiento, y a quien termina acabando con ambas. Soy de los segundos. Ya tengo la noche derrengada, así que más vale poner pies en polvorosa. Yo venía aquí a camelar chavalas, a lamer orejas y a rascar pubis. Al final, nada de nada.

Salgo con una torcedura de estómago de campeonato. Busco a Ángel, quien anda ya driblando por el séptimo cielo con una colgada espantosa, y le digo que me largo, que me piro, que no tengo nada que robarle ya a esta gente salvo un cáncer de huesos o una rotura de crisma (no puedo asegurar la de quién). Mi coleguilla se relame los morros como una vaca frisona en un prado y asiente. Veo la diablura en sus ojos. No por nada, cuando bebe, lo llaman «Mr. Hyde». Babea un poco, pero consigue adecentarse la perilla y brindarme un abrazo de despedida. No lo he tratado en toda la noche y, tal y como va, mucho me temo que no lo trataré en varios días. Espero que no le pase nada…

Busco a Miguel para hacer lo propio, darle las buenas noches, agradecerle su conversación, invitarle a la despreocupación y al abandono de la culpa. La culpa… Demasiada culpa ronda por aquí. Esto es una fábrica de culpa dividida entre los que la padecen y los que la distribuyen. Supongo que sólo una negra-transexual-vegana-*ecofriendly*-poliamorosa-onegeísta y con aspiraciones creativas evacuaría toda culpabilidad, pero un eslabón perdido semejante no pulula por las instalaciones. *Ummm, me encantaría conocer a alguien así*...

No encuentro a Miguel por ningún sitio. Se ha debido de largar. ¿Quién podría echárselo en cara? El tufillo de la celebración ya comienza a darme una urticaria descarada. La violencia, código predilecto de la individualización, podría brotar en cualquier

momento. Es hora de huir. No me despido de nadie más. Mejor así. Hace noche cerrada y exhibe un montón de colores extraños entre las luces de la ciudad que la contamina. Es muy hermoso. Su belleza es pura e inestable. En suma, todavía queda esperanza.

16

LA HISTORIA QUEDARÍA REDACTADA en un artículo que regalé, porque no tiene otro nombre, a los chicos de *Código Público*. Escribí aquello como una horrible amenaza artística. Veía, en mi fuero interno, la anécdota con un resplandor azul de tuberculosis, si bien es cierto que me levantó el ánimo sacarlo de dentro. La redacción es un exorcismo clave para el indeseado. Incapaz de poder despacharse a gusto a tenor de la coyuntura, encuentra en su transcripción de la realidad un paisaje la mar de sereno. Incluso si el relato está plagado de heces y el sonido de un torno dental.

En cuanto a la pieza, me permití el lujo de poner a Miguel como mi compadre original y, en vez de físico, aseguré que el menda provenía del campo estando más acostumbrado «a las tablas del arado que a las de multiplicar», para darle más vitalidad al relato y todo eso, pero no me guardé mis impresiones sobre la velada. Escogí por título el mismo que encabeza esta cuarta parte. Qué menos, ¿no?

La anécdota se las traía y, aun habiendo descargado mis sanas dosis de infección mental escribiéndola y publicándola, me dejó con un mal sabor que duró días. Pero, *ah*, como suele decirse, si se cierra una puerta, se abre una ventana. De no ser por aquella espantosa noche y la caterva de tesoritos hipócritas entre los que me vi, no hubiera escrito el artículo y, oye, tampoco hubiera tenido argumentos para concertar una entrevista con Juan Soto Ivars, el

enfant terrible del columnismo español. Un dandi con flequillo de emo arrepentido y esa cara de rorro con pelusilla velluda.

Ya le venía siguiendo la pista desde hacía tiempo, pero en cuanto el marido de mi prima me soltó *La casa del ahorcado* para que le echara un vistazo, se confirmó mi gusto por su lectura. «¡Qué cabronazo más agudo!», pensaba mientras engullía su libro. Me molaría charlar con él, una tarde; compartir unos tientos de cerveza. La mayoría de las personas tienen que aguantar este apetito o tirar de acoso, pero yo podía jugar un as en la manga maestro: la entrevista, una excusa mayúscula para verse *face to face* con un notas a tu elección. Luego la respuesta es una tirada de dados, que diría Mallarmé, pero por suerte para mí y con el artículo de «La plusvalía de la víctima» por delante. Juan cayó en la trampa y aceptó una entrevista para *The Objective*.

Así que allí fui, al encuentro de ese azuzador de conciencias, provocador y pueril. Y si algo aprendí de aquella conversación, entre otras cosas, fue lo limitadas que son las identidades, la fuerza de su embrujo y, para postre, la mala hostia que me producen todas desde entonces…

Paciente y usuario

IDENTIFÍCATE O PERECE

¿Por qué te vas a meter
en una diminuta caja de identidad
pudiendo experimentar tu infinidad?

ELIZABETH GILBERT

Miente el carnet de identidad:
tu culo es mi localidad.

ROBERTO INIESTA

17

LA COMUNICACIÓN ESTÁ DE LUTO. ¿Qué se le va a hacer? Así es. La revolución tecnológica ha cambiado las reglas del juego haciendo que el periodismo sea más accesible, sí, pero también peor. El oficio se va al carajo. Está pagado analmente, su reconocimiento social es el de un oficinista mediocre y su piel está radicalmente infectada de politización. Su trastorno no constituye ningún misterio. Para el periodista o columnista medio existe una autocensura individual y corporativa con los tintes del periodo más restrictivo del aparato soviético. Todo, parece ser, por evitar que el público se atragante en sus contradicciones. El lenguaje complejo, estirado, vestido con purpurina ácida y propensión a la cirrosis ética ha dejado un hueco divino para la literalidad, que no sabe de dobles sentidos ni es capaz de contextualizar. No por nada, los estudios demoscópicos de los últimos años demuestran que la sociedad española (la occidental, en general) se ha convertido en un rebaño genuflexo con prognosis aguda para tragar todo lo que le echen. La mayoría afirman, sin retortijones, que prefieren seguir a la mayoría, a pesar de no estar de acuerdo, antes que ser marginados. ¡Así no hay quien tire de la manta! ¿Cómo se puede meter el dedo en la llaga si no hay dedo que meter?

Mirando hacia atrás, está claro que antes tampoco había una vocación existencial colectiva por la innovación y la alternancia. Si publicabas cosas subidas de tono, había quien te aplicaba un correctivo cerval a nudillo limpio. Pero cobrabas tus buenas perras, y si el editor confiaba en ti, te asegurabas el parné mensual. Al fin y al cabo, el consumidor pillaba la publicación entera. Se confiaba en el grueso, no en lo particular, examinando al redactor sobre el conjunto de sus devaneos en vez de sobre una *boutade* excepcional, o en un patinazo desafortunado. La lupa digital, en cambio, no olvida. El *big data* tiene memoria de elefante anabolizado y todo lo que digas podrá y será usado en tu contra… *Ummm, ¿de qué me suena esto?*

Hoy se considera a los periodistas poco menos que operarios pagados al día que extraen pedazos de información bruta, sensacionalista y doctrinal, como una operación psicológica y psicotrópica. Un pánico soterrado, implosivo, se lleva tiempo propagando en la profesión. Las hordas de *lumpenproletarios* de la información siguen la corriente con las manos atadas. Y así nos va.

En mi caso particular, señalaré, además, una presuposición instalada en el mundo de la información que da por sentada la autonomía económica de los colaboradores. Articulistas *freelance*, como yo, bregan día a día por las migajas del automatismo y la comunicación gratuita a la carta. Eso ha dividido enormemente la profesión. La cultura, en general. Un campo de batalla donde los términos medios han rendido sus fuerzas. O se asciende o se desaparece. Tan sencillo como eso. La maravillosa y breve vida de la meritocracia-equilibrada ha dejado paso al sádico-separatismo-gregario. Lo principal es el dinero, el poder y el ego, y quien los posea desde siempre tiene todas las papeletas para ponerse detrás del altavoz con regularidad. Al resto… ¡carretera! ¿Las consecuencias? Un pernicioso territorio común que torna endogámico, como una comuna de *rednecks* con picadillo de pus en la jeta y teñida de ETS, la conversación pública.

Por no hablar de la precariedad de quienes deberían enriquecerla…

Lo que digo es que no sería raro encontrar ahora a los aventureros independientes de la crónica humana vendiendo pirulas en una esquina de Cuatro Caminos, o poniendo el culo bajo medias de rejilla cerca de Montera. Más allá de los dólmenes atávicos, inamovibles menhires del *café society* del periodismo como Maruja Torres, Juan Manuel de Prada, Alberto Olmos, Manuel Jabois, etcétera, o los lobeznos avispados de nuevas teorías mal llamadas *rojipardas*, como Ana Iris Simón, pocos encuentran una excusa para sostener una vida digna escribiendo en diarios, revistas, publicaciones online y todo el cúmulo de farsantes tragaldabas, glotones digitales sedientos de clics rápidos, que se pavonean en el mundillo de la prensa.

«Si fuese americano —me suelo decir a veces—, al menos la mierda me sabría a Hollywood». ¡Pero no! Saboreo, como en aquella película de Pasolini, un manjar de zurullos expulsados con firmeza de traseros españoles que se niegan a reconocer en la originalidad un *succès d'estime*. Por si fuera poco, la historia del periodismo digital está marcada por una crónica cotidiana de cancelaciones léxicas a partir de expresiones inadaptadas para la temperatura moral de los lectores, como si estos fuesen parvulitos diarreicos con el tracto digestivo débil. De esta forma, las redes sociales y la democratización de la opinión, que Umberto Eco tuvo a bien llamar «la invasión de los necios», han sido tan amables como para desterrar a quienes intentan salirse de la norma y despachar miradas incómodas a un pequeño y bonito mojón de oportunidades que, si dan la campanada, son rápidamente enterradas en críticas.

Lo que me maravilló del periodismo, de esa escritura del presente, ágil, tumultuosa, empapada en el vicio de la no-ficción, fue la agitación de las experiencias. Fabricar, emocionado y dopado de intentos de genialidad, artículos sobre el pasmoso espectáculo que burbujea descontroladamente frente a ti. Pintar con un trazo atrevido y magnífico una escena de mi tiempo. Por eso me trasladé a Madrid, por eso viví en Barcelona, porque permanecen en mi mente como las minas de oro donde sucede lo excesivo.

En más de una ocasión, algún notas curioso me han preguntado: «Oye, los medios para los que trabajas guardan una objetividad. O sea… ¿te han negado publicar algo?». Desearía poder explicarle al buen samaritano lo que significa el *framing*, las presiones de los grupos, la audiencia objetivo, el canon social… En fin, una ristra de cosas que justifiquen mi versión. Pero mi soberana pereza es de tal calibre que se hace irresistible un escueto: «No. Por lo general, no demasiado».

Al tema, que me despisto… ¿A qué viene toda esta monserga sobre el periodismo y la información? Se suponía que iba a hablar de identidades, ¿no? Pues, a decir verdad, la línea entre ambas tiene forma de anillo de Moebius: se intervienen mutuamente. La falta de variación regurgitada en la proliferación desaforada de lo igual da como resultado un tribalismo majadero y atontado.

El «hombre de masa» indistinguible de la multitud de los años setenta trajo consigo una búsqueda de la personalidad en aquelarres urbanos. Peñita que se las daba de *rocker*, *hippy*, *mod*, *hipster*, *pops* o sabe Dios qué más. Mucha estética. *Brilli brilli*, cofradía del cuero o camisas con alzacuellos botoneros. Pero la forma ha quedado intoxicada por el fondo, y no en el buen sentido. Esa politización de la información que se venía comentando se ha filtrado en la identificación individual. El *flow* personal ha dejado lugar a la autoimagen dictada por orientaciones sexuales, etnias, género o edad. Todo bien colocadito en el sitio que corresponde al lugar del que uno se siente parte.

Mira que *The Warriors* es una peli vetusta como ella sola, del 79 o por ahí, pero resulta que ha adquirido una renovada actualidad. Estas nuevas bandas se confrontan a diario en el escenario popular a nivel discursivo. Su necesidad de distinción roza lo obsceno, engordando el narcisismo con un capitalismo consumista que prodiga el ego del comprador como un Gargantúa insaciable. Las redes sociales… ¿Qué decir sobre ellas? Dejando de lado adicciones y la artificialidad de su contenido, cobran un protagonismo radical en

la instrumentalización de estas identidades. Ser parte de alguna, ya sea el *chicano homosexual* o la *blanca nacional católica*, se convierte en una plegaria siempre atendida a la glorificación del Yo. Y poco importa que sea una representación manipulada, hueca de locuacidad, porque en la opulenta manifestación del engrandecimiento, aunque sea abstracto o tergiversado, reside el triunfo. ¡La comunidad! ¡La aceptación! Ah, y la pugna, por cierto, en este universo tan singular no pasa por ser el mejor, como vendría dictando la competitividad tradicional, sino por ver quién está peor. Aun cuando en algunos aspectos ninguno esté honestamente mal…

Esta época ha logrado una transformación inaudita: ha convertido la identidad de la víctima en un privilegio y el fenotipo del viejo verdugo en una identidad culpable. Yo lo llamaría La Gran Perdición Posmoderna. Sin embargo, todo es cíclico, caduco. Dentro de treinta años, estará por ver dónde queda esta historia, dónde aparcará *el nuevo opio de los intelectuales*, aunque no promete ser un camino de rosas.

En estas que sale a batear Juan Soto Ivars. El tío tiene pasta, escribe lo que le sale de los bemoles, dice disfrutar de buena familia y mola bastante. Es un sujeto público, televisivo, y encima no se muerde la lengua… que sepamos, al menos. Es cierto, siempre queda que sea un *revientacoños* sin moral. Un cacique malvado que refleja subconscientemente su egoísta pordredumbre epiritual en ese estilo faltón y vanidoso que despecha. Pero lo dudo…

Aquella entrevista con él podía haber sido como tantas otras, pero, vaya, me abrió ciertos caminos resplandecientes, y deseo sacarla aquí. Vale que yo perdía el culo entonces por convertirme en una *bête noire* literaria, y Juan, para qué engañarnos, podía ser un camino en esa dirección. Pero no estoy aquí para interpretaciones psicoanalíticas de mis expectativas, sino para presentar hechos. Parodias, si se quiere, ¡místicas incluso!, de lo que he ido

aprendiendo. Lo más probable es que no tuviera ni idea de lo que me contaba Ivars; flequillo maligno, glamuroso *tuercepitis* condescendiente. Aun así, allá va lo que saqué en claro o, por lo menos, lo que quedó materializado de aquella conversación tan poéticamente identitaria.

18

ERAN LAS DOCE DEL MEDIODÍA. Salí del metro camino al bar Jekyll & Hyde, en la calle Provenza de Barcelona. Andaba escuchando el disco *Yours, Dreamily*, de The Arcs. Lo recuerdo bien porque fue uno de los primeros grupos sobre los que escribiría tiempo después en la revista *Rockdelux*. Los ya no tan chavalitos de la banda gringa la despachaban bien. *Suave, suavecito* cuando se terciaba, y *brrrummm brrrrummm* cuando hacía falta. Había una locuacidad musical en ellos bien asentada.

A lo que vamos. Yo vestía una gabardina tres cuartos Burberry verde con interior de cuadros amarillos, un pantalón de traje, botines y camisa negra lisa. Me había puesto un poco dandi, un poco elegante, un poco extrovertido, un poco algo que no fuese calzarse unos vaqueros, unas zapatillas y una chaqueta cortavientos. Hay que envalentonarse en el atuendo de vez en cuando. Vestirse, no para lo que eres ni para lo que quieres ser, sino para rendir homenaje al lugar al que vas. Una cita importante merece un estilo importante.

Llevaba encima una mochila de malas experiencias recientes del tamaño de un buldócer, por lo que más valía lucir digno por fuera ante la podredumbre de dentro: artículos rechazados, silencio-indiferente por parte de los editores de varias revistas, autoaversión por estar en lo alto de la cadena educativa y trabajar, de sol a sol, en un curro de sherpas, analfabetos y drogatas con menos de una

docena de neuronas; pasta muy pero que muy limitada; odio por no sentir a Valeria cerca… Más allá de los cuatro artículos que conseguía sacarle a Ana Laya, encargada de las colaboraciones en *The Objective*, nada me hacía sentir realizado, ¡en la senda destinada! Así que me freía vivo, desde hacía días, en mi pequeña sartén de animadversión. Mi busto era el de un fracasado. ¡Un merluzo metódicamente atizado por la repugnancia de sí mismo! Aterrorizado, con ganas de lloriquear y bastante solo.

Vislumbré a Juan en la terraza del garito donde nos habíamos dado cita. Él, por su parte, lucía una gabardina camel y sus características Adidas Gazelle, que siempre me habían parecido feas y poco agradecidas con avaricia. El tipo me vio a lo lejos y abanicó los brazos. Me identificó como si llevara el radar de *necios juntaletras* con las pilas recargadas. En ese momento me prometí a mí mismo barrer la pena bajo la cama, hacer descender el drama de las altitudes alpinas y calzarme un aire brillante. Es intolerable ver a un profesional llorar o compadecerse de su desgracia. Prendí fuego al desaguisado mental e hice que me invadiera una sonrisa.

A mi llegada, un minuto después de intervenir la jodienda de mi vida para que no oliera, Juan tuvo la cortesía de levantarse. Extendí un apretón sonriente, haciendo gala de profesionalidad, pero él hizo caso omiso y me brindó un abrazo cariñoso y fraternal, como si ya nos hubiéramos cruzado fugazmente en más de una ocasión. Confieso que la incomodidad se me llevó por un segundo, pero rápidamente agradecí, de corazón, el gesto. Una vez hechas las presentaciones, Ivars pidió dos cañas.

—Bebes, ¿no? Es la hora del vermut —dejó caer, tajante. Más como una llamada a mi participación que como una justificación.

—Desconfío de quien no lo hace —afirmé—. Por lo general, albergo dudas instantáneas de quien no bebe cuando tiene que hablar de sí mismo. Me da que su esquiva a la desinhibición está motivada por una profesionalidad teatral. Como una estrategia concienzuda por no perder el hilo de lo que se debe decir en vez de lo que se quiere.

—A mí siempre me ha perdido la cerveza, y el tabaco —aseguró sonriendo manifiestamente, con esa irresistible sonrisa pícara de tahúr—. Es verdad que ahora, con el crío, tengo que organizarme mejor. Cuando uno es padre, la responsabilidad sobre uno mismo cambia. Ya no vives para ti, vives para tu hijo. Eso hace que, incluso, te dé por cuidarte más.

Entonces me dio por pensar en lo lejos que veía sufrir un cambio de ritmo semejante. A mis tiernos veintiséis años de entonces, sin soportarme yo a mí mismo estaba como para pensar en hacerlo con nada más. A la única que había soportado era a Valeria y… bueno, sobre ella creo que ya está casi todo dicho… O tal vez no.

El camarero se acercó sigilosamente hasta nosotros y depositó las dos cervezas en la mesa con maestría teutona. Ivars le sonrió. Eran colegas. Conocidos etílicos, más bien. El mesero le había resuelto la cogorza al escritor en muchas ocasiones, no cabía la menor duda. Y puede que fuera una de las relaciones más puras y auténticas de la existencia: la de una bebedor con su camarero de confianza.

—¿Vienes aquí a menudo? —pregunté, casi de manera retórica.

—Mira —dijo señalando un portal del final de la calle—, vivo ahí. Así que tú me dirás…

Sonreí con complicidad. Ya me caía bien, el menda. Despaché un trago vikingo al birrostio. *Madonna*, ¡qué extática es la primera ingestión a un vaso de cerveza! Ya lo decía Bukowski: «La cerveza es sangre continua, una amante continua», y en ese primer encuentro, horas, tal vez días después de no haberla paseado por los labios, su beso es como el del amante al que hace tiempo no se ve. Ese regusto aterciopelado infectado del burbujeante amargor que sabe dulce… ¡Ah! Hay que ser holgazán en el día a día para no saber reponerse de la depresión si uno puede atizarle un sorbo a un vaso bien tirado de cerveza…

El viento arremetía agresivo contra la terraza, hasta el punto de casi volcar las sombrillas. El flequillo de Ivars danzaba sobre su frente como un cancán desorganizado. No sé cómo no le daban

ganas de aplicarle un mordisco de burra y librarse de él.

—Oye, vamos dentro, que hace un viento tremendo —acabó diciendo un minuto después de sentarnos en las sillas de la terraza.

Asentí. Ya no tanto por su flequillo, del que me compadecía honestamente, como por mis pelotas, que sentía amojamadas y constreñidas. Así pues, nos metimos dentro zumbando, que no era cuestión de tiritar de frío mientras se trabajaba. El Jekyll & Hyde era un garigolo de lo más encantador. De ramalazos *hipster* con carteles de Martini, ladrillo descubierto y cojinetes azules, parecía el lugar idóneo para una cita, una reunión de sesudos intelectuales o, simplemente, para acudir con regularidad a echarse un café y tirarle los trastos a la camarera. Nos sentamos al fondo del local. Por suerte, estaba casi vacío.

Había pasado el día anterior pensando en cuál debía ser mi estrategia. Lo más rentable para los artistas suele ser presentarse como un capullo nihilista, pero temí que la puerilidad del *sudapollismo* no casase en absoluto con la interpretación existencial de mi entrevistado. Más valía ser estoico y discreto, haciéndose un poco el oscuro para parecer profundo.

Ahora que ya habíamos quebrado el hielo, decidí que era hora de iniciar la entrevista. Su libro tenía por subtítulo *Cómo el tabú asfixia la democracia occidental*, así que ya me había hecho a la idea de tirar por ahí. Confieso, no obstante, que odio los términos *democracia* y *occidental* en la misma frase. No sé, por lo trillado, imagino, o porque me suena a pedante profesor de Políticas con el cuello almidonado. Sea como fuere, su obra estaba consagrada por ese marco, y era precisamente ese marco el que iba a trabajar con él. Así que fui directo al tabú. Descorché mi interrogatorio con un alarde de sensibilidad política por la libertad de expresión. Sabía que el gacho alardeaba habitualmente sobre su defensa a ultranza de ella y, ¡qué coño!, es imprescindible caer bien de primeras en el *lavoro*.

Por tanto, le expuse con distinguido porte dialéctico, en plan lord

inglés fardando de campiña, mi interpretación sobre algunas *neomonjas* feministas que, desde la elección del gobierno de Pedro Sánchez en 2020, estaban dictando los protocolos éticos de un pueblo, en su mayoría, poco o nada parecido a ellas. Hice una introducción algo traspuesta, como de cacatúa diarreica, buscando describir lo que yo veía como un nuevo auge talibán de la desvergüenza y la imposición totalitaria de las opiniones.

—¿No crees que se está barnizando la civilización de ideas gregarias y endogámicas? —acabé preguntando—. Algo así como si el enemigo fuese una intrusión cancerígena que deba ser exterminado para recuperar la salud del cuerpo social… —Fui plenamente consciente del peso de mi intervención, dispuesto a que el picaflor no pensase que yo era un aspirante amateur, un cenutrio reverencial. Ya que me ponía, lo haría bien. Aunque, visto ahora con distancia, creo que sí pequé de un cretinismo chungo. Qué se le va a hacer…

Juan sacudió la cabeza, entre sorprendido y reconfortado. Sabía lo que le preguntaba y el tipo estaba preparado para dar cera y pulir cera.

—Ummm… —Plantó la mirada en la nada del suelo. Su gesto destilaba un aire de «te voy a dar una respuesta que te cagas»—. Verás, creo que por culpa de la falta de lazo que posee hoy el individuo, este se refugia en el nexo amorfo que es la tribu. —Claramente, yo sabía que el término iba a salir, y no me sorprendió demasiado que fuera en la primera frase—. Te sientes identificado con gente que se parece a ti, sometes tu pensamiento al de una corriente dominante y eres incapaz de crear vínculos sólidos con los demás colectivos. Y, además, no te hacen falta porque ya tienes las relaciones superficiales de las redes —concluyó, vehemente.

Juan estaba a punto de seguir cuando, con desacierto, lo interrumpí… Eso no se hace en una entrevista. En una entrevista uno tiene que ir soltando cuerda al entrevistado hasta que se le quiten las ganas de correr y, entonces, volver a lanzar un hueso

pudiendo soltar así más cuerda todavía. Cortar el rollo es como un *coitus interruptus* al pensamiento. Está feo. Pero yo seguía con la pájara de aclararle mi nivel, el de alguien poderoso en argumentos y lecturas, aunque, obviamente, parco en autoestima y paciencia.

—Leí, no sé dónde —repliqué, inquieto— que Rancière entendía la verdadera lucha política no como un discurso racional entre intereses múltiples, sino como la batalla constante por hacer oír la propia voz por encima de las demás, entendiéndola como un interlocutor legítimo.

Juan enarcó una ceja, el interrogante gestual que podría sobreentenderse como: «Chaval, deja hablar. Lo tuyo ahora es prestar atención. Te veo avispado, no sufras, pequeño». Asentí como si lo hubiera dicho en voz alta.

—¿Por dónde iba? —preguntó. Él lo sabía perfectamente, pero marcaba así una posición de poder.

—La incapacidad para crear vínculos sólidos con los demás —respondí ágilmente.

—Ah, cierto… Hay una relación con la perversión del individualismo en esto de lo que hablamos. Ahí tienes la «separatidad» de Erich Fromm. El individuo es una figura que no tiene por qué conducir a lo que ha conducido. Yo sigo siendo un individualista, ya que creo en las capacidades de emancipación de los individuos respecto a las masas. Opino que lo colectivo es útil siempre que se mantenga la frontera de los individuos intacta —añadió, zanjando el aire con las manos—. Sobre todo en lo que respecta a la libertad de acción y de pensamiento. Pero, desde luego, el enfoque que ha tenido el individualismo en la sociedad capitalista tardía ha provocado que los individuos se sientan solos y aislados, refugiándose, en consecuencia, en las tribus. Esa es la tesis de *La casa del ahorcado*.

Machaqué el final de la cerveza durante su *speech.* El cabronazo resultaba grandilocuente. Me invadió entonces una tesis, creo que la había leído en *A contrapelo*, de Huysmans, que venía a presuponer algo así como el placer de experimentar la dominación. Una suerte

de liberación radical que sólo se conoce en la sumisión, siendo esta un estado de gracia descargado de las decisiones que nos hacen inevitablemente esclavos. Expresé la idea con toda la brevedad posible.

—Creo que vivimos en una sociedad que no está dispuesta a pagar el precio de las cosas —dijo Juan sin vacilar tras mi comentario—. Queremos café sin cafeína, carne vegana, queremos seres queridos sin compromiso, queremos discusión sin incomodidad, queremos humor sin ofensa. A todo le quitamos el núcleo, lo conflictivo. Por tanto, sí queremos libertad mediante la sumisión porque creo que forma parte del mismo fenómeno que el café descafeinado. Es lo que tú quieres sin lo que lo hace conflictivo y también, en cierta manera, atrayente.

—De acuerdo —dije—, hasta aquí, todo claro, Juan, pero ¿qué me dices de las razones? Ha de haber algo intrínseco a eso. Quiero decir, ¿a qué fin todo esto?

Ivars apuró su cerveza y, acto seguido, soltó un *¡Aaaaah!* magnífico, exultante; luego alzó la mano y, sin preguntarme, pidió dos más. La calidad de la conversación parecía ir paralela a la embriaguez. Cuanto mayor era el patinaje lingüístico, mayor también la calidad reflexiva. O, por lo menos, así lo veía yo. Es una de las magias del alcohol, hasta un panorama yermo y desértico de profundidad, una tierra baldía atestada de ignorancia, puede transmutar en un vergel edénico, repleto de ninfitas desnudas trotando a la escapada de sátiros resultones.

—A ver cómo lo digo para que se me entienda… —Oh, parece mentira, pero esta es una gran frase antes de una respuesta. Puede ir en dos direcciones: o se descarga una chulada de alegato, bien macizo y contundente, o un churro enrollado como el nudo gordiano. *¿Qué seráá, seráá…?* Antes de lanzarse, dio otro de sus largos engulles al vidrio—. El poder, que es quien se lucra con todo esto, el poder real, el económico, son extraterrestres que están fuera de la realidad. Lo que nosotros tenemos es una élite intelectual

precarizada. Se trata de eslóganes de *marketing*. Como el negro del anuncio de Zara. El negro que no te va a salir en el anuncio de Zara es el que está cosiendo las camisetas. Pero la realidad es que lo que tenemos hoy es una alta clase económica que no sabe qué pasa en la parte baja. Tenemos a una élite cultural que, en su gran mayoría, es igual de precaria que los proles. Creo que se ha perdido mucho con el cambio de la dialéctica de lo material a lo cultural. Al poder económico no le cuesta nada adoptar los preceptos culturales que le interesan a la izquierda.

Juan disparó su argumento con la solemnidad de una reina del cine tirando besos. Asentí como un muñequito de salpicadero. Me di cuenta de que, en cuestión de tres achiques, mi Ava Gardner de aquel día volvía a tener la copa vacía. Así que, esta vez, cogiendo el toro por los cuernos, fui yo quien se volvió inmediatamente al camarero a pedir la recarga.

—Claro —respondí con la esperanza de dar una ligera estocada de sapiencia; un nuevo, pero esta vez discreto, aperitivo de mi calidad intelectual—. La idea de que los procesos económicos tienen un carácter sinceramente político es una ilusión ideológica. Lo que hay es un capitalismo moralista.

De cara a esta violación de su papel protagonista, Ivars pareció mucho más tolerante. Cargó mi intervención con naturalidad, como si se tratara de un improvisado debate en el que estuviéramos peleando, de buena gana, por estimular a una audiencia invisible. Eso sí, como la vaca mira al tren, siguió a lo suyo.

—Mira —saltó—, yo he oído a una Ana Patricia Botín hacer un discurso feminista igual al del Ministerio de Igualdad, y están todo el día hablando de lo verde, etc. Y a ellos se la suda poner a dos negros y tres moros de imagen de marca que poner a cuatro nazis del Tercer Reich. Pondrán en cada momento lo que tengan que poner para hacer caja. El mundo del poder real, que es el poder económico, no tiene ningún problema en adaptarse a las dialécticas culturales del momento. Y esto es síntoma, para mí, de que la

revolución cultural, que es la revolución de la izquierda posmoderna, es una gran estafa.

Recogió el testigo de su discurso sin necesidad de que yo le lanzara nada. El astronauta tenía oxígeno para aburrir, así que aguanté en silencio mientras volvía a trabajarse la cerveza que recién le habían depositado enfrente. Yo hice lo propio con la mía. Me tentó interrumpirle de nuevo, soltar una frasecita dilapidaria y cojonuda, algo tipo «la virtud es la estafa», o citar a Orwell cuando dijo aquello de los santos que deberían ser juzgados culpables hasta que se demuestre su inocencia… Pero no sé, me entró corte, así que cerré el pico y Juan alunizó de nuevo sobre su discurso:

—Es que… macho, si el poder puede utilizar tu discurso en los mismos términos que tú, y luchar por los mismos objetivos que tú, porque sí que se está feminizando el poder en la empresa, sí que se está intentando ir en una línea más verde sin que sólo sea propaganda, eso es porque a los que mandan les da igual. Porque la realidad es que eso no cambia las estructuras de poder. Y los izquierdistas posmodernos dicen que las estructuras de poder son más o menos secundarias, y lo que hay es una interseccionalidad en las opresiones que tiene que ver con las identidades. Vale. ¿Por qué esa revolución está funcionando dentro de la empresa sin que yo cobre más? ¿Por qué una empresa puede adoptar todo el ideario de la izquierda posmoderna sin que suba un euro los ratios del beneficio del capital? Pues porque no es una revolución.

Y aquí el tío sí se quedó a gusto. «No es una revolución»… Dio la impresión de ser la frase con la que se había programado el intermedio de la entrevista.

Acto seguido, Juan se colocó las dos palmas en las rodillas. Creí, por un momento, que iba a lanzarme carantoñas de abuela a las mejillas diciéndome «Cuchi, cuchi, cuuuuuu, cuchi, cuchi, cuuuuuu…». Pero no.

—Y ahora me voy a mear —soltó—, porque llevamos bebiendo cerveza como dos alemanes en paro desde que has llegado y no

puedo más.

Asentí entre carcajadas, algo decepcionado. Si el tipo, del pedo que estábamos pillando, se hubiera meado encima, habría sido un puntazo para el artículo… Pero es de mal gusto desear la desgracia ajena. *¡No, Galo! ¡Mal, muy mal, cabezón! Al personal, florecitas y bombillas de Navidad…* No es sano caer en el butrón moral con fines personales, al menos para evitar ser tildado de cretino y gilipollas aprovechado.

Acabé la *nosécuantas* cerveza y pedí dos más. «Ay, mi madre, la cuenta —pensé, llevándome una mano a la cara—. Me va a salir la faena por un ojo de la cara… Porque claro, invitar, tengo que invitar yo, que soy quien recibe pasta por esto y hasta se puede entender como un favor, y este tío es famoso y yo sigo teniendo que deletrear mi nombre a los carteros, y lo más cerca que estoy de ser un periodista *Playboy* es hacerme pajas con las revistas que todavía guarda mi viejo. Y aquí está, justo frente a mí, un buen pozo y… En fin… ¡Al diablo! París bien vale una misa».

En cuanto Juan salió del baño le ofrecí una sonrisa de tango. Había más cerveza sobre la mesa, y eso, lejos de inquietarlo, dio la impresión de iluminarle el rostro. Porque así es la cerveza; es tan generosa, tan complaciente… Es el criado blanco de eficacia latinoamericana en una casa de multimillonarios progres: resuelve los problemas, aclara los estropicios, pero no te hace ser tan esnob como con un buen vino o un licor de esos cuya categoría se mide en cantidad de años metidos en barricas.

—Hoy, que todo es tan vaporoso, donde las certezas están quebradas, ¿crees en algo, Juan? —le pregunté.

Era un cambio de rumbo, y enfoqué la vista en aquella cara risueña, resabiada e industriosa; la facha del crío rebelde al que el profesor intenta cazar con una pregunta mientras está despistado, pero resulta que el chaval sabe perfectamente la respuesta.

—Verás, más que si creo en algo, me interesa el concepto de «creer». ¿Has leído *Nostalgia del absoluto*, de Steiner? —Asentí,

reconfortado—. Pues entonces sabrás que ahí Steiner habla de lo que ocupa el trono de Dios cuando lo quitamos. Ya sabes, menciona el psicoanálisis, el socialismo… Vamos, todo aquello que ha ocupado el trono antes o después. Y cómo ahora ese trono, esa creencia, está parcial o totalmente ocupada por el Yo. Es un absoluto sin referencias. Pero, como te digo, más que interesarme lo que ocupa el trono, me interesa el hecho de la inviolabilidad de la presencia del trono. Podemos quitar a Dios, pero no al trono. Y en la línea que hablas de la vaporosidad, yo creo que eso es consecuencia de haber puesto en el trono algo que pesa tan poco. Quitando a Dios, Marx, Freud o Stalin, nos hemos convertido a nosotros mismos en la medida de todas las cosas. Estamos en el relativismo más atroz, léase como interseccionalidad de «no puedes entender mi opresión porque no has vivido lo mismo que yo porque no eres negra». Entonces, la medida de todas las cosas es el Yo. Y cada uno es distinto. ¿Cómo no va a ser entonces vaporoso el mundo del pensamiento, de las ideas, de la política, si donde antes había algo monolítico, ahora hay un panal de abejitas reclamando cada una su parte?

Se subió las mangas por encima de los codos y pidió otras dos cervezas. Estábamos en un tris de acabar con el barril. De cerca, nada en nuestro aspecto sugería la merla que todo indicaba que íbamos a agarrar. Esta vez nos las trajo otro camarero, un chico de cara granujienta, peinado cacerola y pulso de yonqui con el mono subido. ¡Menudo mirlo blanco estaba hecho el chaval! Mientras miraba al joven mesero con cara de rosquilla, Juan me dijo que ya era hora de fumar. Asentí de nuevo.

Salimos a la terraza y nada más encender los cigarrillos Camel, un transeúnte se paró frente a nosotros. Tenía un aspecto de lo más taleguero. Me pidió un pitillo. Se lo brindé con gusto, a la espera de que después me pidiese fuego, luego el reloj y, por último, la cartera. Afortunadamente, el hombre de mediana edad, mezcla étnica entre agitanada, árabe y latina, se largó con viento fresco.

Pero la cosa podía haber acabado como en *Pacto de caballeros*, de Sabina, así que, al final, todo me decepcionó un poco. En fin… Reactivamos la charla, como dos loros dale que te pego.

—Ya que nos ponemos con las identidades —avanza Ivars—, te voy a dar un titular. Sí, verás, en la batalla de las identidades va a ganar la derecha, porque el nacionalismo es mucho más aglutinador. ¡Lo más inclusivo que hay en los debates actuales es el puto nacionalismo! Ahí tienes tu titular. Al nacionalismo le da igual que seas negro, blanco, hetero, maricón o lo que quieras. Eso sí, mientras agites bien el banderín. Mira el independentismo. Ahí tenías a la CUP con los tíos más neoliberales de España.

Un cazador de conversaciones ajenas nos miró de reojo. Oyó las palabras «CUP» y «España» y el radar comenzó a tintinearle. Plantado en la mesa de al lado, solo, dejó su móvil y miró al tendido, como si eso fuera a confundir a alguien. De haber podido, se hubiera quitado la cera de las orejas… Hacía fresco. Seguimos.

—¿Y qué me dices del asunto de la deconstrucción?

Se le iluminó la cara como a un cachorrito. Como una *groupie* que, por fin, va a conseguir sablear el autógrafo perdido de su colección.

—¡Ah!, la maldita deconstrucción… Creo que, en su mayoría, es innecesaria. El pensamiento crítico tiene que demostrarte que no tienes la razón siempre, pero no que no tienes buenas razones para tenerla. La idea de la deconstrucción me parece deshumanizadora. Si te deconstruyes en un sentido es porque te estás reconstruyendo en otro. Los hombres del presente, por ejemplo. Se están deconstruyendo en función del credo feminista, cuestionándose su deseo, su voz, su tono de habla… Todo en general. Pero lo único que no se cuestionan es por qué lo hacen. Por eso me parece tan hipócrita e irritante la deconstrucción del posmodernismo. Como soy hombre, blanco y hetero, me voy a deconstruir hasta el punto de convertir todos mis privilegios en un elemento de conflicto que me interpela y no está asegurado, en algo que no tengo derecho a disfrutar, cayendo inevitablemente en la fe. ¡Otra vez el puto trono!

Quitamos a Dios, pero el trono sigue ahí, y ahora lo ocupa el no cuestionamiento, que es un elemento emocional. Esto lo dice muy bien Jonathan Haidt en *La mente de los justos*. Somos un jinete que va sobre un elefante; el jinete es el pensamiento racional y el elefante es el pensamiento emocional. Entonces el jinete va hacia un lado y el elefante va en sentido contrario, y el jinete, que sabe que el elefante va a su bola, en vez de domar al elefante, se dedica a racionalizar su comportamiento. Eso implica que muchas veces te expliquen, en el caso, por ejemplo, de estos hombres, por qué se están deconstruyendo, y tú lo que tienes que entender es que eso son razones dadas *a posteriori*, hacia un movimiento irracional la mayoría de las ocasiones provocado por la culpa. Yo conozco hombres deconstruidos más estalinistas que la Barbijaputa, que luego son auténticos pulpos y perversos sexuales.

Ay, Ramón... Que Dios te tenga en su gloria. Te acaban de describir.

—Conozco a uno… Bueno, mejor dicho, a varios —me confieso a Juan— que encajan perfectamente con lo que cuentas. Son como inocentes señoritas de colegio católico de cara a la galería, y luego se suben la falda y parten a la caza del zorreo mayor y más vasto.

—Ten cuidado —dijo Ivars entre risas—, decir eso te podría valer la horca.

—Bueno, a todo cerdo le llega su San Martín —concluí entre carcajadas que mi entrevistado acabó compartiendo conmigo.

Acabamos el cigarrillo y volvimos adentro. Ya llevábamos dos horas y media de palique… y el columnista de moda parecía, por primera vez, inquieto. Había mirado cuánto había pasado desde mi llegada, y así, a bote pronto, se le cayó encima un crío de meses al que ya le tocaba babearle la camisa. Juan pidió la cuenta con un gesto amable, como un adiestrado sirviente inglés, y me dispuse a sacar la tarjeta.

—A ver, tío, esto lo voy a pagar yo —dijo, medio indignado, medio fraternal.

—No, no, Juan. Tú me has hecho el favor de la entrevista y…

Aunque mi tono fue de perfecto monaguillo opusino, Ivars me interrumpió:

—Chisss… Mira, tío, voy a pagar yo, porque tú vives como puedes, que para algo curras levantando cajas y por las cuatro perras que te paguen por esto. Yo, en cambio, ahora paso esta tarjeta por el datáfono… —guardó un ligerísimo silencio, para concluir en voz baja — y me la suda… ¡Me la suda! ¿Entiendes lo que te digo? Así que déjate de gilipolleces y agradéceme el tiempo que hemos pasado, eso sí que es un regalo, que la pasta es lo de menos.

Fiuuuuuu, menudo cochino alivio. Agradecí la solidaridad del escritor con un «gracias» de corazón y una mirada de encantador de serpientes con la que cabría preguntarse si estaba valorando el gesto o intentando tirármelo. Sea como fuere, ¡ja!, había vencido al sistema. Me salía con una entrevista cojonuda, una saludable borrachera y, ¡encima!, no sólo gratis, sino cobrando. La magia se presenta en la realidad a través nada más que de un instante. Un instante normal e inesperado. El éxtasis es un huésped permanente revelado sólo en ocasiones, y esos momentos, esos oasis, hay que exprimirlos y desearlos como si fueran únicos, porque así es. Son solitarios y perfectos.

Le di un abrazo a Juan y lo acompañé hasta el portal de su casa. Realmente vivía al final de la calle. Entonces todo terminó como empezó, pero marcha atrás. El abrazo, caluroso en lo desconocido, mi andar emocionado y tembloroso, y los brazos de Ivars, abanicando el aire tal que si me hubiese enrolado en el *Titanic*.

Ahora volvía a casa de aquel trabajo feliz, triunfador, sano… Aunque todo podía caerse de repente. Uno suele esperar cubrirse de gloria y luego, nada: vacío, decepción, sumisión a las esquirlas puntiagudas esparcidas por donde pisas. En realidad, nada había cambiado. Seguía puteado y cojo de expectativas. La dispepsia me atacaría en cualquier instante y volvería a no levantar la moral. A pensarme derrotado a toda pastilla.

Ay… Esto no puede estar bien. Sentirse bastardo porque la aventura no ha salido como esperabas o porque algo se ha torcido. Todo, antes o después, se tuerce. Es fácil vivir con la mosca detrás de la oreja taladrándote con que no te acostumbres a lo bueno. Verte como el eterno desamparado, en la oscuridad, al lado de una carretera desconocida esperando el próximo mazazo que te entierre en la cuneta. Autocompadeciéndote. Lo difícil es saber digerir y recordar las caricias del día, apasionarse cuando suceden, sin que se te lleven los angelitos de la piruleta. Además, atenerse a lo difícil es anclarse a una promesa jamás rota. Lo complicado es una certeza, y el que algo sea así, inabarcable, complejo, debería ser razón suficiente para lanzarse a ello. Por eso me permití el lujo de la alegría, ¡qué cojones! Regresé soñando con un futuro prometedor, lejos de la puta empresa Pennywise, lejos de la precariedad, lejos de la ansiedad y el miedo a perderlo todo en cualquier instante, lejos de sufrir terriblemente y envenenándome con desprecio.

19

EL GURÚ ORDENA: «Gritad abiertamente vuestro machismo», y todos han de soltar prenda. Ir, uno por uno, como si fueran acólitos del Gran Diablo Alcoholismo, declarando su naturaleza machista. Ahí están unas veinte perillas bien perfiladas, con sus calvas sudorosas y sus chándales Adidas y Nike disfrazando la incomodidad de un grupo de revolucionarios. Uno de ellos calza unos zapatones de plástico que relinchan como una gata en celo cuando los arrastra *ñííí ñííí ñííí*. Otro, con un extraordinario aspecto depresivo, respira con la fuerza de un tren a vapor *snfff fff snfff fff*. Madre de Dios, ¡resulta tan incómodo! El resto son menos llamativos… Casi diría que se pierden los unos en los otros, salvo por su corpulencia, más o menos dotada, menos o más atractiva.

En fin, que de repente el primero por la derecha de las dos líneas semicirculares que forman las sillas grita «¡Soy machista!» con una contundencia guerrera. «¡Soy machista!», le sigue segundo. Y así, como una cascada de confesos aduladores del mal, todos hacen una redentora sangría de su frustración.

Una vez la ronda de confesiones culmina, el gurú, un cuarentón guapo, chachi, delgadito sin exagerar, vestido con pantalones pitillo, americana color hueso intenso y camisa blanca de cuello Mao, les dice que piensen en qué los hace ser hombres. Cabe imaginar que la

mayoría piensa en su virilidad, en su fuerza, autoestima o insensibilidad, pero lo cierto es que el primero en intervenir conecta con el subconsciente general… El prototipo de Vin Diesel decaído, vestido con una ajustada camiseta de Giorgio Armani de imitación negra, que seguramente está aquí por orden judicial para obtener la custodia compartida de los niños, grita en alto: «¡Mi polla!». ¡Nada menos!

Así es como empieza un curso de nueva masculinidad… o mejor dicho, un «taller de nuevas masculinidades». Los términos son, ante todo, imperdibles del sentido. *Taller*, huelga decir, es más ecléctico que *curso*, relacionado este con el adoctrinamiento. El plural, suscrito en «nuevas» y «masculinidades», tapa los hoyos de quienes pugnan por la más pejiguera de las diversidades. En este encuentro celebrado en una estancia mediana de la segunda planta de un edificio de apartamentos en la calle General Margallo de Madrid, un lugar bastante lejos de la opulencia, todo debe rendirse al absoluto de la nada. Pero esa primera intervención, ese «¡Mi polla!» nacido de la liberación del botón de las represiones, invade el aula como una tempestad. Desencadena la risa popular. A todos les cuelga el badajo, y eso, mal que bien, los hace sentir muy hombres. El gurú también se ríe; es difícil saber si porque le ha hecho gracia la salida que ha tenido el muchacho o porque piensa en los ocho mil pavos que estos gastasuelas le acaban de meter en el bolsillo.

—Una respuesta muy adecuada —interviene el gurú—. A decir verdad, el pene podría ser una de las características del hombre. Pero eso, amigos, sería muy tránsfobo, un ejercicio de sublimación heteropatriarcal y cisgénero-normativa asentado en valores que pueden desencadenar masculinidades tóxicas.

El salón, antes ya enmudecido, se silencia incluso más. Sólo se oyen dos tipos de gestos: los movimientos afirmativos de cinco de los participantes, que vienen aquí a aprender lo ya aprendido como una forma de reivindicar su sapiencia toledana, y los levantamientos de cejas interrogativos del resto. Estos últimos se sienten un tanto

intimidados. Acaban de ser vapuleados en su ignorancia vulgar por una privatización del saber, una jerarquía encarnada en palabrejas cuyo significado apenas pueden digerir. El gurú, sabio gavilán estratégico, encantador a rabiar, es consciente de que el oscuro misterio de su terminología lo baña en poder. Los palabros generan la ilusión de un halo de progresismo capaz de erradicar los males de su tiempo. Son, en conjunto, ¡una expresión de lo correcto! Y para quienes presencian este despache de alta costura moral, integrar esta jerga es el único camino a su salvación.

—Nos han enseñado que la masculinidad tiene que ir desligada de las emociones y la vulnerabilidad; que eso es ser demasiado femenino, y lo femenino es débil. Pero ¿y si no fuera así? ¿Y si os han contado una mentira que, en realidad, lo único que ha hecho es frustraros y haceros infelices? —El alegato, inevitablemente, me suena a libro de autoayuda: busca en los errores de fuera las causas de los tuyos, en tu mano está virar el rumbo de tus decepciones… y todo ese rollo.

El Vin Diesel estropeado se rasca la cocorota. Desde crío le han inculcado que, para sacarse las castañas del fuego, había que ser rudo e invulnerable, cosa que no le vino mal cuando empezó en la agencia de seguridad. Su capacidad para evitar flaquear bajo presión lo lleva sacando de embolados nocturnos en discotecas desde hace más de doce años. Pero ¿y si no fuera así? *Ay, principito pretoriano*… Una vida haciendo callo para que no te cosan a hostias, y ahora resulta que todo ha sido un error.

Una ola de regocijo recorre la estancia, como si los interrogantes del gurú hubieran resuelto una inquietud enterrada.

—Ahora, cerrad los ojos todos —ordena el capitán.

El grupo, sumiso, como buen rebaño de pagadores, pliega los párpados y parte muy adentro en su espacio interior.

—Pensad en lo que os hace tóxicos, en los comportamientos masculinos de vuestra cotidianidad, en los micromachismos que ejercéis sin daros cuenta.

Las veinte *almas testosterónicas* navegan así por los fantasmas de una culpa que, oh, sorpresa, no parece intoxicar a ninguno. Los que saben de qué va la fiesta se santiguan mentalmente con los esfuerzos diarios que hacen por evitar todo micromachismo y en cómo van dando la murga a quien se atreve a ponerlos, aunque inocentemente, en práctica. Los que acaban de caerse del guindo de Macholandia también se sienten autoindulgentes. Si hacen alguna garrulada, no es con mala intención, y si no es con mala intención, jamás puede ser machismo… ¿verdad? Cada uno está concentrado en su doliente talón de Aquiles patriarcal, aunque no terminen de encontrarlo. ¿Quién dijo que por conocerse más a uno mismo era posible acabar queriéndose menos? Tan sólo uno de ellos parece atrapado por un engranaje inexorable de arrepentimiento. Veo su rostro, levemente desencajado, traduciendo una pequeña hoguera de malestar. También podrían ser gases…

Ah, por cierto, mi participación en el aquelarre es puramente anecdótica. Meses después de la conversación con Juan, sentí que quería desenvolver esta exótica deconstrucción organizada. Así que, ¡aquí estoy! Y bajo la premisa de querer escribir sobre el insondable bien que hace a la escrotada-sociedad-paternalista este curso… quiero decir, taller, la recepción me ha permitido pasar y formar, aunque desde cierta distancia, parte de la crisálida de los *neohombres*. Apalancado al final de la sala, paso por uno más. Un jovencito estimulado dispuesto a propagar la mejora social y comprometido con la reformulación de la masculinidad. Aunque un par de los machos evolucionados, debo admitir, también me lanzan miradas en las que me reflejo potencialmente en pelotas, a cuatro patas, con unas orejitas de conejo, las manos atadas a la espalda y una mordaza con bola de caucho roja *bondage*. Oh, y lubricante en la mesilla, claro.

El maestro de ceremonias agita la batuta del encuentro.

—Sin abrir los ojos, pensad ahora: ¿cuándo os abristeis a vuestros sentimientos por última vez?, ¿cuándo llorasteis?, ¿cuándo dejasteis

de sentiros presionados a ser algo por vuestro género?

Runnn, runnn… Las CPU craneales de la sala se ponen en marcha. Miran al vacío en una plegaria por que se les revele la verdad. Y, de pronto, todos aquellos que han ladrado su intrínseca *machirularidad*, su afán por gobernar el mundo que los rodea como pequeños Conan alopécicos y fondones, aspiran a que otro de los tipos haga algo. Que alce la palma de su mano recia y acaricie su hombro. Que remache con una suave brisa, rápidamente ahogada, la soledad espiritual que se desliza sobre ellos… Pero no sucede así. Los hombres padecen un miedo cabal a inclinarse y tocar a otro hombre que no conocen. Esa es su educación. Ellos lo saben, pero se resisten a asumir que las razones de su miedo son insustanciales, porque los mantienen en su sitio cuando lo demás se desmorona.

Sin embargo, a pesar de todo, ¡aquí están! Firmes, valientes, soliviantados de cara a esa autoridad que les vendieron desde críos. Varios de ellos, por lo que se ve ahora, desearían huir, pero se mantienen inasequibles a la fuga. Aguantan, incluso los que no quieren, porque así los han criado. Están dispuestos a comerse toda la comida del plato, mal que no les guste. Son conscientes de que la vida, muchas veces, es tirar hacia delante y tragar con la esperanza de que mejore. No se sabe bien si por una cuestión de educación o de género, pero lo cierto es que estos chicos tienen un saque divino. Caramba, ¡qué estilazo despachan algunos! Los que asentían antes en las alegaciones del gurú, de hecho, más que largarse, parecen ahora ansiosos, como hienas, por ser los protagonistas. Hay que tener buen ojo, pero se puede distinguir en ellos cierta diferencia entre el nervio por huir y el nervio por hacerse notar. En cualquier caso, tanto unos como otros son encomiablemente capaces de guardar las apariencias. A todos estos, pienso con perspectiva, en el fondo lo que les hace falta son amigas. Si las tuviesen, esta pantomima no haría falta…

Pero volviendo a la escena, capta mi atención un sublíder que me había pasado desapercibido. De pronto el gurú delega, como buen

comandante, ciertas tareas de adoctrinamiento en susodicho subalterno, sentado a la diestra del general. En estas que sale a jugar el vice. Guau, ¡qué visión! Es el más calvo, el más ceporro, ojo bizco y marica-arrepentido de todo el grupo. Lleva conmocionado toda su vida. Se huele desde mi lejana posición en el fondo izquierdo de la sala. Tiene un cierto aire entre infeliz y petulante, ataviado con una sudadera cutre del Primark, unos vaqueros ajados y las zapatillas New Balance a las que, sorprendentemente, sí parece prestarles cariño y atención. Quién sabe… tal vez así se sienta atractivo. Gran parte del grupo, recién toma el centro de la estancia, ya lo cree un imbécil. La autoridad que les dan sus paquetes opina que un tipo con tan poca capacidad de imposición no merece ser un líder. Pero ¡ojo!, no están en el instituto, ni en el trabajo, ni en el equipo de fútbol sala del barrio… Están en el taller, y aquí, pase lo que pase, hay que estar abiertos a toda tolerancia.

Entonces el subalterno, el calvo amojamado de escasa seducción y presunción de hemorroides crónicas, manda a un macho primitivo con cuerpo de transatlántico, músculos como colchones duros y estatura de nadador olímpico, que se acerque a él, y le ordena cerrar los ojos ahí en medio, abandonarse a las circunstancias y dejarse dominar por la seductora presencia de la tolerancia y el amor. «Tanto cerrar los ojos… —me da por pensar—. Si esa es la clave, los ciegos deben ser hombres de lo más deconstruidos». Resulta legible, como dibujado en relieve, que al mascachapas le han invadido instintivamente unas ganas locas de propinarle a su interceptor una leche metálica, un martillazo de nudillos de esos a los que estaba acostumbrado en sus tiempos mozos. Pero hoy no. Hoy, en este taller, la violencia dista de ser guay. Es, ante todo, un tabú; el delito de lo intolerable.

Entonces el gurú vuelve a tomar el mando. El subjefe de equipo ajustado y su cachas conejillo de Indias siguen en mitad de la sala. El grandullón intervenido, ahí, con los ojos cerrados, tiene aspecto de un alcohólico al que han pillado pimplando en una reunión de

padres. Se le notan unas tremendas ganas de hacer algo que las circunstancias le impiden hacer; en este caso, abrir los ojos, soltarle un puñetazo al tarado y marcharse.

—Sin abrir los ojos, dime cómo te llamas —dice el gurú.

—Me llamo Roberto, pero me llaman Berto —su voz tiene una estridente nasalidad.

—Bien, Berto… Pareces alguien a quien no le vendría mal un abrazo.

Por primera vez, el tipo que por fin tiene nombre se convierte en persona. Vamos, que antes, como amasijo de músculos hipertróficos, no parecía tener mucho que aportar, y de pronto es el protagonista de las teorías del grupo.

Ay, Berto… Berto parece haber tenido sus momentos agradables en la vida. Una vez, con sus amigos de la uni, logró ponerse tan pedo que no se durmió en tres días. Vivió, a lo largo de dos noches, esa extática sensación de plenitud que experimenta un hombre al saberse desentendido de toda atadura. Él no sabía, eso sí, que la mujer que conocería aquella velada, borracho como un cuba, con una merla de campeonato, acabaría siendo su mujer. Ahora, tras cuatro años casados y con las cogorzas en el álbum de recuerdos de lo intolerable en pareja, está frustrado. No sabe, no entiende, cuándo deber sacar a relucir sus emociones. Años antes, absolutamente pedo con unas cogorzas que espantarían a un depósito de gasolina, acababa deshaciéndose de todas sus incomodidades con quien tuviera al lado. Ahora, responsable, con macarrones en las venas y un crío en el corral de su casa, que mima y cuida cual gallo desencantado, se ve perdido. Es fácil imaginárselo. La trama principal de Berto iba en la línea de sentirse autónomo, y ahora, la secundaria, juega con la de reivindicarse relevante. Por eso se ha apuntado a este curso. No porque quiera echar un polvo con las *aliades*, como vocifera el público sin valor para descolgarse por esta ceremonia de la reconducción. A él no le hace falta eso, está comprometido, enamorado, es devoto y fiel a su amada. Lo único a

lo que aspira es a ver en la cara de esa mujer con la que antes conectaba un atisbo de comprensión; puede que, con suerte, cierto arrebato de cariño. Pues él, hetero-básico de manual, está haciendo un esfuerzo por estar aquí.

No es menos el valor que despacha cuando, tras escuchar la afirmación del gurú, acaba por asentir. Su ancha cabezota con peinado de CR7 pendula al tiempo que aprieta los morritos como un niño durante su primer beso. Berto el grandullón, con más Winstrol en las arterías que colesterol, está como un flan duro, constreñido y vibrante, e intuye lo que viene ahora… No le gusta, pero lo hará por ella.

—Pues ahora te van a dar un abrazo, Berto. Un hombre, otro macho de tu especie, te va a dar un abrazo. Y tú debes dejarte llevar —concluye el gurú.

El prototipo de Javier Cámara, con baja testosterona y recetas de Lexatin, aterriza literalmente sobre él. Extiende sus brazos bajo los suyos. Lo exprime. Es un abrazo diametralmente opuesto a lo sexual, alejado incluso de lo adulto. Es una envoltura infantil, inocente y muy afectuosa. Berto, quien se resiste levemente al inicio, termina rendido al tacto en su cintura. Sólo las mujeres lo han abrazado así y siempre ha tenido, salvo con su madre, el subconsciente apetito de follárselas. Eso incluye a su hermana. Pero ahora… *oh*, ahora es un tipo que hace que se le encoja el nabo. Y, de pronto, como un caluroso rayo de sol machacando el rostro en invierno, Berto se abandona. Se pierde en un oscuro silencio, plácido y suave, que lo hace extender sus brazos alrededor de los de este orondo gato persa. Eso es la libertad.

De puertas para fuera, en su día a día, Berto exhibe una autoridad titánica. Es una gran bestia insuperable. Entre estos brazos *neomasculinos*, despiojados de juicios y misteriosos debates sobre su homosexualidad reprimida, es un gran trozo de pan. Un bollo blando. Un espíritu saneado. Creo incluso ver una lagrimita deslizándose apresuradamente hasta su barba, como si incluso a la

salada gota le diese apuro ser descubierta.

—Oooooh… Ooooohhhhhhhh! —escupe Berto quejumbrosamente, brotando de él un aura de satisfacción.

—Oooooh… Ooooohhhhhhhh! —responde su pareja, intoxicado de la emoción.

Segundos después, una onda expansiva de sollozos sordos, más o menos discretos según el timbre de voz de su emisor, va recorriendo el lugar. Hasta que, al fin, la placentera sanación emocional contiene la sala entera, incluyéndome a mí, que no puedo huir de la noosfera de descargas incorpóreas que nos invade. Ya no parece sólo un suspiro, sino un lamento, ¡una convulsión global recorriendo los chakras de todos los seres vivos! Berto, que seguiría así hasta convertirse ambos en las estatuas de Alí y Nino, es atravesado por un rayo de circunstancia. Su serenidad yace ahora en el suelo renacida en forma de incomodidad. En ese instante hace el amago de separarse, suavemente, de su compañero.

El gurú entorna los ojos. Se ha excitado de satisfacción. Todos hemos presenciado el clamoroso resultado de su experimento. «*Ummm*… ¿Me pregunto si el marica-arrepentido no tendrá un radar para estas cosas, y por eso lo usa como ave de presa?». El pizpireta cuarentón aplaude. Dudo si a los buenos de Berto y su saco de amor o a sí mismo.

—¿Veis?, esto es lo que llamamos deconstrucción activa. Un acto, usualmente entendido como débil o femenino, llevado a cabo por dos hombres que no han perdido su masculinidad por él.

Yo, que siempre lo he llamado «un abrazo entre colegas», me sorprendo por semejante alarde de erudición. No estoy aquí, no obstante, para intervenir. La pareja de peluches-abracitos regresa a sus asientos. Se los ve tan lozanos…

El gurú ocupa, de nuevo, el centro de la sala.

—Este es el objetivo, chicos —dice—. Todos tenemos que ser así. En ello nos va salvar el mundo. Vivir una nueva masculinidad es la identidad que nos merecemos.

Oh, vaya, esto sí me ha dejado petrificado. ¡Menuda magnificencia! De aquí a retiros de empresa obligatorios, colonias de verano financiadas y, por último, campos de reeducación hay unos escasos pasitos. Para lograr culminar nuestra percepción del bien y lo correcto, los humanos estamos dispuestos a cometer verdaderas atrocidades. La fiscalización de todo comportamiento que se aleje del chiringuito de este adalid de los hombres del mañana puede acabar pasándonos por encima. Sin discusión.

—Y que nadie os diga que vuestra nueva masculinidad es de cobardes —se apresura a añadir—. ¡Hay que ser muy hombre para ser un cobarde!

Y ahí el amigo ha patinado, porque uno no deja de ser un hombre por ser un cobarde, igual que tampoco deja de ser una mujer. Eso sólo los convierte en eso, en cobardes.

El espectáculo llega a su fin. Me ha recordado a Tom Cruise en la película *Magnolia*, de Paul Thomas Anderson, pero a la inversa. Menos patético, eso sí. Los feligreses de esta iglesia biosocial del *neohombre* tienen el puntito saludable de ser igual de pringados que los otros, pero al menos su objetivo parece facilitar la vida a las mujeres. Superficialmente, claro. Aquí habrá los que crean antes en las nuevas masculinidades que en la psicología, los que busquen fardar de su progresismo sacrificando privilegios en el altar de la deconstrucción y los que vengan a ligar (un 20 %, *grosso modo*).

No logro quitarme de la cabeza una idea. Hay quien socializa la corrupción y hay quien la privatiza. La masculinidad de la que dicen huir es, en muchos sentidos, una corrupción, pero una corrupción popular, mientras que esta nueva visión se comercializa privadamente con un corrupto beneficio económico. Se compra caro ser parte de la élite progresista de los nuevos tiempos, y mucho me temo que el hecho de que esté a la venta es lo que satisface a varios de los aquí presentes.

De momento, concluyo, no hacen daño a nadie. Los veo lejos de caer en un macartismo práctico, criticón y chivato. Aunque puede

que los cinco sabelotodo, el segundón y el gurú, sí gusten de ir zumbando con el dedito acusador. Finalmente, ¿no es esta la nueva identidad que han adoptado? ¿No es esta la lucha que, contra viento y marea, habrán de defender ahora? Por ellos, por sus hermanos, por los creyentes y por la sect… Bueno, por la mejora del mundo. Todo sea, ¡siempre y a toda costa!, por la mejora del mundo.

Imagino a alguno de los asistentes al terminar este estimulante viaje de seis meses que les espera, con una clase cada dos semanas, abriéndose a nuevos apetitos. Investigando formas más modernas de comportamiento. Los veo restregándose contra sus mujeres u hombres y pidiéndoles, en gutural susurro: «Dime que no soy un machote…», «Dime que soy sensible y tengo en cuenta el valor de las mujeres…», «Dime que no soy tu papi, sino un hombre deconstruido…». Me gustaría saber si sus parejas se sentirán cómodas con un casquete tan purgado de dominación. Tan sometido a una fiscalización restrictiva del deseo. ¿Conectarán con esos nuevos machos al sudor de las sábanas? Claro que no. Hasta los milagros tienen sus límites, y no se puede ser un *neohombre* completo y estar bestia durante los trabajitos de alcoba. Eso sería una hipocresía, ¿cierto?

Lo que no resulta así de paradójico es el hasta entonces desconocido apetito despertado en los machirulos. Una curiosidad por ellos mismos que sale a relucir cuando el Vin Diesel malogrado y Berto abandonan juntos la sala. Muy juntos… No es que su acercamiento vaya en la línea del ligoteo; es más bien que el Vin Diesel, comprometido por encima de su aspecto con las enseñanzas del curs… ¡taller!, ha visto el abrazo y algo ha aflorado en su interior. ¿Quién sabe? Tal vez envidia. Me coloco detrás de ellos a la salida y lanzo la oreja, discretamente, hacia el vacío entre sus bocas. No logro distinguir a la perfección lo que se dicen, salvo una cosa: un alegato final que muestra cómo la identidad de las nuevas masculinidades tiene muchas caras. Algunas, egocéntricas y relativas a la falta de originalidad individual; otras, cimentadas en las palabras

que el Vin Diesel despacha hacia Berto:

—Oye, tío, y eso del abrazo… ¿te ha gustado?

La exploración del interior

MÉTETE LAS DROGAS DONDE TE QUEPAN

Lejos de mí la idea de recomendar
al lector drogas, alcohol, violencia
y demencia. Pero debo confesar que,
sin todo esto, yo no sería nada.

HUNTER S. THOMPSON

20

QUÉ COÑO… SUPONGO QUE YA ERA HORA de hablar de drogas. Ya lo decía William James: «La sobriedad disminuye, discrimina y dice "no"; la embriaguez expansiona, integra y dice "sí"». Por eso no deja de ser sorprendente que, tantos siglos después, tantos estudios de antropología, sociología, filosofía, biología… bueno, un sinnúmero de letras puestas juntitas unas detrás de otras para entender este vicio tan humanamente recurrente, todavía las drogas sean tabúes. Es posible que en el tercer milenio, doblegados al corpiño de lo saludable, incluso más. Diablos, qué lío…

Huelga decir que las drogas van desde el azúcar hasta el alcohol, pasando por el DMT o el caballo. No es tarea mía abordarlas todas, ya que, a pesar de tener bastantes tachadas de la lista, ni de lejos puedo aspirar a la erudición que otros llevan décadas despachando al respecto. Por poner un ejemplo, no hay más que irse a la obra de Edward Slingerland. En ella, el risueño yanqui con aires de recién follado desgrana elocuentemente por qué, por ejemplo, no hay civilización sin intoxicación y cómo alterar la cognición tiene unos costes sociales de no te menees. Pero hay algunas que, si bien han podido estar en la cuerda floja, hace años se tambalean con mayor probabilidad de perder, definitivamente, el equilibrio. Veámoslas.

Podría empezar por el tabaco, una droga suave que, como dijo Mark Twain, «no cuesta nada dejar, yo ya lo he hecho cientos de

veces». Mi madre se ventilaba tres cajetillas al día hasta que tuve siete años. Y, oye, a pesar de eso, no tengo ningún recuerdo de suciedad, ni de toxicidad o falta de oxígeno. Todo estaba bien aireado. O puede que no tuviera conciencia de que las cosas pudieran ser diferentes. Si naces entre humo, lo raro es vivir lejos de él, y no al contrario. Al final lo dejó. Creo que yo era uno de esos críos insoportables que, en cuanto leen que algo puede poner en riesgo la vida de su madre, emprenden una cruzada contra ello. Y sí, digo «insoportables» porque los niños no entienden la existencia de cosas que, a pesar de acortar la vida general, hacen digerible la cotidiana. Digo que mi madre lo dejó, pero luego volvió. No con tanta fuerza, pero no estaba mal. Después lo volvió a dejar y, en fin, supongo que esto demuestra que es difícil contradecir a Mark Twain. Mi padre, en cambio, nunca lo dejó. A lo mejor a él le va más la frase de Lou Reed: «Es más fácil quitarse de la heroína que del tabaco».

Sea como fuere, cabe recalcar la creciente obsesión por la pulcritud que hemos heredado como sociedad, y que en el tabaco encuentra su cabeza de turco ideal. Alguien empezó la cruzada: farmacéuticas, *lobbies*, empresas de limpieza, corporaciones deportivas… ¿Quién sabe? Lo que es innegable es la marginalidad a la que está cada vez más expuesto El Fumador: ser despreciable, *entechimena*, agorero de la mortalidad, cretino pusilánime sin respeto por la vida, oloroso incendio impaciente por abrasar el bulboso clítoris perfumado a lavanda de la humanidad, santero del cáncer de pulmón, *revienta-piños*, *ahoga-runners*, innato podrido, picadillo de autodestrucción, gran cazador de la salud, patrón de la mugre, hoguera de la degradación, conglobata facial… El tabaco mata, no seré yo quien contradiga lo obvio. Pero también lo hace la explotación laboral, los esteroides, el colesterol, los deportes de riesgo, el alpinismo, la soledad en la vejez, la adicción a los medicamentos, el desamor, la ansiedad o el estrés, y muchas se contradicen en el camino al progreso que hemos marcado. O el alcoholismo, ¡joder, el

alcoholismo mata a más peña que la malaria!

Ojo, no vengo aquí a pelear con ninguna, aunque a varias pondría en la picota, pero ya que nos ponemos a hablar de drogas, dejemos claro que no son el único elemento a revisar. Por sacar algo, saquemos las duras. Las drogas duras también son material de primera. *¡De discusión, digo!* Objeto de estudio y debate, y su consumo se justifica en… Bueno, no sé, tal vez lo mejor para hablar de drogas no sea justificarlas, sino hablar de drogas sin más.

¿A quién quiero engañar? Lo siento, mamá, las cosas son así. Cría cuervos y se meterán farlopa. Enséñales a pensar y fumarán maría. Alimenta su curiosidad por vivir y terminarán haciéndolo, a veces hasta sus últimos términos. No es nada malo. Sólo algo que tenía que pasar, antes o después. Nadie ha muerto por tomar dr… Bueno, dejémoslo en que forma parte de la historia. Hay una mutación latente entre saber y perecer que termina por consumir a quien se rinde a la curiosidad. Una suerte de profecía autocumplida. Es lo que tiene la concupiscencia vital: acabará contigo porque el equilibrio del universo no tolera los excesos de placer, envidioso como está del libre albedrío humano para alcanzarlos.

Confieso —ahora sí que sí— que no me supone ningún reparo escribir sobre este tipo de cosas. Sinceramente, cuando las escribo lo hago para mí, soy el único que las ve y procuro pensar que es lo que me gustaría leer. En lo que se refiere a que la gente las lea… es una perspectiva que ni se me pasa por la cabeza. Entre el momento de alumbrar estas palabras y que puedan llegar al lector van a ocurrir tantos desastres, tantas desgracias, que alguna puede tocarme a mí, y entonces poco importará lo que haya escrito. Me desentiendo de las consecuencias. Cuando escribo, no controlo mis manos, tiranizo la autoconservación pateándola bajo la mesa y que me dé una embolia si me reprimo. Tal vez, cuando alguien lo lea, yo ya esté muerto. Lo mismo me ha sucedido, en ocasiones, con las drogas. Riego el desierto de mi aburrimiento con latigazos químicos, planeando como un buitre a la caza de los restos despeñados de una

existencia más intensa. Puede que menos propia.

¿Hablamos de drogas? ¡Hablemos de drogas! Allá va, ¡la gran ficción! El momento en que mi vida flirteó con zambullirse en un camino sin regreso a la más asquerosa de las enajenaciones. ¡Eso sí!, no sin antes haber gozado con el subidón de uno de los mejores narcóticos que han pasado por mis manos… ¡Al lío!

21

VEAMOS… ¿DÓNDE ESTABAS TÚ EL 28 DE ABRIL DE 2018? ¿Qué estabas tramando y qué excusa tienes para recordar esa fecha? Es algo de lo que no hablará casi nadie en el futuro… salvo yo. Aquí y ahora. Podría relatar qué hacía el 11-M, el 11-S o el 15-M, el día de los atentados de las Ramblas en 2017, la declaración del Estado de Alarma por la COVID-19 o el día que murió Lemmy Kilmister, pero aquel 28 de abril capitulará en mi memoria, y en la de los que me siguieron, como la noche en la que, ciegos de droga, casi entramos en un coma consciente enganchados a presencias más allá de la realidad.

Estaba en el Viña Rock, un festival de música celebrado en el pueblo de Villarrobledo, Albacete. Los festivales de música llevaban experimentando un *boom* en España desde hacía menos de una década, seguramente por la necesidad de los grupos de dar todos los conciertos posibles ahora que casi nadie compraba discos. Allí tenías tres días de cagaderos portátiles empapados en heces y tiendas de campaña roñosas y húmedas y música todo el día y alcohol y papeo y ladillas saltando de pubis en pubis como pitufos de seta en seta… Un *tour de force* sólo justificado en el supuesto éxtasis de libertad, de zona temporalmente semiautónoma, que brindaba la ocasión. En el fondo, algo un poco masoquista y perverso que acababa demostrando, con las súplicas desesperadas

de la gente al término del encuentro, cómo nos incomoda el olor a mierda cuando tenemos que convivir con él.

Los grupos de música iban desde el *ska*, pasando por el *rock*, el punk, el *hip-hop* o el *reggae*; una amalgama rica de sonidos que cosquilleaban con un rollito izquierdista. Desde chicos bien hasta anarquistas *drogoalocados*, surferos de ciudad sin playa, compartiendo litros de calimocho con perroflautas de centro, carcamales rockeros y canis de polígono.

Me gustaría decir que lo que nos llevó a mis amigos y a mí a aquel poblado efímero, un asentamiento de tiendas Quechua *2 seconds* y artefactos adquiridos en Decathlon, que se perdía más allá del horizonte, fue la música. Pero no lo era. Al menos, no todo lo imaginable. La razón principal era el ambiente, el estado de festividad constante que se alargaba el fin de semana y que brindaba una ocasión privilegiada para agarrarse curdas de veinticuatro horas y una embriagadora sumisión al ocio ininterrumpida. Aunque los grupos lanzaran proclamas políticas y comprometidas, la cita era una gran evasión, casi totalmente desprovista de reflexiones trascendentes y encomendada, como venía diciendo, al cachondeo y la cogorza. Oh, y a las drogas, claro. Las drogas eran de lo más importante. A diferencia de lo que ocurría en nuestros respectivos hogares, el consumo de estupefacientes era más que bienvenido en el lugar, casi como un ritual de iniciación a la experiencia. Mucha gente no acude a los festivales a escuchar música y, si eso, a drogarse. No. Acuden a drogarse y, si eso, a escuchar música.

Hacía semanas que hablábamos del asunto. Todos los coleguitas estaban emocionados con la aventura que se nos prometía y en las conversaciones de WhatsApp brotaban cada día bromas del tipo: «Vaya sal de la tierra que nos vamos a comer» o «Voy a dar más vueltas que un tiovivo» o «Fulanito o Menganito van a quedarse más colgados que un jamón». En fin, lo cierto es que la exaltación tenía su punto en la magia de desertar de la civilización. Buscábamos un

viaje al centro de todo, fuera del exterior. Desinflar el suflé de la realidad abandonándonos en bramidos de pasión, desmadre y vértigo. Abrir el séptimo sello. No queríamos pasearnos, como de costumbre, tal que unos paliduchos jovencitos afectados por la tontunada etílica. No. Queríamos desfasar. Ascender a la condición de príncipes llameantes, ¡de marajás con pequeños palacios mentales!

Para ello, propuse, a cinco días de la cita, nada mejor que unos buenos chutes de la mezcla estrella de un personaje kafkiano madrileño. El tipo era altamente exclusivo y sólo se podía llegar a él por recomendación expresa. Yo tuve la suerte de contar con el aval de un conocido y logré presentarme frente al famoso *chef*. Una maniobra no sé si inteligente, pero sí enriquecedora. Nunca había visto en España una pistola, y en casa del susodicho había sobre la mesa del salón una Compact de Heckler & Koch 9 mm, un arma versátil y eficaz usada habitualmente por la Policía Nacional. Delante del arma, un gordo tarado, aunque imponente, de pelo largo rizado, con perilla, ojos achinados y moribundos, pantalones militares y un tatuaje de la Legión en el brazo derecho. Todo un principito gigantesco con mirada de serpiente acosada, al que sólo le faltó sacar la lengua hacia mí en señal de intimidación.

El intercambio fue ágil: 4 gramos, 240 euros. Un precio de lo más razonable teniendo en cuenta su buena fama. Visto lo visto, la inflación nacional pasa por encima de los precios de las drogas, que casi siempre orbitan en los mismos rangos. Los camellos, en este sentido, son honestos héroes del pueblo. Salí de allí pitando y con las pelotas a trochemoche provocándome una faringitis. Afortunadamente, no tuve problemas por el camino. Llegué a casa, en la zona dominicana de Cuatro Caminos, donde las peluquerías de negros caribeños están tan apretujadas como pasajeros del metro en hora punta, y deposité la promesa de elevarnos como góndolas mágicas en un cajón.

En cuanto al menda este, supe que la policía no tardó mucho en

cazarlo. La cocina de su material rozaba la solidez y la calidad de una cena con Dabiz Muñoz; tanto, que resultaba peligrosa. Su particular receta de metanfetamina con LSD y una pizquita de polvo de ángel le volaba la cabeza a cualquiera, convirtiéndolo en un ser bastante peligroso, aullador de incoherencias y objeto de psicosis irremediables. Pero eso yo no lo sabía cuando la compré… Sí, este fue el rollo…

El asunto es que no hubo en la decisión de levar anclas hacia esta travesía semilisérgica ningún atisbo de revolución. Lejos quedó el Mayo del 68, la liberación de los cuerpos, romper los grilletes de la autoridad natural y todo eso… Lo digo con sinceridad: era una decisión totalmente banal, narcisista y egocéntrica. Queríamos ahuyentar el aburrimiento con un cambio, lejos de la abulia cotidiana y también de cualquier compromiso contracultural. Algo así como saborear el gusto por el exceso, por el simple placer de hacerlo. *El arte por el arte, la droga por la droga.* Y sin que a nadie se le pasara por la cabeza que eso iba a echar a perder su vida. Esta era una sustancial diferencia generacional. Aun estando en la universidad, cerca de los exámenes finales, a ninguno se nos pasó por la cabeza que drogarnos fuese a condenar a nadie a pasar el resto de nuestra vida cociendo hamburguesas de derivados de la vaca y el pollo en un restaurante de comida rápida. Drogarse había perdido la condición marginal de la que gozaba décadas antes. No es que estuviera bien visto, pero tampoco era un síntoma inequívoco de suicidio vital.

Dicho sea, efectivamente ninguno acabó con redecillas y olor a pelo de culo quemado. Ahora bien, poco le faltó a más de uno para acabar así. Como he explicado, la mezcla era explosiva y la clandestinidad de nuestra percepción oscura salió a comerse el mundo como una reina del cine. O, como mínimo, a comernos a nosotros.

22

ME AMEDRENTA LA TIRÁNICA TAREA que tenemos por delante. Toda una noche de estruendos lisérgicos en la cabeza hasta casi el amanecer. «¿Por qué haré estas cosas?», me pregunto. «Porque te encanta huir de ti mismo», susurra una vocecita petarda en mi cabeza. ¡Cabrona! No estoy aquí para recibir sermones de nadie, menos aún de mi conciencia. ¡Largo! *¡Baish! ¡Baish!*

Confío en no alcanzar un horrible estado de estupor espasmódico y balbuceante, como ya he visto a alguno en la mañana. Junto a nuestra tienda brinca una hermosa morena de pupilas dilatadas, camiseta negra de tirantes, pantalones vaqueros ajustados y riñonera. La tía bendice de buenas vibras a todo el que pasa con movimientos de una cruz de medio metro hecha con latas de cerveza Ambar. Yo procuro no prestarle demasiada atención. Temo que si la miro, se descuelgue cerca y comience a aliviar su tormenta mental sobre mí. ¡Qué pereza dan los colgados cuando estás fuera de honda! Tan pronto son cariñosos como pasan a ser pasivamente hostiles y, de un momento a otro, empiezan a chillar como gorrinos al sonido de una sierra.

—No habrá que tardar mucho en tomarse eso —dice Ángel mientras se levanta de una silla de *camping*—. Empieza a anochecer.

—Tranqui, tío, tenemos toda la puta noche para ello. No tengas prisa, aún es pronto —responde Julián, repantingado como un dodo

amodorrado en su asiento.

—A mí, lo que digáis —sentencia Arturo—, yo no tengo ni idea.

Es la primera vez que Arturo va a enfrentarse al MDMA. No es que le dé especial reparo; de hecho, está casi más cómodo que el resto con la perspectiva. Lo que no sabe, ni él ni ninguno, es el acontecimiento abrumador con el que vamos a bregar. El cristal es algo de lo que cualquiera que nos rodee ya ha oído hablar, y, excepto Arturo, tanto Ángel, como Julián, Hugo o yo lo hemos probado. Aunque es cierto que Hugo, esta vez, ha decidido pasar del tema. No se sabe muy bien por qué. Puede que porque de anteriores veces se le haya quedado la cabeza un poco volada. Nada fuera de lo habitual, si soy sincero. El cabrón ha tenido la ocasional manía de perder los estribos y envalentonarse sobremanera con los narcóticos. Cabe la posibilidad de que la papilla cerebral le haya pedido un tiempo muerto. Por si acaso, de todas formas, el tío lleva tres pastillas de éxtasis con las que digerir la noche.

En otras circunstancias, ahora me vería narrando una historia de lo más común. Una panda de cuatro tíos amorosos, relamidos por sus propias babas durante horas, y con una jeta de parsimonia espiritual digna de un mártir frente a su creador. *Hippies*, sin ir vestidos como tales, que talan cigarrillo tras cigarrillo y van tocándolo todo como si el universo estuviese hecho de aterciopelada plastilina. Pero eso sería en otras circunstancias…

¡Cambio de clima! Estamos en círculo alrededor de una mesa, bajo un toldo improvisado con sábanas y cuatro tiendas definiendo nuestro territorio. La noche ya ha caído. Es casi mayo, pero se nos hielan las pelotas, así que nos ponemos sudadera y abrigo, la mayoría cortaviento. El olor corporal que rebosaba el ambiente se esfuma con los primeros coletazos del frío. Es el momento. En la tienda de al lado, un par de tías le están pegando al *popper*, poniéndose ciegas durante esos escasos sesenta segundos de torpedo cerebral que causa el exterminio de millones de neuronas. ¡Qué estupidez tan saludable!

Ángel nos pasa una cerveza a cada uno. Al lanzármela a mí, se me cae al suelo y suelto una risotada. La abro bruscamente y derramo un montón de espuma sobre el barro seco. Apuro un trago, me levanto y voy en busca de los caramelos. Entrego el suyo a cada cual. Un gramo… ¡Un gramazo por barba! No para jugarlo todo de una vez, eso hubiera sido arriesgado incluso sin tratarse de la mezcla especial del gordo tarado, pero sí para volcar un poco más de la mitad y poder mantener el orgasmo psíquico lo máximo posible con el resto a lo largo de la velada.

Salpimentamos las latas de cerveza con los grumitos marronáceos, más propios de una pared de gotelé abandonada o de matarratas que de un aguijón eléctrico de mil voltios hincado en nuestro sistema límbico.

—Queridos, hay que beberlo de un trago. Sin mariconadas —aseguré.

Los tres implicados asintieron, mientras Hugo trataba de limpiarse una mierda de perro que había pisado al levantarse a por otra birra. Empinamos el codo. Al acabar, despachamos todos un «¡Bruagggh!» general. Ponemos cara de haber encontrado meada de gato en el enjuague bucal. Lanzamos las latas al suelo como si habitáramos un inmenso basurero, libre de responsabilidad higiénica. Recuperamos rápidamente otras cuatro cervezas y les pegamos un trago redentor.

—¡Es la mierda más asquerosa que he probado nunca! —afirma Arturo.

De manera casi telequinética, le damos la razón con un gesto.

Pasan diez minutos y la cara de ofuscados de Julián y Arturo se hace notar.

—Bueno, esto no sube —dice Julián, ya más erguido y preparado para la contienda.

—Chisss... Calma, chavales, llegará —nos sosiega Ángel, dándoselas de perspicaz chamán de la tribu.

—Bueno, habrá que ir yéndonos —comenta Hugo—, que empiezan los conciertos y quiero ver a Boikot. Para un grupo que me

conozco…

Hugo es más aficionado al *metal* y al *hardcore*, pero, como ya he dicho, en los festivales la música es lo de menos.

—Tío, hemos visto a esos putos punkis cien veces —respondo.

—Pues no te importará una más —replica, el muy cabrón.

Doy mi brazo a torcer con un gesto afirmativo. Nos movemos, no sin parsimonia, con unas latas de cerveza en el bolsillo, hasta la entrada del recinto donde se encuentran los escenarios. Hay una explanada larga, como de medio kilómetro, entre una gran puerta metálica que es el primer pase fronterizo del espacio y el control de seguridad. Ya han pasado veinte minutos. Se nos ve a todos muy sanotes y desenfadados. Acabamos de cruzar la gran puerta cuando, inesperadamente, comienza a respirarse un ambiente de jubilosa exaltación. Tictac, tictac… El reloj de la locura ha comenzado a correr.

La tormenta de polvo levantada por los miles de personas caminando, como si fuera el Éxodo, hacia la música, nos atiza. Siento desde hace pocos segundos un hormigueo potente que serpentea insistente desde la planta de los pies hasta la cabeza. ¡Santo cielo! Pero ¿esto qué es? Un carnaval de sensaciones me posee. Descontrol total… de un segundo a otro. ¡Prometido! Es tan fuerte la metralleta de estímulos que se me frunce el ceño y me bizquean los ojos, incapaces de sostener la mirada al frente, se caen de culo hacia la nariz. Debería tener miedo, estar acojonado, rendido al palpitar carburado con alcohol puro de mi corazón… Pero no. Todo resulta sacramental, absoluto en el aluvión de placeres.

Sigo andando, sabe Dios cómo. Las piernas me tiemblan y noto la lengua escurriéndoseme entre los dientes hasta raspar el suelo. A pesar de eso, bueno, me veo espléndido; el hombre más feliz y estúpido de la Tierra. *Ay, criatura… menuda llevas.* Cada respiración es un masaje a los pulmones; cada roce, un orgasmo bajo los poros de la piel. Trato, como buenamente puedo, de encender un cigarrillo. Parezco Eric Clapton después de ver tocar a Jimmy Hendrix o un

pobre desgraciado con párkinson en estadio V. Siento que, al encender la llama, está prendiendo fuego a mis pestañas, así que la alejo. El subidón ha sido mortal. Hugo se acerca y me quita el mechero de la mano.

—A ver, mameluco, que te lo estás encendiendo a un metro de distancia. Trae. —Y vuelve a alumbrar mi Clipper dorado.

Acerca la llama al cigarrillo y yo le arreo un guantazo al mechero a la par que grito: «¡Eeeh!».

—¡¿Qué haces, retrasado?! —contesta Hugo—. ¡Te lo estaba encendiendo!

—Me ibas a quemar. Me querías quemar…

—¿Qué? ¡No! Estate quieto, confía en mí.

Me faltan razones para no hacerlo. Si me lo pide, ahora mismo me saco la verga y comienzo a atizármela como un mandril en mitad del descampado… ¡Qué absoluta falta de clase! Hugo consigue encender el condenado pitillo, y yo siento mis ojos recibiendo un vómito de fuego. Ha sido una tarea difícil, pero el resultado merece la pena. *¡Sacrosanta diosa del humo, apodérate de mis entrañas y acaríciame hasta las más recónditas esquinas!*

Veo la cara de Hugo lanuda. Parece haberla bañado en alquitrán y rebozado en un ovillo deshecho.

—Tranquilo, tío, se te están volviendo los ojos del revés, cálmate. Me estás poniendo nervioso…

Puedo percibir la hostilidad pasivo-agresiva de Hugo con mi tercer ojo; el que no ve, el que ha perdido el control, ese al que llamo intuición o buen juicio o… yo qué sé, como quiera llamarlo cada uno. Si el colega me pega un trastazo antes de que acabe la velada, ni bien ni mal.

—Lo siento todo, colega… —murmuro, sumido en una absoluta liquidez—. Puedo sentirlo todo. El silbido de la tierra apiñándose en mis orejas. Tío, Dios existe y es una hembra. Tiene los pechos gordos y me los está restregando por todo el cuerpo, mira.

Postro mi mano ante Hugo. El colega no entiende ni papa de lo

que digo, pero sabe que se debe a la droga. Es consciente de la incapacidad provocada por la metanfetamina para comprender y registrar cada sensación producida. Lo que Hugo desconoce es la fuerza titánica de la que llevamos encima.

Siento saltos brutales en el tiempo y el espacio. Como decía William Blake: «Si las puertas de la percepción quedaran depuradas, todo se habría de mostrar al hombre tal cual es: infinito». Voy botando en esa infinitud. Hacia el futuro y vuelta al pasado, pero no logro pisparme bien del todo. Me confundo irremediablemente. El mundo refulge con una luz viva y azul a la que no soy capaz de atarme, pero que deja posos de sabor en mi boca. Joder, es como si me hubiese zampado una barbacoa de pitufos. *¡Diablos, todo me sabe azul!* Por suerte, al lado de lo alucinado logro también percibir lo real, y allí está Hugo. Lo agarro de la chaqueta, con los ojos desangelados, encallados en la punta de mi nariz.

—¡Hugo! ¿Cuánto llevamos andando? Mierda, han debido de ser por lo menos dos horas. Dos horas, sí, seguro, dos horas mínimo… —dije con gran excitación—. No pueden ser menos… Mierda, coño, ¿cuánto llevamos andando?

Hugo me engancha por ambos brazos, zarandeándome frente a él. Es como un tsunami de rosas revolviéndome.

—¡Galo, hostia! ¡Cálmate, que me estás preocupando! No hemos andado ni veinte metros. Han pasado dos minutos. ¡Sólo dos minutos!

Una ornamentación inmensamente rica de trazos azules y negros recorre mi campo de visión como una proyección televisiva. Parece que la gran alcantarilla del universo está drenando sangre noble hasta mi cielo. Una psicosfera demasiado cargada para ser digerida o demasiado poderosa para ser contemplada.

—No, tío, no, no, no, no… Te equivocas —señalo. Pareciera que asumir un ápice de control me mantiene algo cuerdo. Si niego, tengo el poder de la contradicción, y si contradigo, soy consciente, no estoy muerto—. Está mal. Todo está mal. Han pasado ya dos horas,

¡dos horas, coño!

Hugo vuelve a agarrarme, pero esta vez de la cabeza. No aguantará mucho mi estado. Es un buen amigo, pero esta droga… esta droga es del todo corporal e insoportable. Las extremidades aletean descontroladamente, al tiempo que debe ser incómodo de narices toparse con alguien que pone cara de correrse de gusto sólo con que lo toquen.

—Galo, se acabó. Tranquilo… —susurra como le haría a un crío llorón embrujado por el miedo—. Nada está mal, vas *volao*, eso es todo.

Las manos de Hugo agarrándome el cráneo son un pastel de venas calientes deshaciéndose sobre el hierro ardiendo de mi cabeza. «Ay… ¡Que me voy de gusto!».

—Sí, sí, sí, tienes razón… —concluyo, frenético, abducido por la vibración de los polvos que se han apoderado de mi mente como una cabalgata vespertina—. Todo está bien, todo está bien…

Ángel y Julián, que también han pegado la gran zancada, están abrazándose sobre un charco de orines; chapoteando en él como dos gaviotas apagando el calor en un lago. Dejo a Hugo, que ya ha tenido suficiente del manifiesto de locura que voy recitando con los gestos, y me acerco a ellos. Arturo, sin saber cómo, aparece de pronto a mi lado. Todos nos abrazamos. Acto seguido, Arturo me pilla por banda. Me mira fijamente a los ojos, que todavía significa mirarme fijamente a la punta de la nariz.

—Ven aquí, Galo, que te voy a dar un beso.

Arturo se acerca a mí y me besa la mejilla. Parecemos una pareja de masturbadores libidinosos. Yo, complacido, le devuelvo el beso, esta vez en los morros. Hemos entrado en una intimidad transitoria fuerte, prueba de que estamos cruelmente perjudicados. La comunicación es exagerada, cosa tan terrible como una falta total de comprensión mutua. Buena gente, pero demasiado empalagosa… Demasiado… Hemos tomado demasiado… Demasiada mierda en polvo… Los conciertos suenan de fondo. Creo que nos dirigimos a

ellos juntos. No obstante, justo cuando experimento un sentido de la protección, como de la maternidad, que pliega mis pupilas, al abrirlas, ¡pum!, ¡fiummm!, otra ruptura del espacio-tiempo. Pero esta vez a la inversa. Creo que han pasado dos segundos y ya van veinte minutos. «¡La leche! ¿Cómo coño he llegado aquí?».

Intuyo que son pequeños microinfartos cerebrales producidos por la sobreacumulación de endorfinas reiniciando mis sesos cada poco tiempo. Tengo dentro de la chaveta un parque de atracciones, con toda la diversión posible. «¡Pégale un perdigonazo al *strap-on* de ese transexual de medio metro y ganarás un perrito piloto!». Con tanta maquinita y tanta luz estroboscópica en el coco, no recuerdo qué es lo que acabo de hacer y, sobre todo, no le doy ninguna importancia. La sesera es mantequilla caliente.

Hugo vuelve a aparecer a mi lado.

—Galo, ¿estás bien? —me interroga, creo que con franca preocupación.

—Todo me da igual —murmullo—. Soy una planta que crece y, tarde o temprano, será leña y de leña será carne y de estómago será intestino y de intestino otro cerebro de una barriga y así siempre. Así siempre hasta que ya no haya tripas, ni barrigas, ni plantas, ni espacio. No hay espacio. No hay tiempo. Sesenta minutos no es una hora. ¿Qué decía? Ah, nada, estoy bien. Muy bien. Fantásticamente. No se puede estar mejor. Estoy lo mejor porque soy como mejor estoy, ¿sabes?

Siento una bola de pus hinchándose en mi labio superior. Debe de tener el tamaño de una pelota de pimpón… ¡Pim… pón! Vuelvo a dirigirme a Arturo, quien lleva un rato machacándome con alguna historia a la que no le he prestado la menor atención.

—Arturo, hermano, ¿llevo algo en el labio?

Sus ojos son los de un completo *zumbarrealidades*. Un loco drogado navegando por las ciénagas de la satisfacción absorto en los cantos de sirena.

—No… tío… no, no, no… no veo nada.

Su respuesta me tranquiliza. Creo, pienso, que una persona en ese estado no está capacitada para mentir… Me equivoco. «Llevabas el labio como una puta pelota. Era muy jodido… Como si te hubiesen operado los morros y se hubiesen pasado con el bótox en el lado derecho. Te dije que no tenías nada para que no te asustaras. De todas formas, a mi todo me daba igual aquel día», reconoce una tarde, tiempo después. Un acierto bastante déspota por su parte, pues me miente, pero al menos permite que el engranaje no se desbarajuste.

Veo a Hugo a lo lejos. Lo alcanzo. Se le ve lozano y resplandeciente. Casi translúcido. Arturo me sigue. Voy a tocarle el hombro y… ¡pum! Nuevo viaje en el tiempo. «¿Seré un superhéroe? ¿Una proyección experimental de una película de Marvel llevada a la realidad?». Entiendo que la gente no me soporta mucho, porque vuelvo a estar solo. ¿Arturo? ¿Hugo? ¿Julián? ¿Ángel? Ni cristo. Debo de parecerles un chapas picado de infecciones. El típico brasas al que ahora le da por mantener, literalmente, sesudos debates con los andamios de las instalaciones acerca de los tiroteos en las escuelas estadounidenses, los asesinatos de palestinos por parte de grupos sionistas en la Franja de Gaza o sobre la reelección de Vladímir Putin como presidente… Sin pisparme, me ha pegado un tabardillo a lo David Beriain, sacando mi vena más internacionalista.

Tanto dar la murga… Me invade un apetito superior por lubricar el gaznate. Así pues, voy suplicándoles un trago místico de cerveza a los barbudos osos polares que me cruzo; tipos macizos, más verdugos de phoskitos y risketos, de elfos y trols digitales, que de enemigos de la patria. Me miran como el violador de sus madres nueve meses antes de su nacimiento, así que me alejo una vez tengo algo engrasada la boca. Con los ojos ahumados, atravesados por la cicatriz de la metanfetamina, pongo un pie delante del otro hasta llegar a la zona de conciertos. Creo que oigo las canciones de Boikot, e imagino que Hugo debe de andar por ahí. Pero, antes de lanzarme en su busca, me enfrento a la visión de los pogos salvajes.

Uf, me retuercen el estómago… ¡Me causan terror! Así que paso de meterme ahí. Tomo asiento en una pequeña colina, donde lo terrible del gentío se deshace…

Pero, ¡alto! ¡Sí hay cosas terribles! Hay decenas, no, ¿qué digo? Cientos… ¡No, vaya! ¡MILES DE MOSQUITOS! Millones de putos cabrones salpicándome con su aleteo y sus aguijonados morros chupasangre a mi alrededor. Atizo al aire intentando acabar con ellos. Les deseo la extinción inmediata. Tropiezo y se me cruzan los pies tres metros hacia atrás. Un tipo grueso, parecido a los osos polares de antes, pero sin barba, un chaval con un cuerpo como una salchicha congelada mal cocinada, me sujeta antes de derrumbarme.

—¿Estás bien, colega?

«No, amigo, no estoy bien, y tú no tardarás en estarlo —pienso—. Ya verás cuando esa marabunta de vampiros enanos caiga en picado sobre ti. ¡Deberías huir!». Pero no quiero alarmar a nadie, la amenaza de bomba tal vez sea falsa. Consigo alejarme del rechoncho brazo de mar con una sonrisa. Imagino la pinta que ha tenido y puedo asegurar que ha sido más preocupante que tranquilizadora. Una mueca cargadamente psicópata.

Vuelvo dando tumbos al lugar de antes y… ¡otra vez esos malditos bichos! Revolotean a mi alrededor como microdrones chinos o nanobots coreanos. Me cuesta un tiempo percatarme de que sólo estoy cerca de un aspersor en funcionamiento. Los zumbidos y las dentelladas no son más que gotitas deshaciéndose sobre mi cabeza. *No pinta bien…*

Me piro. Busco a alguien, pero es inútil. No consigo enfocar lo suficiente la mirada como para desbloquear el móvil, así que ni lo intento. El flujo de mis arterias parece una locomotora averiada, rulando a toda leche a punto de descarrilar en un paso a nivel oxidado. Desesperado, de nuevo, por una sed desértica, logro arrastrarme de pie hasta una de las barras del recinto. En cuanto veo un vaso abandonado, me lo bebo… ¡Ah, ambrosía! Poco me importa su contenido, sólo su naturaleza líquida. *Si una tipa tiene*

filias doradas, estoy incluso dispuesto a ponerme bajo su chorreante almeja de oro, pienso. Podría pagar una copa, aunque cueste la friolera de 12 euros, pero no tengo dinero en efectivo y pagar con tarjeta es una misión que exigirá de mí recordar el código. No recuerdo ni mi nombre, la verdad.

Algo más hidratado, comienzo a sentirme lúcido e imbécil al mismo tiempo. Encuentro en mi bolsillo el resto del material. Esta maldita droga… Nadie debería poseerla. Por eso debo acabar con ella, borrarla de la faz de la Tierra. Rapto un vaso de plástico donde quedan dos dedos de un líquido que, por su color, debe de ser calimocho, pero a saber… ¡PIM! ¡*Pa* arriba con el asunto! Ya está, el gramazo entero perfila ahora los contornos de mis arterias. Voy bien cargado, sí señor. Recojo los últimos restos del polvillo marrón y mohoso de la papelina con un dedo, lo rechupeteo a gusto y fuera. Largo de aquí, manzana de la tentación. Un momento… Sí, he logrado mi objetivo, nadie se hará ya jamás con el grasiento MDMA, pero… ¿y yo? ¡Demonios! Ahora soy yo quien lo tiene todo dentro. ¡Menuda cagada! No entraba en mis planes hacerme el mártir sacrificándome como un cebo de gomaespuma por el bienestar superior. Pero bueno, a lo hecho, pecho.

Pasan unos diez minutos y la cabalgada no es más terrible que la anterior. ¿Quién sabe? A lo mejor la cosa ya no puede ir a peo… ¡La madre que me…! SUPERIOR. Zumbada superior… Pero ¿esto qué eeeeees? A salto de mata, a bote pronto, poseo todas las respuestas (¡bieeeeeeeeeen!) y ninguna es la correcta (¡ooooooooooh!). No hay un sólo átomo de aire quieto cerca de mí… Todo son chispitas y fricción y mandanga y fornicio de amapolas frotándose sobre las moléculas. Chasss, chasss, chasss… El sudor es frío y calienta. Friiisss… Friiisss… Tengo películas… tras los… párpados… donde se desmoronan catedrales de cristal… tamizadas por el tacto de la madera mojada. Criiisss… Criiisss… Es verdad eso que se dice: Dios da las peores batallas a sus mejores guerreros… ¡¡Pues aquí estoy, Señor!! ¡¡Preparado, dispuesto!! ¡¡Lanza tus retos!! ¡¡No pares de

atizar!! Por un instante, llego a pensar que todavía le queda una esperanza a la humanidad: vivir atiborrada de drogas y palmar sobre la sonrisa húmeda de su decrépita ignorancia.

¡Vuelta al redil! Me he subido, ciegamente, al poni trotador de las alucinaciones y he debido de darme la leche padre, porque, de nuevo, como si el penco enano me hubiese propinado una coz, me despierto en otro lugar. Es una escena típica de aparcamiento postapocalíptico. Caravanas y coches se enroscan entre sí formando sinuosos caminos donde los supervivientes de la hecatombe nuclear van de un lado al otro esquivando la polvareda que se levanta. Es como el interior de unos inmensos altavoces averiados con luces led de colores. Sin duda, es la *rave* del festival. Petada. ¡Llena! No es buena señal. En las muchedumbres lo que se acumula no es el talento, es la estupidez.

Voy despejándome, pero no tardo en volver a caer por la madriguera del conejo… Nefandas vibraciones, un ruido de mil demonios tronando como almas en pena. Suelo gomoso, movedizo. Me convierto, de pronto, en un toxicómano aterrado y fugitivo. Veo a todos como chivatos; observadores vendidos a los *reparteleches* del Estado, vigilando mis pasos. ¿Cuántos delitos habré cometido? ¿Contará la paliza al nazi aquel? ¿El tráfico de drogas hasta el recinto? Debería tajarle la cabeza a esta gente… Saben mi secreto. ¡Saben que lo sé! ¿Dónde cojones hay algo para agujerearles la yugular a esta irreverente escoria *ravera*? «¡Ay, joder! ¿He dicho eso en voz alta? ¿Alguien me ha oído? Naaah… Sólo lo pensaba». ¿Sí? A la mierda, no merece la pena mancharse las manos. Mejor quererlos a todos, resulta menos engorroso.

El estruendo de la música es insoportable. Recuerda a los gemidos de un toro mecánico a punto de arrancar o al tubo de escape de una motosierra a *gasofa*… La sobredosis de oxitocina y serotonina de mi cabeza, no obstante, hace porosa la diferencia entre dolor y goce. Sigue siendo una melodía radicalmente venenosa, tóxica; un escupitajo de punzones romos profanando mis orejas… Pero me

encanta. ¡Me libera que no veas! ¡Tremendo subidón!

Recuerdo moverme con los chavales pirados y demás que sienten pasión por meter la cabeza dentro de los altavoces como si fuesen una Bocca della Verità *underground*. Hay que ver qué ejercicio de libertad, de autonomía social, se llevan. Puede que entre esta batalla sónica, en esta contienda donde ninguno de los soldados tiene bando salvo la abstracción comunitaria, y mamar de la adiposa teta del placer, resida la clave de lo humano. El último atisbo occidental de la pista instinto-primitiva, ahora que los dioses nos han abandonado…

«¿Qué es esa luz tan intensa? Diablos, me revienta la cara». Ummm… Qué extraña sensación, vuelvo a ser consciente de todo. Las manos, los pies, la boca ya no flirtean con apasionados tangos de hormigueos o placer. Todo ha vuelto a la normalidad. Es de día. «¿Cómo he llegado hasta aquí?». Estoy dentro de una tienda con la cabeza sacada por la entrada. Hay una chica sin camiseta ni sujetador, vestida con unos vaqueros y zapatillas de *trekking* a mi lado. Parece una versión desmejorada de Kate Winslet, mínimo con una copa D, ¡y de las altas! Casi me tienta amorrarme, a ver si desayuno. Yo estoy completamente vestido. No ha podido haber sexo. No hubiera sido capaz de atarme de nuevo los cordones de las botas. Salgo cagando leches de allí. Paso de problemas… Esta misma mañana me vuelvo a Madrid. Adiós al Viña Rock.

Han pasado ¿cinco… seis años? Parece una vida entera. La noche se compone en mi cabeza como recuerdos fragmentados salidos de una densa nube de humo. Lo que sí tengo claro es que quedaban minutos luz de representar el mito fundacional de ningún colectivo ideológico. La aventura en la que nos embarcamos no tuvo por objetivo alambicar la creencia en nada perfecto y refinado más allá de nosotros, ¡en ningún destello divino! Vale que el mejunje que nos hizo resbalar por mareas desconocidas y peliagudas fuese harina de

otro costal. Algo caro y descarado para la cordura. Pero sus principios, por más que dopados, asumían los valores básicos de la metilendioximetanfetamina.

El MDMA es un catalizador del amor libre anecdótico. Lejos del éxtasis o la cocaína, enfocadas en gran medida a permitir una dilatación de la energía y, por tanto, a exprimir la velada hasta sus últimos y degradados términos, el cristal es un espejismo de sensibilidad reprimida. Los estimulantes fuertes, con sus costritas blancas en las fosas nasales, se han convertido en material de carrozas y pijos. *La velocidad* pasó de moda, a excepción del *speed*, que sigue siendo la droga de los que van cortos y aún aspiran a algo de violencia contra el sistema (por más que, muchas veces, formen parte de él). La expansión de la conciencia tampoco se deja atisbar en esta nueva generación de lisiados acomodados que se desentienden de la mística del ácido, hace años olvidada. Despreocupados por lo que los viejos interpretaron como la búsqueda de una luz elevada, superior, se interpelan únicamente a ellos mismos en una basura sabrosa y benevolente, como dos cosmovisiones adversas. Surge así el último Gran Despertar de la cultura de la droga. Huérfanos, como son sus seguidores, de meditaciones y frenesí psíquico, hay una mórbida tendencia a la abstracción por la abstracción, al cariño químico, a falsificar el desasosiego; una huida hacia delante de cara a las decepciones vitales que los alejan del amor, el matrimonio, la familia, el trabajo y cualquier organización humana perdurable. Las drogas antes se usaban para huir de la inevitabilidad de estos valores, y ahora, para olvidar su inaccesibilidad. El enfado se enfrenta así adormeciéndolo, no combatiéndolo.

Por eso las cotas de narcisismo son considerables. Y, al igual que para mis camaradas coetáneos, tras nuestra charanga lisérgica, demacrada, bulímica de sentido, no hubo pancartas ni manifestaciones en el recuerdo de lo que hicimos. Fuimos bestias liberadas de la necesidad de ser hombres y, por tanto, de toda

obligación por salvarlos. Como refugiados de la generación engañada, encontramos en aquella droga una cura paliativa a la decepción y la angustia, entonces más subconsciente que material, de un presente y un futuro que nos reservaban las migajas del bienestar de nuestros padres. Caímos así en la moda, como dijo Tom Wolfe; un código, un vocabulario simbólico que arroja una luz subracional pero instantánea y cegadora sobre las características, no ya de individuos, sino de épocas enteras, especialmente épocas de gran agitación. Desafortunadamente, toda tentativa de trajín social quedaba desinflada por los grandes ombligos de los que no podíamos apartar la vista, ni nosotros, ni los *millennials*, los zetas ni la madre que los parió. Hoy, gracias al consumismo y la falta de oportunidades, la juventud no mira al mañana con apetito o ambición, sino con un ansiedad cerval que resuelve, a falta de otros medios, buscando la alegría despreocupada en unos gramos de cristal.

Confieso que en aquella experiencia hubo, eso sí, cierta dosis de ingredientes con suficiente tráfago como para cambiarlo todo. Sólo que, una vez más, no del interior al exterior, sino a la inversa. Una pornográfica garganta profunda a mi buen juicio que me hizo aprender por las malas que jugar con el cerebro y la realidad acarrea terribles consecuencias.

23

AL VOLVER A MADRID, Valeria espera en mi casa. Yo ando algo reventado, más bien chungo de cojones, así que no estoy para mucha fiesta. Cenamos chino y a la cama. Pero no hay sueños reparadores para mí… Oh, no… Acción-reacción, decisión-consecuencia. Nadie puede esperar haberse dado un tiento gigantesco por el país de la piruleta sin una contraprestación. Al caer rendido sobre la cama, siento placenteramente el calor del cuerpo de la mujer a la que amo y la leve densidad de las sábanas. Amaso, por tanto, mi conciencia involuntariamente hasta el universo del sosiego, pero por el camino se me escurre a un lugar oscuro.

Allí, entre dormido y despierto, me veo plantado como un pino en mitad de la nada tenebrosa, sin poder moverme, igual que si me hubiese chutado etorfina en vena, 5.000 veces más potente que la morfina. Desorientado en la inmovilidad, guadañas mal afiladas se abalanzan sobre mi cuello. ¡Tajan y tajan y tajan y tajan! Abren hendiduras minúsculas con las que no llego a desangrarme pero que saben a guillotina.

—¡Deshazte, visión perversa! ¡Quiero paz en el santuario de mi mente! —grito en mitad de la fría noche.

Ahogado por el concierto de cuchilladas, vivo claramente la idea de saberme traicionado por todos a los que quiero. Ella, mis padres, mis amigos… Pero no son ellos quienes quedan petrificados en el Cocito

del noveno círculo de Dante, sino yo. *Guadañas y traición… Guadañas y traición…* Así durante lo que parecen cien edades. No esperaba una recepción tan malograda. Me incorporo en la cama, sudado. Más que sudado, chorreando. Parezco un perro pachón recién bañado en el mar Negro. Pringado de sal y mal olor. Miro a Valeria, que sigue sobando como un maldito tronco. Si miro atrás en lo reciente, todavía la siento apuñalándome por la espalda en mi cabeza. Mis manos se tensan como las de un gorila cargado de whisky al que acaban de cabrear y se dirigen, instintivamente, hacia su precioso cuello de cisne. Sería tan fácil partirlo… ¡Eh! ¡Vuelve en ti, cretino! Era un sueño. Ella te quiere. Está durmiendo plácidamente, y mejor así, no merece la pena preocuparla. La tensión se desvanece…

Quiero volver a dormir. Me siento increíblemente cansado, débil y vulnerable, pero me acojona enfrentarme de nuevo a la tortura bíblica de mis sueños. Ahora entiendo a los de *Pesadilla en Elm Street…* ¡Vaya que sí! Inevitablemente, vuelvo a hundirme en el Ganges de heces mental que me espera detrás de los párpados. Una vez más, guadañas y traición… Guadañas y traición… Logro salir y me prometo no volver a entrar. Aunque me tenga que atizar cabezazos contra un mueble. Termino en el baño dándome una ducha de agua helada. Funciona. Un rato, al menos. Mi cuerpo termina por aclimatarse y, maldita sea, logro dormirme de nuevo bajo los chorros de estalactita líquida. *Guadañas y traición… Guadañas y traición…* Despierto como un cubito de hielo, tiritando, arrastrándome fuera del plato de la ducha en plan reptil atontado. Nunca me he sentido peor en toda mi vida. Loco, ¡loco de remate!, y con la fuerza de un ser infrahumano, cadavérico; un zurullo enjuto clamando calladamente por que lo maten. Soy el prototipo torcido de Dios.

Consigo ponerme una bata de terciopelo rojo y me descuelgo por el portátil. Busco en internet, tecleando como lo haría un nonagenario medio vegetal, los psiquiátricos cercanos. «Ya está, lo

has conseguido, corazón. Vacilaste con el filo y te has cortado los párpados. Era de esperar. La culpa, si es que hay alguna, es toda para ti, querido», pienso.

Nace el alba. Resplandece desde la ventana de mi habitación como la promesa de una vida cálida y rojiza. Valeria se despierta. Me ve mirando el amanecer fumando un cigarrillo.

—¿Qué haces, Galo? Vuelve a la cama… —murmulla como una gatita melosa, arrullándose entre el tejido todavía húmedo de mi lado de las sábanas.

—Me he desvelado, cariño. No te preocupes, sigue durmiendo. Todo está bien.

Oh, pero nada está bien. ¡Ni de puta coña está bien! Si no logro resolver esto, amor mío, vas a tener que venir a visitarme al psiquiátrico. Y no es lugar para una mirada tan pura y limpia como la tuya.

Camino patizambo hasta el sofá y enchufo la tele. Hay un programa de construcción de minicasas que amulaga mis sentidos de conservación hasta provocarme al sueño. ¡Dios! *Guadañas y traición… Guadañas y traición…* Pero ¡alto!, ¡espera! Aunque desagradable, la broma duele menos. Los sorbitos de dolor se atenúan en intensidad e, incluso, logro mantenerme firme en la pesadilla. Despierto pasadas tres horas. ¡Tres horas nada menos! Un triunfo de cabo a rabo. El psiquiátrico, mira tú, a lo mejor se queda tan bonito donde está.

Pasan dos días con sus dos noches y, a cada nueva duermevela, la encabritada locura atiza con menos fuerza. Machacar, machaca, pero consigo hacerle frente en un ejercicio tribal de serenidad, paciencia y, por qué no decirlo, ¡cojones! No se puede vivir con miedo. Finalmente, las *guadañas y la traición* desaparecen. Les siguen modorras blancas y vacías. Durante el resto de la semana, me mantengo algo desfasado de mi entorno. Trato de recomponer el terrible galimatías de recuerdos y analepsis bestiales que me invadieron durante la noche del Viña Rock y su consecuente resaca.

Es, por lo general, en vano, una experiencia reprimida, y, sinceramente, no puedo culpar de ello a mi mente. Suficiente tuvo ya viviéndolo como para encima ponerse a resucitar cada detalle.

Resulta raro contarlo. Todo, quiero decir. La acción y la reacción. Fue un viaje sumamente extremo, y cuando te ves sumido en una juerga así, es seguro que hay partes que se te escapan y otras que se inventan. Admito que aquel vagabundeo superdiabólico fue, por más que cueste creerlo, también agradable y divertido. Resta en mi paladar mental un regustillo a libertad y pasión, a la posibilidad de pirarse del mundo sin abandonarlo, que me reconforta. Sí. Efectivamente. Quizá haya esperanza en esos experimentos locos que son las drogas. Aunque, y esto es indudable, también la moraleja de evitar caer víctima de la esquizofrenia y la amarga caza de una cordura que es repugnante ver desaparecer en el horizonte.

Las buenas aventuras son resultado de un perfecto equilibrio entre riesgo y control, azar y elección, tensión y seguridad. Y aquel petardo de delitos a la autoconservación pudo excederse demasiado, como una acupuntura china malograda que trasciende el músculo y se escapa al hueso. Algo nacido de la inconsciencia y el error. Pero, honestamente, no termino de arrepentirme. Al menos ahora sé que he estado allí, en las bragas húmedas y exquisitas de la locura, y aunque no mola tener que pasarse varios días en plan oveja aterrada, como me ocurrió, creo que mereció la pena. No sé si termino de recomendarlo, pues habrá quien no salga del pozo y no estoy aquí para firmar sentencias de muerte. Mi trabajo queda lejos de presentar cátedra o dictar la ley. Lo mío es pintar un cuadro de adónde llevan ciertas decisiones y, bueno, cuáles son mis conclusiones personales al respecto.

Ah, y ya puestos, ¡qué narices! Conviene igualmente hablar de otra droga que a veces nos lleva por el camino de la amargura. Un objeto de adicción bien asumido, consumido a diario y promocionado por las altas esferas, pues es, básicamente, donde se centra hoy su máximo beneficio. Me estoy refiriendo a la tecnología. Se trata de un

material narcotizante de primera. Canelita en rama que, si bien no te lleva a marcarte la de una manta raya surcando el océano Pacífico como la metanfetamina, tiene el poder de abstraerte hasta lo indecible. Y cuando se juntan las dos, la meta y el tech, uh, la emulsión es volcánica… ¿Que dónde pueden verse las dos cogiditas de la mano? Anda que no habrá ejemplos… Pero ya que esto ha ido de festivales, ¿por qué no seguir en ese viaje?

24

¿LE DAMOS, ENTONCES? Pues, al lío. Comenzaré diciendo que los festivales musicales de verano han sido una apuesta morrocotuda en España. La inversión público-privada en estos eventos ha dado lugar a una fiesta de la espuma musical muy lucrativa, al menos para empresas (cada vez más encomendadas al monopolio) como Live Nation o Ticketmaster, que de españolas tienen lo mismo que el béisbol o la cultura *woke*. Para quien no lo sepa, nada. Cero patatero. Pero el adolorido escenario de la globalización tiene esos caprichos. Cosas como el cosmopaletismo o la fagocitación están a la orden del día. Entiendo que es la respuesta más inmediata a la decepción por la promesa frustrada de elevar a la clase media; esa estimulante quimera destinada a un constante aumento del poder adquisitivo a todo hijo de vecino. Su claro fracaso entrada la década de los nuevos veinte, infectando a meritorios y herederos de la precariedad o el desempleo, ha dado como resultado el espejismo de un maquillaje social.

«Sí, no tendré un duro, pero estoy en la onda, sé inglés, escucho los grupos más *in* del momento y puedo mantener sesudos debates sobre la magia de los productos *mainstream* (¿has visto cuántas palabras en lengua anglo? Eso quiere decir que sé de lo que hablo)».

Uno de los festivales que encarna con mayor avaricia esa suma entre pretensión, internacionalidad y rollito *cool*, guay que te pasas, es el Sónar de Barcelona. Tres días de pura actualidad musical radicalmente encamada con la tecnología. Un sentido alarde de *¡bip!, ¡bop!, ¡bop!, ¡bip!* donde las tablas, tiempo ha dominadas por instrumentos orgánicos, se ven cableadas y sembradas de luminiscentes botones que invocan la rítmica de los cíborgs. Devotos del *sample duro* viajan al encuentro en la Fira de Montjuïc, con la agitación neuronal de una computadora. No faltan tampoco los adoradores de otras artes tal que el rap, el trap o espectáculos que sí requieren de las clásicas guitarras, pianos, bajos, etc., pero la clave está en los invocadores de la gracia digital, los que acuden por el ¡pum!, ¡pum!… papapapapapap… ¡pam!, ¡pam!... ¡bam!, y venden sus extremidades a la soberanía de los altavoces sin letras ni mensaje, a fin de ensayar sus danzas atávicas. Todo muy introspectivo e individual.

A ver, Galo, ¿a qué viene todo esto? ¿El tema no eran las drogas y tal? Sí, sí… ya va, ya va… Porque hablar del Sónar es hablar de ambas, y lo digo con todas las de la ley, ya que en junio de 2022 allí que me vi, en la Fira de Montjuïc, driblando piojos humanos que se evadían del mundo grabando con sus móviles la épica batalla de las luces estroboscópicas contra sus pupilas.

Hacía pocos meses que curraba para *El País Retina* y, la verdad, era un momento emocionante. Las cosas son así: lo más nimio, si es por primera vez, se presenta increíblemente estimulante, no sé por qué mala broma del destino. Y el Sónar de 2022 fue mi primer contacto criminal con la labor del cronista de la degradación festivalera. Todo vino porque Jaime García Cantero, el agradable jefazo de la revista, iba a acudir, y yo, estando de cuerpo presente en Barna, era la carne de *laboro* más adecuada para relatar la experiencia. Eso y, joder, que perdiendo el culo como lo hacía por escribir cualquier cosa, no hizo falta insistir más en que la tarea estaba hecha para mí. Al tío, sinceramente, no le quedó otra opción

que asignarme la pieza. «¿Estás dispuesto?», me preguntó por wasap. Oh, sí, desde luego, ¡y tanto que estaba dispuesto! ¿Era la cita santo de mi devoción? ¿Conocía, de pe a pa, a los artistas que acudirían? No. Ni de coña. Pero necesitaba sacar las palabras de dentro como si fueran una astilla. Me daba igual el tema. ¡Necesitaba escribir! Tenía un apretón, del que confieso todavía no me he deshecho, aporreando la puerta de mis falanges del tamaño de un kebab XXL. Y no se vaya a pensar nadie que era una cuestión de pasta o atención; cuando sabes que estás destinado a algo, sobre todo al principio, esas cosas pasan a un segundo plano. Además, daba la impresión de ser un chollo: entrada gratis, pase a la zona vip y todas las comodidades de un devoto de la electrónica a cambio de un puñado de palabras que iban a ser mal pagadas, sí, pero pagadas al fin y al cabo… «¿Dónde hay que firmar?», respondí.

A eso cabe añadir que yo no conocía a Jaime en persona. Verme cara a cara con la gente es algo que se me da tirando a bien, al menos cuando hay intereses de por medio. No me pidas que vaya a ligarme a tal o cual chavala, o que me sienta cómodo abordando a alguien en mitad de la calle para lucir mi originalidad. Eso, ni en broma. Pero sacar del cuarto de contadores la gracia, el desparpajo y la chulería para llamar la atención de alguien que me va a escuchar, sabiendo de antemano que nos vamos a ver… uuuh, en esa jugada soy como Perico Fernández en sus buenos tiempos: atino los golpes con una magia, a menudo, inesperada incluso para mí. Así que, cuando me aterrizó el encargo, no lo dudé un segundo. Experiencia gratis y la oportunidad de dar la campanada con mi nuevo *boss*; estas fueron las razones por las que me descolgué por el festival.

Creo recordar que debían de ser las seis de la tarde del sábado cuando llegué a la entrada de prensa del Sónar 2022. El asunto llevaba fraguándose desde primera hora, pero uno tiene un tiempo limitado con las masas y ya me esperaban del orden de ocho horas bregando con la multitud. Haber vacilado con echarle otras seis

hubiera sido firmar mi sentencia de muerte (puede que, casi con total seguridad, la de otro).

Debo confesar que al presentarme en la zona de acreditaciones esperaba algo un poco más… glamuroso. No es que fuese con la idea de ser recibido por una manada de relaciones públicas besándome el culo como un desfile de aduladores permisivos, ofreciéndome cualquier aperitivo que se me antojara. «¿Un refrigerio, caballero? ¿Cómo podemos hacer que su velada se convierta en un acontecimiento que nos facilite un lugar especial en los corazones de sus lectores?» No, no iban por ahí los tiros. Pero sí algo más… reverencial. Yo qué sé, un pelín más trascendente. Un poco por encima del mero trámite burocrático de entregarme un pase plastificado con mi nombre, un mapa (donde se me señaló la sala de prensa como si fuese el punto de encuentro de un viaje de empresa en un parque de atracciones) y una riñonera fosforescente marca Desigual, marciana, fea, hortera hasta la saciedad, que parecía el resultado de una apuesta perdida. ¿Esperaba un jeep Safari para ir de un sitio a otro?, ¿o una tarjeta con acceso a barra libre? A ver… no. Esa breva no le hubiera caído ni a Douglas Coupland en sus buenos tiempos. Pero un poquito más de *je ne sais quoi*… sí, dicho sea de frente. Con todo, ¿a qué leches jugaba? Yo era un maldito don nadie, cobraba como un don nadie y, vamos, que como un don nadie se me tenía que tratar. De hecho, sólo por poder pasar gratis ya debía darme con un canto en los dientes vistos los marrones a los que, con la experiencia, me he acabado enfrentando.

Entré en el recinto. Era una vasta planicie donde germinaban dos islas en medio para servir bebidas y un escenario, el SonarVillage, que ocupaba más o menos la mitad del fondo norte. Ese era el centro neurálgico de la cita. Luego, a su alrededor, en forma de circo romano, había enormes salones donde se alzaban otros escenarios. Como zonas análogas de un supermercado, uno podía ir descolgándose por los diferentes depósitos de vibrantes estómagos inmersos en el hormigón de la Fira, y disfrutar del menú variado del

cartel. Telefoneé a Jaime.

—Ey, ¿dónde estás, Galo? —preguntó antes de que yo pudiera decir nada.

—Ya dentro.

—¿Te han puesto algún problema? ¿Algo?

—Qué va, para nada —aseguré, quedamente—. Me han regalado una riñonera.

—¿Está chula?

—Es una mierda horrible —sentencié, a riesgo de parecer grosero, pero también innegablemente sincero. Jaime se rio.

—Entonces no la despistes, seguro que es cara. Estaré allí en una hora. Date una vuelta, a ver si ves algo interesante.

—Así lo haré. Hasta ahora, Jaime.

Colgamos. Ummm… Cara, ¿eh? Busqué en internet el modelo. Efectivamente, el jodido artilugio valía la friolera de 80 euros. ¡Hay que ver con la moda! Cuanto más insigne es su resplandeciente antiestética, mejor valorada está. Y allí estaban quienes disfrutaban de ellas —de las riñoneras, digo—, exhibiendo en fotografías colgadas instantáneamente, presos de la hipervisibilidad pornográfica, en Instagram, TikTok, Twitter y Facebook para los de más de cuarenta, el lujo de formar parte de la élite. Había quien las llevaba por llevar, no lo negaré, pero la inmensa mayoría las lucían como un premio, un galón que venía a diferenciarlos del vulgo en su condición de privilegiados. Porque no sólo los periodistas gozaban de dicho regalo, sino todos los vips, los especiales.

En un festival de música, la tarjeta vip es como un linaje nobiliario en las altas esferas. Hay quien lo pasea tanto que parece arriesgarse a perder todo valor propio de vérsele arrebatado. Confieso que también yo llevaba el pase de prensa colgado del cuello, bien a la vista, para que los farrucones festivaleros supieran de qué iba la fiesta: estaban frente a un tío importante. Pasaba de lucir la riñonera, por lo feúcha y tal, pero el pase… tan liso, tan perfectamente cortado y con mi nombre encima… Ah, esa medalla

no me la descolgaban ni con cizallas. «Pero, Galo, ¿tú no eras el primero que criticaba esa necesidad de sentirse por encima de los demás?». Sí, bueno, ¿y qué? Soy un sentimiento y tengo seres humanos, ¿qué le vamos a hacer?

Seguí las instrucciones de Jaime y me di un voltio completo. Aparqué los pies en varios espectáculos: JASSS & Ben Kreukniet, Jyoty, Tomm¥ €a$h o Umami b2b CRKS290… Puñetas, ¿dónde quedaron nombres como Los del Río, Las Grecas o Kool & The Gang? Estos parecen haberse esnifado medio botecito de *popper* para después teclearlos al azar. Aunque, si lo piensas bien, tiene sentido… Estos nombres, más próximos de la mecánica binaria que del padrón de un pueblo de 1.000 habitantes, responden a una fórmula de adaptación al transhumanismo instalado en Occidente. Los significantes digitales han tomado el control de la cotidianidad y su hambre por dominar cada ápice resulta furtiva, pero ¡también formidable!

¿Sabéis?, el 95 % de las decisiones de compra que tomamos están basadas en sentimientos. Nada de Razonamiento & Lógica. El bufete de abogados de nuestra materia gris tiene más prontos que John McEnroe durante un mal set. Y esas emociones a flor de piel son fácilmente domesticables cuando se pulsan las teclas adecuadas. ¿Quién está en primera línea de ese frente de batalla? Las tecnológicas, claro, que elaboran perfiles con patrones de comportamiento a todo quisqui, empleando para ello herramientas de medición que han evolucionado hasta la analítica predictiva, a fin de inferir y extrapolar información a partir de los datos recolectados. De esa forma, la recepción de pelotazos informativos (ya sean estos, por ejemplo, publicidad para un *peeling* capilar o las tendencias musicales) machacan nuestros sentidos de forma predictiva, solucionando anomalías y fustigando a audiencias cada vez más específicas con lo que llaman *machine learning*. Agárrate los machos, Macarena… ¿No había ganas de droga? Pues esta es un talego considerable de sustancia *machacacerebros*. Fundada en el

placer del consumo, la lógica del algoritmo encamada en móviles y ordenadores usados a cada hora por millonadas de espíritus débiles y sumisos, entre los que me incluyo, toma el mando. Porque somos buscadores del goce desde tiempos inmemoriales y aprovechamos promiscuamente las extáticas sacudidas que nos dan una recompensa con la misma pasión de un adolescente erecto tras la pantalla de su ordenador. Y hay pocas cosas más placenteras que hacerse con lo que uno desea, lejos de disfrutarlo o necesitarlo, sólo por la satisfacción de culminar un impulso. Esa libertad… esa libertad es la droga más adictiva de todas y, seguramente, si hay que ponerle un nombre, sería Poder. Un caprichito, cruel y mezquino, agazapado en cualquier gesto imaginable.

Focalizando más en la materia, esta lógica del algoritmo es otro magnífico ejemplo de lo que me gusta llamar la *paradoja de la dependencia* (y digo «me gusta» aunque sea la primera vez que hablo de ella). La tecnología nació como respuesta a la necesidad humana de adaptar el medio a sí misma. Indefenso, desde tiempos de Prometeo, el hombre ha sacado de la inexistencia artefactos con los que llegar más lejos, ser más fuerte, moverse más rápido; en definitiva, ser más eficaz. Pero hay una paradoja inmutable en todo esto, atrincherada en cierto punto, cuando la tecnología invoca una dependencia mayor de la que, originalmente, pretendía resolver. Me explico. El correo electrónico fue un puntazo para el mundo. Adiós a los rastrojos epistolares prendidos en horas de redacción a mano, viajes a Correos y carteros con humor de perros matutino. Hola, automatismo, inmaterialidad y, ¡bingo!, eficacia. Sin embargo, ¿acaso no se dedican más horas que nunca a pinchar las córneas en una pantalla para recibir o mandar *emails*? Lo que nació a fin de evitar perder el tiempo se convierte en una pérdida de tiempo todavía mayor. Encima, asolada por la obsolescencia, que niega el libre albedrío humano haciendo carne la trilladísima expresión «adáptate o perece».

Joder, qué rabia me da esa puta frase…

En esas que la lógica del algoritmo pretende deshacer a la gente de la angustiosa tarea de pensar, descubrir, curiosear o dejarse impresionar por lo desconocido, descargando sus cansados lomos para hacerle el avioncito con el puré bien machacado de sus deseos.

Y sus creadores, mejor dicho, sus arrendadores, altivos tecnólogos veganos con calcetines y sandalias (Zuckerberg, Bezos, Wojcicki, Musk, Shotwell), se cachondean del consumidor dándole jabón al mismo tiempo. Por eso no habrá protestas masivas contra Google o Meta, porque la píldora que les transfiere su poder está oculta en una cucharadita de caviar. Son esferas intocables brindando la oportunidad de ser mejor gracias a ellos, y frente a eso, la tónica habitual es: «Agacha la cabeza como un buen chico y engulle los sabrosos desperdicios que se te ofrecen». Hay un ajuste de cuentas pendiente, eso por descontado, de los súbditos a los mandatarios en esto de la tecnología. Pero antes de que se cobre, las cosas tienen que llegar al límite. ¿Dónde está ese límite? No lo puedo asegurar. Apostaría, sin embargo, que está detrás de un futuro inmediato en el que, de un día para otro, tengamos que empezar a pagar por nuestros hábitos en internet, desde buscadores hasta redes sociales o plataformas de ocio. Ahí se esconde la mecha de una revulsión. No de la revolución, tampoco seamos demasiado optimistas, es pronto para odas, pero, honestamente, una revulsión sí es posible.

En fin, ya concluyo este análisis divagatorio. ¡Dios sea loado! Esto de escribir sobre tecnología a veces me parece como escribir sobre la guerra: no es plato de buen gusto, pero es estimulante y necesario.

Total que, claro, me paseé dejándome poseer por el Gran Dios Digitalis, adorado en sonidos extraterrestres y excéntricos vídeos que iban desde corporalidades resplandecientes disfrazadas de colores pastel hasta líneas inconexas, como neuronas desorientadas, navegando por pantallas de diez metros de largo por cuatro de alto. Zambullirse sin reparos en los mejunjes audiovisuales era como zamparse seis pastillas de ácido con mezcal. Imagino que esa era la

idea, invitarte a abandonar el mundo. Aletargarte, como con un chute de ketamina, para entrar en ese frenético universo dominado por la tiránica fuente de poder tecnológica.

Recuerdo hacer un esfuerzo por mimetizarme con esa glorificación sin lenguaje durante la *performance*, porque eso no tenía otro nombre, de JASSS & Ben Kreukniet. Nada más entrar, ya me pareció un cuento para diletantes de lo inhumano. Pasé quince torturados minutos encerrado en aquella resonancia magnética. Me escocían los ojos, enrojecidos por el formol fotovoltaico de la inmensa pantalla ametrallando destellos como un fusil de asalto. Por un momento, empecé a oír cuchicheos de origen desconocido colándose en mis orejas por debajo del sonido. Tuve un impulso claro de arañarlo todo, rechinando con los dientes hasta hacerlos picadillo de perla. Un chispazo de astucia lunática me permitió retroceder de mi abstracción. «Dios mío —pensé—, ¿qué ha pasado? Se me ha ido totalmente…». Escurriéndome entre los espectadores, que se maravillaban con el *show* inocentes a la degradación a la que se exponían, zumbé rápidamente de allí mientras concluía que, en efecto, hay teclas cerebrales que la tecnología puede tocar conectada únicamente a través de los sentidos. Imaginé una gran persiana digital kilométrica surcando el cielo con esas imágenes, pariendo cada cien metros potentes megáfonos donde resonase la melodía diabólica. Hurgando, violenta y agresivamente, en la conciencia de todas sus víctimas, hasta someterlas a un reinado de terror y sumisión… ¡Qué yuyu!

En cuanto logré huir, volviendo a la saneada esplanada, encendí un cigarrillo. La niebla de mi cerebro se disolvió y vi y oí de nuevo con claridad, algo alejado, por fin, de esa sensación medio loca, como una escafandra de propanol, ideada por JASSS & Ben Kreukniet. Fui a la barra de una de las islas centrales y pedí una cerveza. Diez euros por medio litro de un caldo mediocre… No, desde luego, no era un chollo auténtico. Aun así, la ventilé en dos ansiosos tientos. Decidí, ya más calmado, que mejor me quedaba rondando

ambientes menos cibernéticos. Sentado en uno de los bancos dispuestos bajo los arcos de hormigón que limitaban el espacio abierto central, quise enfocar mis pensamientos en algo más carnal, tangible. Un grupo de rap integrado por cinco personajes, que no sé muy bien si iban camuflados o vestían así habitualmente, ocupaba el escenario central. Tenían barras bien cargadas y las disparaban con ritmo y engreída soltura. Me encontraba *muchísimo mejor*, así que comencé a estudiar a la fauna local.

Antes de la Gran Historia de España, pensé, ya existía esta gente. La mayoría eran de aspecto alternativo; falsos *yuppies*. En general, parecían estar disfrazados de clase media culturizada, por más que la existencia de semejante grupo no sea más que una falsedad anómala. Algunas tías tenían aires de loca-de-los-chuchos, con flequillo ajado de punki, falda de tela ajustada y felpa de color morado. Por otro lado estaban las pijas categóricas, con pantaloncito extremadamente corto, camiseta de tirantes negra y purpurina en las mejillas, salpimentado todo de un reluciente cascarón de superioridad. En lo que respecta a los tíos, la mayor parte se diría que eran de los que acuden a charlas feministas y mantienen sesudos debates contra la opresión de la mujer, pero en cuanto pasa un culito redondo de veinte años, se desgarran con la vista como animales por poseerlo… Descargaban en sus gestos la idea de llegar al fin del mundo por un chochito aireado bajo la liviandad de una minifalda. Como decía Hemingway de Ezra Pound, iban así como «con ojos de violador fracasado». Quizá fueran las drogas… Había pocos que no parecieran vibrar con la intensidad del aceite de los huevos fritos. En términos generales, concluí, todos me producían poco placer y mucha resaca… ¡Ojo! Esto no quiere decir que sintiera una verdadera aversión por ellos. Vaya, que los entendía. De lo que se come se cría, como suele decirse, y apostaría a que no les habían dado demasiadas opciones.

Bajé la mirada y abandoné mi descarado estudio de las bestias humanas, cuando de pronto pillé a un rufián con gesto de monstruo

marino oteándome un rato largo. Ya llevaba diseccionando el género del lugar como un cuarto de hora, y era normal que alguien se acabara picando. Porque el que mira a la gente, como si estuviera avistando bichos en un aviario, compra boletos ganadores para que le zurren la badana. Y, en cuanto a mí, no hay nada como un tipo mirándote fijamente con aspecto de embolia para que el sentido arácnido de los problemas empiece a tintinear en plan luces navideñas. Contando con eso, y con que Jaime debía de estar al caer, puse asfalto de por medio y fui a la sala de prensa. Allí no había peligro. Era zona franca. Salvo que a algún juntaletras le hubiese dado por aparcar un altavoz con sonidos histriónicos o paranoicos, colgado hasta las trancas, montando bulla y sumiendo en el estupor a los seguratas, en ella estaría a salvo de la fractura mental en potencia que me rodeaba.

La estancia, como un aula de colegio, aunque con máquina de café, estaba semidesierta. Sólo un par de chicas jóvenes, seguramente becarias de algún medio local, trasteaban por ahí con sus móviles. Me senté en una sorprendentemente cómoda silla acolchada tras servirme un café con leche y azúcar a esperar la llegada del *boss*. Ya había pasado la susodicha hora, ¿dónde estaba, el muy zalamero? Recibí un mensaje a eso de las siete y pico en el que Jaime me convidaba a abandonar las instalaciones y reunirnos, directamente, en el lugar de celebración del Sónar Noche. «¿Qué me está contando? —me dije—. ¿Qué es eso del Sónar Noche?». Efectivamente, como me informó una de las dos chavalas, estábamos en las instalaciones del Sónar Día, y a pocos kilómetros se encontraba otra Fira, la de Gran Vía de L'Hospitalet, donde se servían los platos fuertes de la fiesta. Entorné los ojos, forcejeé con mis omoplatos y me cagué en todo. Menudo periodista de pacotilla estaba hecho, ¡carajo! En fin, no tenía objeto discutir la realidad. El problema no era que el tema estuviera mal organizado; el problema era yo. Esperé hasta las ocho tomando cafés en la sala de prensa. Luego, ya bien ubicado respecto al lugar de la próxima cita,

abandoné la feria de zapatilleros escrutadores y me fui a comer unos tacos con carne de cerdo en un cochino y barato restaurante de plaza España; un garito que dejaría sin garganta a un montón de malas vidas. Ja, ja, ja. Me cargué los empalmes de torta seca en dos bocados. Pasados diez minutos, dominado por el café y los malvados bocaditos, empecé a suplicar por un ácido gástrico más poderoso. Busqué desesperadamente el baño y descargué varios torpedos a propulsión que impulsaron el agua hasta mis nalgas como la ola perfecta del Gran Kahuna. A las nueve de la noche, ya tiraba hacia esa macrodiscoteca crispada que era el Sónar Noche. Veinte minutos más tarde, entraba en el recinto de la Fira de Gran Vía de L'Hospitalet.

25

COMENZABA LA CACERÍA NOCTURNA. Si el Sónar Día me había parecido una pecera de zumbados y *pajaritos cool*, el Sónar Noche sumaba al ecosistema los jovencitos de fiesta de pueblo y los macarras de polígono. ¡Menudo kumbayá más variopinto! Por ejemplo, un tipo discutía en la entrada con un segurata grande y gordo como un mayo. Desde la lejanía, podía oírse al gran verraco gritar: «¡Así no puedes entrar!». El chaval, de unos veinte años, lo interrogaba con los gestos, viniendo a decir: «¿Acaso no es una indumentaria razonable?». El muy fumeta iba vestido con un trikini fosforito, divulgado en su día gracias a la película *Borat*, tan ceñido que hasta los contornos de sus testículos asomaban por encima de la tela verde nuclear. Su cabeza debía de haberle dicho a la cordura: *Uuuh, suena brutal lo de no pensar con el pito… pero no cuentes conmigo.* El percal, con sus más y sus menos, era de esta guisa.

Jaime me llamó justo cuando acababa de entrar por la zona de prensa. Seguí levemente decepcionado porque no hubiera carrozas, ni alfombra blanca, pero me gustó poder saltarme la tremenda cola que formaban quienes no gozaban de un pase como el mío. *¡Jodeos, burdos mortales!* Una vez profanado el espacio y superadas las barreras de seguridad, a lo lejos, una mano se alzó llamándome a su vera. Era el jefe.

Como ya he dicho, nunca nos habíamos visto en persona, así que, de primeras, pensé que Jaime debía de andar en horas bajas. Estaba flaco, como desgarbado, tipo rocinante, no obstante lo cual sus gestos traducían liviandad y desparpajo. Veinte minutos de conversación después, delante de una barra para pedir (en mi caso, una birra y en el suyo, una botella de agua), lo entendí todo.

Jaime se había caído en una marmita de acelerante cuando era pequeño, espolvoreaba cocaína plutónica en su tostada matutina o funcionaba con una batería de *hiperlitio* cargada hasta las trancas. Su delgadez sólo podía ser producto de la grasa corporal quemada en la agitación inasequible al desaliento de cada uno de sus átomos. Y, sorprendentemente, esta vibración perpetua no intoxicaba en absoluto su conversación; se permitía el placer del silencio, pero uno podía percibir, como si despachara un aura de energía producida por fusión arterial, que su cabeza tenía el potencial para hacerlo levitar. De inventarse un *jet pack* alimentado con el runrún espídico de las neuronas, Jaime tenía combustible para dar la vuelta al mundo un par de veces al día.

Hecho el primer contacto y reafirmado el buen rollo, nos descolgamos frente a uno de los escenarios principales. En breves instantes, The Chemical Brothers, titulares mesiánicos del cartel, debían hacer su aparición. El bullicio era considerable. Miré a mi alrededor y de pronto pensé en alguno de aquellos zombis transhumanistas y zoquetes escurriéndose por mis orejas, diciéndome: «Eh, tío, ¿quieres un poco de fiesta? ¿Pirulas? ¿M?», y yo girándome indignado hacia él, mirando a Jaime de reojo y respondiendo: «¡Tío! ¿No te das cuenta? Este hombre de aquí es mi jefe. ¡Mi jefe! ¿Sabes lo que eso significa, tarugo? Es una persona respetable, gente importante que te cagas. Y tú me vienes aquí a comer la olla con tus drogas. ¿Me has visto pinta de yonqui, eh?». Una pregunta retórica, claro. Sólo faltaba que el muy colgado me inspeccionara de arriba abajo para afirmar contundentemente: «Pues sí…». Ahí iba listo. Puteado, si se me permite, y no le tomo el

pelo a nadie.

No me constaba que los periodistas de Prisa, profesionales serios y concienzudos que seguían los dictados de la calidad y el *buen hacer* periodístico, tuvieran a bien soplarse nariz arriba cargas de ibuprofeno picado o tragaran paracetamoles de colores a cachos. Con el tiempo, he ido descubriendo que escasean más los que no lo han hecho alguna vez… Por entonces, lo desconocía. Además, ¡uno no se enfrenta, cara a cara, con el reclutador de sus esperanzas cada día! Las formas eran un todo por dominar.

En otras circunstancias, lo más seguro es que mi reacción con el chaval hubiese sido de una fraternidad descarada, incómoda incluso, con el fin de sacarle la mejor relación calidad-precio a su disposición. Pero no, vista la empresa a la que debía encomendarme.

A saber: quedar a buenas con mi editor.

El concierto dio el pistoletazo de salida. Los clásicos *Big Beats* del conjunto británico daban fe de su profética genialidad musical. Los cabrones sonaban, veinticinco años después de su debut, actuales a rabiar.

—¡Estos son unos puretas! —me dijo Jaime entre gritos—. ¡Llevan la tira en la tostada, pero me siguen pareciendo de lo mejor!

Asentí quedamente. Nos deleitamos con el espectáculo, casi al completo, y después, como un dúo escabroso, fuimos botando de escenario en escenario. Esta Fira era infinitamente más grande que la anterior y la oferta tan masiva que me pregunté por lo ruinoso de la idea. El concepto seguía la línea discursiva del capitalismo con los espectadores como si fueran moneda de cambio. Los artistas más conocidos acaparaban la atención de la mayor parte del público, mientras los menores, los marginados o alevines, debían tirar adelante la tarea, ejerciendo la función de la levadura al rellenar hueco no recibiendo casi recompensa. Sin que hable únicamente de peña atendiéndolos… Porque, ni que decir tiene, muchos no cobrarían ni el transporte del material. ¿Era una oportunidad? ¡Claro! Pero la nevera no se llena con oportunidades, sino con dinero. En

fin…

Con todo, algunos espectáculos fueron bastante entretenidos. Como el de Arca. La trans, con tacones de aguja fina y un corsé metálico robado de la cuarta dimensión, llegado el momento tuvo a bien enseñar el ojete a la cámara, abierto como si esperase recibir un suculento beso negro. Admito que me pareció una *boutade* divertida y, además, diré que era un ano singularmente bien cuidado. El *tipe* tenía un especial aprecio por su pequeño amigo marrón. Fuera su música buena o no, eso se lo reconocí.

A medida que avanzaba la noche, las fachas del personal se veían cada vez más desencajadas, las pupilas más furiosas, invadiendo casi la totalidad del iris, y los andares, como de chicle pegado al cemento, traducían un paseo por cosmos anónimos, a veces envidiables y otras repugnantes. Tantas drogas… y yo sin poder olerlas, yendo de la manita de mi procurador económico. ¿Quién sabe? A lo mejor a Jaime le hubiera importado un comino que me pusiera como una rata hedionda. Pero mamá me enseñó en su día a ser cortés y adecentado, al menos en los primeros encuentros, así que en eso me esforzaba…

El perfume a desinhibición, sin embargo, me estaba cloroformizando cada vez más. Porque, llegada la una de la madrugada, el Sónar daba la impresión de ser uno de esos lugares a los que no vas para drogarte, sino para seguir drogado. ¡Y hay que tener cuidado con los drogatas! No por sus cambios de ritmo, sus prontos inesperados o su humor volátil, sino porque todos suelen ser unos mentirosos. Hablan, charran y charran, y nadie que no esté mintiendo tiene tantas cosas que decir. Por eso no se puede confiar en ello ni tanto así… Y no importa que allí gran parte, sobre todo los más jóvenes, hubieran podido desechar el clásico triunvirato alcohol/hierba/coca por fórmulas como altas dosis de cristal, las pastillas de diseño, los ositos de marihuana manipulada o los *brownies* de miscelánea setera; su narcodemocracia espiritual mantenía el chiringuito de quererse mucho, mucho muchísimo,

firmes creyentes como eran de la religión masiva del Yo. La que siempre miente por su bien.

Habría asegurado que la mayor parte habían babeado con la serie *Euphoria*, marcándose la del monaguillo que, chupándose durante años los sermones sobre la cola puntiaguda del demonio, acaba en una banda de *vatos locos*, chungos que te cagas, porque ha descubierto bien temprano el morbo de lo castigado. Así que no temían quedarse por el camino, ni quemarse con fuego. Pasarse era cosa de puretas, y ellos habían perfeccionado el soberano arte de quedarse como una liendre atontada con los mínimos daños colaterales. Para más inri, lo hacían con estas nuevas líneas tan pistonudas que me recordaban al juego de los eufemismos… Ya sabéis, ese donde a la evisceración de un pueblo entero se la llama «pacificación», o a un divorcio de platos volando por la cocina, «desavenencias maritales». ¿Quién quiere llamar la atención hablando de petas, canutos, porros, *flys*, trócolos o macas, si puede atajar el problema diciendo: «Eh, pásame un osito». Si el *marketing* ha sido capaz de maquillar el genocidio, ¿cómo no va a ser capaz de endulzar las drogas? Eso sí, siempre y cuando interese a las personas adecuadas. Lo bueno, puestos a buscar algo, es cómo la especialización de estos nuevos materiales, tartitas rojas de laboratorio oficial, esquivan la brutal adulteración que va implícita en los narcóticos clandestinos. Por cierto, una adulteración, *el corte*, como si habláramos de jamón, que es aquello que más fácilmente lleva a la sobredosis y a hacer de lo recreativo un veneno mortal.

Volviendo a la guerra que me llevaba, Jaime y yo estábamos en el espacio SonarClub. Sonaba La Fleur, una DJ sueca, chula y querible y sugerente, que le pegaba al *house* con una estimable calidad. Durante un intermedio, en el que una tipa zarrapastrosa en actitud y físico, pero sorprendentemente bien vestida, casi me tira entero su cubata, Jaime, con quien había estado más de cuerpo presente que de conversación, me avanzó su retirada:

—Antes de ayer tuve una reunión en Sevilla con patrocinadores de

la revista y voy reventado —dijo, negando con la cabeza—. Bebí cerveza como si no hubiera un mañana. Estoy muerto.

¡Ajá!, o sea que el rey también había tenido las del principito rebelde, eh… Bueno, son boberías que se le van a cualquiera. Da igual la responsabilidad que encarnes.

Asentí.

—¿Sabes?, me voy a largar ya.

Asentí una vez más.

—Tú quédate, si te apetece. A lo mejor consigues hablar con alguna chica… —sentenció, guiñándome un ojo.

—No lo creo… Pero sí, me voy a quedar un poco. Así aprovecho la entrada. —¡Mierda para mí! ¿A qué fin quería quedarme? Ya estaba todo el pescado vendido, maldita sea. Jodida esperanza incurable… ¿Por cuántos derroteros inútiles estará dispuesta a llevarme?

Total, que se dividió el compás. Sin prolegómenos, le di un fraternal abrazo a Jaime, prueba de la sana vibra acontecida, y me tiré de solateras a los burladeros del Sónar Noche.

Aguanté, a lo sumo, media hora. A las dos y algo de la madrugada, ya había visto suficiente. Todavía me quedaba la esperanza de que, como había augurado Jaime, alguna tránsfuga del lugar me guiñara un ojo deshaciéndose de esos furcios tan guaperas y dopados que recorrían las inmediaciones. Pero, la verdad, comenzaba a sentirme ya una perra babosa degollada. Harto, en definitiva, de ver a todo el mundo puesto como una cuba química y yo dándomelas de perdedor sobrio, que es la peor clase de perdedor que hay. Porque ni en sueños estaba en condiciones económicas para calzarme una merla digna en esas instalaciones y, sinceramente, no cabía en mí una pereza mayor si la única salida era ponerse a practicar interrogatorios en busca de un camello en horas de trabajo.

Por tanto, me despedí de todos ellos dándoles las buenas noches. Me apeé de aquel tren descarrilado con el nervio rígido y la pesadez alta. *Buenas noches, Mr. Borracho. Buenas noches, Mrs. Puesta hasta las cejas. Espero que os sea placentero el infierno en el que*

arderéis mañana o el océano en el que os ahogaréis después. La tierra os sea leve hasta vuestro regreso a ella.

Ahora bien, en la fila de salida me topé con una visión la mar de interesante. Una cuarentona, guapa, fina, que alardeaba inconscientemente de su facilidad para enfrentarse al paso del tiempo, sin que este la hubiera esquivado, bailaba al son del silencio a escasos metros de mí. Guau… Me recordó tanto a Lola, aquella tipa. Una mujer fuera de onda, apurando los últimos coletazos de sus piernas en flirteo constante con la artritis… Me derretí en los recuerdos. Lola. Mi querida *milf*. Personificación absoluta de la guerra generacional y del inexorable deterioro humano al que la soledad, la búsqueda inagotable de la individualidad y el orgullo habían arrastrado hasta mis jóvenes brazos.

Cuánto he pensado en ti sin que lo sepas…

Síntomas habituales

ENGAÑO Y MALESTAR

Yo sé que tu lo dudas,
que yo te quiera tanto.
Si quieres me abro el pecho
y te enseño mi corazón.

JULIO JARAMILLO

Yo pertenezco a lo que se ha llamado
la «generación del mayo de 68»
y creo que esta generación ha hecho
que evolucionen las mentalidades
y creo que el público no reconoce
en mi historia la vida sexual de una
persona normal, sino una serie de
fantasmas que todo el mundo tiene.

CATHERINE MILLET

26

HABÍAN PASADO SEIS MESES desde mi llegada a Barcelona. La juerga de Tinder no iba muy allá que digamos. Admito que me envolví en unas cuantas sábanas ajenas durante varios meses. Diría que tres o cuatro, pero, por lo general, me parecieron encuentros porosos, como un tronco húmedo infestado de chinches y bichejos termiteros. La mayor parte de las veces, además, todo el proceso; el flirteo digital, el toma y daca, las preguntas justas y las respuestas ocurrentes, me sumieron en una terrible pereza y habitual decepción. Colmaba los abismos, al principio, de mi cólera, luego de mi desesperación y, finalmente, de mi indiferencia, cuando los *matchs* no me respondían o, pasados varios días de ágil discusión, desaparecían. Tenía el amago de emocionarme frente a una ristra de fotos de bonitos cuerpos y dignas caras, aficiones similares y la ensoñación de un futuro romántico, sexual y compartido. Pero, en prácticamente todas las ocasiones... mierda. En la cama o en el váter, remoloneando cada día atacado por una sucesión aparentemente ininterrumpida de oportunidades, solía acabar confuso y decepcionado. Resistiendo a deshacerme discrecionalmente de aquel teatrillo perverso, pero aguantando ante la esperanza de poder sentirme realizado, más bien deseado, de

nuevo. Porque, honestamente, lo que yo quería encontrar era otra mujer con quien hacerme gelatina.

La ausencia de Valeria se hacía un poco más tolerable cada día. Básicamente, gracias al olvido, sin el cual me habría convertido en ese amante que Roland Barthes decía muere por exceso, fatiga y tensión de memorias. Por fin entendía, ¡menos mal!, mi soledad antes como una condición natural de las circunstancias que como un abandono. A pesar de todo, tenía instalada en la cabeza una idea: sólo con otra persona a mi lado, viviendo un *nosotros* que me extrajera de la ininterrumpida conversación con mi ego, podría lograr volver a ser feliz. O, al menos, a entusiasmarme por la vida. Y de entre todas aquellas jevas, sólo una, María, me hizo verdadero tilín. Era una seductora presencia física, llena de gestos tiernos, cara como de colombiana, pelo rizado, igual que el de mi madre, alta, patas polludas pero largas, pechos pavorosos, ¡indignamente bellos!, además de una lectora seria capaz de desenvolverse con soltura en un número bastamente ecléctico de temas. Me iba como anillo al dedo. Pero justo va y resulta ser la tipa, de todas a cuantas me arrimé, que más usaba las aplicaciones de contactos como un juego por acumulación. Bajo esta filosofía, ¿qué importa el amor, la mano torcida arropándote hasta la asfixia las entrañas? Lo que vale es el número, la paliación… ¡Que no pare *el baile*, claro que sí!

El placer de María radicaba en el toma y daca de soliviantarse contra sus frustraciones existenciales —padres divorciados, exnovio capullo, mala pécora de bandera y desorientación vital— a base de cuerpos que la adoraran, aunque fueran sólo dos, tres horas a lo sumo. Como partidas de la PlayStation, María hacia el paripé, se las daba de interesante, recorría bares y restaurantes siendo objeto de admiración y reafirmándose, casi en cada ocasión, en su alto valor porque, asumámoslo, el grueso de maromos que habitan el mercado de la conquista navegan por la ciénaga de las gilipolleces cromosómicas.

A mí, honestamente, no me iba eso de «aquí te pillo, aquí te

mato», así que no le quedó más remedio que forzarse a invertir algo más de esfuerzo en ambos. Sin embargo, la relación se vio, poco a poco, encarada al fracaso por ese impulso de María hacia la sustitución y el consumo del máximo número de entrepiernas sin ataduras. No es que yo le negara ir de picaflor por la vida, por mí podía trajinarse a la princesa Leonor en *ménage à trois* con Froilán… si después regresaba a mí. Pero a ella eso no le parecía suficientemente liberador. Las ataduras, como esposas llameantes lacerando sus delicadas muñecas de porcelana morena, avivaban en su interior una ansiedad, una especie de incomodidad manifiesta, como el despertar de la efervescencia drogadicta de poder hacer las cosas únicamente bajo sus deseos, que no tuvo más remedio que bombardearlas con una ojiva de antibióticos sentimentales. En otras palabras, que me dejó. Me dio la patada por wasap, como una vulgar gestión… Y, vaya, nunca más se volvió a saber de ella. Hasta que un día me topé con su larga sonrisa en un vídeo viral del programa de la *Ruleta de la fortuna*. Aunque todavía me picase, me alegré por su éxito. ¿Me pareció un logro cutre de ama de casa amojamada? Tal vez un poco, pero sentí alivio al saber que las cosas, al menos desde fuera, le iban bien.

Como venía contando, meses después de mi llegada a la Ciudad Condal, a pesar de los esporádicos encuentros financiados por las aplicaciones erótico-sentimentales, y con la rémora emocional de Valeria, sumada ahora a la de María, me sentía solo y desamparado. Qué novedad, ¿no? El tema es que para paliar esa conciencia desvariada de malestar me dediqué, fin de semana sí, fin de semana también, a partir la pana nocturna todo lo que mi economía y mi cuerpo me permitían. Comenzaba con un barrido de los contactos que me había hecho hasta entonces, que iban desde Ángel, quien solía preferir gastar las veladas frente a la pantalla de su ordenador abstraído, sedado por infinitas partidas de un juego llamado *League of Legends*, increíblemente de moda desde hacía años, hasta los pocos camaradas que hice en Pennywise, la empresa de montaje.

No sé cómo me las arreglaba, pero siempre liaba a alguien. Barcelona será muchas cosas, pero soporífera no es una de ellas. Y en esas que conocí a Lola… Lola, Lolita, Lola… Menuda estaba hecha. Lo tenía todo para ser un personaje de novela. Así que, ya puestos, ¿qué me lo impide?

27

A SABER QUÉ HORA DEBÍA DE SER. ¿Las siete? ¿Las ocho de la mañana? El Magnolia, en la calle d'Entença, es un antro desterrado de cualquier conciencia limpia que se precie. Allí sólo terminan los drogatas, los macarras y esos héroes optimistas que nunca dejan de creer que las cosas pueden mejorar, aunque todo a su alrededor se desmorone. Y, ¡leches!, supongo que soy una mezcla malograda de todos ellos. Vale que ya había pasado una buena noche al ritmo maquinero con… joder, ni siquiera recuerdo con quién… pero el asunto es que había cortado la correa con el que anduviera. Porque, aparte de ser ese potencial optimista esperando inocentemente que ocurra algo digno de trascender la noche (el día, en este caso) y filtrarse a mi cotidianidad, a veces me apetece mucho bailar. Saltan en mí unas ganas locas por moverme y calentar el esqueleto y ser un muñeco de trapo sin complejos y dejar a todo el mundo alucinado viendo a un pato mareado como yo gastando tanta confianza en sí mismo. Si me preguntan mi secreto, la respuesta es fácil: el alcohol. No tiene misterio. Sin unos tientos de etanol en el buche no me lanzo a bailar ni la *Macarena*. Pero con la barriga en ebullición, con esponjosos grumitos burbujeantes disparados por el torrente sanguíneo… *Ay, qué peligro tienes, tigre.* Y así iba, eso lo recuerdo bien: con la

cartera etílica dopada como un nadador olímpico.

Dicho esto, ahí danzaba yo, cual epiléptico sin su dosis, moviéndome al ritmo de un DJ infecto que iba si cabe más colgado que los allí presentes (el modo crápula disoluto les iba como un guante).

A mi particular modo, traté de establecer contacto con dos chicas que pululaban por allí. Sin hacerlo de forma grosera, ni malos modos ni nada, me incliné suavemente al ritmo del *chumba chumba* para saludarlas. «Ey, hola, ¿qué tal? Me llamo Galo». Un acercamiento simple, directo y repleto de segundas intenciones. Ambas me miraron, enarcaron las cejas y siguieron a lo suyo sin siquiera responder. Por favor, había que retorcerles el brazo a aquellas cretinas para que te dirigieran la palabra. Vaya, unas *reinas*, por el amor de Dios. Esta clase de no-respuestas son las que hacen que un hombre se pregunte si acaso no se le habrá olvidado ducharse, el aliento le huele a miseria o titubee sobre tener la jeta más torcida que un chimpancé eyaculando. Yo sólo aspiraba a mantener una mínima conversación a gritos, seguida de otra inteligente fumando un cigarrillo, con cualquiera de las dos. Luego, ¿quién sabe? Compartir teléfonos o atrincherarnos directamente en alguna cama que ni siquiera tenía que ser cómoda… Quizá pedía demasiado.

Tras el segundo mazazo, se me habían quitado bastante las ganas de bailar y todo eso. Así que me arrastraba por la sala como si llevara a hombros la Sagrada Familia. El rechazo… Ay, puñetero rechazo. Es como si te aspiraran hasta la última bocanada de pasión. Fui a la barra y me pedí un Cutty Sark con hielo, como de costumbre. La cuenta fue de 15 euros, pero ni en broma podía mantenerme allí, con la cartilla de la depresión al máximo, sin apaciguar el gaznate y, por ende, el espíritu. Un *after* no es un sitio donde ir a ligar. Eso está claro. Puede que si eres una tía cañón, con un culo que quita el hipo, o un machacote perfilado como una estatua de Bernini, con la mandíbula cuadrada a cincel, algo tengas el poder de hacer. Y, sinceramente, menos en el caso de la tía

cañón, lo dudo mucho.

Ya sin ganas de nada salvo de colgarme con el cinturón de un árbol, me aposenté en la barra y bebí mi copa desentendiéndome del machacón sonido del *techno* mulero que reventaba por los altavoces. Fue entonces cuando la vi…

28

HAY QUE VER CÓMO BAILABA. Tímida pero coordinadamente. Sin achaques de esplendor, pero con la naturalidad de quien, una vez se le han torcido tanto las expectativas, no anda más que a la caza de su autosatisfacción. Rondaría los cuarenta años, seguro… «Esta está tan encomendada a no irse con nadie, que fijo me da conversación», me dije. Y, efectivamente, así fue. Me planté con mi patoso baile a escasos metros de ella y le pregunté qué tal le iba la noche. «Ahora ya el día, dirás», respondió. *¡Ajá!*, esto era lo que buscaba, un poco de desparpajo entre tanta ameba ensimismada. Su acento, tan encantador que aún lo puedo rememorar con claridad, me descolocó un poco. No era catalán, tampoco español; sin duda pertenecía a uno extranjero. No obstante, era tal la soltura que tenía que no podía ser una guiri cualquiera de paso por la ciudad. Había en ella un aire afrancesado, ese deje ahogado en las vocales. Le pregunté. Efectivamente, era francesa. Si había tenido alguna oportunidad de captar la atención de alguien, esta era la mía.

Mis escuetos alegatos en el mejor francés del que era capaz la sorprendieron. ¿Acaso yo también era francés? No, pero lo tomé como un alentador alago. Ni siquiera recuerdo cómo, pero la convencí para echar un cigarro lejos del estruendo *technodictatorial* del sitio. Ella, sorprendentemente dispuesta, agarró su rebequita

suave, se la puso y me siguió lejos del matadero auditivo. En cuanto la luz nos azotó los rostros, se agotaron los engaños. Ella era, claramente, una mujer entrada en años, aunque innegablemente bien gestionados. Y yo, innegablemente, era un pipiolo, aunque de aspecto maduro. Un yogurín natural, no azucarado, a quien le resplandecían los ojos frente a una hembra tan bien curtida y preparada que ya en su mirada podías ver que no estaba dispuesta a lidiar con gilipolleces.

Le pregunté por su trabajo y qué la había traído a Barcelona.

—Oh, llevo aquí veinte años ya — respondió, y se echó a reír.

—¿Y eso?

—Me fui de Francia a los dieciocho años y tan sólo he vuelto para ver a mis padres. Viví en Londres muchos años y acabé aquí. Me encanta esta ciudad, está tan llena de vida.

Pensé que igual vivíamos ciudades diferentes. O, mejor todavía, que los secretos de Barcelona aún no me habían sido revelados. Más tarde descubriría que Lola tenía un buen grupo de amigos, todos extranjeros, franceses en su mayoría, con los que mantenía una relación de cercanía brutal. Llevaba de erasmus, como quien dice, veinte años. Así suele ser fácil idealizar un lugar. Además, los catalanes castizos, patrocinadores y herederos del pujolismo digieren mejor a los extranjeros que a los españoles. No todos, lejos de mí está generalizar, pero sí una buena parte.

—Yo me siento un poco extranjero en mi propia tierra, la verdad — le confesé, aunque no sé muy bien porqué.

—*Ha, ha, ha…* Eso es porque no conoces al personal adecuado. Ya verás, yo te presentaré a gente muy chula.

Resultaba tan encantadora su risita pueril… Me sorprendía que no tuviera las patas de gallo de la duquesa de Alba, tanta era la jovialidad que despachaba, y que parecía despachar siempre. Si hay un punto del cuerpo donde, tal vez, todavía exista el alma, son los ojos. Los de Lola, al mirarlos profundamente, devolvían la bondad de una cría. Sin embargo, si alcanzabas a hundirte, deshilachar el iris y

las pupilas, sumergiéndote hasta la profundidad más discreta, allí descubrías una batalla contra la pena. La tristeza, encapsulada con mimo en lo profundo de ella, emitía caprichosos destellos de atención. Nada demasiado pesadillesco, más bien incómodo, como si soportara la resaca de demasiadas decepciones y las hormigonara con sonrisas y bailecitos en los gestos, y su alocada melena pelirroja y la vibración de esa naricita casi perfecta, de Cleopatra hábilmente *polioperada*, yendo de arriba abajo con emoción.

Regresamos al *after*. Bailamos un poco en el estruendo del local. La música no daba muchas opciones de restregar cuerpos, hacer piruetas o siquiera de cruzar miradas. El *techno* es la música perfecta de la posmodernidad porque está inevitablemente programada para la abstracción individual. Sólo necesita de algo de ambiente y un buen equipo de sonido… Bueno, ni siquiera de esto último. Pasados quince minutos, Lola me agarró la mano y me dio media pastilla rosa. *¡Hostia puta! Esa no la vi venir.* Le agradecí el regalo con un beso en la mejilla. Engullimos nuestras respectivas mitades del caramelo al mismo tiempo, enjuagando el amargor químico con el culo de ron con cola que le quedaba a ella en su copa, pues mi whisky hacía rato que se había esfumado. Fue llegar la pastilla al jugo gástrico y Lola me pidió que me acercara a su oreja.

—*Mon amour,* vámonos de aquí. ¿Te quieres venir a mi casa?

Asentí a toda prisa, como un crío a quien le ofrecen ir a Disneyland. Nos apeamos del local y cazamos un taxi al vuelo. Había varios rondando las proximidades. «A la calle de Aribau, 113», clamó Lola con excesiva energía.

Íbamos a mitad de camino cuando comenzaron a hacernos efecto las drogas. El resto, ya os podéis imaginar, bueno… es historia. Una historia de mi pene haciendo el Alzamiento Nacional, su sexo húmedo, a lo estación del monzón, y un restriegue largo y lisérgico que nos dejó gratamente agotados. Creo que ni llegué al orgasmo. Tampoco me hizo falta.

Después de aquello, comenzamos un breve romance gracias al cual entendí que mi generación, que por entonces yo creía la más engañada de todas, por la cantidad de promesas que se le hicieron y los peores resultados que recibió a cambio, por ser la prole más ilusa, la mejor en lo peor, era tan sólo el reflejo de una insatisfacción que había recorrido vidas enteras mucho antes. Nuestras quejas, si bien sinceras, no eran para nada originales; y nuestra elevada precariedad, un sueño también roto para quienes nos precedieron.

Descubriendo a Lola, lo supe. La frustración no conoce límites y, bien sea por las circunstancias o por una incapacidad individual, queda al acecho de cada paso en falso que damos.

29

LA NECESIDAD DE GUSTAR HA CREADO mecanismos de aprobación que empujan a la podredumbre cultural. Lola, por suerte, había esquivado esa bala.

Hacía más de un mes que nos veíamos, siempre en su apartamento. Bebíamos, cenábamos y, en alguna que otra ocasión, consumíamos algo de cocaína de la que nunca le faltaba en casa. Me sentía como en la novela de Nabokov, pero al revés… ¡Un lolito! (mira tú qué coincidencia), como en la versión de Ben Brooks, aunque algo más crecido. Era un lujazo saberse mimado y deseado. No quiero entrar en complejos de Edipo porque esto se pondría muy raro, pero estoy seguro de que el psicoanálisis tiene mucho que decir al respecto del placer que sentía al ser agasajado como un príncipe por Lola y, al mismo tiempo, de lo claro que tenía que no iba a enamorarme de ella jamás. Valeria, en su recuerdo, seguía haciéndome imposible la vida. Aunque hubiese creído que el olvido estaba a la vuelta de la esquina, nada más lejos de la realidad. El poder de la reminiscencia es incontrolable.

Dicho esto, me gustaba hablar con Lola, compartir su visión del mundo. Trabajaba su idea de la vida con una desfachatez admirable. La moral suele hacer que nos contorsionemos sobre nosotros mismos, pero ella parecía haberse operado a la vez la culpa y los morros. Vale que cualquiera la hubiera comparado con una de esas chicas que alcanzan su poderío mental esnifando perico con un

aplicador de tampones, pero, ¡ah!, he ahí uno de sus logros subconscientes… Esa fachada frívola, despreocupada y pueril era la punta de lanza para una existencia, la suya, impermeable a todas las decepciones que se abalanzaban sobre ella. Es impensable que una persona cuyas expectativas de un final feliz se le han torcido pueda soportarse a sí misma sin autoengañarse. Y si algo hacía Lola de puta madre era labrarse un autoengaño cotidiano que mantenía su incipiente decepción vital a raya. Porque hay personas que pueden acabar solas, desangeladas y danzando en la cuerda floja sin aspavientos, como si les fuese dado de nacimiento el equilibrio para no partirse la crisma con la depresión. En cambio, gritan en un clamoroso silencio vitalista por la salvación. Lola no era de las primeras…

El temprano divorcio de sus padres la marcó desde joven. Su madre, una saxofonista reputada, no había ido de pilingui por la vida menos de lo que lo había hecho su viejo. Ambos habían sido parcialmente felices durante bastantes años, hasta que la resaca de Mayo del 68 les fundió los plomos del compromiso, y comenzaron a ir de flor en flor como abejorros en primavera. El matrimonio no lo superó, y Lola, mi pobre Lola, se sintió perdida en un hogar roto por la concupiscencia. Así que se prometió, desde bien temprano, no cometer el error de sus padres.

La adolescencia la pasó encamada con los más guapetes del instituto. Era, lo que se dice, una *chica guay*. Fumaba, besaba, follaba. Tenía las desastrosas calificaciones que se esperan de quien pasa más tiempo de rodillas haciendo mamadas en los lavabos que con los codos hincados delante de los libros de texto. Y, cuando se enfadaba con el mundo, siempre ganaba ella. Llegada la graduación, uno de sus profesores la llamó *guarra-parásito*. Lola le sopló un tremendo guantazo. Hizo bien, al menos eso creo.

Su padre, un tipo que escondía fardos debajo del colchón, se las arregló para pagarle una escuela profesional de esteticista. ¡En Londres, nada menos! Allí gastó casi diez años de su vida. Se las

arregló para currar en hoteles de lujo y se fue ganando un nombre, una técnica, un futuro salvo por un detalle: los hombres, que se acercaban a ella con apetitos bestiales, porque de buen ver estaba un rato largo, acababan lejos. O los espantaba o se espantaban. Lola estaba, subconscientemente, herida y destinada a la desafección sentimental. No, no iba a cometer el error de sus padres. No apreciaba la vida familiar que algunos con cuentas de cientos de miles de libras en el HSBC o el Lloyds le invitaron a tener. ¿Hijos? *¡Ni de coña!* Ella mejor sola, autónoma, independiente y autogestionada. Sí, ese era el camino correcto. Azares del destino, una década después de aterrizar en Londres, la vida la llevó a Barcelona y aquí se quedó.

Casi 20 años más tarde, tenía un bonito ático en L'Esquerra de l'Eixample y era una autónoma de categoría que atendía a los clientes más selectos en sus domicilios o en el suyo propio, donde había organizado un cuartito de lo más *feng shui*. En cuanto a los novios… *buf*. Líos, lo que se dice líos, a tutiplén y durante un tiempo, sin condón, lo que supuso un par de clamidiasis bien puñeteras. A eso de los treinta y cinco, ya había aprendido la lección. «Pónselo, póntelo». Novios, en tendido estricto, había tenido cinco, más o menos. De los dos primeros ya casi ni se acordaba. Los usaba, más que otra cosa, para su satisfacción sexual. Aunque tampoco es que le pirrase acumular pijas como colillas en un cenicero.

Los tres siguientes ya sí fueron importantes. El tercero incluso le propuso matrimonio. Ella lo rechazó. ¿Era guapo? Sí. ¿Tenía un buen trabajo? Claro. ¿Follaba bien? Baaah… Se podía vivir con ello. Pero Lola debía ser como un pájaro, ligera y autosuficiente. No necesitaba a nadie, ni mucho menos un marido que la atosigara con planes de futuro y le pusiera una correa. Aún era muy joven.

El número cuatro era un farlopero de cuidado, un *broker* inglés afincado en Barcelona que pilotaba las fusiones de empresas británicas con españolas. El corsario británico la ponía a mil. Menudas experiencias sexuales más desatadas me contó que

tuvieron. El tío loco, para alcanzar semejantes cotas de productividad, picaba trocitos de viagra sobre sus rayas de cocaína; así, la flacidez derivada de los alcaloides tropánicos se resolvía llevando la experiencia al campo contrario, al de una erección sostenida y rígida. Lola gozaba como una hiena con aquella polla inagotable, pero no con los arrebatos de locura y de violencia de los que, inevitablemente, era preso en ocasiones el número cuatro. No fue eso, sin embargo, lo que echó a Lola para atrás, sino la proposición o, mejor dicho, el ultimátum, del *English Psycho* para que se fuera a vivir con él a Londres. Irse con él era sinónimo de compromiso, de dependencia, de hacer una vida con alguien y, otra vez, mismo problema. No pensaba renunciar a su libertad ni a la potencialidad de su hedonismo.

Y llegamos al número cinco, el anterior a mi aparición, el de más larga duración: ¡cinco añazos, nada menos! Aquí la cosa cambió un poco… Lola, de un día para otro, se vio con cuarenta y dos tacos. Había hecho algo imperdonable sin enterarse: había envejecido. No podía decirse que fuese culpa suya, pero sí estaba en su mano esquivar al máximo la guerra del tiempo que, por primera vez, veía cernirse sobre ella irremediablemente. Ahí comenzó su paseo por los salones de la cirugía. Hasta tal punto había dado por sentada la fuerza de su atractivo, la superioridad de su juventud frente a todas esas momias a las que acicalaba las uñas, perfilaba las cejas y apretaba los centros de celulitis… que comenzó a experimentar cierto desagrado hacia ella misma. El número cinco insistía con frecuencia en lo guapa que era, lo bien que estaba, pero no hay peor juez de la belleza que uno mismo. El buen samaritano procuraba hacerle ver que su destino, como ella había pensado tantas veces de las mujeres ajadas con las que se cruzaba, no estaba marcado por la vergüenza y el fracaso. Ella tenía pareja y unos polvos como Dios manda. Aun así, Lola no creía más que en una visión: la suya, la única válida. Y a los cuarenta y tres se hizo un aumento de pechos. Con unos apetecibles melones, nadie se fijaría

en la papada aviar que, tímidamente, ya descolgaba bajo su mandíbula. Pero su culto al cuerpo no se agotó ahí. Luego vinieron frente, labios, pómulos… Por fortuna para ella, ninguna intervención salió torcida. El resultado era digno de pregonarse como un triunfo. Había, con todo, un problemón. Por más que se manipulase artificialmente el cuerpo, eso no la hacía más joven. Tal vez más atractiva, sí, pero ella era incapaz de creérselo; tan fuerte era su instinto de juzgar la juventud únicamente como núcleo del deseo. ¿Acaso era su culito respingón, su tripa planchada como una mesa, sus invasivas tetas con corazón de plástico y su facha de rasgos grandes, bastante glamurosa aunque también terrosa, una acuarela despreciable? En absoluto. Pero todo en ella empezaba a apestar a crisis de identidad, a devoción por esta nueva fase de propaganda y absorción de la perfección ajena que todo lo mercantiliza. Ya no estaba *hot*, se sentía tirando a *sexycutre*, y la juventud, esa eterna promesa concedida por la medicina moderna encarnada en sus operaciones, jamás llegaba a materializarse con toda la operatividad que deseaba. El número cinco, incapaz de convencerla de abandonar sus paranoias físicas, la terminó dejando. No porque Lola se estuviera malogrando o porque, efectivamente, el tipo hubiese decidido salir a la caza de periquitas más jóvenes que le hicieran olvidar, a él también, sus crecientes michelines, sus testículos cada vez más caídos o la languidez de su polla. No. Lo que alejó al número cinco fue la falta de cariño propio que comenzó a despachar Lola. Es de sobra conocido que resulta muy difícil querer a alguien que no se quiere a sí mismo.

La ruptura con el número cinco no la destrozó. ¿Tenía achaques de depresión y amargura? ¡Pues claro! Pero ¿acaso no había trabajado desde adolescente una estrategia de curación sentimental propia, ajena a la intervención? ¡Pues también! Lo único que logró derrumbarla fue cuando, en una inspección general de su cuerpo, vio que los labios mayores de su vagina comenzaban a colgar un poco; como dos tímidas lenguas de perro sobresaliendo sin permiso.

Ahí se sintió chocheando, resbalando por la pendiente de la aflicción. Y de manera inesperada, como no le había sucedido jamás, se supo terriblemente sola. De pronto, Lola, alérgica desde siempre al enamoramiento, empezó a desear ser amada. Su eterno retorno a la liberación la había empujado por una vertiginosa catarata de nihilismo sentimental y ya era demasiado tarde para salir de ella airosa. Quizá, si hubiese despertado antes de su exotismo progresista y antifamiliar… De haberse abandonado a una conyugalidad más o menos armoniosa, menos que más miserable, pero indiscutiblemente comprometida, el vacío no estaría engulléndola por dentro. Lastimosamente, los hombres de su pasado que sudaban las sábanas con ella lo hacían en condición de amantes, no de parejas, estando todos ya felizmente vinculados, la mayoría luciendo anillo, con otra mujer.

Lola, peleando a la contra de tan terribles circunstancias, se encomendó a dos cosas, dos pilares firmes que en los momentos de insoportable levedad, cuando todo parecía perder el sentido, le permitían no dejarse arrastrar por la cada vez más violenta corriente del tiempo. El primero, ella misma. Sus sesiones de belleza la devolvían, periódicamente, a la vida; al mercado. Podía compararse con las *gachis* finas de los escaparates. ¡Estaba en su derecho, visto el reflejo que despachaba! Por desgracia, la ilusión le duraba poco y, como una adicta, debía volver a experimentar un cambio en su cuerpo para sentir que estaba cabalgando la ola del atractivo. El segundo pilar era su *budismo*…

Como toda heredera del liberalismo de los años setenta, Lola no sólo había renunciado al cristianismo, lo había repudiado. El olor a incienso, la iglesia, el dogma, la sumisión, Jesucristo en la cruz, el cura… Todo le daba repelús y una inexplicable alergia mental. Todo, salvo los monaguillos, de los que todavía guardaba recuerdos de haber estado tímidamente encaprichada durante su niñez, cuando su padre la llevaba al pueblo familiar, Rochefort-en-Terre, y pasaba frente a Collégiale Notre-Dame-de-la-Tronchaye, la fabulosa iglesia

gótica de la localidad. El asunto es que el fervor religioso siempre estuvo ausente hasta que, con veinte años, cayó en sus manos uno de los almanaques peor interpretados de la historia de la literatura: *Siddhartha*, de Hermann Hesse. Aquel libro la transportó a una vida de descubrimiento interior embriagador y personal, por el que comenzó a interesarse por libritos cortos, fáciles de leer, con los que creyó alcanzar la llave para desatar su potencial espiritual. Durante años, fue desentendiéndose del asunto, tan ocupada como estaba en exprimir el cénit primaveral de su vida. Al cumplir los cuarenta, los coletazos de intranquilidad comenzaron a atosigarla y, de nuevo, regresó con fuerza a rendir pleitesía a una mística exótica, tan imprecisa como reconfortante, que le brindaba tranquilidad en sus difusas creencias y, honestamente, en el profundo egoísmo que la caracterizaba (al menos, en un sentido metafísico). Seguía, aunque estuviese un tanto desfasado, en el rollito *New Age* y todas las mañanas sosegaba el alma con media hora de meditación, controlada por una aplicación de su iPhone, y un rato no menos largo de pronunciación en voz alta del *Nam-myoho-renge-kyo*, ley básica del Soka Gakkai.

Ay, Lola, mi querida Lola… Entre su budismo de rebajas y su plan de readaptación física imaginario, la veía bien jodida.

30

TRES MESES MÁS TARDE, nada había cambiado. Nuestros encuentros seguían reduciéndose, casi exclusivamente, a charlar, comer y fornicar en su apartamento. Ya había desvelado la casi totalidad de su persona, pues desde la primera semana en que quedamos supe que acabaría escribiendo de ella. De ahí que, entre preguntas y más preguntas, yo fuese perfilando cada vez mejor un personaje, y ella, un encaprichamiento palpable. Hay que tener mucho ojo con los escritores. Como dijo David Grossman: «Contar una historia a un escritor es como abrazar a un carterista», y no sólo por el robo, sino por la fina línea moral que los caracteriza a ambos.

Un día estaba en su casa. Nos habíamos despertado hacía poco. Era fin de semana y serían alrededor de las once de la mañana. Mientras yo preparaba café, ella se quedó en la cama repasando todas sus redes sociales; alcahueteando la vida ajena a cambio de abrirse a compartir la suya. Yo sólo le pedía que no hablara de mí. Ella siempre lo respetó.

Cuando hacía esto, me recordaba a mi padre. El tío, ya en la setentena, se pasa las mañanas *empancetado* en el catre con el móvil, como si fuera un adolescente en el mercado de pajas de Tik-Tok (un bufé para nalgas bombeando y pechos sin sujetador). Los canales, en su caso, son los propios de su edad, es decir Facebook y WhatsApp, pero eso no impide que se escuche por toda la casa el

insoportable sonido de los vídeos de danzas cheroquis, *performance*s artísticas o comedias que se va tragando y a los que, de media, no dedica más de un par de minutos. Encima, el cabrón está sordo, y tiene el volumen del móvil tan alto que se apodera de todas las estancias de la casa y dan ganas de plantarse frente a él, agarrarle el teléfono y espachurrarlo contra el suelo como un cucaracha radiactiva. Pero no sigo por ahí… Primero, porque ya es tarde para hablar de mi padre y, segundo, porque a mi viejo le estalla la cabeza sólo de pensar que voy a contar intimidades de él. Es buena gente y todo eso, pero como los padres de Holden Caulfield, para esas cosas es muy susceptible.

Lo que sí diré, ya puestos, es que la narcotización de la tecnología móvil no conoce edad, sólo tiempo. Nuestra mente está diseñada para acomodar los estímulos más instantáneos hasta atragantarse con cientos de botes de mermelada vacíos. Y a las plataformas, esas peceras de cebos que pescan nuestra atención, se la suda lo reseca que tengas la sesera. Son capaces de apoderarse de ti en cuanto desarrollas los sentidos necesarios para entrar en faena, haciendo de tu concentración un paraíso de épocas de mayor sosiego. La desatención es la manzana que las viperinas mentes de Silicon Valley más se esfuerzan por hacer morder a sus víctimas, pues sólo ellos proporcionan la dosis de metadona que aplaca el mono de la inquietud.

Pero regresemos a Lola. Tras el desayuno, fuimos al salón. Estuvimos hablando tranquilamente mientras escuchábamos música. Llegado el momento, ella fue al baño. Entré en su *tablet* con la idea de poner un tema de los Hermanos Gutiérrez. Sin pretenderlo, toqué el icono de Google y una pestaña inundó toda la pantalla. Era una página porno y su contenido me dejó tieso...

¡Menuda galería de bizarradas! Admito que yo no gozaba del lujo de poder fardar consumiendo la más normativa de las pornografías, pero lo mío se reducía a vídeos de polvos en taxis o entrevistas, sexo *amateur* en portales, habitualmente tríos con dos chicas, donde

existía, cierto, un protagonismo bastante exagerado del placer masculino. Lola podía haber sido consumidora de porno feminista, visitando páginas como BrightDesire.com o FrolicMe.com, marcos alternativos en los que el éxtasis femenino era el centro de la acción, el arco discursivo del goce orbitaba entorno a elementos ajenos a la simple penetración, y hasta se promovía el pago para dignificar el trabajo de las actrices y actores. En definitiva, un material cojonudo que hubiera compartido con ella encantado.

Pero no. Lo que tenía ahí delante era un mosaico de vídeos grabados precariamente, rollo desangelado, donde se veían desde mujeres atadas con bates metidos en la vagina, hasta tíos vestidos con máscaras de cuero recibiendo penes de goma tanto por la boca como por el ano, en un *pegging* agresivo hasta el sangrado. Sin embargo, la estrella de aquella galería variopinta eran los fotogramas de lluvias doradas, en su mayoría, de la chica hacia el chico. Tomé aire. Por primera vez en mi vida me sentí violentado y moralista respecto al sexo. No es que viviese en aguas de superficie eróticas, sabía lo que había ahí fuera, lo había visto, incluso de cuerpo presente, mal que no me hubiera dado mucho por ponerlo en práctica. Pero descubrir que a Lola le gustaba… *Ah*, amigo, eso era otro cantar.

Temí tener que pegar la hebra con ella sobre el asunto. No es plato de buen gusto preguntar por lo que, a todas luces, es algo íntimo. Sin embargo, yo quería que Lola tuviera una potencia sexual a la altura de sus expectativas. Y si para eso tenía que ponerme de rodillas y ducharme con su aceitoso líquido, como si mi cuerpo fuera la tumba de sus represiones femeninas meándose sobre ellas… pues, *umm*, como quien dice, moriría al palo. Acataría esos deseos. No me parecía un sacrificio excesivo por ver satisfecho su placer. Se ha vuelto raro encontrar, tanto en hombres como en mujeres, una sincera voluntad por satisfacer los caprichos del amante si estos no encajan con los gustos personales. Un egoísmo erótico que la pornografía, accesible a gusto del consumidor, no ha hecho más que

aumentar. Un vicio tradicionalmente de tíos que, poco a poco, pasa a las manos femeninas con las consecuentes frustraciones y aspiraciones vacías que se esconden detrás. Por no hablar de las forzosas comparaciones, que a buen seguro, es uno de los grandes males de las asociaciones humanas. En cualquier caso, me gustaba verme a mí mismo como un amante generoso, desentendido del mete-saca-corre que tantos hombres (u *onvres*, como venía oyéndose despectivamente por ahí) ponen en práctica aunque lo nieguen. Así que, si estaba en mi mano hacer realidad las fantasías de Lola, sería, encantado, el hada madrina de sus vicios secretos.

Regresó al salón del baño. Estaba sonriente, como de costumbre.

—¿Estás cambiando la música? — me preguntó al verme con la tableta entre las manos.

—Ehm… —murmuré entre dientes—. *Oui*, a eso iba *mon chou*, pero me he encontrado con esto.

Giré la pantalla y se la expuse. Lola podía haber puesto cara de póker, hacerse la sueca y asegurar que se trataba de *spam*. Dibujó, sin embargo, un gesto de una transparencia absoluta. No cabía duda, era su rollo y la había descubierto.

—Mais, espèce de bâtard! Qu'est-ce que tu fous en regardant ça? — gritó, con la boca temblorosa, abalanzándose sobre mí para arrancarme la *tablet* de los dedos

—Lola, tranquila, no me importa. De verdad. Si es lo que te gusta, podemos hablarlo.

Entornó los ojos, como si dijese: «¡Pequeño inútil de mierda, no entiendes nada!».

—No quiero hablarlo —respondió, algo más calmada pero claramente inquieta. Era una cosa privada, no tenías que haberlo visto…

—Pero, cariño, ya está… Bueno, te van esas cosas, a mí no me importa si quieres que las probemos.

—¡Aaah! No es ese el problema, Galo. No seas estúpido. Lo que me enfada es que hayas cotilleado. Además, ¡yo no quiero hacer eso

contigo!

Sentí un impulso primario de enfadarme con ella por llamarme estúpido, pero me controlé. No era para tanto. Es vital mantener un registro claro de la escala de valores.

—¿Cómo que no quieres hacerlo? Entonces, ¿para qué lo ves? —pregunté.

—Pues… *Oh, la vache… Quel conard…*

De nuevo los insultos. Ya me estaba cabreando con esa actitud tan poco diplomática, la muy… Pero, de nuevo, guardé la compostura.

—¡Venga, Lola, hostia! Dímelo. —Fui directo, pero no agresivo, lo que supuso un síntoma de clara constricción.

—Mira, que me guste ver eso, no significa que quiera hacerlo contigo. Nada más. Es… una fantasía. Algo que no quiero hacer pero que me gusta ver. Me excita… supongo, no lo sé… Pero es… como una película de miedo. A la gente le gusta verlas por lo que les produce pero no querrían vivir la experiencia. ¿Sabes?

Sí, lo sabía. ¡Claro que lo sabía! Aunque no fuese una costumbre, más de una vez me había visto, de repente, ante una erección considerable frente a producciones pornográficas raras… muy raras, con gestos casi extremos, de los que acababa por arrepentirme una vez despachado el orgasmo. Podía entenderla a la perfección. Pero imagino que ese era el problema, que Lola no quería que la entendiera. Quería conservar su secreto, su oscuro hueco interior alejado del exhibicionismo, la difusión y el escaparate. Algo perverso que sólo se podía transmitir lejos de la uniformidad. Paradójicamente, gozando con ese producto pornográfico, totalmente directo y evidente, sin envoltura ni velo, Lola se sentía dueña exclusiva en su deleite. Un placer fuera de la promiscuidad de la propaganda que dominaba su día a día, principalmente, redes sociales y conversaciones constantes con sus amigos a los que *no podía ocultarles nada porque eran su familia*. En aquellos vídeos se demoraba con la belleza de lo prohibido y misterioso. Y yo, como buen cenizo, le había estropeado el pastel.

— Lo siento, *mon chou*. Te entiendo. De verdad. Perdona —concluí arrepentido.

Lola, en actitud muy femenina, recogió las disculpas con una velocidad de artillería. Yo seguía sin creer haber hecho nada especialmente malo, pero merecía la pena hacerla sentir bien si el precio era, simplemente, tragarse el orgullo.

En cosa de tres minutos, su gran sonrisa volvió a dispararse. Se puso encima de mí. Se desvistió de un gesto: sólo llevaba una camiseta ancha de publicidad y, debajo, unas bragas de Intimissimi rosas. Ni siquiera nos deshicimos de ellas, sencillamente las aparté con suavidad. Hicimos el amor con bastante cariño, apego y dedicación. Sin lluvias doradas ni falos falsos alrededor.

Una vez terminamos, me dijo que me quería. A mí se me heló la piel. Sabía que jamás llegaría a querer a Lola. Era algo que intuía desde el primer día, y no tenía que ver con su edad, como ella dio por sentado cuando me sinceré y le dije que, aun no queriéndole hacer daño, yo no la amaba. Me arreó un tortazo, firme, abierto y directo, en cuanto dije: «No quiero hacerte daño». En parte, tenía sentido. Si alguien dice «no quiero hacerte daño» es porque tiene toda la intención, o la conciencia, de que te lo hará. A pesar de intuir que Lola estaba en su derecho de calentarme la mejilla, el orgullo y el ego, antes enterrados, se alzaron en armas. Me levanté del sofá, me vestí y la mandé a hacer puñetas. Ella se quedó llorando, medio inmóvil, con el gesto más desesperado que he visto en una mujer. Su mirada perdida, trémula, allí medio desnuda, con el mentón apoyado entre las palmas de las manos, fue como ver a alguien despertar de un coma, de un cuelgue largo y profundo, y entender, de repente, que se ha agotado la esperanza, que no hay salida y que la muerte total de la ilusión, si aún no ha llegado, está rondando como un zorro hambriento. Pienso en la escena con *To love*, de Suki Waterhouse, sonando de fondo y se me pone el corazón en un puño, joder.

Me largué de allí todavía airado. Al llegar a casa, más sosegado,

pensé en Lola y en lo injusto que había sido al dejarla sola. Le escribí un wasap en el que le confesaba mi cariño y mi agradecimiento, pero también, de nuevo, mi incapacidad para amarla. A pesar de todo, si ella estaba dispuesta, me ofrecía a que siguiéramos viéndonos, a disfrutar juntos sin necesidad de caer tontamente enamorados. Me agradeció la oferta, pero iba a ser que no. Se acababa de dar cuenta de que no tenía tiempo que perder. Y yo, si no estaba dispuesto a apostar por algo más allá de la satisfacción superficial, por muy honesta que fuera, era una pérdida de tiempo. Aunque me doliese, la entendí. Le deseé suerte. Le juré y perjuré que era una mujer maravillosa que se merecía ser feliz. En mi mente sabía que era cierto, pero también que las expectativas rara vez tienen cabida en la realidad. Lola, aun sin ser demasiado ambiciosa, parecía atrapada por una espiral de desdichas que la perseguiría eternamente. En definitiva, la existencia cada vez le daba menos oportunidades. Aquel había sido su engaño. Su injusta condena al malestar.

No he vuelto a saber de su vida o, al menos, de lo que quede de ella.

Final

SIN ANESTESIA

31

MI LIBRO TOCA A SU FIN. Después de haber leído esto, sé que pensaréis que debería procurar que me resbalaran más las cosas. Es cierto eso que dicen; la gente a la que se la suda todo es más feliz. Pero, como acabáis de comprobar, a mí no me funciona. Tengo una cualidad totalmente negativa que emerge ante la simple ceremonia de la indiferencia. También de la arrogancia.

Tomando conciencia de tanta cuajada mental, no se me ocurrió nada mejor que resolver esas ansias caóticas que me vienen por ver cuánto me rodea arrasado de arriba abajo, que confesando esto. Y sé que ya lo he dicho. Lo de que podía haber escrito cualquier otra cosa y que no tenía por qué clamar un *¡Qué se joda Dios!* tan sincero y, en ocasiones, maleducado, y todo eso. Además, es cierto que ahora las cosas parecen tan sensibles…

Pero, en fin, no me quedaba tranquilo si no sacaba a relucir toda esta razón absoluta, cínica y descarada. Me moría de ganas por dejar claro que veo todo juzgado de antemano y que el espejismo de las fantasías individuales es la medida de todas las cosas. Una imagen, más que nada, irritante. Porque narcotizados, drogados hasta hacer de nuestras creencias la única verdad, cualquiera parece dominar la situación. Y, como he procurado reflejar a lo largo de estas páginas, no es cierto: es la situación la que acaba por dominarnos.

Por eso tenemos tanques de neuronas defendiendo relaciones amorosas que naufragan sin remedio, llenando el corredor de la soltería. Víctimas que se creen héroes de su tiempo e inmunes a la crítica. Aquelarres identitarios ansiosos por ser paisajes sin llegar siquiera a atrezo. Supuestos decantadores de placeres domesticados por un algoritmo que les suministra las pastillitas más sabrosas para su comodidad. Yeguas y sementales, en lo alto de la cadena trófica del erotismo, criticando a quienes, derrotados, caen por la espiral de la degeneración; lejos de la jerarquía. Activistas del exhibicionismo. Cuerpos arrugados rellenos de plástico y anhelos por no asumir su desorientación. Chutados con la mandíbula haciendo la danza de los químicos y pariendo sonrisas de manicomio para olvidarse de su precariedad. Perfectos siervos sonámbulos con la sola libertad de pensarse mejor que los demás. Y suma y sigue… Y suma y sigue…

Yo qué sé, pensaba que tal vez era hora de parar. Que había llegado el momento de ahogar los goteros y cortar el flujo. De pensar menos en lo que queremos y más en lo que necesitamos. De intentar alejarnos de una transparencia tan positiva. Pero, qué demonios, visto lo visto, lo más probable es que nos quedemos de brazos cruzados.

Ahora, esta es mi advertencia…

Si al leer esto te han salido hemorroides; no es mi problema; tú te lo has buscado. Si te he cabreado y te dan ganas de apalearme, si tus deyecciones adquieren la consistencia del alquitrán, lo siento, es asunto tuyo. Si te ha gustado la facha que te he presentado, si ahora piensas: «¡Oh, joder, bien, por fin alguien lo ha dicho!», pues tampoco es mi problema. Es como cuando, al crecer, nos parecemos cada vez más a nuestros padres por mucho que nos disguste. Sé que zumbas por ahí creyéndote mejor que ellos, pensando que son —o eran— unos carcas y que tú eres diferente, de otra pasta y corte

moral a años luz de sus indignos carraspeos… Pues no es así.

Soy consciente: cambiar de opinión es como descubrir que tu hamburguesa vegana está hecha por un *mix* de carne de rata y animal de compañía. Y que la negación es un caminito demasiado estrecho para recorrerlo en ambos sentidos, sobre todo cuando nos desvelan algo incómodo y desagradable. ¿Qué puedo decir? Mi intención no ha sido alimentar la culpa que te cubre más que de sobra, sino retratar que hay mucha más culpa de la que sospechabas. Y que esa, amigos, es la ruina espiritual que nos domina.

Verás, admito que escribir esto puede que haya sido, también para mí, una forma de morfina. He cargado sobre los lomos de la literatura cosas serias convirtiéndolas en un mal chiste; el humor es, a fin de cuentas, una paradójica abstracción de la realidad, y eso, a veces, puede resultar perturbador. Pero, como ya he dicho, me he hecho la cama yo solito escribiéndolo. Además, no sé, me gusta pensarme caballeroso y, para mí, en estos tiempos que corren, la elegancia es una negociación con lo provocador.

Poco más puedo añadir… Salvo, quizás, que suelo caer en sueños donde los veo a todos. A lo protagonistas de este libro, digo. En ellos, conozco su desprecio, su decrepitud, su odio y la mediocridad que los amenaza, entre la que me incluyo. Pero, sorprendentemente, los intuyo bien. Veo a Cristina radiante, plena de seguridad en ella misma, a Ethan centrado, a Raúl henchido de calor humano, a Ramón y a Joan humildes, lejos del victimismo. Veo a Berto encamado apaciblemente con su mujer, a los chicos riéndose a lo loco, bailando, con el corazón rebosante de alegría. Veo a María satisfecha con su vida, a Lola tonta y recíprocamente enamorada y, por supuesto, veo a Valeria…

Ya no la quiero como antes. Es raro. Todo pasa. Creo que sigo enamorado, más de nuestra historia amorosa, que de ella. He roto el vínculo que nos unía hace tiempo y, quizás, mi vida se haya vuelto poco convencional y forzada desde entonces. Demasiado

encomendada a la urgencia y la exageración.

Aun así, todavía tengo la esperanza de verme junto a ella. En silencio. Ausente, pero ahí. El uno cerca del otro. Sin querer cruzar miradas, aunque tentándonos con pequeños amagos. Un reojo por ahí, otro por aquí, sin llegar a interrumpirse en ningún momento. Invocar, no sé muy bien cómo, un guiño eterno. Algo trascendente, sin necesidad de que llegue a existir. Únicamente vivo en la intuición.

Sí, creo que esa es una buena forma de acabar esto. Con un sueño, infantil y romántico, donde nada sale como estaba previsto pero todo, a saber por qué, funciona. Esos son los mejores momentos, los que te regalan lo que no sabías que estabas buscando y, aun así, cuando los recibes, parecen haberte esperado siempre. Cosas como esas, tal vez, te hagan resbalar por un sueño profundo sin sentido, pero… vaya, esa es una fantasía en la que merece la pena perderse.

Y así termina todo. Conmigo llorando, riendo, imaginándome ese inexistente instante mientras me quedo sin más cosas que decir. Porque ya está, eso es cuanto voy a contar. Salvo… bueno, que, a pesar de todo, no cambiaría una sola coma de nuestra ininterrumpida conversación.

Índice

Morfina

Cirugía a corazón abierto. **La imposibilidad de amar**

Diseccionar zonas oscuras. **La jerarquía**

Impacto de los eventos adversos. **La plusvalía de la víctima**

Paciente y usuario. **Identifícate o perece**

La exploración del interior. **Métete las drogas donde te quepan**

Síntomas habituales. **Engaño y malestar**

Final. **Sin anestesia**